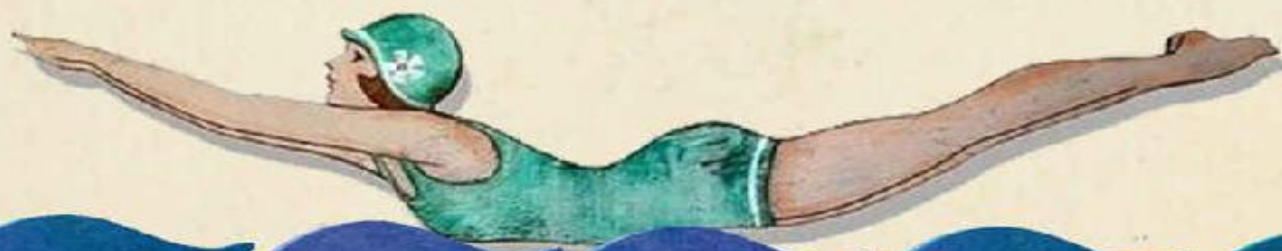


Beatriz Gordillo Bejarano



A la gente solo le gusta

NADAR EN LA SUPERFICIE



CHIADO
EDITORIAL

COLECCIÓN

VIAJES EN LA FICCIÓN



CHIADO
EDITORIAL

www.chiadoeditorial.es

Un libro es más que un objeto. Es un encuentro entre dos personas a través de la palabra escrita. Éste es el encuentro entre autores y lectores que Chiado Editorial busca todos los días, trabajando en cada libro con la misma dedicación como si fuera el único y último, siguiendo la máxima de Fernando Pessoa "pon cuanto eres en lo mínimo que hagas". Queremos que este libro sea un reto para usted. Nuestro reto es merecer que este libro forme parte de su vida.

www.chiadoeditorial.es

CHIADO
EDITORIA

Portugal | Brasil | Angola | Cabo Verde
Avenida da Liberdade, N.º 166, 1.ª Andar
1250-166 Lisboa, Portugal
Conjunto Nacional, c/ 903, Avenida Paulista
2073, Edifício Horsa 1, CEP 01311-300 São
Paulo, Brasil

CHIADO
EDITORIA

Francia | Bélgica | Luxemburgo
34 Avenue des Champs Élysées
75008 Paris

CHIADO
EDITORIA

España | América Latina
Paseo de la Castellana, 95, planta 16
Torre Europa, 28046 Madrid
Passeig de Gràcia, 12, 1.ª planta
08007 Barcelona

CHIADO
EDITORIA

Alemania
Kurfürstendamm 21
10719 Berlin

CHIADO
EDITORIA

U.K | U.S.A | Irlanda
180 Piccadilly, London
W1J 9HF

CHIADO
EDITORIA

Italia
Via Sistina 121
00187 Roma

© 2017, Beatriz Gordillo Bejarano y Chiado Editorial
E-mail: edicion1.chiadoeditorial@gmail.com

Título: A la gente solo le gusta nadar en la superficie
Editor: Lucía Nosti Merín
Coordinador Editorial: Susana Díaz
Composición gráfica: Tânia Carvalho
Portada: Ps - Design - Departamento Gráfico
Revisión: Beatriz Gordillo Bejarano

1.ª Edición: Mayo, 2017
ISBN: 978-989-51-9145-1

Beatriz Gordillo Bejarano

A LA GENTE SOLO LE GUSTA NADAR EN LA SUPERFICIE



- ¿Por qué a la gente le gusta tanto humillar y es tan agresiva sin haberles provocado previamente?
 - ¿Por qué a la gente le gusta tanto señalar y catalogar a los demás con los que se relaciona, según sea su apariencia y su color de piel?
 - ¿Por qué a la gente le gusta tanto juzgar a los demás por su comportamiento distinto?
 - ¿Por qué a la gente le parece tan raro que una persona a una determinada edad no tenga una pareja, un novio(a), un esposo(a) o un amante?
 - ¿Por qué la gente es tan mentirosa y le gusta aparentar lo que no es, y lo que no hace en realidad?
 - ¿Por qué hay que dar explicaciones a la gente extraña de la vida de uno?
 - ¿Por qué existen personas tan ilusas que se creen que los demás desean lo que ellos tienen?
 - ¿Por qué la gente tiene tanto miedo que le vayas a quitar algo de su propiedad, que en realidad no es tan valioso y menos bueno?
 - ¿Por qué la gente necesita saber cómo piensas y respiras, si te comportas de forma educada y respetuosa con los demás?
 - Y cuándo las mujeres o los hombres se casan por el rito civil o religioso, o incluso ya de novios sin haber algún tipo de contrato o papel que medie o condicione esa unión.
 - ¿Por qué la gente se cree que sus parejas, novios o esposos son de su propiedad?
- Y sobre todo —,¿por qué la gente es tan ruin y desconfiada en general?

En una ciudad occidental del sur de España, vivía una chica normal que se llamaba Magdalena, que todos para abreviar llamaban Magda. Ella era feliz con su vida, aunque le costaba sonreír abiertamente, porque era muy tímida. La gente en general que le trataba, su familia y su padre pensaban que ella era fea, porque se salía del esquema típico de chica-mujer andaluza. Ella era de estatura mediana, de complexión normal, su cara era muy dulce, de piel clara, sus ojos eran verdes, grandes y muy expresivos. En general todos los rasgos en su rostro eran grandes, tenía el pelo muy largo, rizado y negro, que siempre llevaba recogido con varias pinzas para no manchárselo. La chica parecía más bien asiática o judía que de su ciudad, aunque eso no significaba que fuera extranjera, pero su aspecto extrañaba y llamaba la atención a todos, por eso muchos la observaban por la calle, y más de uno se volvía otra vez, para mirarla otra vez asombrado.

Su madre, llamada Sofía, era distinta a ella, aunque su aspecto no era nada desdeñable. Esta mujer quería mucho a su hija, como era lo normal, y tenía muchas esperanzas en su futuro. Según Sofía, la vida de su hija sería mejor que la que ella había tenido.

Magda vivía tranquila en su mundo, siempre rodeada de libros por todas partes, de todo tipo de temas, de literatura, de idiomas, de historia, de geografía, etcétera y siempre estaba sola con su madre en su casa, haciendo planes, para poder vivir un futuro más brillante. La joven vivía en el seno de una familia corriente de clase media, en la que no se esperaba que pasase algo extraordinario.

La familia de la chica en general no le echaba a esta mucho caso, y menos caso le echaba su padre, que por su trabajo siempre estaba fuera de la ciudad. Cuando este hombre estaba, no solía aparecer hasta altas horas de la noche por su casa, ya que sus muchas amistades le entretenían y retenían la mayor parte del tiempo. Su mujer y su hija que estaban siempre en su hogar, le aburrían en sobremanera, él era un ser muy inteligente, campechano y su tiempo era muy valioso, para perderlo con ellas y hacer vida familiar.

Todos los años, cuando era el cumpleaños de Magda, el padre calculaba con ansiedad cuantos años le faltaban a su hija, para llegar a la pubertad, para que se empezara a interesar por los chicos. De esa forma ella se echaría un novio, se iría de casa, y él no tendría que mantenerla más. Si a su hija no le salía un pretendiente, él se lo buscaría rápidamente, para librarse de ella para siempre. Y después él abandonaría a su mujer a su suerte.

Pero el padre y hombre de familia cometía un error garrafal, repetir de forma cansina a todos que su hija era fea y tonta, para que todos lo escuchasen bien, para que a todos les quedase claro que Magda no valía nada y tampoco servía para nada, que no se esperaba nada de ella. Así el padre creía que solucionaba para siempre el problema de tener que pagarle unos estudios superiores, cuando ella creciera. Después el padre aconsejaba a su hija con cariño, que se podía dedicar a limpiar las casas de los demás o a cuidar a personas mayores extrañas, para poder vivir. Como ella era tan dulce de carácter y buena, serviría muy bien, para ambas labores tan pesadas.

La joven, ante esas muestras tan sinceras de cariño paternal, se quedaba helada, no entendía a su querido progenitor, porque ella adoraba a su padre como toda buena hija.

— ¿Cómo era posible que su padre hablará tan mal de ella?

— ¿Qué había hecho ella, para que su progenitor le odiara tanto?

Ante los desprecios y las nefastas recomendaciones paternas, la joven pasó de la molestia inicial de los primeros años, a no decir nada y a hacer menos para combatir y rebatir las ideas de su padre. Ella era una persona muy inteligente, sabía lo que sabía hacer, y cuando se peinaba y miraba en el espejo, veía que su aspecto no era desagradable, era guapa a su manera. Los chicos

de su edad y de su entorno no la perseguirían mucho por ser tan exótica. Ella también se daba cuenta que las mujeres que su padre afirmaba que eran guapas, no lo eran tanto y debían hacer muchos sacrificios, para estarlo. Y a ella hacer esos esfuerzos estéticos, le daba mucha pereza realizarlos. Y como su padre decía que ella era fea por naturaleza, porque se iba a molestar en arreglarse, para intentar gustar a los individuos del otro sexo.

Desde pequeña ella tenía muy claro que quería trabajar, para ser independiente económicamente, para no depender de ningún hombre, así nadie le volvería a humillar y a despreciar. Le gustaban varias profesiones, entre ellas la traducción.

Ella iba creciendo con los años, y no paraba de cultivar su mente con la lectura de todo tipo de libros. Mientras observaba con curiosidad científica, como las otras chicas de su edad, perseguían a los chicos con desespero. En realidad el asunto de los chicos, los hombres y otros seres de esa ralea a Magda le llamaban poco la atención, ya que se acostumbró a no necesitarlos, al no tener a un padre cariñoso cerca.

Pasaba el tiempo y Magda continuó escuchando la misma retahíla de sandeces de la boca de su progenitor, y encima a él le hicieron los coros otros miembros de su familia. Ante esos continuos desprecios ella se sentía muy mal, aunque seguía callando y pensando: Si yo no pensaba vivir de mi belleza. Si mi padre y mis otros familiares no me conocen y tampoco saben lo que puedo y sé hacer. Después ella se consolaba animándose: Me formaré muy bien y encontraré un buen trabajo. Su madre ante esa situación familiar tan desagradable, defendía a su hija de todos, y también le aconsejaba que no echase cuenta a su padre y a nadie de su familia. Después le aseguraba a su hija, que le ayudaría más adelante en sus estudios.

La joven sabía que solo le querían su madre y su abuelo materno sinceramente, aunque eso no era lo normal, si se pertenecía a una gran familia como era la suya.

— ¿Cómo era el padre de Magda para ser tan carismático entre sus familiares y amigos?

Manuel era el hombre más simpático y divertido que alguien se podía encontrar en las reuniones familiares y festivas. Era un hombre alto, ancho de espaldas, pero delgado, de tez colorada, de cabello castaño rojizo y vello facial pelirrojo, que siempre se vestía de forma sencilla. Y para rematar esa imagen tan atractiva para todos, él poseía en su cara los ojos verdes más grandes y profundos que alguien podía mirar. Él era un seductor nato con todas las mujeres que conocía.

Él se casó con su mujer, porque ella era manejable, bonita, callada, tímida...y porque era lo que todo el mundo esperaba de él. Eso no significaba que él la quisiese de verdad, pero con ese rito él entraba dentro de la sociedad, sino se hubiera casado con ella, la gente lo hubiera señalado de forma desagradable por la calle.

Sofía sí se casó enamorada de su marido. Pero pasados los años ella se arrepintió de haberlo hecho, debido a los desprecios y al abandono que su marido le sometía a ella y a su hija diariamente.

Cuando Magda cumplió catorce años pasó algo sorprendente en la vida de la familia. Manuel decidió que estaba perdiendo el tiempo con su mujer legítima y con su hija, se fue a vivir con otra mujer en otra ciudad española, abandonando a su esposa e hija en su ciudad. Pasaron dos años más el padre de Magda se separó de su mujer, pasados dos años más el progenitor de la muchacha se divorció de su primera mujer, y se casó con su segunda mujer, rompiendo toda relación con su hija. Y madre e hija no volvieron a verlo ni a tratarlo nunca más.

En cuatro años la madre y la hija pasaron por un carrusel de emociones, del estupor y de la sorpresa inicial por el abandono del progenitor, ellas pasaron al júbilo y a la tranquilidad por

verse liberadas de un individuo horrible, que se creía superior a ellas, que no las quería y que disfrutaba despreciándolas delante de todo el mundo.

Todo eso motivo que la madre tuviera que ponerse a trabajar de modista en su casa y para la calle, un trabajo que realizaba muy bien, y que la hija se convirtiera en una chica mucho más fría con los chicos de su edad y con los hombres, que ella fuera más solitaria e independiente que antes. Sofía se daba cuenta que su hija ya no tenía padre, que solo dependía de ella, por eso esta animó a su hija, que se centrara más en los estudios. Así nadie podría frenar que la joven se realizaría como persona y como profesional de lo que quisiera, concretamente de la traducción, su profesión soñada desde hacía muchos años, y que se olvidará más de los desprecios de la gente.

Estas dos pobres mujeres, con tantas expectativas ante la vida, tenían como única familia al abuelo materno de Magda, a cuatro tías casadas con sus correspondientes maridos, y a sus hijos.

Las hermanas de Sofía no entendían a su hermana, y menos a su sobrina, porque ellas tenían una idea de la vida muy tradicional y machista. Según ellas, las mujeres debían estudiar y conseguir un puesto de trabajo para mantenerse económicamente. Pero las mujeres no podían conseguir un trabajo importante, porque los hombres no debían sentirse amenazados por sus mujeres, ellas no podían ganar más dinero ni podían ser más importantes por su trabajo o por su posición social. Las mujeres se debían casar con un hombre, de forma civil o religiosa, para no ser un estorbo o un problema para la sociedad. Ellas afirmaban molestas que su sobrina Magdalena, debía dejarse de sueños raros y dejar de ser soltera.

La separación y el posterior divorcio de su hermana Sofía, ellas nunca los entendieron, y ellas culparon a su hermana de ese fracaso sentimental, y no a su cuñado, que era un santo varón y una bendición de Dios.

Magda cuando escuchaba a sus tías en las reuniones familiares, no las entendía y tampoco compartía su forma de pensar, callaba por respeto a estas, que eran mayores que ella.

Estas mujeres detestaban a su sobrina por varias razones. La primera razón era que ellas despreciaban su aspecto, no se parecía a ellas, que eran perfectas, se parecía al suegro de su hermana, que según ellas era un ser repugnante, y también a su hermana Sofía. Una persona que ellas envidiaban, porque había sido elegida como mujer por Manuel, su adorado ex cuñado. La segunda razón era que a ellas les parecía mal que la niña estuviese todo el rato leyendo y que quisiese estudiar, para tener un buen puesto de trabajo. Y la tercera razón era que Magda no tenía prisa para encontrar un marido. Eso último les parecía un hecho tremendo, ya que ellas tenían muy arraigada la idea, muy romana por cierto, que las mujeres siempre debían tener la protección de un hombre, así se regulaba el sexo en la sociedad, a las mujeres y la propiedad de estas. Era la idea antigua de la sumisión de las mujeres a sus respectivos maridos, a su familia y a su entorno. Si una mujer a una cierta edad no estaba casada o no tenía un novio formal, y si no le daba hijos al marido, era una desgracia para ella y para su familia. Y ese hecho podía acarrear muchos problemas para la gente de su entorno. La joven eran una chica soltera y su madre una mujer divorciada, dos grandes peligros para sus tías, sus primas y sus primos casados o comprometidos, ya que su madre y sobre todo ella podían encapricharse de algún miembro casado del ámbito familiar, y romper algunas relaciones metiéndose por medio.

Es decir, una mujer debía estar casada como Dios mandaba, para perpetuar la especie, acrecentar la familia y ser respetada por todos, aunque no fuera feliz con su consorte. Eso último daba igual.

Por ese motivo Sofía, que era divorciada, y su hija Magda, que seguía soltera, eran miradas con desprecio y con distancia por toda su familia.

Pero Magda quería estudiar, ser traductora y trabajar en una importante empresa de traducción, no depender de ningún hombre de forma moral y sobre todo económica. Aunque la joven no se cerraba a poder encontrar a un buen hombre en un futuro, con él que tener una relación estable, tener algunos hijos y convivir muchos años, si pudiera ser hasta que alguno de los dos falleciera.

El problema era que pasaban los años, Magda no paraba de estudiar, no conseguía o no le salía un trabajo y menos un novio decente o una pareja estable, para independizarse y abandonar la casa materna. Ese hecho hizo que la joven fuera excluida de su familia materna, es decir, que con el tiempo su familia materna no le invitase a ninguna celebración familiar, porque ellos no quisiesen tener ningún tipo de contacto con ella, por ser un bicho raro. Ese hecho a Sofía le dolió mucho, por eso se enfadó mucho más con sus hermanas y con los demás miembros de su familia, por eso la madre rompió todo tipo de relación con sus hermanas.

A pesar del aislamiento escrupuloso que su familia materna mantenía sobre las dos, las cuatro hermanas y otros familiares de Sofía, procuraban estar perfectamente informadas de sus vidas. Las hermanas y otros familiares conseguían buena y fresca información, valiéndose de algunos mediadores o conocidos de su hermana pequeña, que se encontraban con Magdalena y con Sofía de forma casual en la calle. Cuando esos últimos las veían en la vía pública, se dedicaban a preguntarles por su vida, haciéndoles un repaso concienzudo cada cierto tiempo, para saber cómo les iba la vida. Estas mediadoras podían ser amigas de la infancia de la madre de Magda, algunas vecinas antiguas, etcétera. Las cuatro hermanas tenían mucha curiosidad por saber cómo su hermana y su sobrina vivían cada día, cómo se sustentaban, dónde se divertían, con quién, dónde veraneaban, si es que se lo podían permitir, pero no querían ayudarlas económicamente y tampoco las echaban de menos. Las hermanas no estaban preocupadas por ellas, no las querían, solo querían llevar su vida por entregas, hablar de ellas y criticarlas.

Cuando alguna de las tías conseguía algún tipo de información de su hermana y de su sobrina, llamaban a las otras hermanas y a los otros familiares. Todos se reunían en la casa de una, iba por turnos la merienda, los cafés y el lugar de celebración. Allí una contaba al resto las novedades sobre su sobrina Magda y su hermana Sofía, después todos charlaban y opinaban. Ellas no paraban de comer dulces y pasteles de todo tipo y de beber café, para digerir mejor lo que oían atónitas.

— ¿Cómo podían salir adelante dos mujeres solas, sin la ayuda económica y la figura presente de un hombre guiándolas?

La mayoría de las veces esas veladas vespertinas terminaban insultando a gritos a su sobrina:

— ¡La niña es un marimacho! ¡Es una lesbiana!, etcétera. Y cada vez que ellas hacían eso, no paraban de pegar porrazos continuos con los puños en la mesa, donde estaban apoyadas. Cada vez que ellas decían un insulto a su sobrina al aire, afirmaban más su postura tradicional, como si su sobrina les hubiera hecho algún daño, por no tener novio o por no pensar igual que ellas. Ellas sentían mucha lástima de su hermana, y afirmaban tajantes que Sofía era tonta, débil y que consentía a su hija demasiado.

Al final de esas veladas vespertinas las cuatro hermanas acababan afirmando que ambas mujeres se equivocaban en su vida, no llevaban una vida recta, como debía ser. Incluso decían que su sobrina era subnormal, por no poder encontrar un novio o un marido. Y la hermana mayor de Sofía, llamada Susana, decía estar dispuesta a buscarle un marido a su sobrina, porque decía que era muy fácil encontrar un marido o un novio adecuado a una chica joven, aunque también admitía con pena que su sobrina era poco agraciada.

Mientras Sofía y su hija no tenían algún conocimiento de las actividades alcahuetas y despreciables de sus hermanas, tías y demás familiares. Ellas vivían con tranquilidad y sosiego su

vida, no se sentían culpables de nada, solo vivían la vida como venía, como todo el mundo hacía.

En una ocasión una de las sobrinas de Sofía, prima hermana de Magda, fue designada por sus tías y por su madre, para acercarse y averiguar si Magda estaba estudiando de verdad una carrera universitaria o mentía a todos. La prima se presentó una tarde en la biblioteca de filología, donde se suponía que la muchacha estudiaba. La prima se sentó en un banco visible, cerca de la puerta principal de la biblioteca, y se puso a estudiar o a leer unos apuntes, para ver si coincidía o no con Magda en el mismo recinto.

Esa tarde la joven vigilada entró en la biblioteca, cómo tenía costumbre, para estudiar los apuntes del día, al entrar vio a una de sus primas pequeñas sentada. Magda se extrañó mucho de verla allí, porque no era su facultad. Ella llevaba muchos años sin verla, por eso la saludó efusivamente, e incluso le preguntó si estaba bien el resto de la familia, pensó sentarse con ella a estudiar, cómo pretendía al entrar en la biblioteca, y cómo hacía normalmente cada día. Pero el asiento al lado de su prima estaba ocupado por otro estudiante, y la estancia estaba llena de estos. Magda se tuvo que ir a otra biblioteca del edificio, para estudiar sus apuntes del día, y su prima hermana no le acompañó en el traslado, como hubiera sido lo lógico.

Magda se quedó bastante cortada y confusa con la situación. Al día siguiente la muchacha pensó que se encontraría de nuevo a su prima estudiando allí. Pero eso no ocurrió nunca más, ya que su prima había obtenido la información que quería saber, ya había cumplido con la misión, que su madre y sus tías le habían encomendado.

EN LA FACULTAD DE FILOLOGÍA

Desde que Magda se matriculó por primera vez en la facultad, llegó al recinto de la misma y entró por primera vez en clase, se convirtió en la estudiante que mejor cogía los apuntes en clase, en la chica más rápida en coger un libro necesario de la biblioteca del área correspondiente, para entender mejor todas las asignaturas, de las que estaba matriculada.

— ¡Vamos era la tonta que nunca faltaba a clase, hasta que estas se terminaban!

Ella procuraba sentarse todos los días en los bancos de la primera fila, enfrente del profesor que impartía la asignatura, escribía de maravilla todos los apuntes de clase, por eso era la persona más solicitada de su curso en la facultad. Y la semana antes de los exámenes ella tenía a su alrededor a todos los listillos, que no iban a clase, pero que estaban matriculados en esa asignatura como ella, pidiéndole los apuntes en corro. Sus compañeros eran como las moscas pegadas a la miel, acosándola por sus papeles, y la chica tenía miedo que estos le perdieran algún folio de sus maravillosos apuntes, para no poder seguir estudiando y aprobar los exámenes de cada asignatura, porque frente a esos frescos niños de papá, ella estudiaba con una beca y tenía que aprobar todas las asignaturas en el año, para que el año siguiente le diesen otra vez la dichosa beca.

La tarea de estudiar no era tan ardua, era muy gratificante, y sus compañeros solteros, que eran en general muy feos, velludos y aburridos, no le solían molestar con ningún tipo de requerimiento sentimental, por eso ella siempre se centraba en lo importante, en estudiar.

En una ocasión un compañero bastante guapo le invitó a tomarse una cerveza fuera de su facultad. La estudiante que no se esperaba una petición tan educada, se disculpó ante su admirador, diciéndole que no podía ir, porque tenía que estudiar.

Magda pensaba que estaba mal salir con un compañero de carrera, era cómo llevarse los deberes a casa, y ella no estaba allí para ligar, y tampoco para encontrar un futuro marido. Ella a veces admitía sentirse sola, pero si estaba enamorada, no podría estudiar tranquila.

— ¡Y no estaba enamorada de ninguno de sus compañeros!— Además no daba tiempo de tontear con nadie, y menos de escribir cartas de amor a ningún compañero de otro curso superior, que se fuera del país como un estudiante erasmus, para estudiar en otro país europeo. — ¡Es que encontrar allí un novio no estaba en sus planes!

Los compañeros que ya tenían novia o estaban casados o con pareja eran distintos, eran muy amables, divertidísimos, estaban relajados y le trataban como si fuera un chico más, a veces como su hermana pequeña, a veces como su sobrina o su nieta. Su opinión y sus ideas las tomaban en consideración. Y ella, como la chica tímida que era, procuraba ser lo más prudente y reservada posible con ellos, para que a estos no se les ocurriera tomar demasiadas confianzas. Pero esos compañeros no entendían que una muchacha como ella, no buscará un novio de su edad, ni de allí ni de otra facultad, por eso todos sus compañeros maduros empezaron a desconfiar de Magda desde el segundo año de carrera.

Los profesores de su facultad eran como todos los profesores que ella había conocido en su vida. Ellos estaban muy preocupados de no perder el tiempo que tenían en el curso, para enseñar toda la materia de su asignatura, que tenían que impartir a sus alumnos en clase, pero algunos se pasaban de graciosos. Uno de ellos en medio de una clase preguntó y aseguró a Magda cuales eran

sus orígenes familiares y raciales. Ella escuchó perfectamente la pregunta y la respuesta posterior, y entendió la curiosidad malsana de su profesor, pero ella hizo como si estuviera sorda y no hubiera entendido nada. Ella desconocía de donde procedían sus apellidos españoles, pero eso tampoco le importaba a nadie.

En la facultad no había fiestas que destacar, sí hubo algunas reuniones en horas de clase, regadas con mucha cerveza y celebradas en los patios de la facultad. Allí algunos compañeros iban emborracharse y a ponerse ciegos, ella no sabía si esos iban a ligar, porque acercase por esa zona era ya bastante repugnante, debido al olor a lúpulo revenido que campaba a sus anchas por la zona. Magda pensaba que una cerveza estaba bien para charlar y pasar el rato con los amigos y con los compañeros de clase, pero nunca eran buenos los excesos.

Ella tuvo algunas compañeras de clase, pero después de las mismas esas se dispersaban por la facultad, ella no les volvía a ver el pelo ni en la biblioteca, no sabía dónde se metían la verdad. Y para ser sinceros ese no era un hecho que le preocupase mucho ni que le quitase el sueño. Ella estaba acostumbrada que la gente le catalogase de bicho raro, y que la dejase siempre sola. Ella siempre estaba leyendo en cualquier parte y era feliz. La vida para ella era muy gris, en los libros había más colores, más matices, más aventuras. En la facultad hacer vida social no entraba en sus planes, por eso no se llevó ninguna decepción por no conseguir tener buenas amigas y buenos amigos allí, aunque se sentía un poco sola. Ella estaba anestesiada con sus planes de futuro, le daba igual el presente en la facultad, solo quería aprobar con las mejores notas posibles y salir de allí lo más rápido que se pudiera, para empezar una vida mejor.

Ella tuvo una vez una buena compañera de clase, que resultó ser del mismo pueblo del director del taller de teatro, al que asistía en sus ratos de ocio. Esta compañera era agradable a pesar de tener novio, no era nada tonta ni estirada, no iba pintada como una puerta, estaba relajada, era amable, y lo más importante se comportaba como una persona normal, como una amiga y una compañera de verdad, que te dejaba los apuntes si te hacía falta y te animaba en clase si te agobiabas con una asignatura. Hasta que un día esa le preguntó a Magda, si a ella le gustaba o estaba enamorada de alguien determinado y le daba vergüenza o tenía reparos decírselo.

Cuando Magda escuchó esas frases de su compañera se quedó helada, y le puso muy mala cara.

¿A quién se refería? ¿Es que el interesado no era capaz de preguntárselo directamente? En ese momento Magda se quedó callada, miró a su compañera bastante mal, pero no le dijo nada más. Ella no sabía si la amistad de esa chica había sido fingida, para conseguir alguna información de interés, para alguien en particular, que había sido amable con ella en un curso o en una asignatura determinada.

Después de ese suceso tan tonto ambas compañeras se siguieron tratando, pero Magda no pudo saciar su curiosidad.

— ¿Quién sería su admirador?

Ella se lo comentó a su madre. Y Sofia le dijo:

— ¡Hija! ¡No les des más vueltas! —, puede ser cualquiera de tus compañeros, por lo que me cuentas, estos son bastante cobardes y no merecen la pena.

La joven tuvo varios compañeros ya jubilados, estudiando con ella, que cuándo faltaban a clase le pedían con mucha educación, que les pasará los apuntes escritos a mano con buena letra. Uno de ellos incluso le hacía pequeños regalos por el doble trabajo, por eso muchos compañeros y conocidos le criticaron. Pero ese hombre mayor estaba encantado, así podía faltar a clase, asistir a otras actividades, solo y acompañado de una pareja de su edad madura, y luego aprobar la

signatura que fuera. Magda estaba indignada con las críticas de sus compañeros, porque esta práctica no la había inventado ella.

Esos hombres maduros eran muy amables y educados con ella, y también con todas las chicas de su clase. Esos estaban muy preocupados por su familia. Dos de ellos comentaron a sus jóvenes compañeras de clase y a ella, que tenían varios hijos solteros con los estudios terminados, que estaban trabajando ya, pero no tenían novia. Y como ellos veían que todas sus compañeras jóvenes eran unas buenas chicas

— ¿Quién quería ser su nuera?

Uno de ellos aseguró a Magda, que su hijo pequeño estaba en el mismo grupo de teatro amateur que ella iba, que era parecido a él físicamente, pero que era rubio como su madre. Su compañero mayor le pedía un favor, que se ligase a su hijo pequeño, porque decía que este era muy tímido.

Ante la solicitud de su compañero ella se quedó un poco pensativa, pero no le dijo nada.

Cuando ella llegó ese día a su casa, se lo contó todo a su madre. Sofía al escuchar esa novedad, se rio a carcajadas, pero finalmente le comentó a su hija:

— ¿Y tú qué piensas hacer?

Magda explotó:

—Mamá estoy muy halagada con mi compañero, me está eligiendo como nuera, pero ese chico puede tener una novia o puede estar tonteando con alguna chica de su trabajo o qué sé yo, y el padre no sabe nada, o incluso puede ser homosexual y no le ha dicho nada a su padre o en este momento no le apetece echarse una novia.

— ¡Si yo le digo algo voy a quedar como una imbécil!, que me meto en lo que no me importa.

— ¡Yo no voy hacer nada!, pasaré de mi compañero y de su hijo.

— ¡Si su hijo no se echa novia no es asunto mío! Yo no voy a la facultad con la idea de echarme un novio, sino para conseguir el acceso a un futuro trabajo.

— ¡Y en el grupo de teatro yo voy a relajarme, a pasármelo bien con mis amigos! Porque Magda creía que tenía muchos amigos y amigas en ese taller de teatro.

El lunes siguiente la estudiante volvió a ver a su compañero mayor de clase. Ella le comentó que había visto a su hijo en el ensayo del taller, que era muy mono, pero se disculpó de su petición, diciéndole a este, que a ella no le gustaban los chicos rubios.

La realidad era, que ella no quería deberes, ni trabajos para después de clase, ni malos entendidos con nadie de la facultad. Ella ya trabajaba bastante dándole los apuntes escritos a buena letra, cuando él no quería o no podía asistir a clase.

Una mañana fría a eso de las diez mañana del mes de noviembre Magda tuvo una visita no deseada de un antiguo compañero del grupo de teatro amateur en su facultad. Ese individuo conocido fue a buscarla después de terminar una clase.

Él llevaba tres años sin pasarse por el grupo de teatro, y ella no lo había visto tampoco en otra parte. Ella tenía entendido por un conocido común, que ese individuo tenía novia en esa época. Y la última vez que los dos se vieron a solas, ese le habló para romper una absurda relación que mantenían. Él le prometió, cuándo la dejó, que cuando terminará de estudiar lo que estaba estudiando y encontrará un trabajo, la iba a buscar de nuevo para estar con ella, para continuar su relación. Pero desde esa ruptura había pasado mucho tiempo.

En ese momento Magda salía del aula, porque tenía un descanso de una hora, entre la clase que había terminado y la siguiente que tendría. En ese intervalo ella podría irse a donde quisiera y hacer lo que le diese la gana.

— ¡Vamos para ir a desayunar un bocadillo, que traía preparado de su casa, sentada en un banco

del pasillo! Mientras ella observaría a la gente que pasaba por el mismo. Nada más salir de su aula ella se dirigió hacia la escalera para bajarla. Cuando ella empezó a descender los peldaños, se fijó en el rostro conocido, que estaba justo abajo de la escalera.

Ella mientras descendía miraba a su conocido fijamente, y se le pasó por la mente una idea malévolamente genial. Su idea genial consistía en tirar su carpeta en plan boomerang a la altura del cuello de su conocido, para así cortárselo en dos de forma limpia. En un momento ella cambió de opinión, le dio por pensar en el esfuerzo empleado en la copia de sus apuntes, en sus maravillosos apuntes diseminados y tirados por el suelo, manchados de sangre y de suciedad de ese ser despreciable. A ella le dio mucha pena y sentimiento del trabajo y del esfuerzo de copia tirado a la basura, por un arrebatado del momento. La estudiante se convenció que era mejor comportarse como una mujer sensata y no hacer nada, absolutamente nada.

Ella terminó en unos minutos de bajar la escalera, se quedó unos instantes parada, mirando amable y relajada a los ojos del impresentable, mientras agarraba con fuerza con el brazo y con la mano derecha la carpeta llena de sus apuntes, esa carpeta que contenían sus apuntes bien ordenados y limpios, que antes pensó en usar de arma arrojadiza.

En ese instante el tonto de César, como así se llamaba el conocido de la muchacha, empezó a preguntar a Magda con simpatía y una gran sonrisa, cuando esta se puso a su altura:

— ¿Qué haces aquí?

Magda sabía que él le estaba buscando, para poder volver a reírse de ella, y de paso aprovecharse sexualmente. Y ella no le iba a dar el gusto ni el placer de salirse con la suya, tampoco pensaba formarle un numerito, porque él ya no era nadie en su vida, en realidad nunca lo fue.

Acto seguido ella le contestó con una sonrisa en los labios, encogiéndose los hombros mientras hablaba:

— ¡Pues nada aquí estoy! ¡Me levanto temprano todos los días para hacer punto de cruz!

Después César se quedó parado y callado sonriéndole, pensando que ella le iba a dar uno o dos besos en su cara, o que le iba a agarrar del cuello, para abrazarlo agradecida porque él iba paliar su soledad. Él pensó incluso que ella iba a acompañarlo fuera, para tomar un café o sino quedarían otro día en un sitio más íntimo.

Pero ella no hizo nada de lo que se esperaba de una chica desesperada y soltera, solo miró a los ojos del individuo, le sonrió con mucha tranquilidad y se fue por el pasillo de la izquierda, sin tocarle un pelo o despedirse.

De esa forma el cerdo de su ex conocido salió ileso del encuentro y Magda le demostró, que ya no le podía hacer más daño moral.

Después de irse por el pasillo, Magda se puso a pensar: ¿Para qué ha venido?, pero sí él sabía perfectamente, porque ella se lo había contado años atrás cuándo salió con él, que pensaba hacer con su vida, que estaba estudiando filología, y que luego pensaba estudiar un posgrado en traducción. Magda a veces creía con firme convencimiento que los tíos eran tontos, rematadamente tontos, y que no escuchaban nunca cuando las mujeres les hablaban, porque ellos pensaban que estas tenían grillos dentro de la cabeza, que soltaban cuando hablaban. Y ellos las soportaban estoicamente, haciéndose los sordos o moviendo la cabeza, asintiendo como si fueran automatizados. Si los dos quedaron bastante mal hacía años, y en esos momentos él tenía novia. A ella que la iba a tener de segundo plato, para cuando a la otra le doliera la cabeza y no pudiese o no quisiese salir con él.

Desde esa mañana César no volvió a buscarla más y ella procuró no estar más solas con él.

Una persona que llamó la atención de Magda en la facultad y en clase, fue un tal Fernando. Un muchacho de estatura mediana, pero no muy alto, de complexión delgada y estrecha, de cabello castaño muy cortado, como a los niños pequeños le cortaban el cabello cuándo tenían piojos, con una frente mediana, de ojos pequeños, castaños y tristes, de piel blanca, que tenía un carácter serio, que poseía una voz grave y lastimera. Este individuo vestía siempre de forma muy sobria, con unas camisas blancas muy aburridas, con unos pantalones oscuros, y calzando unos calcetines oscuros y unos mocasines marrones. ¡Ese individuo parecía que aspiraba a trabajar de profesor en la facultad!, porque vestía igual de clásico y formal que un profesor. Ese individuo cuando andaba por los pasillos de la facultad, iba muy lento, parecía cansado, siempre llevaba consigo cogida con la mano derecha una maleta marrón grande de piel, donde introducía los libros y los apuntes de la carrera. Pero cuando estaba solo y andaba por la calle, y no cargaba algún bulto en sus manos, parecía dar brincos al andar, como si fuera el tonto de su pueblo.

Este individuo era un compañero de filología de varios cursos superiores al que ella cursaba. Ella coincidió con él en algunas asignaturas optativas, pero ellos nunca hablaron, porque no tenían nada de qué hablar. Ese era muy frío y soberbio, no te miraba a la cara, tampoco saludaba al resto de sus compañeros por los pasillos y menos en clase. Fernando no se sentaba al lado tuyo de forma casual, no te dejaba los apuntes, solo hablaba con sus amigos más cercanos, igual de exclusivos que él o con los profesores. Y cuando hablaba en voz alta para el resto de la clase, era tan pedante que sentaba cátedra.

En definitiva Magda se pasó los cinco años de la carrera estudiando sus apuntes de clase en las distintas bibliotecas, con el sueño de conseguir los conocimientos necesarios, para conseguir el acceso a otros estudios superiores, que después de realizarlos le permitiera tener un trabajo y una vida más holgada y brillante.

Y cuando ella se aburría en su facultad, se dedicaba a sacar libros descatalogados y antiguos de las bibliotecas de su facultad, para leerlos en su casa, cuando le quedaba algo de tiempo libre. Y esas lecturas le hacían a ella la mujer más feliz del mundo.

EN LAS BIBLIOTECAS DE LA FACULTAD

Lo primero que la muchacha hizo cuando se matriculó en la facultad, fue preguntar a los bedeles y a los administrativos de la misma dónde estaba cada departamento y su biblioteca, según la asignatura que fuera a cursar en cada curso. Ella entró en todos esos lugares, para preguntar a los responsables que requisitos pedían para hacerse el carnet del mismo y cuántos libros se podían sacar cada vez. Después ella fue a visitar las grandes bibliotecas del edificio, donde estaba su facultad, para sentarse y probar los distintos asientos de las distintas salas, para averiguar dónde podría estudiar más cómoda. Ella también se aprendió los horarios de apertura y de cierre de las salas. Y desde el primer día de clase, ella se dedicó a estudiar sola los apuntes del día en la sala elegida, hasta que llegaba la hora de cierre de la misma.

En las bibliotecas te podías encontrar a gente muy dispar, de distintos cursos, algunos iban a tontear con la novia, aunque esos eran los menos, otros iban a perder el tiempo hablando con los compañeros y otros iban a aprovechar las horas muertas entre clase y clase, pasando a limpio los apuntes del día, para que así se les quedará fijadas las ideas del tema o de la asignatura que estudiaba en su cabeza. Otros como ella iban a merendarse los apuntes todos los días, y a veces a dormirse encima de la mesa.

Cuando a Magda le alcanzaba el sueño en el último reglón del folio, se volvía a despertar a los pocos minutos dando un respingo, para después seguir estudiando. A ella le gustaba mucho sentarse en esas sillas antiguas de madera con su respaldo y su asiento de piel, donde te podías resbalar, encajonarte, relajarte, y finalmente quedarte dormida plácidamente, hasta que el bibliotecario te avisase cinco minutos antes de cerrar la sala, que tú debías recoger corriendo tus papeles, tus bolígrafos y tu mochila e irte a tu santa casa.

En esos depósitos y recipientes del saber ella era muy feliz y a la vez se sentía muy sola.

Allí ella estaba en su ambiente natural, por eso se hizo amiga de varios bibliotecarios. Esos como veían siempre a la joven muy estresada al salir y entrar en la sala, le permitieron devolver y llevarse los libros antes de la hora correspondiente, que estaba establecida en los horarios de las puertas. Ese detalle molestó bastante al resto de sus compañeras. Por eso estas últimas empezaron a decir que Magdalena era una privilegiada. Ella se justificó ante sus compañeras diciendo, que no había pedido favores a nadie, pensaba que eso era normal, que estaba en horario de devolución y de préstamo de libros.

En uno de esos depósitos del saber, un día ella conoció a un guapo investigador, y los dos entablaron una relación de amistad. Ella lo había visto otras veces sentado trabajando, pero quedarse embobada mirando a alguien en la biblioteca era una pérdida de tiempo. Y ella no solía presentarse a la gente, aunque le llamará mucho la atención.

Ese día la joven estaba más cansada de la cuenta, porque la noche anterior se había quedado despierta hasta las tres de la madrugada, haciendo un esquema de un tema de gramática, que le costaba mucho aprenderse, por eso se quedó profundamente dormida en su asiento. Pasados veinte minutos Magda seguía dormida encima de su asiento. Pero ella oyó un ruido de pasos que se acercaban hacía su mesa y su silla. La persona que se aproximaba hacía ella era ese guapísimo investigador alto, fornido y rubio de ojos azules, que sin venir a cuento le empezó a dar golpecitos con el dedo en su hombro, para que ella se despertará de una vez.

En ese momento ella se espabiló asustada, abrió los ojos, y gritó mirando al extraño:

— ¡Ya es la hora de cerrar la biblioteca! ¡Ya me tengo que ir a mi casa!

El guapo investigador que estaba a su lado, le aclaró con una voz firme y tranquila:

— ¡No niña!, todavía falta una hora, para cerrar. ¡Tranquilízate!, que no es para tanto. Después él se sentó en el asiento libre que había al lado de Magda, y le dijo a esta:

— Me gustaría preguntarte una cosa. ¿Por qué te duermes en la biblioteca?, porque no es la primera vez que te veo en ese estado. ¿Qué pasa? ¿Qué tienes una vida muy disipada y sales más de la cuenta? ¡Las niñas buenas se acuestan más temprano por las noches!

Ella lo miró a los ojos, y le contestó sorprendida y ruborizada, como si fuera una niña pequeña, que hubiera hecho algo malo y alguien le hubiera pillado con las manos en la masa:

— ¡No salgo tanto!..., pero entre asistir a mis clases, estoy estudiando filología inglesa..., hacer los trabajos de cada asignatura y asistir tres veces por semana a un taller amateur de teatro, donde me relajo un poco y estoy con más gente, para ensayar algunas obras de teatro del siglo de oro, pues no me queda más remedio que quitar algunas horas al sueño, para estudiar y hacer los trabajos de la carrera. Y ella siguió hablando: — Por eso usted no se extrañe, si más de un día me encuentra dormida con la cabeza encima de la mesa. ¡Vamos echando una pequeña cabezadita en este lugar tan silencioso! Aunque también estudio y mucho.

Después de escuchar la explicación tan tranquilizadora y razonable de la chica. El guapo investigador sonrió a la muchacha, y le dijo:

— Hoy me voy a sentar a tu lado hasta que nos echen de la sala, para que no cierres más los ojos y estudies. ¡Yo me comprometo a darte todos los codazos que hagan falta, para que no te duermas!

El investigador era un encanto de hombre y ella alucinaba. Ni en sus mejores sueños alguien tan amable y educado se hubiera sentado a su lado. ¡Cómo sus compañeras de clase le vieran en ese plan con ese sujeto!, ella les iba a dar motivos, para que la criticarán toda la semana o incluso el mes en curso, porque normalmente en su facultad no solía pasar nada interesante que mencionar.

Desde ese día los dos usuarios de la biblioteca coincidían normalmente en la misma sala, e incluso el investigador invitaba a la estudiante a veces a tomar un café en la cafetería de enfrente del edificio de la facultad, para descansar un poco. Allí ellos empezaban sus conversaciones interminables sobre temas universales, sobre las clases de Magda, sobre su trabajo de investigación, sobre las dudas que ella tenía sobre su futuro trabajo, etcétera.

Al principio a ella él la tenía embelesada con su conversación, con su saber estar.

Alberto, cómo se llamaba el amable y guapo investigador, que además era historiador, se dedicaba a investigar en algunos archivos de la ciudad, para después escribir lo descubierto en un libro nuevo para una editorial, que lo tenía contratado. Por eso cuando él no entendía algún termino antiguo, iba a la biblioteca donde ella lo había conocido, para resolver la cuestión determinada con algún libro antiguo.

Pero Alberto no siempre se sentaba al lado de la estudiante, la mayoría de las veces él se sentaba enfrente de ella, a una distancia de cinco o seis mesas. Cuando él veía a Magda, le saludaba con la mano y le sonreía desde lejos con gran parsimonia. Él decía que no se sentaba todos los días a su lado, porque le distraían en su trabajo las guapas muchachas como ella. Él le señalaba a ella que debía estudiar mucho, y no debía entretenerse con nadie.

Pasaba el tiempo y ambos compañeros de biblioteca se seguían tratando con amabilidad y respeto en las bibliotecas. Pero a Magda cada vez le chirriaba más y más su conversación, su comportamiento, y el trato personal que él le dispensaba. Los hombres que ella había conocido en su facultad y en sus salidas nocturnas no eran tan empalagosos y educados como él. Ella no creía

que él fuera homosexual o que se comportase como tal, pero el comportamiento de su amigo mayor no era nada natural, era irreal, su delicadeza y su forma de ser empezaba a darle grima. A veces Alberto trataba a Magda como si fuera la hija pequeña que nunca tuvo, ya que él era un solterón empedernido, y su comportamiento a ella le producía cada vez más frialdad y lejanía. A veces él trataba a la joven como si fuera un maestro, no paraba de darle lecciones sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal, y ella su alumna predilecta, no sabía estar ni comportarse en la sociedad.

Ella lo escuchaba por educación, pero se daba cuenta que si él iba de profesor, su temario tenía muchas carencias y lagunas, no estaba completo. A Magda a veces le desconcertaba su amigo, y si no lo veía un día en la biblioteca de la facultad, no le echaba en falta, cada vez le desagradaba más su presencia, siempre tan perfecto vistiendo y a la vez tan inseguro.

Él se empezó a quejar de ella, diciendo que era muy fría en el trato, que no le besaba ni le abrazaba, cuando lo veía, que no quería con él ningún tipo de contacto físico. Ella lo trataba con educación y justificaba su forma fría de actuar, diciendo que estaba cansada. Él conocía perfectamente sus hábitos de estudio y forma de vida. Aunque esa solo era una excusa barata, para poder marcharse lo antes posible de su lado.

Un día sin venir a cuento Alberto, el guapo investigador, pidió a Magda que se levantara de su asiento y se alejara de la mesa donde estaba estudiando, para que le siguiera por el pasillo de la sala y saliera con él de la biblioteca, porque él tenía que hablar muy seriamente con ella.

Ella obedeció, se levantó quejándose de la silla, dejando sus apuntes en la mesa, y explicando a Alberto que saldría solo un momento, pero que después entraría de nuevo, porque tenía que seguir estudiando.

Cuando los dos amigos ya estaban en el pasillo, al lado de la puerta, él la miró a los ojos, y después le pidió que saliera con él. Ante la petición, ella le miró con sorpresa y desconcierto. Antes que ella le contestara nada o que expresara alguna palabra u opinión al respecto. El investigador decidió marcharse corriendo por el pasillo de la izquierda.

En esos momentos Alberto se dio cuenta que él era diez años mayor que ella, se avergonzó de su comportamiento y dejó a su nueva amiga con la palabra en la boca.

Si él no se hubiera ido, Magda le hubiera dicho que no, que no quería tener novio, que sus únicos amantes eran los tochos que se llevaba todos los fines de semana y las fiestas de guardar a su casa, que no entraba nadie más en su casa y en su vida. Pero ella tuvo suerte, porque él huyó dejándola sola, él la liberó de tener que ponerle mala cara.

Ella no entendía como un hombre podía ser así de raro, porque se dedicaba a edulcorar todas las situaciones de la vida, eso era más típico de una mujer. Y la vida tenía muchos grises y negros, había mucha gente mala y sin educación, y él era tan asquerosamente educado, correcto y perfecto, creía en la bondad de las personas, en el amor y en las mentiras que la gente contaba.

Después de recibir esa proposición tan absurda, Magda no volvió a ver más a su admirador en la biblioteca. Ella suponía que él seguiría yendo a la sala donde se conocieron, cuando ella tenía clase, para no coincidir y no verse en el mismo sitio. Eso sería por la vergüenza que él pasó al pedirselo, debido a la cara de susto y de estupor que ella puso, cuando él le pidió salir.

LAS SALIDAS NOCTURNAS POR LA CIUDAD

La estudiante de filología salía algunas veces de noche, normalmente una noche de cada fin de semana o incluso a veces no salía en el fin de semana, porque para ella lo más importante eran sus estudios, el taller de teatro y su futuro trabajo.

En esos años ella solía salir con dos muchachas más mayores que ella, que no estudiaban, que ya trabajaban, cuyo único fin era encontrar un hombre “decente” con mucho estrés, que trabajaría ya, para casarse con ellos. Por eso esas no entendían los intereses tan extraños que Magda tenía. Pero la joven cuando le apetecía podía salir con ellas, sin darles ningún tipo de explicación.

En esas salidas nocturnas ella llegó a conocer a muchos individuos del sexo masculino en los bares y en las discotecas, pero hombres no vio por ninguna parte. Magda tenía muy claro cómo debía ser un hombre de verdad, un individuo del sexo masculino que quisiera complementarse con una sola mujer en toda su vida. Y los seres que ella se encontraba en sus salidas nocturnas, solo querían pasar el rato con las mujeres guapas y exuberantes que encontraban a su paso, porque ellos eran unas mariposas que iban de flor en flor.

Esos individuos cada vez que salían de noche hacían una gran colección de amigas, algunas se las habían beneficiado ya, otras solo servían para hablar toda la noche de algún problema que tuvieran en sus vidas. Las primeras eran apuntadas en una lista invisible, que mostraban a sus amigos, para retarse entre ellos, quién tenía la lista más larga de conquistas. Las segundas se convertían en las amigas decentes que presentaban a sus amigos, para que esas aconsejarán a todos, porque los pobres estaban muy perdidos en sus vidas. Esos individuos realizaban esa colección tan divertida todas las noches, de todos los fines de semana y de todas las fiestas de guardar.

Bueno algunos individuos tenían los pilares de su vida muy claros, pero esos seguían saliendo con sus amigos solteros, para ver lo que se perdían fuera. Los individuos comprometidos a veces picaban con alguna mujer soltera, y se engañaban así mismos.

Todos los encuentros con esos individuos fueron muy descorazonadores y frustrantes para Magda, y no porque ella pretendiera ligárselos, sino porque ella se aburría mucho con ellos, y después esos no eran sus amigos, eran unos completos desconocidos que la trataban durante unas horas. La mayoría de las veces esos seres estaban más interesados en sus amigas, que eran mucho más guapas y accesibles sexualmente hablando que ella.

Esos individuos eran unos seres mentirosos, egoístas, racistas y despreciables. La mayoría no servían ni para mantener una conversación interesante, por eso ella siempre estaba deseando volver a su casa, para ponerse cómoda, dormir y descansar.

Los tíos que la protagonista conocía de noche se creían la mayoría perfectos, y ninguno lo era.

En una ocasión uno dijo que estaba interesado en Magda, pero le señaló a la muchacha que estaba gorda, y que para salir con ella debía adelgazar unos cuantos kilos de grasa. Otro le dijo que ella no sabía vestirse, y que para llamar su atención, ella debía seguir a rajatabla la moda. Otro le dijo que ella se debía blanquear los dientes, para que fueran perfectos y dignos de mirar. Otro exclamó preocupado que no podía salir con ella, porque no le gustaba su madre, a la que había visto solo una vez y de lejos. ¡Cómo alguien iba a salir con ella, si no era tan perfecta como ellos! ¡Y cuántos plantones ella sufrió con resignación!

Por eso Magda cuando llegaba el domingo a mediodía, después de haber salido la noche anterior, se daba cuenta que el ambiente nocturno que frecuentaba era mediocre. Eso le hacía valorar más lo que hacía de lunes a viernes en su facultad. Ella cada vez estaba más contenta con sus estudios y más enamorada de su carrera.

Después de terminar la carrera, ella dejó de salir de noche, empezó a usar las veladas nocturnas del fin de semana para actividades más gratificantes. Como por ejemplo dormir ocho horas o más en su cama y al día siguiente sentirse como nueva. Como leer un buen libro. Como ver una buena película en su casa o en una sala de cine. O dar un buen paseo relajado por su ciudad, para luego caer rendida en su cama.

EL GRUPO DE TEATRO AMATEUR

¿Cómo Magda llegó a conocer la existencia de la asociación o taller de teatro? Pues de una forma muy sencilla.

Un jueves de principios del mes de octubre por la tarde, cuando las clases de esa primera semana terminaron, Sofia, la madre de Magda fue a recoger a su hija a la facultad, porque las dos habían quedado para ir al cine. La madre se perdió en los pasillos de la misma, buscando la puerta concreta donde había quedado con su hija.

Al final Sofia dando vueltas por el lugar, encontró y vio anunciado un papel tamaño folio de color amarillo chillón, que estaba fijado con unas chinchetas de color azul brillante en un tablón de anuncios de una de las paredes, donde aparecía el nombre y la dirección de esa asociación teatral, donde se decía que buscaban a nuevos actores para la nueva temporada.

En un principio Sofia no pensaba contar a su hija nada sobre ese taller, porque ella estaba siempre muy ocupada con sus estudios, pero como la madre veía a su hija muy aburrida por su falta de amigas. ¡Es que las individuales con las que su hija salía de noche, no se comportaban como unas amigas normales! Esas no quedaban con su hija, para tomar un café los sábados por la tarde, para contarse las cosas que les habían ocurrido a lo largo de la semana, no iban con ella de compras los fines de semana, no iban con ella al cine, y cuando esas conocían a algún chico los sábados por la noche, salían con esos hasta que eran repudiadas a los tres o cuatro meses de haber empezado la relación. En ese amplio período de tiempo esas no se volvían a acordar de Magda.

Su madre veía que esas chicas tenían una relación muy rara con su hija, y Magda estaba muy decepcionada, aunque no se quejará a su madre demasiado.

Cuando la madre localizó la puerta concreta donde habían quedado con su hija. Magda le saludó con la mano derecha, para que su madre avanzara hacia ella.

Cuando la madre llegó a la altura de su hija, Magda besó a su madre con mimo en su cara y le comentó divertida:

— ¡Mamá, otra vez te has perdido! Bueno no te preocupes, que la próxima vez que quedemos, te hago un croquis o un plano de las distintas puertas de la facultad y de las calles que tienen paralelas, para que no te vuelvas a perder.

— Pero... ¿Yo juraría que te expliqué cómo llegar hasta aquí? Bueno no pasa nada, quedan quince minutos para que empiece la película, llegamos en diez minutos a la entrada del cine y a la taquilla del mismo.

Mientras las dos mujeres andaban hacia el cine, Sofia comentó a su hija muy interesada el anuncio que había visto en el tablón de anuncios de su facultad, y le dijo a esta con dulzura: — Magda podías probar para ver qué tal te va en esa asociación. Solo son tres días a la semana, martes, miércoles y viernes, de ocho y media a diez de la noche. El lugar de ensayo está a veinte minutos de distancia de nuestra casa, puedes ir andando o en autobús. Allí podrás encontrar algún amigo o amiga, con los que tengas más en común, que con las amigas que sales los fines de semana.

Magda resopló un poco, y no le aseguró a su madre que fuera a ir, dijo que se lo pensaría, pero primero debían disfrutar de la película que iban a ver, del paseo y de la tarde que estaba empezando a oscurecer.

A la chica la idea de ir a ese taller o asociación teatral le pareció en un principio una buena idea. Pero a ella le daban mucho miedo las situaciones nuevas y las personas desconocidas, le gustaba antes ver y analizar los pros y los contras de las cosas. A lo mejor ella no servía para actuar, podía llegar a hacer el ridículo y le daba un poco de reparo. Y sobre todo no quería perder el tiempo, estaba muy centrada en su primer curso en la facultad, lo primero era estudiar y lo segundo eran los trabajos que debía realizar de las distintas asignaturas. Pero hacer algo distinto y fuera de lo común, le parecía muy excitante.

Su vida era muy aburrida y pensó que tal vez podría cambiar, podría conocer a gente nueva, podría encontrar por fin a unos buenos amigos, tener una pandilla estable para salir y hacer cosas juntos. Y si encima ellos preparaban obras de teatro en el verano e iban a festivales de teatro amateur de otras ciudades, ella podría visitar y conocer otras ciudades que no conocía. ¡Sería genial! Así sus veranos no serían tan aburridos y rutinarios. Ella empezó a pensar que no estaría mal probar, podía ser divertido.

Su madre le aseguró que le esperaría todas la noches para cenar, aunque se quedará dormida haciéndolo, porque ella quería que fuera feliz, que viviera. No era sano que ella se quedará esperando en su casa a que pasase algo en su vida, o que esperase que sus amigas le llamarán, cuando sus ligues de una noche las dejaban plantadas en sus casas, hartos de aguantarlas.

Cuando ellas llegaron al cine, Magda se decidió, le dijo a su madre que no se lo pensaba más, que le diera el papel con la dirección de esa asociación, que buscaría una tarde en la que pasarse, para ver cómo funcionaba. Pero ella no le aseguraba que fuera a asistir todos los días, porque a ella le importaba más su carrera. Y era cierto que ella estaba muy aburrida con su vida, pero podía hacer poco para qué esta cambiará. ¿O eso ella creía?

La primera vez que ella puso sus pies en el local de ensayo de la asociación teatral, fue un martes de mediados de octubre por la tarde-noche. Ella vio a muy pocos componentes, un responsable le apuntó su nombre y sus apellidos, después le dijo que para ser admitida tenía que hacer una pequeña prueba y le dio unos fragmentos de un monólogo de una obra dramática en un papel, que debía prepararse para el próximo viernes. Magda se empezó a agobiar y pensó: ¿Pero cómo me voy aprender esto en menos de tres días? ¡Voy a hacer el ridículo más estrepitoso, y no me va a salir!

La mujer que le dio el papel a la joven, vio en la cara de la chica una gran preocupación, por eso rápidamente tranquilizó a la joven, para que no se agobiara. Ella solo debía estudiar esos fragmentos de la obra que le habían dado en los descansos que tuviera en la facultad, y ya está. Y si hacía falta, ella le ayudaría con una entrada, para seguir y que pasara la prueba.

Después Magda se fue bastante abatida a su casa, ella pensaba que sería todo más fácil, y ese folio le parecía un mundo.

Cuando la joven llegó a su casa, su madre le miró a la cara y le preguntó:

— ¿Tienes algún problema?, porque por la cara que su hija traía, parecía que se le hubiera caído encima el mundo u otra cosa pesada.

En ese momento Magda se lo contó todo a su madre. Ella era la única persona con la que conseguía liberarse o con la que empezaba a ver la solución de todos los problemas, que le surgían en su vida.

Sofía comentó a su hija que no se preocupará, que eso no era un examen, era solo una prueba, para ver la retentiva que tenía. Ella confiaba en su hija, y estaba allí para divertirse, para hacer algo distinto, no para agobiarse. Y luego le siguió aconsejando:

— ¡Magda es normal que te agobies y que te preocupes de tus estudios!, pero no lo hagas por

asuntos que no tienen importancia. ¡Anda dúchate!, que después vamos a cenar.

Magda pensó: Bueno me puedo estudiar ese folio en los descansos entre clase y clase, porque por las tardes y por las noches solo debo estudiar los apuntes de mis asignaturas.

El viernes de esa semana llegó finalmente y la hora que empezaba a funcionar el taller de teatro. La joven se presentó a la prueba en el salón de actos, estaba muy nerviosa, por eso pensó: Si me equivocó puedo disculparme, y repetir otra vez la prueba.

En el lugar había otras chicas y otros chicos menores y mayores que ella, pero no estaban tan nerviosos como Magda, porque ellos sabían que no iban a ser muy duros con ellos, ya que los del taller de teatro necesitaban a nuevos componentes, porque otros miembros del mismo se habían marchado por distintos motivos, y su plantilla había menguado mucho.

El momento de la prueba llegó. La persona que hacía la prueba, llamó a la estudiante por su nombre y sus apellidos. Ella entró en la estancia y empezó a recitar su papel. Magda empezó con mucho ímpetu a declamar, pero cada vez que los minutos pasaban, su tono de voz bajaba por los nervios. Fueron los cinco minutos más horrorosos de su vida, y no porque se estuviese jugando mucho, sino porque ella pensaba que estaba haciendo el ridículo más clamoroso ante unos extraños.

Después de hacer la prueba, ella tenía las manos sudosas de frotárselas, mientras recitaba el texto que contenía el papel, por eso ella lo tiró de mala manera sin darse cuenta.

La persona que examinaba a la joven en la prueba, le dijo que el mismo texto lo dijera con miedo, con sorpresa y con alegría, para ver los matices que ella podía darle al texto. Después el examinador apuntó unas notas en una libreta, le pidió a Magda que abandonara la sala, y que llamase al siguiente participante por el nombre y los apellidos que él le nombró.

La muchacha pasó de estar estresada por tener un nudo en el estómago, a poder respirar profundamente y liberarse de todas las tensiones. Era como si mientras ella hacía la prueba, no hubiera respirado ni sola una vez, y sus pulmones hubieran estado vacíos sin oxígeno y su garganta hubiera estado atascada. Pasados esos momentos de agobio, los examinados esperaron media hora más a los examinadores de la asociación teatral en otra sala, porque les tenían que decir que tal habían hecho la prueba. Los examinadores finalmente salieron a los diez minutos del pequeño despacho, y les dijeron a los presentes en la otra sala, que por supuesto todos estaban admitidos.

A Magda le dijeron que le vendrían bien los papeles secundarios de mujeres jóvenes y de niños. A ella le pareció bien, solo quería participar en algo nuevo, no quería notoriedad ni protagonismo. Si tenía mucha curiosidad por conocer a las personas que podían asistir a esa reunión. Esperaba que esos fueran amables y que no fueran competitivos, porque ya era bastante competitiva y agotadora la vida, para que allí la gente también se pusiera en ese plan.

Eran las nueve y media de la noche y como era el inicio de la temporada en el taller, los integrantes antiguos decidieron que por hoy estaba bien, que era mejor que todos se marcharan a sus casas. El martes de la semana que viene, ellos anunciarían la obra que iban a preparar en los próximos ensayos, repartirían los personajes de la obra entre los integrantes de la asociación, de la obra que representarían ya en el inicio del invierno en los teatros de algunas localidades españolas.

Uno de los responsables del taller pidió a los nuevos integrantes que fueran puntuales a la próxima cita, para que ellos conocieran a los integrantes antiguos, mientras el director de escena llegaba, que era quien asignaba los personajes. También ellos tenían que traer dinero, para pagar su copia de la obra de teatro en papel, que debían recoger en el despacho de Fermín, como se llamaba el secretario de la asociación.

Magda salió muy ilusionada y asustada del local, por una parte iba a hacer algo nuevo y por otra parte era una distracción que le iba quitar tiempo, para estudiar y para hacer los trabajos de clase.

La estudiante se despidió de sus nuevos conocidos, bajó las escaleras del edificio, llegó a la calle, y se fue por el mismo camino que había venido desde su casa, acompañada de una compañera que había conocido en la prueba. Pero enseguida esa conocida se marchó por su lado, para coger su autobús. Como era temprano y había mucha gente caminando por la calle, Magda decidió irse andando sola a su casa.

La joven llegó más temprano de lo que anunció en su casa, y su madre se extrañó al verla entrar por la puerta de su piso. Por eso esta le preguntó:

— ¿Ya estás aquí preciosa?

— ¡Sí, mamá! ¡Es que la prueba fue muy rápida!—. Magda se acercó a su progenitora, y le besó con cariño en la cara. —Allí nos han dicho que el próximo día de ensayo tenemos que venir temprano, porque el director de escena del taller vendrá y decidirá la obra que vamos a preparar esta temporada, para representarla a mediados del mes de diciembre en algunos lugares todavía sin determinar. Las personas que nos han hecho la prueba, nos han dicho que el próximo martes estará todo decidido, deberemos ser puntuales, comprar allí las fotocopias del libreto de la obra, y después el director nos asignará los personajes que deberemos interpretar. ¡Además me presentarán a otros integrantes de la asociación!

— ¡Me alegro, hija!, a ver si conoces a alguna amiga allí, y no estás tan sola.

— ¡Mamá!, me conformo con no ser invisible, poder integrarme en el grupo sin problemas y pasármelo bien. — ¡Me gustaría poder relajarme allí y olvidarme de las tensiones de los estudios!

El martes de la siguiente semana llegó, y Magda se presentó puntual en el local de ensayo de la asociación. Cuando ella entró, toda la gente responsable del taller estaba allí. Estos le dijeron que la obra que iba a representar esa temporada era “El Caballero de Olmedo” de Lope de Vega. Fermín entregó su copia a Magda, y ella le pagó el dinero correspondiente. Pero ella tuvo que esperar un rato más sentada, mientras hojeaba la obra, hasta que los otros miembros del taller vinieron. Sus nuevos compañeros fueron llegando poco a poco al lugar.

Cuando Magda terminó de leer el libreto, levantó la cabeza y se fijó en un grupo de gente joven arremolinada en unos asientos del salón de actos. Ella se levantó de su asiento, se aproximó a los desconocidos para saludarlos, sonrió a sus nuevos compañeros y luego les saludó:

— ¡Hola, yo me llamo Magdalena!, pero todo el mundo me llama Magda y ¿ustedes cómo os llamáis?

Una chica, cinco centímetros más baja que Magda, muy blanca, delgada, con los ojos castaños, el cabello castaño rojizo, abundante y lacio, que estaba sentada mientras Magda hablaba, giró la cabeza enseguida y le contestó a esta:

— ¡Ah, hola!—, yo me llamo Mónica. — ¿Tú eres una de las chicas nuevas que ha entrado este año, no?

—Sí.

— ¡Pues te voy a presentar a los demás! ¡Esta es mi amiga Lola!

En ese momento una mujer rubia de cabello largo y rizado, con unos ojos azules y una cara muy maquillada, extremadamente delgada y estrecha de caderas, vestida con el último modelo de blusa y pantalones saludó:

— ¡Hola!

— ¡Hola!

— ¡Esta es mi amiga Olivia!—. Mónica señaló con la mano derecha a una chica muy blanca, de

cabello largo, castaño y rizado, con unos ojos verdes muy tristes, de cuerpo delgado y muy desgarrado, que vestía con unos pantalones de pinzas oscuros y una camisa blanca muy holgada. Mónica siguió con las presentaciones. — El chico que viene corriendo por el pasillo es José Manuel, mi novio y futuro marido. Este llegó a paso ligero por el pasillo hasta el lugar donde su novia y el resto de sus compañeras estaban. Y Él también le saludó.

Ese muchacho a Magda le hizo mucha gracia. Ella se dio cuenta que era muy amable y cariñoso, que no pegaba nada con su novia y con los humos que se gastaba.

Mónica explicó a la joven estudiante, que ella estaba todavía estudiando la carrera de ingeniería química, pero que le quedaban algunas asignaturas, que pensaba aprobar este año o el año siguiente. Después ella no sabía qué hacer con su vida. Bueno sí, casarse con su novio de toda la vida: José Manuel. Y ella siguió explicando que su novio había terminado de estudiar la carrera de ingeniería civil, estaba ya trabajando en una empresa de ingeniería y construcción de edificios, porque era un muchacho muy trabajador, y que los dos estaban muy enamorados.

Lola explicó que era abogada y estaba ya trabajando, tenía novio y se llamaba Pablo. Este venía a veces a verla actuar, aunque él no entendía su afición por el teatro.

Olivia relató que era graduada social, que ya trabajaba, y no tenía novio en esa época. Eso hacía que ella estuviera muy nerviosa, aunque parecía muy agradable.

Estas tres mujeres eran muy amigas y todo lo hacían juntas: salir, hablar más de la cuenta de la gente que conocían o cómo ellas decían “hacer punto”, ir de compras, etcétera.

Magda comentó a sus nuevos amigos que estaba estudiando filología, y cuando terminase pensaba estudiar un posgrado en traducción, para convertirse en traductora.

El resto de los miembros del taller eran más mayores y también amables, por eso ellos no tuvieron ningún reparo en presentarse a la joven con mucha educación. Por último Teresa le saludó, que era una profesora de literatura, muy aficionada al teatro, sin pareja, que ayudaba a Fermín a enseñar a todos las obras que iban a representar.

Trascurrió una hora, y como el director de escena no venía, sus nuevos compañeros empezaron a relatar a la estudiante cómo funcionaba la asociación. Ellos le explicaron que faltaban más compañeros jóvenes, que no habían venido esa tarde, pero que vendrían los próximos días. Entre ellos estaba Alejandro, que era abogado; Andrés que también era abogado; Pedro y César, que estudiaban magisterio; Ramón que estaba estudiando derecho; Julio que estudiaba el último año de derecho; Paco, que ya era abogado y María Luz, su novia, que estudiaba magisterio. Cuando ella terminará su carrera, los dos se casarían.

Sus nuevos amigos comentaron a la joven estudiante que no tenía de que preocuparse, porque siempre iba a estar rodeada de gente joven. Lo que si le advirtieron, es que ella debía tener cuidado con el director, ya que era muy cruel, estúpido y arbitrario. Cuando a ese le daba por fastidiar a una persona determinada, podía ponerla en cualquier momento en evidencia. Después de la advertencia, ella agradeció a sus nuevos conocidos el consejo.

Sus nuevos compañeros le siguieron contando, que era normal que el director viniera tarde y con prisas al taller. Después él estaba con ellos un buen rato observando las escenas que habían preparado solos, y les hacía a cada uno unas indicaciones, que debían corregir de sus personajes, para luego marcharse corriendo de allí, porque él también se dedicaba a otros menesteres. Por eso cuando el director de escena venía, estaba casi siempre muy estresado y enfadado con todo el mundo.

Finalmente Javier, el director del taller de teatro, apareció por el local de ensayo, se metió corriendo en el despacho, donde Fermín, el secretario, y Teresa, su ayudante, se recogían. Allí los

tres estuvieron hablando un cuarto de hora con la puerta cerrada. Después los tres salieron del despacho, y reunieron a todos los actores a su alrededor en el salón de actos.

El director miró a todo el mundo y se fijó en las caras nuevas que había en el lugar, les dio la bienvenida a todos e inauguró el año teatral con un discurso breve. Después él explicó la obra que se iba a representar: “El caballero de Olmedo”. Luego él preguntó a las nuevas incorporaciones que esperaban de su asistencia al taller.

Cuando el turno de contestación de Magda llegó, a ella le dio mucho reparo hablar. El director se dio cuenta de su vergüenza, y le preguntó a esta muy amablemente:

— ¡Guapa! ¿Qué te parece la obra que vamos a representar?

Magda quería que la tierra se le tragara, era su primer día allí, y ya era el centro de atención de todos.

— ¡Qué bochorno más horroroso! Si el director hubiera sabido que ella solo iba a pasar el rato, y ya está. A ella no le quedó más remedio y le contestó mirándole de reojo:

— ¡Ah, bien!, me parece bien, no conocía bien esta obra de Lope de Vega, me sonaba solo por el nombre.

El director viendo lo cortada que estaba la nueva chica, siguió hablando a todo el mundo:

—Bueno estáis esperando que os diga a quien le corresponde interpretar cada personaje. Pues don Alonso, que es el caballero de Olmedo, lo tendrá que preparar José Manuel; doña Leonor será Lola; doña Inés será Mónica, Fabia, la alcahueta, será Magdalena; don Rodrigo será Alejandro; Tello, el criado de don Alonso, lo hará Paco; el padre de doña Inés y de doña Leonor será Pedro; don Fernando, amigo de don Rodrigo, lo hará César; y el resto de los personajes menores, que están escritos en el tablón de anuncios, se repartirán entre los integrantes que quedan sin nombrar.

Después del reparto de los personajes, el director de escena citó y habló a cada uno de los integrantes del taller sobre el personaje determinado que debía representar en el despacho, para darles unas pequeñas indicaciones de cómo debían encararlo. Y finalmente Javier se fue tan rápido como había llegado al lugar.

A la marcha del director la mayoría de la gente se arremolinó en un corro en el salón de actos, para discutir y criticar al director de escena, porque ellos no estaban de acuerdo con la designación de los papeles. Mónica no estaba de acuerdo, porque Magda no llevaba ni solo un día con ellos y el director le había dado un papel muy importante en la obra. Y su amiga Olivia, que llevaba varios años viniendo, se había quedado sin un papel protagonista o secundario. ¡Eso no era justo! Otros decían que no servían para nada las quejas, todos sabían lo arbitrario que era el director. Aunque ellos también afirmaron que quién los dirigía, acertaba la mayoría de las veces en sus decisiones.

El secretario del taller dijo a todos que pararán de protestar, que eran casi las diez de la noche, que ya era hora de terminar, para que todos se fueran a descansar a sus casas. La discusión se pospondría para el siguiente día de ensayo.

Todos obedecieron, fueron saliendo y bajando las escaleras poco a poco hasta llegar a la calle, para recoger sus vehículos aparcados o para dirigirse a las paradas de los autobuses, a las que debían ir para coger el transporte público, para llegar a sus barrios y a sus domicilios respectivos. Algunos se marcharon a un bar cercano, para seguir celebrando el reencuentro tras el verano. Magda bajó como todos a la calle, le preguntó a la mujer mayor que había conocido el otro día, si podía irse con ella por el camino, y esta aceptó.

El miércoles llegó, y también la hora de empezar a preparar los personajes de la obra en la

asociación. Magda entró en el taller, se extrañó de la poca gente que había llegado, siendo ya la hora de empezar.

Fermín y Teresa le dijeron a la nueva integrante del taller, que no se preocupará por ese detalle. Ya que era normal que muchas personas no vinieran al ensayo, porque muchos aprendían su papel en casa. Cuando lo tenían memorizado, entonces ellos venían al taller a ensayar con sus otros compañeros, para montar las distintas escenas. Eso ocurría un mes y medio antes de las representaciones. Magda no sabía si irse a su casa o quedarse. Teresa la vio tan agobiada, que le sugirió que estudiará sola un rato su papel, y después ella le preguntaría el texto de su personaje. Ellas lo hicieron así hasta mediados de noviembre de ese año.

En la tercera semana del mes de noviembre Magda empezó a no estar tan sola, porque el resto de sus compañeros empezaron a venir al taller, para montar las escenas de la obra.

¡Era curioso!, pero ella siempre tenía al lado a Alejandro, a Julio, a José Manuel, a Andrés, a Mónica y las otras chicas desgranando las características de los personajes. Alejandro era un muchacho muy serio, unos años mayor que ella, que le pedía siempre educadamente estar sentado a su lado, muy callado.

Mientras César, otro de sus compañeros jóvenes, sonreía mucho a la joven, procurando rozarle en cualquier ocasión con su cuerpo o tocarle el cabello. Ese individuo parecía un gato rondándole, y a ella le daba mucho repelús su comportamiento.

Otros compañeros como Pedro y Paco le rehuían, como si ella tuviera la peste. La chica no entendía a sus compañeros jóvenes.

Un día la joven estudiante preguntó a una compañera, que les pasaba a esos dos que estaban siempre tan ariscos con ella y con otras chicas. Y esta le explicó:

— ¡No te preocupes mujer! ¡Es que ellos tienen una novia, y les parece mal tomar confianzas con cualquier otra chica!

Los componentes más jóvenes del taller a veces salían temprano del ensayo, y casi todos se iban juntos a tomarse algo en el bar de la esquina, porque todos eran buenos amigos. En esas ocasiones ella se quedaba con Olivia bastante tiempo, porque le acercaba a cinco minutos de su casa en su coche. Esta última práctica con el tiempo se volvió continua, lo que produjo el cansancio de su nueva amiga. Olivia se quejó a su joven compañera, diciéndole que no era la hermana mayor ni la niñera de nadie.

Magda no quería problemas con nadie, por eso optó por ser inteligente, decidió no volver a molestar a su compañera mayor con el mismo asunto. Ella se dio cuenta que había reuniones en las que no pintaba nada. Por eso cuando terminaban los ensayos, ella dejó de quedarse con sus nuevos amigos jóvenes para tomarse algo en un bar. Ella se iba caminando sola o con las mujeres mayores, que fueran por su mismo camino, para llegar a su casa.

A primeros del mes de diciembre el director de escena apareció de nuevo por el local de ensayos, para supervisar y montar todas las escenas de la obra. Esos días Magda empezó a trabar amistad y a conocer poco a poco como eran los componentes de la asociación. ¡Era tan raro y gratificante tener tantos amigos! Bueno al menos era lo que ella pensaba. ¡Y el director era tan amable con Magda! Eso último escamaba bastante a la protagonista. ¿Pero no decía todo el mundo que él era un ser muy desagradable?

Un día Javier, el director, anunció a todos que representarían la obra en tres pueblos de Sevilla: en Osuna, el viernes 20 de diciembre, en Herrera, el sábado 21 de diciembre, y en Villaverde del Río, el domingo 22 de diciembre.

Magda se puso muy feliz y nerviosa con la noticia. Sus compañeros sonreían satisfechos. Esa

noche después que el director se fue del taller, ellos empezaron criticarlo y cada uno expuso sus objeciones sobre las actuaciones.

Según ellos siempre representaban las obras en cualquier sitio, nunca en la capital. Aunque a ellos les encantaba la idea de exhibirse en cualquier parte y demostrar los buenos actores que eran. Los disfraces de la obra estaban guardados en la sala interior del taller de teatro y la sastra debía darle los últimos retoques, para adaptarlos a los actores.

A mediados del mes de diciembre llovió mucho en la ciudad y en los alrededores. La estudiante estaba muy nerviosa, pensó que si faltaba al ensayo final y al día del estreno no pasaba nada, alguien le podría sustituir. Pero en el último momento ella cambió de opinión, porque se iban a enfadar con ella si faltaba, por eso decidió presentarse.

El día del estreno llegó, el tiempo seguía lluvioso y Magda seguía muy nerviosa. Esa misma tarde ella llegó al lugar de la cita con diez minutos de adelanto, donde el autobús de la asociación les recogería. Ella tuvo que esperar al resto de los integrantes de la compañía, para subir al autobús e ir al pueblo donde sería la primera representación. Finalmente todos sus compañeros aparecieron en el lugar de la cita, y también apareció el autobús, que les debía recoger.

En el trayecto de su ciudad al pueblo sevillano, Mónica se puso hablar en voz alta de los hombres que le gustaban, y después contó cómo conoció a José Manuel. Luego ella se puso a criticar los cambios de última hora en la obra. Cuando Mónica se ponía hablar sentaba cátedra, era una plasta, se creía que lo sabía todo. Encima sus amigas le daban la razón en todo, y todo el mundo debía callarse. El trío de amigas eran insufribles.

En esos momentos de discusiones acaloradas Magda prefería callarse, como era una chica de dieciocho años, sus nuevas amigas decían que ella era una cría, que no había vivido lo suficiente, no podía opinar de ningún tema escabroso y complicado.

El autobús llegó al pueblo, todos bajaron del mismo, se dirigieron cargados con sus disfraces y demás bártulos hacia el teatro, entraron dentro, cada uno ocupó el camerino que le correspondía. Luego ellos fueron hacia la escena, para hacer el ensayo general sin ponerse la ropa de la obra, ya que Fermín les anunció que Javier, el director, lo había llamado por el móvil dándole instrucciones precisas:

— ¡Todos debían ensayar algunos pasajes concretos de la obra, antes de actuar!, esos que él decía que nos estaban claros.

El ensayo empezó. Javier, el director, estaba muy nervioso, quería que no hubiera fallos en las dos actuaciones que iban a realizar allí. ¡Qué agobio! ¡Pero si ellos no eran actores profesionales! El director afirmaba enfadado, que si ellos no actuaban bien su prestigio estaba en juego, y por la equivocación de uno, todo iría mal.

En ese instante ocurrió algo muy extraño. Magda se dio cuenta que un desconocido le miraba fijamente desde lejos. Como si ese individuo nunca hubiera visto a una chica normal. Ella destacaba por ser una persona muy sencilla y por estar siempre embutida en mucha ropa.

Esa tarde ella no pensaba salir de su casa, por eso cuando decidió finalmente salir a la calle, se vistió con lo primero que encontró en el armario. Ella vestía con un chaleco interior de algodón de mangas largas de cuello vuelto de color verde y encima llevaba un jersey blanco de lana, debajo llevaba puestos sus pantalones anchos de pana negra, calzando sus calcetines burdeos y sus mocasines marrones de piel. Ella iba sin maquillaje en la cara, con el cabello sucio, muy hinchado por la humedad, recogido en una cola de caballo con una gomilla negra.

En un descanso del ensayo, Magda abandonó a sus compañeros en la escena, se fue sola hacia el camerino, donde había dejado todas sus cosas, para coger de su bolsa unos pañuelos de papel

limpios, porque ella tenía un catarro horroroso. Pero ella se equivocó de pasillo y en vez de abrir la puerta de su camerino, abrió al azar la puerta de otro camerino.

En ese instante el director de escena y un muchacho muy parecido físicamente a él, aparecieron ante ella. Ella se fijó más en el muchacho, y se dio cuenta que era el joven que le estaba observando insistentemente desde lejos, mientras ella ensayaba.

La joven se quedó callada y sorprendida al encontrarse a los dos hombres.

El director del taller de teatro miró con una gran sonrisa a la muchacha, y sin esperar que ella articulase alguna palabra o que se disculpara por la equivocación, pidió a esta que saliera con su sobrino.

Magda pensó que el director se estaba riendo de ella, por la fama que tenía entre sus compañeros del taller de ser una persona cruel y despreciable. Y ella sin pensárselo mucho, dijo que no con la cabeza. ¡Es que era un completo desconocido! ¡Qué sí que era guapo!, eso no lo podía negar. La situación era muy desconcertante, ella no se la esperaba. Además ella siempre se sentía más segura diciendo que no a todo. Después ya vería si se había equivocado o no, o si podía arreglarlo más adelante. A ella le desconcertaba las situaciones nuevas, y era preferible decir a todo que no, por si acaso.

Magda estaba asustada, por eso se marchó de allí corriendo, presa del pánico, pero callada, muy callada, no pensaba decirle a nadie lo que había pasado. ¡Qué equivocación más tonta! ¡Y qué situación más absurda! Al final ella encontró su camerino en el pasillo de la zona izquierda, abrió la puerta, cogió los pañuelos que necesitaba y regresó corriendo al escenario, para seguir ensayando con sus compañeros, como si no hubiera pasado nada.

En el escenario todos sus compañeros estaban hablando. Ellos al verla regresar un poco sofocada, le preguntaron qué le pasaba, porque estaba muy nerviosa y colorada. Y ella para justificarse les dijo a todos:

— ¡Nada, nada! ¡Es que me he despistado!, que no encontraba la puerta para entrar en el escenario.

En ese momento Javier, el director, entró en el escenario acompañado de su sobrino. Magda cuando vio a ambos hombres, se quería esconder en el hoyo más profundo del lugar. Pero ella siguió actuando y terminó con bastante disimulo el ensayo.

La hora de la actuación llegó, se abrieron las puertas del teatro, y los actores empezaron a salir a escena, para representar la obra dos veces.

Cuando todos terminaron de actuar, regresaron al camerino, se cambiaron para ir a cenar a un restaurante, para después regresar a su ciudad de origen.

Cuando ellos estaban en la calle, esperando que les recogiera el autobús, Magda se enteró como Mónica comentaba al resto de sus compañeros jóvenes, el divertido incidente que la estudiante había tenido con el sobrino del director. Mientras sus compañeros la miraban con los ojos abiertos como platos, muy escandalizados. Magda se quedó callada, porque lo estaba pasando fatal. Desde entonces sus compañeros empezaron a mirarle de otra forma, ella pasó de ser la nueva niña pequeña del taller, a ser tratada como una vampiresa.

El segundo día Magda seguía intranquila, porque se sentía culpable por la frustrada proposición del sobrino del director. Por eso antes de irse a la calle y ver de nuevo a sus compañeros en el lugar de encuentro, ella habló con su madre. Ella creía que el director y su sobrino habían sido, a pesar de su desconcierto, muy educados con ella. Y ella no había sabido reaccionar. Ella estaba preparada para encarar el fracaso y los sucesos malos, pero no para que le pasasen cosas buenas.

Y Sofía aclaró a su hija:

—Si el muchacho te agrada y es buena persona, porque no pruebas a salir con él.

Magda contestó a su progenitora:

— ¡Es que un novio no entra en mis planes de futuro! Me quitaría tiempo para estudiar y me llenaría la cabeza de pájaros e ilusiones vanas, perdería el tiempo haciendo planes para el futuro.

Ella había aprendido a vivir sin ilusionarse, gracias a su padre, y le horrorizaba oír a las chicas de su edad, cuando hablaban de sus novios y de sus planes de futuro con estos. Ella creía que esos planes de futuro eran unas cajas llenas de ideas, que podían materializarse en la realidad, si la interesada se unía con un hombre que no fuera un egoísta y un machista. Y en su ciudad por desgracia abundaban los hombres machistas y egoístas.

Y su madre le reiteró de nuevo:

— ¡Debes probar! ¡Debes conocerlo! Si no te podrás arrepentir de no haber aprovechado esa oportunidad. — ¡Además es más sano salir con alguien, que no estudié lo mismo que tú!

Después de oír el consejo de su madre, Magda pensó que su progenitora tenía razón y que haría algo al respecto.

Esa misma tarde de sábado, en el siguiente pueblo donde ellos representaban la obra, Magda coincidió con el sobrino del director en el pasillo del camerino del teatro. Ella le sonrió y después quiso hablarle.

Pero Javier, como así se llamaba el muchacho, no quería que ella le dirigiera la palabra, estaba muy enfadado con ella, creía que ella se iba a reír otra vez de él. Magda insistió en acercarse y hablarle. Pero él se ríó en su cara, le trató como si fuera una niña pequeña. Luego él se marchó a paso ligero a su camerino, acompañado de su primo. Después la obra se volvió a representar.

El sábado por la noche los actores terminaron de actuar, todo el grupo se cambió en sus camerinos y se fueron a cenar a un restaurante, para celebrar el éxito en las actuaciones. Magda se sentó al lado de algunas mujeres mayores, cerca de Alejandro, Paco, Marí Luz, Pedro y del pesado, desgarbado y feo de César. Aunque ella seguía mirando de reojo al sobrino del director.

El domingo se hizo la última representación a la una de la tarde en el lugar acordado. Ese día César se dedicó a perseguir a Magda en su camerino e incluso en el servicio de las mujeres. Ella estaba asfixiada y muy cansada de él, por eso pensó: ¿Este tío qué quiere de mí?

La representación teatral del domingo se produjo con éxito, y cuando terminó los actores se fueron hambrientos a almorzar en un restaurante. Magda estuvo comiendo y hablando con varios compañeros, entre ellos con César, que decía ser un amante del cine. Y a ella se le ocurrió una idea, que los dos podían ir juntos al cine una tarde, por eso ella le pidió el teléfono de su casa, para tener un amigo con el que ir al cine, para despejarse un poco entre examen y examen. Él le aclaró que estaba muy liado con sus estudios, pero que podría sacar un poco de tiempo, para ir con ella al cine.

En esa misma comida Magda se fijó en Pablo, que estaba sentado con Lola, su novia en la mesa, al lado de Mónica, José Manuel y Olivia. A ella no se lo presentaron, pero Magda preguntó a los demás:

— ¿Quién es ese individuo?, y ellos le dijeron que era el famoso novio de Lola. Ella se fijó más en él, porque era muy raro, no era muy alto, pero sí delgado, poseía una cabeza redonda y pequeña, el cabello pelirrojo y lacio. En su cara blanca tenía unos mofletes gorditos y sonrosados, unos ojos castaños muy pequeños debajo de unas gafas y unos cristales de gran aumento, porque él era miope, su nariz y su boca también eran pequeñas.

En un momento de la velada Magda se dio cuenta que ese individuo le estaba mirando con desprecio desde lejos, y ella le sonrió cuando se dio cuenta. Ella pensó en ese momento: ¡Qué

individuo tan estúpido!, aunque él y su novia se parecían mucho, porque eran iguales de desagradables y artificiales en el trato con los demás. Los dos eran la pareja ideal, y a Magda no le interesaban las personas tan frías y desagradables. Ella se conformaba con que el grupo en general le aceptará como un miembro más.

Ese mismo domingo cuando todos iban a volver a casa en el autobús, después de almorzar todos juntos, a Magda le dieron ganas de volver a acercarse a Javier, el sobrino del director, que estaba sentado solo lamentándose de su mala suerte con las mujeres. Ella quería hablar con él y decirle que había cambiado de idea, que estaba dispuesta a salir con él. Pero ella temiendo un nuevo rechazo de él y una posterior huida, se quedó parada mirándole desde muy cerca, antes de subir al autobús e irse a su casa con todos sus compañeros.

Esos tres días fueron muy agobiantes para Magda, porque tuvo sus primeras actuaciones teatrales, porque dos individuos masculinos estuvieron pendientes de ella, y encima ella había rechazado una extraña propuesta sentimental. Los tres días estuvo actuando con mucho estrés, porque era algo nuevo para ella, y ella quería que saliera todo perfecto. El sobrino del director le ignoraba cuando ella lo saludaba y había gente delante. Y encima el director del taller estaba muy enfadado con ella, por despreciar a su sobrino.

Magda era muy buena persona, y no pensaba vanagloriarse de haber rechazado al sobrino del director. A ella le hacía mucha gracia el muchacho, él tenía tanto interés en ella, y ella no entendía por qué. ¡Pero si él no la conocía de nada! ¿O sí? ¡Era imposible que él hubiera estado enamorado de ella!, porque él no la conocía. Y ella no pretendía hacer daño a nadie, y no entendía un enamoramiento tan repentino. ¿O el sobrino se había encaprichado de ella? Todo parecía una broma pesada del director.

Ella no había rechazado a su sobrino porque fuera feo, era muy guapo. Él tenía el cabello castaño, muy rizado y abundante, era ancho y fuerte, de estatura mediana y era tres años mayor que ella.

Ella no entendía los flechazos y hasta esa fecha nadie se había entusiasmado con ella tanto, que recordase. La situación que Magda estaba viviendo en esos momentos era muy extraña. Toda la vida se la había pasado sola y aburrida al lado de su madre. Los individuos del sexo masculino no le echaban cuenta, decían que era sosa, fea y que no tenía ningún atractivo sexual. Y esos tres días ella fue una chica deseada por varios individuos del sexo masculino. ¿Qué es lo que estaba pasando?, si ella no se lo había propuesto, ni había hecho nada para que pasase. Si nadie le ganaba a desaliñada y descuidada. Y los chicos de su edad le ignoraban, era una pérdida de tiempo arreglarse.

Ella se dedicaba a hacer cosas más productivas cuando tenía un poco de tiempo libre: leer, estudiar, ir a exposiciones, ir sola o con su madre al cine. Y cuando ella salía con sus amigas de noche no pasaba nada memorable que contar, ella estaba deseando llegar a su casa, para ponerse cómoda y dormir. Ella no era experta en el tema de los hombres.

Después de esos tres días tan extenuantes de emociones, ella se despidió de sus compañeros hasta el mes de enero del año siguiente. Fermín, el secretario, antes que todos se fueran de vacaciones, les recordó a todos que a primero de enero les esperaban en el taller, cuando empezarían a preparar una nueva obra de teatro, que representarían ya a finales de junio.

Pasaron las Navidades y el nuevo año empezó. A principios de enero Magda llamó por teléfono al secretario del taller, le dijo a ese hombre que tuviera consideración de ella, que tenía que presentarse a los exámenes de la facultad desde mediados de enero hasta mediados de febrero. Ella le contó que no tenía tiempo material para asistir a los ensayos. Ella le pedía que le

disculpará por su ausencia, pero le aseguraba que cuando terminará los exámenes, volvería a ir allí, y sería la primera asistiendo a los ensayos. También ella le pidió al secretario, que comentará al director, porque iba a faltar a la asociación teatral, y que él le asignara un pequeño papel, para poder interpretarlo en la próxima obra.

A finales del mes de enero Magda estaba muy agobiada con los exámenes, por eso se le ocurrió ir al cine, para despejarse un poco. Ella llamó por teléfono a César, el chico con quien estuvo hablando en la última comida después de las actuaciones teatrales, para no ir sola al cine. Ella le llamó por teléfono un jueves, y los dos quedaron en verse frente a la sala del cine el viernes siguiente.

Su amigo vino tarde a la cita, y cuando apareció, se disculpó con su nueva amiga pagándole la entrada del cine. Ellos entraron en una sala distinta de la película, que pensaban ver en un principio, porque la otra había empezado hacia media hora. Ellos entraron en una sala, donde ponían una película policiaca, que él eligió, que no estaba del todo mal. Cuando la película terminó, ellos salieron del cine, y después se fueron a otro sitio. Ella no se opuso a acompañarle, con la condición que después le trajera hasta su casa.

Por el camino César y Magda estuvieron hablando, y el tema central de la conversación, dirigido por él, fue Javier, el director de escena, y su sobrino. César admitió abiertamente ante a su nueva amiga, que él sentía mucha envidia del director del taller de teatro y de su admirador frustrado. Después él intentó propasarse con ella, pero no lo consiguió.

Al no conseguir su objetivo, César se enfadó mucho con Magda, pero decidió acompañarla hasta su casa. Antes que él se fuera a su casa, los dos quedaron para el día siguiente, y para el sábado de la semana siguiente. Esa última noche el joven estaba muy molesto con la joven estudiante. Ella se lo notó. Después él la abandonó pronto, dejándola con sus amigas.

Magda volvió a ir a los ensayos del taller el doce de febrero, como había prometido a Fermín. La obra que se iba a representar era "la Vida es Sueño" de Calderón de la Barca. El primer día que ella entró en el local, saludó a todo el mundo, y enseguida fue al despacho de Fermín, para comprar la copia de la obra. Los personajes se habían repartido ya entre sus compañeros. La lista empezaba así: Segismundo sería Alejandro; Rosaura sería Lola; Basilio lo interpretaría José Manuel; Clotaldo sería Paco; Astolfo lo haría Andrés; Estrella sería Mónica; Clarín lo interpretaría Magda, el resto de los personajes se repartieron según la edad de los componentes o sus características físicas.

Cuando Magda vio la lista pensó: Menos mal que no he estado aquí el día que se fijó la lista con los personajes. Así me he ahorrado ver al director, escucharle sus tonterías, y que me echará en cara el mal de amores de su sobrino. Ella se imaginó a Mónica relatando, porque no estaba de acuerdo por el reparto de los personajes.

La estudiante pensó: Por lo menos mi personaje no es tan complicado, ni me tengo que pintar demasiado, ni me tengo que llenar el pelo con talco. ¡Qué alivio!

El ambiente en el local estaba muy tranquilo, había muy poca gente ensayando. Teresa le dijo a Magda que estudiará un rato su papel, y después ella podría preguntarle por el mismo en las distintas escenas. Teresa dio a la joven las instrucciones precisas que el director había dejado sobre su personaje.

Magda pensaba a veces: ¿Para qué vengo aquí?, porque el resto de sus compañeros no venían al taller, y no se podía ensayar las escenas en conjunto. Sus compañeros se creían tan importantes, lo sabían todo, y luego al final había que machacar tantas veces las escenas y todos ellos salían muy

tarde de los ensayos, sobre todo los últimos días antes de las actuaciones. A veces ella pensaba seriamente que estaba perdiendo el tiempo en ese lugar.

La noche del 13 de febrero, que era jueves. César citó a Magda en una calle, sin nadie conocido delante, porque él no tenía mucha amistad con ella en el taller de teatro y tampoco tenía ningún tipo de relación con ella fuera. Él le confesó a esta, que su madre no quería que se echase novia hasta que no terminará sus estudios y encontrará un buen trabajo, por eso él no tenía más remedio que dejarla.

Ella no se lo podía creer, después de salir con ese impresentable tres noches, fue mandada a tomar mucho viento fresco. Y ella se quedó con la sensación que César le había tomado el pelo. La estudiante alucinaba con la situación, no entendía como había empezado una relación tan extraña con un individuo tan feo, que luego decidía dejarla, poniendo a su madre de excusa. ¿A qué jugaba? Magda no estaba enamorada de él cuando salieron, tampoco le gustaba, solo quería un amigo para ir al cine. Y ese individuo solo quería utilizarla sexualmente, para luego tirarla a la basura. ¡Menos mal que no lo consiguió!

Esa mala experiencia a Magda le sirvió, para aprender bien la lección. Desde esa noche ella decidió que sería muy fría y distante con sus compañeros del taller del teatro.

El tiempo pasó y en una de esas noches que sus compañeros no venían a los ensayos, Andrés entró en el local. Este era un muchacho de unos veintitrés años, de mediana estatura, delgado, moreno, con el cabello castaño, lacio y bien cortado. Cuando él entró en el local, saludó a todos los que estaban presentes. Como él no conocía a Magda le preguntó a Teresa:

— ¿Cómo se llama la nueva incauta que ha venido al taller?

Ella, al escuchar su comentario, se presentó dándole la mano y sonriéndole.

Andrés extrañado de tanta frialdad y educación en una mujer, le preguntó cuándo había venido por primera vez al taller y qué papel le había tocado en suerte representar en esa ocasión.

Magda escuchó atentamente a su nuevo compañero, le parecía simpático y bastante amable, pero no se fiaba.

Esa noche el ensayo terminó, y su nuevo conocido le preguntó que donde vivía.

Ella le explicó la zona más o menos por donde residía.

Y él le explicó muy galante, que de ahora en adelante le acompañaría andando hasta su casa, porque el autobús que tenía que coger, para volver todos los días a su domicilio, pasaba muy cerca de su casa.

Su nuevo amigo estuvo acompañándola andando durante un mes desde el taller de teatro hasta su barrio. E incluso él a veces le acercaba hasta el portal de su casa, sin pasarse, sin tocarle en ningún momento un pelo. Era una situación muy extraña, pero lógica porque ellos se estaban conociendo.

Andrés era un chico muy agradable y simpático, Magda se reía continuamente con él y podía hablar de cualquier cosa. Ella se sentía muy rara, porque su nuevo amigo no se avergonzaba que nadie lo viera con ella.

Un día antes que el mes expirará, este comentó a la joven que tenía pensado salir con ella, como su novio, pero se daban tres inconvenientes para que ese hecho no pudiese ocurrir nunca. El primer inconveniente que se daba era que Magda estaba empezando a estudiar su carrera y él estaba terminándola, y si él quería formalizar una relación con ella, él debería esperarse, y eso no entraba en sus planes. El segundo inconveniente que había era que Magda había estado saliendo con César, sin que nadie lo supiera, y este le había tratado fatal, por lo que ella no tenía ganas de tener ninguna relación sentimental con nadie, por lo menos durante un tiempo bastante largo. Y el

tercer inconveniente que ocurría era que Magda quería que él fuera primero su amigo durante un tiempo muy largo, para conocerlo bien, antes de convertirlo en su novio y salir con él en serio.

Después de pasado el mes de rigor, Andrés no consiguió nada de Magdalena, ni tocarla, y menos salir con ella a solas alguna noche de algún fin de semana. Por eso su nuevo amigo se enfadó con ella, dejó de acompañarla hasta su casa. Y ella tuvo que volver a recurrir a la compañía de las mujeres mayores del taller de teatro, para volver sana y salva a su casa.

El tiempo siguió pasando, Andrés empezó a decir a todo el mundo que había perdido el tiempo. Pero él se buscó rápidamente una sustituta o una nueva novia entre las compañeras de su facultad, que también estaba estudiando el último año de la carrera. De este hecho Magda se enteró enseguida, gracias a una compañera de clase de Andrés, que era amiga suya. Además Andrés dejó de hablar a la muchacha, y si esta le dirigía la palabra de forma normal, para hablar de la obra en el taller o de otra cosa, él empezaba a gritarle ante todos y a burlarse de ella, como si ella le hubiera hecho algo horrible. Bueno según él despreciarle.

La joven estudiante estaba desolada, era imposible conseguir un amigo del sexo masculino en ese lugar, solo querían aprovecharse sexualmente de ella, o convertirla en una novia florero. A sus compañeros les parecía mal que ella estudiará. ¡Ninguno se enamoraba de ella de verdad!

Pasaron los meses y a los oídos de Magda llegó el rumor, porque no estuvo cuando eso ocurrió, que Lola, su compañera del taller de teatro, había contado a todos que su querido novio le había abandonado después de estar juntos tres años de novios. Ella estaba desolada y asqueada de la vida. Después Lola había comentado a sus amigas solteras del taller, que volvía a ser libre, para salir con ellas los fines de semana o para tomarse una copita después del ensayo.

Ella decía que Pablo no le había dado una razón concreta para dejarla, bueno sí que no estaba a gusto con ella. Pero que ambos habían quedado como amigos. Eso último ella lo decía para disimular ante todos, porque un día Magda se enteró que eso no era así. En una conversación casual que ella escuchó una tarde, cuando las tres amigas se cambiaban en el camerino y pensaban que no había nadie más. Lola contó a sus amigas que Pablo había conocido a una nueva chica y se había enamorado de ella, por eso la dejaba.

A Magda enterarse de ese chisme no le sirvió de mucho. ¡Era algo muy normal!, porque ella también había tenido muy poco éxito con los compañeros solteros del taller de teatro y de su ciudad, por eso no se extrañó mucho del fracaso sentimental de su compañera del taller.

En esas fechas ella optó por no juntarse más con algún compañero soltero de más o menos de su edad. Ella procuraba no preguntarles ni la hora, no se sentaba a su lado. Ella quería estar sola y tranquila, para seguir con su vida. Por eso empezó a acercarse cada vez más a sus compañeros comprometidos o casados, porque con ellos no corría el peligro de ser molestada con requerimientos sexuales o amorios. Ella se empezó a sentar al lado de José Manuel y de Paco, pero estos nunca estaban solos, ya que ellos estaban con sus novias: Mónica y Mari Luz, y demás amigos: Olivia, Lola, Teresa, Pedro, Julio, Alejandro. Y a esos a veces se les unían César y Andrés, hecho que no le gustaba a Magda, por los choques emocionales que ella no podía explicar a nadie, ya que eso pertenecía a su vida a privada.

Después del desagradable rechazo que ella sufrió en el mes de febrero, Magda volvió a ver y a coincidir con César en los ensayos. A pesar que ella procuraba no estar al alcance de su compañero, a ese individuo no se le quitó la maldita manía de tocarle el cabello, de intentar sobarla, de sonreírle desde lejos, mientras ella le ignoraba.

Magda no entendía la prisa que los individuos solteros del taller de teatro tenían por conseguirla, para ellos era solo un trofeo que exponer ante todos. Los individuos que no

conseguían rápidamente su objetivo, desistían, porque ninguno estaba enamorado de ella de verdad. Ellos solo querían jugar con ella y hacerle daño.

En esos días de ensayos César trajo a su nueva novia al taller de teatro, para que todos la conocieran. A Magda le daba igual verlo y que él estuviera con otra. Lo que ella no soportaba, era que él se acercara para tocarla o que le dirigiera la palabra, porque si él lo hacía, era para dejarla en ridículo ante los demás componentes del taller de teatro.

La gente del taller que los veía discutir, no entendían nada de lo que pasaba entre ellos.

Mientras los ensayos trascurrían, la primavera terminaba, y Magda se dedicaba a conocer su personaje y el de los demás. ¡Vamos ella estaba conociendo profundamente la obra teatral de “La vida es sueño” de Calderón de la Barca, la personalidad y la forma de comportarse de cada uno de sus compañeros! Ella procuraba ser lo más cuidadosa posible, para no enfadarlos, sobre todo a las mujeres, que eran las novias de sus compañeros.

Olivia y Lola seguían movilizándolo a la gente joven, para irse de parranda después de los ensayos. La mayoría de los componentes del taller se iban a su casa después de los ensayos, porque estaban muy cansados de su trabajo, de ir a clase o porque tenían que estudiar.

Si se hacía o se planeaba una broma era cosa de José Manuel y los demás lo seguían. Eso no le parecía bien a Mónica, su novia, por eso ella siempre se enfadaba con su novio. Ella lo llamaba al orden, como si fuera una maestra de colegio, y su novio era como su alumno predilecto, que le desobedecía. Cuando Mónica le reñía, él paraba la broma, porque adoraba a su novia y futura mujer.

Mónica era muy seria, se tomaba muy en serio representar correctamente su papel y que los demás hicieran lo mismo. Ella era muy perfeccionista y actuar le encantaba.

Mónica estaba muy tensa en el taller de teatro, y no solo por interpretar bien los papeles que le asignaban, sino porque desconfiaba de la gente que tenía a su alrededor. Según ella, muchos compañeros no eran claros. Ella pensaba que Magda era muy oscura y que guardaba intenciones ocultas hacia los demás. No entendía que la joven siendo tan mona fuera tan desaliñada, que no se preocupara por su aspecto y por seguir los imperativos de la moda. A ella le preocupaba mucho que Magda no tuviera ya un novio, que no intentara buscárselo en su barrio, en su facultad o en el taller de teatro. Mónica desconfiaba de las confianzas que la estudiante se tomaba con todos los hombres del lugar y las intenciones ocultas que tenía con su novio. Magda no le gustaba, no lo podía remediar y tenía miedo que la joven estudiante intentara algo para quitarle su novio, por eso la ingeniera empezó a controlar las actitudes y el comportamiento que la joven estudiante tenía con su novio.

De paso la futura ingeniera avisó a sus dos amigas íntimas y al resto de las mujeres con novio o marido en el taller de teatro, para que ellas también estuvieran pendientes de los pasos de Magdalena, para que esa no hiciera algo raro con su novio y futuro marido o con él de otra.

E incluso Mónica preguntó a Magda en varias ocasiones, si ella había intentado buscarse un novio o un amigo especial en su facultad, porque debía de haber cientos de chicos solteros, donde ella estudiaba y también en el barrio donde vivía.

Magda alucinó con las insistentes preguntas personales que su compañera de taller le hacía. A pesar de la curiosidad malsana de Mónica, ella no le contó a su compañera de la asociación teatral como se comportaba en su vida privada. Se negó a llorarle en su hombro por la mala suerte y el escaso éxito que tenía con los hombres, porque la conocía poco. Además ella le tenía mucho respeto. Y tampoco pensó en pedirle ayuda para encontrar un novio decente, porque Mónica desde

el principio le dejó muy claro, que no era su amiga, menos su compañera, y que tampoco estaba a su mismo nivel social.

La joven estudiante solo quería vivir tranquila, conocer a gente nueva y estar actuando en el taller. ¡No buscaba nada más! Y si ella quería un novio, solita se lo buscaría o más bien lo encontraría, procurando que este fuera soltero, para no hacer daño a terceros.

Ella pensaba firmemente que un novio no se buscaba, aparecía si tenía que aparecer.

Ella lo tenía asumido, si se quedaba soltera no pasaba nada, no iba a provocar algo que no se podía provocar. ¡Qué se enamorarán de ella! Tampoco podía obligar a ningún hombre que la quisiera. ¡Era algo absurdo! ¡Y más absurdo era que alguien se casará con ella por obligación o pena!, o como las mujeres de su entorno decían a todos normalmente, que una mujer a una determinada edad se debía casar con cualquiera.

Magda veía que buscar, hacerse la enconradiza o perseguir a un tío en su trabajo o en su centro de estudios, para llamar su atención, porque se estuviera enamoradísima de él, era una acción estúpida, ridícula y denigrante para la misma, por eso ella nunca lo había hecho. Ella no sabía si pensaba así, porque su padre u otros familiares del sexo masculino fueron muy desagradables y crueles con ella en su infancia, o porque pensaba que eso era rebajarse demasiado ante cualquier persona.

Muchas veces ella desconfiaba de los hombres. Ella creía que no sentían sinceramente lo que hablaban por su boca. Así cualquier hombre podía engañar, quitar la libertad y la vida a una mujer. Cualquier tío podría intentar moldear a una mujer a su antojo, como si fuera una muñeca de plastilina, para hacer y deshacer en su vida, así le podría impedir desarrollarse como profesional y como persona. Y eso a ella le daba mucho miedo.

En el taller Magda se llevaba especialmente bien con Paco y con José Manuel, los tres amigos normalmente solían entrar en el cuarto de los disfraces, cuando nadie los veía, se empezaban a probar los disfraces de otras obras de teatro, sobre todo las pelucas, y los tres juntos se dedicaban a hacer el tonto, después recitaban algún fragmento de alguna obra conocida. En esos instantes muchos compañeros venían a verlos por el ruido que formaban. Todos miraban divertidos a los tres actores espontáneos, y les reían la gracia. Al final de las breves representaciones de los tres compañeros, Fermín llegaba, se reía como todos, y les hablaba:

— ¡Salid de ahí!, pero antes, ¡dejad todo en su sitio, por favor!

Un día que se produjo una de esas actuaciones estelares de los tres compañeros en la asociación, Pablo vino de visita. Él buscaba a sus amigos antiguos y a su ex novia en el local de ensayo, y vio a Magda con una peluca de cabello rubio puesta en la cabeza, haciendo el tonto como el resto de sus compañeros.

Pablo se quedó asombrado, no esperaba ver a la estudiante así, pensó que le quedaba bien el cabello rubio. Él era muy serio y aburrido, y desde ese día empezó a ver a Magda de otra forma y a saludarla con amabilidad.

La joven se dio cuenta que él la miraba de otra forma, pero se extrañó mucho de su forma de actuar. ¿Qué quería él de ella? Ella le devolvió el saludo por educación, pero no entendió su simpatía, y pensó que él no era trigo limpio.

El mes de mayo llegó, y el director también volvió al local de ensayo, para ensayar las distintas escenas de “la Vida es Sueño”. Él estaba muy nervioso, decía que quería contagiar a todos la energía de la obra, sí, sí y sus nervios por el poco tiempo que les quedaba para preparar la obra. Cuando él se dirigía a todos, les preguntaba si habían entendido sus instrucciones, la mayoría

decía que sí. Como él no había visto a Magda en un principio, le pidió que empezara a interpretar su papel en las distintas escenas.

El director no solía aprenderse los nombres de cada uno de los componentes de la asociación teatral, sino le interesaba saberlo por un asunto concreto. Y como ella seguía gustándole a su sobrino, desde ese día el director empezó a llamarle “Niña guapa” delante de todo el mundo en los ensayos. Encima él le dijo a ella, que cada vez que sonreía le salían unos hoyitos muy monos en su cara.

A ella le chirriaba oír ese apelativo cariñoso del director, por eso ella le empezó a repetir:

— ¡Me llamo Magdalena!

Al director le dio igual su queja, siguió llamándola “Niña guapa”, para fastidiarla.

Los últimos días del mes de mayo llegaron. La gente del taller preparaba frenética sus papeles y montaba las distintas escenas de la obra. La sastra y sus ayudantes daban los últimos retoques al vestuario, que los actores iban a ponerse para representar la obra. Pero Magda estaba en otra cosa, empezando a estudiar fuerte las asignaturas de su carrera, para aprobar los próximos exámenes de junio y julio. Incluso ella llegó a plantearse no actuar, porque esos ensayos llegarán a quitarle mucho tiempo, para estudiar los exámenes de las asignaturas del segundo cuatrimestre.

Pero Javier, el director, y Fermín, el secretario se dieron cuenta de lo que le pasaba, le dijeron que no se preocupará, que podía faltar a los ensayos de junio, ya que las próximas representaciones serían a mediados o a finales de julio. Ellos se dieron cuenta que ella se sabía la obra perfectamente y su papel, y sobre todo cuando los otros empezaban. Ella podría faltar para estudiar tranquilamente para sus exámenes.

Magda no se podía creer lo amable que el director era con ella, le daba hasta repelús. Ella se lo podía esperar de Fermín, porque era muy buena persona. Él sabía que ella venía siempre a los ensayos, incluso cuando no venía nadie y eran cuatro gatos en el lugar.

Ese día pasó algo insólito en el taller, Pedro el chico que estudiaba magisterio, que tenía el cabello negro, rizado, largo, recogido en una cola de caballo, que le ignoraba desde que ella llegó al taller, porque tenía novia, empezó a tontear con Magda.

Ella se dio cuenta de sus intenciones y no se lo podía creer. Como ella estaba cansada de esos asuntos y le habían dado permiso para faltar a los próximos ensayos, se hizo la sorda y la tonta. Magda pensó: A ver si tengo suerte con mi permiso estudiantil, y este se olvida de mí el tiempo que no me vea aquí.

A mediados del mes de junio el director del taller de teatro llegó al local de ensayo, y anunció a todo el mundo presente, que ya tenía concertadas las fechas y los lugares exactos donde todos representarían “la Vida es sueño”, serían el 19 de julio en Marchena, que era un viernes; 20 de julio en Morón de la Frontera, que era un sábado, el 26 de julio en Lora del Río, que era un viernes, y el 27 de julio en Écija, que era un sábado.

Una tarde de junio Magda llamó por teléfono al secretario de la asociación desde su casa. Cuando ella escuchó las fechas exactas de las actuaciones, se quedó muy aliviada, por la distancia que había entre sus exámenes y las actuaciones. Ella tenía tiempo de sobra para estudiar, presentarse a los exámenes y recuperarse un poco de estos, e incluso podía darle con sus compañeros un repaso final al libreto de la obra. Magda estaba muy contenta con las fechas, pero pensaba como sus compañeros, que hubiera sido más divertido si ellos hubieran salido fuera de la provincia a representar la obra de teatro.

El tiempo pasó y llegaron los días que se iban a dar las actuaciones. El primer día los actores no profesionales fueron citados cerca del taller, para que el autobús contratado por la asociación, les

recogiera allí y les llevara a su primera parada.

Magda estaba muy nerviosa antes de subir al medio de transporte, porque la obra que iban a representar era más larga que la primera que ella había preparado. ¿Y si con los nervios se le olvidaba el texto de su personaje en alguna de las escenas? Bueno siempre algún compañero le podía soplar la letra por lo bajo. Aunque ella juraba que se sabía entero el papel, que tenía que interpretar. Si no siempre podía repasarlo en el autobús, mientras ellos llegaban al primero pueblo donde iban a actuar.

Todos los componentes de la asociación llegaron a la hora convenida y al sitio acordado, todos se subieron al autobús. El viaje de ida comenzó, cuando se dirigieron hacia el primer sitio donde iban a actuar. En el vehículo no hubo incidentes graves que reseñar, sí algunas ausencias, entre ellos no vino Pedro. Así Magda estuvo tranquila en el trayecto del viaje. Algunos estuvieron discutiendo como se debía encarar mejor cada personaje. Ellos llegaron pronto al lugar, pero se tuvieron que poner a ensayar nada más bajar del autobús, para hacer unos pequeños retoques, que el director quería hacer a algunas escenas. Ellos terminaron los ensayos a la media hora de llegar, tuvieron que ir rápidamente a los camerinos para cambiarse y actuar.

En esos días Magda empezó a conocer muy bien las manías y las rarezas de los componentes del taller. Los compañeros que tenían los comportamientos más extraños eran su pareja favorita, la compuesta por Mónica y José Manuel.

Mónica tenía un pequeño problema con su novio y futuro marido. Este sin venir a cuento, solía desaparecer de donde todo el mundo se encontraba, y su novia no sabía dónde se metía. Después ella se dedicaba a buscarlo asustada por todas partes, hasta que lo encontraba en los sitios más raros. La mayoría de las veces José Manuel estaba solo o acompañado de algún amigo en lugares altos y en sitios intrincados. Él se quedó más de una vez atrapado o encerrado en esos lugares y Mónica tenía que rescatarlo. José Manuel era una persona muy curiosa no lo podía remediar, pero no hacía nada malo.

Esa tarde Magda coincidió también con Javier, el sobrino del director. Este había venido con su tío para aprender su oficio, revisar los decorados y ver como dirigía a los actores. En los tiempos muertos este muchacho seguía mirando fijamente a Magda, pero de lejos, sí porque él pensaba que a ella le parecía repugnante, por eso no se acercaba a ella. Él se especializó en colocarse en la puerta medio cerrada del camerino de las mujeres, por si tenía suerte, y cuando Magda se quitase su ropa de calle y se pusiese el disfraz de la obra de teatro o se quitase el disfraz y se pusiese de nuevo su ropa de calle, podía verla desnuda, o solo sus piernas o lo que fuera de su cuerpo.

Las compañeras de camerino de Magda se dieron enseguida cuenta que tenía un figón en la puerta, por eso le dieron con la puerta en las narices, y después se quejaron a su tío enérgicamente.

Magda se dio cuenta desde el principio de ese hecho tan pueril, le daba igual y a la vez le hacía mucha gracia. ¡Alguien creía que ella tenía un cuerpazo! ¡Ese hecho subía la moral a cualquier chica de su edad! Ella también pensaba que su admirador era un cobarde, para hablar con ella cara a cara. La ilusión que el sobrino del director tenía por verla desnuda era sorprendente. Si ella no tenía un cuerpazo, era una chica normal, que hacía poco había terminado los exámenes, y que estaba bastante rellenita.

Ellos terminaron de representar la obra ese primer fin de semana y después fueron a celebrarlo en un restaurante, el director y su sobrino también vinieron a comer. Magda se sentó con sus compañeros de ensayo más próximos: Alejandro, Julio, Ángel, Paco y Mari Luz. A esa última pareja ella nunca les molestaba. ¡Qué raro! E incluso ellos le animaban a estar junto a ellos, para

que no estuviera sola o se aislará con las mujeres mayores, porque no tuviera un novio. Esta pareja era más discreta y normal que la pareja formada por José Manuel y Mónica. ¿Pero quién podía superar la soberbia altanería de Mónica y la mansedumbre de José Manuel?

En esa comida Mónica habló con todo el mundo, pero con distancia. A ella le gustaba conseguir de cada compañero la información que le interesaba. Así ella catalogaba a todos los que le rodeaban. Después ella solo tenía contacto con los compañeros que seleccionaba como más aptos. Ella era muy exquisita, no lo podía remediar, aunque saludaba y ponía buena cara a todos. Si ella observaba a alguien peligroso, que fuera contra la decencia, contra ella o contra alguna de sus amigas, ella lo rechazaría, y difundiría el crimen cometido por ese criminal en el taller de teatro o fuera.

Mónica contaba a todos que tenía muy buenos contactos y pensaba que Magda era una chica tonta e ingenua. Y aunque ella estaba empezando a estudiar una carrera, no iba a llegar muy lejos en su vida y menos en su carrera, porque no tenía un buen novio o un buen marido u otra persona influyente, que le apoyará.

Cuando todos estaban comiendo, el director comentó a los actores que habían actuado muy bien. Magda y otros al oír esos comentarios tan triunfalistas de Javier, se sonrieron y se miraron a los ojos, porque ellos se habían dado cuenta que habían tenido algunos fallos, y algunos se habían olvidado de recitar el texto en algunas escenas. ¡Qué vergüenza! ¡Menos mal que ellos no eran actores profesionales, que no vivían de esa profesión!, si no a ellos no les habrían contratado más, y se habrían muerto de hambre.

A la gente joven en general les daba mucho coraje que hubiera algunos compañeros que no vinieran los tres días de ensayos, que no estudiaban lo suficiente el texto. Pero como ellos lo hacían por gusto y cuando tenían tiempo libre, pues no se podía echar a nadie, que no cumpliera con esa rutina.

Cuando ellos regresaron en el autobús a su ciudad de origen, cada uno cogió un medio de transporte, para llegar a su domicilio. Y Magda pidió a una compañera mayor con educación, que le acercará en su coche hasta su casa.

Ellos no ensayaron la siguiente semana, porque la mayoría de los miembros del taller de teatro estaban de vacaciones y fuera de la ciudad.

El resto de las personas que estaban de vacaciones habían hablado por teléfono días antes con Fermín. Esos aseguraron al secretario, que iban a venir con sus coches particulares desde sus lugares de vacaciones hasta los lugares donde tuvieran que actuar. Después el secretario les indicó a esos, donde estaba el teatro del pueblo, donde se iba a actuar otra vez.

El viernes por la tarde de la siguiente semana, los pocos integrantes del grupo de teatro, que permanecían todavía en la ciudad, quedaron otra vez con el conductor del autobús y con el vehículo, que la asociación teatral había contratado, para recogerlos en una calle determinada. A la hora de la cita todos los componentes del grupo, que no estaban de vacaciones y en la ciudad, se subieron en el vehículo. Ese fin de semana el trayecto en el autobús fue muy aburrido, ya que venía muy poca gente. Eso le vino muy bien a Magda para repasar su papel en la obra.

El autobús llegó a su primer destino, y los componentes del taller de teatro bajaron del mismo, pero se tuvieron que ir a tomar un café en una cafetería, para hacer tiempo, porque faltaban muchos compañeros con los que ensayar. Luego todos se fueron corriendo a vestirse para empezar actuar, porque ya era casi la hora de hacer la representación.

Los dos días de actuaciones fueron un total aburrimiento, parecía que la gente estaba cansada y pidiendo a gritos unas vacaciones. Cuando todos se estaban quitando el disfraz y poniéndose la

ropa de calle, el director preguntaba si estaban vestidos, después entraba en cada camerino, para felicitarlos y apremiarles que se diesen prisa, porque había que celebrarlo.

Esos dos días el sobrino del director no asomó la cara por la puerta del camerino, donde Magda se cambiaba, estaba por allí, pero solo estaba trabajando con su tío, ayudándolo en todo. Ese hecho a Magda le desilusionó mucho, por eso pensó: ¡Qué pronto se ha desinteresado de mí! ¡Qué pena!

Magda era muy discreta, pero cada vez estaba más interesada en lo que su antiguo admirador hacía, por eso ella empezó a estar más pendiente del sobrino del director. En varias ocasiones ella intentó fotografiarle con su cámara fotográfica, pero no pudo hacerlo, él no paraba en ningún sitio, siempre estaba muy ocupado, y no había manera de acercarse a él, cuando estaba trabajando, por eso ella seguía disimulando en la compañía de sus amigos.

Las representaciones de la temporada terminaron y Magda se despidió de todos sus compañeros en la comida del último día hasta el mes de septiembre. En el autobús de vuelta a casa, ella se sentó al lado de un nuevo compañero del taller, que no conocía, llamado Miguel. Ella estuvo hablando con él todo el trayecto. Al final, antes de bajar del autobús, ellos dos quedaron para ir al cine un día cualquiera del mes de agosto. Magda quedó en llamarlo por teléfono, para ir juntos al cine una tarde-noche.

Al final ella llamó a su nuevo amigo, y lo invitó al cine, para ver una película.

Esa noche fue muy agradable, su compañero no le tocó un pelo, porque solo iba a ver la película. Al final de la velada él fue muy amable con ella, porque le acompañó andando hasta cerca de su casa. En ese camino Miguel le contó que Pedro, su compañero común del taller de teatro, era genial y muy buena persona, que su novia le había dejado por otro hacía unos meses. ¡Magda había hecho tres cosas a la vez esa noche! Ir al cine con un buen chico, ver una película divertida y recibir una carta de recomendación excelente sobre su compañero Pedro.

Magda escuchó esa recomendación de su compañero, pero no le dijo nada. Ella se quedó un poco asombrada de los comentarios de su compañero, por eso pensó: ¡Vaya! ¡Parece que a Pedro no se le ha pasado la fiebre primaveral! ¡Y encima él me manda a un recadero, para qué no le olvide y le tenga en cuenta para la próxima temporada! ¡Qué pesados eran los individuos del sexo masculino del taller de teatro!

El segundo año de Magda en el taller de teatro empezó a mediados de septiembre del año en curso. Ella llegó al lugar, saludó a las pocas personas que estaba allí reunidas hablando entre ellas, les preguntó cómo habían pasado el verano, y acto seguido se fijó en el tablón de anuncios, donde vio anunciada la nueva obra de teatro, que iban a representar ese mismo otoño-invierno, luego ella encontró a Fermín por el pasillo.

Este anunció a la estudiante que ya se podía pasar por su despacho, para comprar la copia del libreto de la nueva obra. En esta ocasión representarían “Don Gil de las calzas verdes” de Tirso de Molina.

A Magda le encantó la idea, porque había leído esa obra, le hacía mucha gracia, y conocía un poema que hablaba también de ese tema, de la hija de un noble español, que no tenía hijos varones, que se fue a la guerra disfrazada de hombre, para honrar a su padre y al rey.

Fermín le dijo que fuera hojeando la obra, pero que no se encaprichará con ningún personaje, porque Javier, el director, vendría esa misma tarde, para designar quien interpretaría cada uno.

Cuando Magda escuchó ese comentario le dio bastante coraje. Si ella aceptaba siempre los personajes que le asignaban, ni que ella fuera Mónica con sus exigencias.

Pasaron unos cuarenta y cinco minutos desde la hora que Magda había llegado al taller, y Javier

atterrizó en la sala de ensayo. Después él se reunió con Fermín y con Teresa dentro del despacho, para decidir a quién le iba a dar cada papel. Pasados veinte minutos los tres salieron del despacho y reunieron a todos en el salón de actos. Javier sacó una lista en papel con los nombres de cada uno y con el personaje que les tocaría representar en la nueva obra de teatro: doña Juana o don Gil sería realizado por Magda, don Martín sería representado por Alejandro, doña Inés sería representada por Mónica, Caramanchel o Pipa, criado de doña Juana, sería interpretado por Pedro; don Pedro sería representado por Julio; don Juan sería representado por José Manuel; doña Clara sería representado por Lola; don Diego sería realizado por Paco; don Antonio sería representado por Miguel; Celio sería representado por Cesar; Fabio sería representado por Andrés; Decio sería interpretado por Miguel; Quintana sería representado por Ángel; Aguilar sería realizado por Olivia; un alguacil sería interpretado por Teresa; Osorio sería representado por Mari Luz; los músicos y el resto de personajes que aparecían de relleno, los harían el resto de los compañeros que no se habían nombrado. Fermín decía que si no estaba claro el reparto de los personajes, se podría la hoja con la designación de cada personaje en el tablón de anuncios.

Magda estaba feliz y a la vez un poco agobiada porque su personaje tenía un gran peso en la obra, era la protagonista.

Mónica empezó a protestar ante el director. Ella decía que no era justo, que Magda llevaba muy poco tiempo en el taller de teatro, y ya le daban los mejores personajes.

El director no tenía interés en enfadarse con nadie, pero para suavizar la situación, ganársela, y llevársela a su terreno, le dijo a esta que su papel era importante en la obra y también los del resto de sus compañeros, sino no se podría representar la obra. Todos eran un gran equipo cuando actuaban juntos.

Magda estaba callada, pero observaba la escena, por eso pensó: Pero si Mónica nunca está conforme con nada, ni con las palabras del director.

El director quería convencer a Mónica que hacía lo mejor para ella y para todo el grupo. Su papel era uno de los más importantes de la obra, todos los personajes se complementaban y se daban la réplica. El director se fue del salón de actos y Mónica siguió refunfuñando con sus amigas. Ella seguía sin estar conforme con el reparto, no lo estaría hasta que empezarán los ensayos y se diera cuenta que su papel era también crucial para el desarrollo de la obra.

Después del reparto de los papeles de la obra, la gente volvió a desaparecer del taller durante una temporada larga. Si alguien aparecía para ensayar, eran los cuatro gatos que siempre venían, entre esos cuatro gatos se encontraba como siempre Magda, porque ella decía que estudiaba los apuntes de cada asignatura y hacía los trabajos de clase en la facultad o en su casa. Y el lugar donde prepararse la obra de teatro era el taller. Así Teresa o el director le iban indicando los fallos y los problemas que tenía con su personaje. Ella no entendía la desidia de los demás, pero mientras ellos trajeran aprendido su papel de su casa. ¡Todo estaba bien!

El tiempo seguía transcurriendo y los últimos días de noviembre pasaron, los compañeros desaparecidos empezaron a aparecer de nuevo por el local de ensayo, y también los nervios de estos, para aprenderse sus papeles y montar las distintas escenas de “Don Gil de las Calzas Verdes”. Magda sentía muy presente el agobio y el estrés de sus compañeros, sobre todo notaba las miradas y las sonrisas insistentes de Pedro, porque él quería que ella diera el primer paso, y le dijera algo.

Mientras ella lo observaba tranquila, pensó: No pienso hacer nada, si él quiere algo de mí, que él se moleste en actuar. Yo ya estoy muy liada con mi carrera y con lo que tenemos entre manos.

Mientras se daban esas insinuaciones Magda estaba sentada con Alejandro, Julio, Ángel, Paco, Mari Luz, José Manuel, Mónica, etcétera, que no se percataban de nada de lo que pasaba.

A primeros del mes de diciembre Javier, el director, regresó al taller, para fijar las fechas de las próximas actuaciones, serían a mediados del mes de diciembre concretamente los días 18 de diciembre, un viernes, en Priego de Córdoba, el 19 de diciembre, un sábado, en Lebrija y el 20 de diciembre, un domingo, en Carmona. Los compañeros de Magda y ella se extrañaron mucho, Javier, el director, se había esforzado e iban a salir a actuar fuera de la provincia.

El día de la primera de actuación llegó, como se hacía fuera de la provincia, a todos les citaron muy temprano en las calles aledañas al taller. Todos llegaron donde el autobús estaba aparcado, y se quejaron a Fermín, porque todos querían parar en el camino, para descansar un poco y tomar un café, porque después de comer todos tenían mucho sueño. Y así lo hicieron a medio camino, parando en un bar de carretera. Cuando ellos llegaron al pueblo, se pararon a tomar unas cervezas en un bar, parecía que no iban a ensayar nunca. Magda estaba muy agobiada, por eso le preguntó al director:

— ¿Pero no vamos a ensayar antes de actuar?

El director miró a la joven y le dijo a esta:

— ¡Ya no queda tiempo!, es mejor hacerlo así. La actuación se realizó, y no estuvo nada mal, para no haber ensayado previamente.

Al terminar, todos fueron al camerino a cambiarse de ropa, después se fueron a un bar, para comer y regresar pronto en el autobús a sus casas. Cuando todos estaban reunidos, sentados o de pie en el bar, para tomar unas tapas y unas bebidas. Javier, el director, empezó a afirmar en voz alta para que todos lo oyeran:

— ¡Magda es una chica estupenda! ¡Ella podría hacer feliz a cualquier hombre!

Ella escuchó perfectamente al director decir esas dos frases tan estúpidas, y se quiso poner a reír, por no ponerse a llorar. Pero si a ella no le cuajaba ninguna relación sentimental con alguna persona del sexo masculino. Ella siempre estaba sola en su vida cotidiana. Si cuando ella salía de noche, los hombres no se peleaban por ella, ni para acompañarla a su casa. Ella normalmente se iba sola de la facultad a su casa, a pie o en autobús. Y en el local de teatro si esa noche tenía suerte, se iba con alguna compañera mayor andando o en su coche, y si no ella se iba sola caminando o en autobús, para llegar a su casa.

El director del taller estuvo con ella así de pesado todo el fin de semana. ¡Fue un suplicio! Las actuaciones teatrales se hicieron bien, como siempre se salvaron milagrosamente, aunque algunos soltaron algunas morcillas que se taparon como mucho disimulo.

La hora de despedirse llegó, y todos se desearon felices fiestas por las cercanas fiestas de Navidad. Y como siempre Fermín se dirigió a todos diligentemente, diciendo:

— ¡Os espero la segunda semana del mes de enero próximo, para preparar la siguiente obra! ¡Sed puntuales!

Cuando Magda bajó del autobús, aprovechó la coyuntura, para explicar a Fermín como siempre, que ella tenía los exámenes en enero y en febrero en su facultad, podían contar con ella, pero que no la esperasen hasta mediados de febrero o hasta que terminase todos los exámenes del primer cuatrimestre.

El secretario le pidió que no se preocupará por eso, que confiaban en ella, que le tendrían en cuenta, y que le guardarían un pequeño papel en la siguiente obra.

Pasaron las navidades sin ninguna novedad para Magda. El mes de enero llegó, y ella empezó a hacer los exámenes sin problemas. Está vez la joven no se complicó la existencia, si quería

relajarse, se iba al cine con su madre o sola, tenía muy claro que no iba a tener ningún percance con algún impresentable. Ella estaba muy nerviosa, pero tranquila, porque todo iba como esperaba. Ahora su vida era muy tranquila y sosegada, a pesar del estrés estudiantil. El tiempo siguió pasando y el mes de febrero llegó.

A mediados del mes de febrero Magda había terminado todos los exámenes del primer cuatrimestre y empezó las clases del segundo cuatrimestre. Ella estaba un poco aburrida, por eso decidió que ya era hora de volver al taller de teatro. Además ella tenía mucha curiosidad por saber la obra que los responsables del taller de teatro habrían escogido, para representarla el próximo verano. Por eso esa misma noche ella se presentó en el taller de teatro.

Cuando ella entró en el local, saludó a todos los que estaban, les hizo las preguntas educadas y de rigor:

— ¿Qué tal las Navidades?, ¿los Reyes Magos se han portado bien? ¿Y qué tal las rebajas?— A Magda se le daba muy bien ser educada con la gente extraña, que veía solo un rato. Después ella pensó de forma fría: Si mis compañeros supieran lo que pienso de cada uno, se quedarían helados, pero era mejor callarse y disimular.

Se podía decir que el mundo era un gran teatro donde cada uno representaba un papel en la sociedad. Unos eran los protagonistas, otros los actores secundarios y después estaban los otros, la gran mayoría del mundo, que se comportaba como otros más importantes querían que se comportarse o tal vez era la sociedad, el sexo o el nivel económico y social lo que imponía a cada uno su forma de comportarse en la vida.

Magda sabía que no era una chica del montón, es decir, que era muy inteligente, y hasta ahora había sorteado con inteligencia los convencionalismos sociales. Y ella no iba a dejar que nadie le fijará o cosiera unos hilos en su cuerpo, para poder manejarla a su antojo como si fuera una marioneta. Nadie tenía los suficientes argumentos, para convencerla que era lo que debía hacer con su vida. Además su madre, la persona más importante para ella, le apoyaba en sus decisiones, por eso le daba igual lo que los demás pensasen o dijese de ella.

Cuando Magda vio a Fermín pasando por el pasillo, salió de su abstracción, se levantó del asiento y corrió hasta él.

— ¡Hola Fermín! ¡Feliz año!— Ya he visto en el tablón de anuncios qué vamos a representar “El celoso extremeño” de Miguel de Cervantes Saavedra.— ¿Me podías vender una copia del libreto? ¿Los personajes son los que aparecen en el tablón, no? ¿Por qué hay tantas tachaduras en la hoja? ¿Qué personaje me ha tocado a mí?

Fermín se volvió hacia Magda, y le explicó muy amable:

— ¡Es verdad! ¡Tú no sabes lo que ha ocurrido en enero! Tus compañeros se han enfadado con Javier, por el reparto que hizo de los personajes de la nueva obra. Ellos han decidido prepararse por su cuenta todos los personajes. En marzo el director vendrá otra vez, y los tres juntos decidiremos al veros actuar, quién hará cada papel.

Magda se quedó un poco pensativa, y después respondió al secretario:

— ¡Ah! Entonces me tengo que estudiar todo el libreto, y luego habrá una selección. ¡Está bien! — Ella estaba tranquila, tenía una excelente memoria. Si en la selección le tocaba un personaje masculino, le encantaba el reto, lo haría de maravilla.

El mes de febrero pasó, el mes de marzo llegó y la fecha exacta que el director había decidido, para que todos hicieran la prueba y representarán los personajes que quería hacer en la obra.

Magda era muy creativa, por eso interpretó ante todos al marido celoso, al amante de la esposa y a la esposa. Al final le encasquetaron el papel de esposa adúltera, porque según el director, a ella

le pegaba más. José Manuel haría el celoso extremeño, Alejandro sería el amante, y el resto de los personajes con menos peso en la obra se repartieron entre todos los miembros del taller. Mónica estaba azul, bueno más bien negra por los celos. Según ella Magda siempre acababa cerca de su novio y de protagonista.

En esos días Magda conoció a Julio, un chico muy amable del taller, que estaba estudiando derecho. Él era amigo de Alejandro y de Paco. Como él tenía novia, cuando terminaba de ensayar, se iba corriendo a buscarla, por eso ella no lo conocía muy bien. Un día la novia de Julio le abandonó por otro, y él empezó a ir a más a los ensayos, a los descansos de los ensayos y a ir a las fiestas de después.

A mediados de mayo la estudiante de filología se empezó a estresar otra vez con sus estudios, con el tiempo que le quedaba para prepararse las asignaturas y aprobar los exámenes. Por eso un día ella se dirigió al despacho de Fermín, para hablar con él muy seriamente:

— ¡Hola! ¡Verá usted!, como sabrá en las fechas en que estamos, yo debería faltar ya, ponerme a estudiar, porque tengo los exámenes a la vuelta de la esquina y...

Fermín miró a la muchacha amable, y le respondió:

— ¡Ya lo sé! ¡No te preocupes!, se lo diré al director, para que no se enfade contigo. Magda al oír eso, se sintió mejor. Después ella fue a hablar con Teresa, para avisarle que faltaría unos meses, por culpa de los exámenes de la carrera. Y ella aconsejó a la muchacha, que fuera donde estaba la sastra, para que le cogiera las medidas de su traje, para arreglarle el disfraz que había a su forma y estatura.

Pedro se enteró que la estudiante faltaría unos meses en el taller, por eso abordó a la joven antes que desapareciera. Él le pidió que le acompañara fuera, para los dos estar a solas. Allí él le preguntó si iba a pasar las vacaciones de verano en algún lugar de playa.

Magda le respondió que no, que se quedaba en la ciudad de veraneo. ¡No todos tenían tanta suerte!

Él se empezó a enfadar con ella, como si hubiera cometido un gran crimen.

Y la muchacha que estaba bastante sola, calló en su trampa como una tonta.

Pedro le convenció que tendrían una relación después del verano. Él le explicó que primero se iba con sus padres a la costa, y después se iba fuera de Andalucía a la casa de un familiar. Él consiguió que ella le pidiera su número de teléfono móvil y que se comprometiera a llamarlo por teléfono durante todo el verano.

Magda terminó los exámenes del segundo cuatrimestre a primeros de julio, aprobó todas las asignaturas menos una. Después fue al taller para saludar a todos y enterarse de las fechas concretas de las actuaciones de verano. Eran cuatro días del mes de julio: el 20 de julio en Morón de la Frontera, un viernes, el 21 de julio en el Puerto de Santa María, un sábado. El 27 de julio en Dos Hermanas, un viernes, y finalmente el 28 de julio en la ciudad de Cádiz, un sábado.

Una noche, después de los últimos ensayos de verano, todos salieron juntos a tomar algo. A una hora determinada el grupo se dispersó, muchos se fueron a sus casas, Olivia, Paco y Mari Luz, José Manuel y Mónica, ella y Julio se quedaron sentados en un bar. Julio pensó que con la ayuda de esa última pareja podría tontear con Magda. De ese penúltimo bar el grupo de gente joven que quedaba, recaló en otro bar. Allí Julio no consiguió nada de la joven, porque a la media hora de estar sentados allí, Magda pidió ayuda a su amigo José Manuel, para coger un taxi e irse sola a su casa, ya que ella estaba agotada y medio dormida. Magda no se había enterado de las insinuaciones de su nuevo admirador, solo tenía sueño, mucho sueño. Ella quería llegar lo antes posible a su casa, para ponerse cómoda y dormir a pierna suelta.

El primer viernes de las actuaciones llegó, todos estuvieron esperando a la hora convenida y en el lugar indicado, para que el autobús contratado por Fermín les recogiera. Ellos se subieron al mismo y todos fueron juntos a la primera localidad donde iban a actuar. Ellos llegaron, ensayaron y no hubo tiempo para tomarse ni un café, porque el director les hizo repetir algunas escenas de la obra, porque según él estaban dudosas. Los dos fines de semanas fueron así de ajetreados, no hubo casi ni un momento para el descanso.

Magda se sentaba al lado de su marido postizo en los pequeños descansos que había, sin decirse nada. Ambos se miraban agotados y no hacían nada más. Una de las veces Mónica los vio, se enfadó con la estudiante y se la formó delante de todo el mundo:

— ¡Siempre estás a su lado! ¡Acaso me quieres quitar a mi novio y futuro marido!

Magda estaba agotada, por eso no contestó a su compañera, no quería entrar en su juego, se calló y pensó: ¡A ver si se harta de gritar, se queda afónica y deja de formar el numerito! A pesar del silencio que hubo entre los dos compañeros, Mónica no dejó de quejarse delante de todo el mundo.

Y Magda pensó: ¿Ella me cree capaz de hacer semejante barbaridad delante de todos? ¡Pero si solo es mi amigo, y no estamos haciendo nada malo! ¡Solo estamos sentados, descansando! Magda se hartó de escuchar gritar a la histérica de su compañera, por eso se levantó del asiento y se fue a sentarse en otro sitio, para no escucharla más.

Al final de las actuaciones Javier, el director, entraba en los camerinos de los hombres y de las mujeres, y les felicitaba a todos. El director comentó más de una vez a Magda que había bordado su papel.

Magda no le respondía nada, pero lo miraba con desprecio desde lejos del camerino.

Después de la última actuación y de la última cena, cuando todos estaban sentados en su asiento del autobús para volver a casa, Fermín aclaró a todos:

— ¡Os espero en septiembre!, para preparar la próxima obra.

Mientras los actores no profesionales actuaban en varias localidades andaluzas. Pedro se fue con sus padres de vacaciones a su segunda residencia en un pueblo de la costa gaditana. Pasado un mes él se marchó con su abuelo y con un amigo a un pueblo de Cantabria, para pasar lo que quedaba de verano.

Magda estuvo llamándole cada quince días a su móvil. Y cuando él cogía el teléfono, si es que se lo cogía ese día, estaba hosco, áspero, intratable y desagradable. Ella estaba muy ilusionada con tener una relación con Pedro, y harta de estar sola, por eso no entendía su comportamiento. Ella se dio cuenta que su nuevo amigo le estaba tratando muy mal, parecía que le estaba poniendo a prueba o que le estaba castigando por haber hecho algo malo, ya que él no le había pedido el teléfono de su casa, ni le había preguntado donde vivía, ni había hecho el mínimo esfuerzo para quedar con ella y conocerla. Por eso ella se empezó a enfadar con él.

El verano pasó y el mes de septiembre llegó. Magda fue al local de ensayo como solía hacer en esas fechas. Ya era el tercer año que estaba en el taller de teatro. Allí Teresa, nada más entrar, contó a la estudiante un chisme muy jugoso de uno de sus componentes. Ella se había enterado por Pedro, que tenía una nueva novia, pero él no comentó en ningún momento a Teresa el nombre de la afortunada.

Cuando la estudiante escuchó el cotilleo de su compañera, no quería creerlo. Y pensó finalmente: ¿Otra vez me han tomado el pelo en este lugar?

Los días pasaron y ella siguió yendo a ensayar al taller de teatro. Una noche de la segunda semana de septiembre la muchacha coincidió con su amigo Pedro en el lugar. Él estaba muy

amable con ella, e incluso le pidió que saliera al pasillo. Ella creía que él estaba con otra, mientras ella se dedicaba a llamarlo como una tonta, por eso le rechazó, se acordó de su madre, de todos sus antepasados y lo mandó a tomar mucho viento fresco.

Los días siguieron pasando y empezaron los ensayos de “los Entremeses” de Miguel de Cervantes Saavedra en el taller. Pedro y Magda asistían a los mismos, pero aunque los dos se miraban de lejos, se ignoraban. Magda pensó que a lo mejor se había precipitado en sus conclusiones, pero no volvió a buscar más a Pedro, porque era una persona muy extraña.

¿Qué les pasaba a los chicos de ese taller? ¿Por qué eran tan cobardes? Al final Magda optó por hacerse la ciega cuando veía a Pedro, no quería estar mal, ni hacer más el tonto con nadie de ese lugar.

El mes de octubre llegó y también el otoño a la ciudad, y Magda volvió a sus clases en la facultad y a los ensayos del taller sin gente. La vida volvía a estar en calma y en silencio.

Una tarde de sábado, a eso de las ocho y media de la tarde, ocurrió un hecho normal en la vida de Magda, que solo le pasaba cuando estaba delante de todos sus compañeros del taller de teatro. Ella empezó a ser molestada por una de sus compañeras favoritas. Pero ella no estaba en el taller de teatro, ni en la calle y tampoco estaba con sus compañeros de teatro en ninguna localidad española. Ella estaba muy tranquila con su madre en el salón de su casa, viendo la televisión.

En ese momento el teléfono móvil de la estudiante empezó a sonar, porque estaba encendido encima de la mesa de camilla. La joven estudiante lo cogió extrañada y contestó:

— ¿Sí?

— ¡Ah, hola Magda!

— ¡Mónica! ¿Qué quieres?

— ¡Ay!, creo que me he equivocado llamándote. Es que tengo también guardado en la agenda de mi teléfono móvil, el número de teléfono de una amiga que se llama igual que tú. ¡Perdona!— Mónica se quedó callada unos minutos, escuchando atentamente por si oía la voz de su novio de fondo. Como ella no escuchó nada raro, decidió despedirse de nuevo de su compañera del taller, y colgar su teléfono móvil: — ¡Bueno Magda! ¡Adiós y perdona otra vez!

La estudiante dejó molesta su teléfono móvil encima de la mesa del salón.

— ¿Qué quería Mónica?— preguntó Sofia extrañada a Magda.

—Pues nada, mamá. ¡José Manuel, el novio de Mónica, que se pierde mucho solo! Su novia creía que estaba conmigo, que siempre lo está. Es que ella afirma que a mí me gusta su novio y que se lo quiero quitar. Si tú supieras las bullas que ella me monta, cuando nos ve sentados juntos. ¡Es horrible!

— ¿Y tú, qué le dices a ella?

—Pues nada, él solo es mi amigo. Pero como ella no puede controlar sus escapadas y no se fia de mí, pues tiene que buscarlo siempre para quedarse tranquila y salvarlo.

—Ella está obsesionada con que yo estoy enamorada de él, que se lo quiero quitar. Y cuando él se pierde, ella primero mira donde yo estoy, para comprobar que no está a mí lado.

— ¿Mamá te voy a hacer una pregunta sería? ¿Tenemos escondido a José Manuel en alguno de los armarios de la casa?

— Creo, que no.

— ¡Mamá!, ¿pero has mirado bien?

— ¡Pues sí, y no está!—, contestó Sofia muy clara a su hija.

— ¡Mamá! Yo creo que la solución al problema de Mónica sería, que ella le pusiera a su novio una correa extensible de perro en el cuello. Así cuando a ella se le perdiera otra vez, podría tirar

de la cuerda y le encontraría enseguida, sin problemas. Y si encima ella le ponía un cascabel, ya le anunciará la distancia que él llegaba hacia ella. De esa forma ella no me daría más la lata. ¡Es que ella me tiene frita con sus celos! ¡Su novio y futuro marido no es un actor de cine, y tampoco tiene un club de fan!

Magda pensaba que Mónica no era una mujer discreta, porque si no ella contaría a su novio aparte, que le molestaba mucho sus excursiones clandestinas. Si él no podía evitarlas, él debía decirle siempre donde se iba a meter antes de irse, para que ella no formara los escándalos que formaba ante todo el mundo, cada vez que él se despistaba. Pero ella no tenía confianza en su novio, para hablar a solas, y menos para decirle que se sentía insegura con algunas personas con las que ellos se relacionaban.

Sofía siguió hablando a su hija:

—Magda lo que debes hacer es apagar el teléfono móvil, cuando no vayas a salir los fines de semana. Así evitarás que alguna tarada te vuelva a llamar.

La joven era una persona muy pacífica, entendía que si un hombre estaba enamorado de una mujer, no le haría sufrir a su amada preocupaciones innecesarias, ni esa tendría que someterlo. Bueno eso es lo que ella creía que debía pasar.

Magda no entendía que Mónica u otra mujer casada o comprometida del taller de teatro le tuvieran miedo, o que estuvieran preocupadas porque ella hablase con sus respectivos maridos y novios. Ella no hacía nada malo, respetaba los compromisos y los matrimonios de los demás. Si otras personas solteras no hacían lo mismo, no era culpa suya.

El tiempo pasaba y la pobre estudiante seguía asistiendo a los ensayos, y seguía teniendo encontronazos con los compañeros solteros que no habían conseguido someterla a sus deseos. Un día ella tuvo una de esas demostraciones de desprecio. César, el impresentable que ella tuvo la desgracia de conocer el primer año que estuvo en el taller de teatro, empezó a ridiculizarla por lo que estudiaba en su facultad, mientras todos estaban reunidos. Magda sin levantarse de su asiento, giró la cabeza, lo miró con desprecio a los ojos, le señaló con el dedo y alzó la voz ante todos, diciéndole:

— ¡Ni se te ocurra seguir por ese camino!, si no quieres que todo el mundo y tu novia se enteren..., porque esa estaba en ese momento presente. ¡A qué venías a mi facultad el otro día!

César al oír esas palabras acusadoras de la muchacha, se calló la boca, se le cambió la cara, y cesó de repente de hacer sus comentarios ridículos sobre Magda. Desde entonces él dejó de molestarla. Pero los demás compañeros se quedaron sin saber qué pasaba entre los dos.

La joven estudiante estaba harta de ese compañero, de las actitudes machistas de los hombres en general y de la sociedad en que vivía. Al final las mujeres siempre eran las promiscuas, las putas, y los hombres eran más hombres sí insinuaban o contaban que tenían relación con más de una mujer.

El mes de diciembre llegó y Javier, el director de escena regresó al local, para dar las fechas de las próximas actuaciones. Las fechas serían el día 17 de diciembre en Lebríja, un viernes, el 18 de diciembre en Antequera, un sábado y el 19 de diciembre en Dos Hermanas, un domingo. Magda estaba tranquila porque había estudiado mucho y asistía a todos los ensayos.

Esos días a ella se le ocurrió una feliz idea, que podía solucionar el malentendido que mantenía con el sobrino del director. Por lo menos ella lo iba a intentar.

Los días de las actuaciones llegaron. A todos les citaron en una calle determinada, para que les recogiera el autobús, e ir a su primer destino. Los componentes llegaron al primer sitio, ensayaron un poco, y cuando el director les dio permiso para poder merendar, todos se fueron a buscar una

cafetería. Después de tomarse un café, Magda se dirigió con decisión, para hablar con el sobrino del director. Cuando ella se acercó a él, empezó a decirle con un tono dulce, que quería hablar con él a solas.

Él contestó a la muchacha con un susurro de voz y con la mano, que no le podía atender en ese momento, porque estaba trabajando. Y él se alejó de su lado, para no hablar con ella.

Magda alucinó, él se negaba otra vez a hablar con ella. Después la joven se tuvo que ir corriendo para cambiarse y actuar.

La obra se representó de forma adecuada, y al terminar todos se pusieron su ropa de calle, para ir a cenar.

Ese fin de semana ella estuvo intentando hablar con Javier con gente delante, porque él se negaba a hablar con ella a solas. Ella lo hacía para limar asperezas con él, para que su tío le dejará en paz. Cada vez que ella se acercaba a Javier, este se hacía el interesante o se reía de ella en su cara. Y ella no conseguía nada.

Ese fin de semana el director del taller exclamó en voz alta, que Magda era muy promiscua, porque trataba a todos los compañeros solteros del taller de teatro. El director parecía que se había dado cuenta de las andanzas infructuosas de la muchacha en el taller.

Esos días Javier, el sobrino del director, empezó a creer que Magda estaba enamorada de él, y que a ella le daba corte demostrárselo. Ella estaba muy interesada en conocerlo, pero sobre todo estaba deseando estar tranquila y que los insultos y los reproches que el director le profería delante de todo el mundo, cesarán de una vez. En esas fechas la muchacha no estaba con nadie y enamorarse de alguien de la asociación no entraba en sus planes. Ella quería estar tranquila y conseguir alguna buena amistad entre sus compañeros.

Mientras el asunto con Javier ocurría, Julio, otro compañero que estaba interesado desde hacía unos meses en Magda, que ella a veces echaba cuenta y a veces se olvidaba que existía, empezó a fijarse en todo lo que la muchacha hacía: si le llamaban por teléfono, si hablaba con varias personas en la cena del restaurante, etcétera. Magda se dio cuenta de su interés, y de la mala cara que le ponía. Pero si él no era su novio. ¿A qué venía tanta atención e interés? Ella era libre para hacer lo que le diera la gana. Además a ella solo le llamaba su madre por teléfono.

El último día de esas representaciones llegó. Magda estaba agotada física y emocionalmente por todo. Ese día ella procuró no ponerse cerca de José Manuel, para evitar los chillidos de Mónica delante de todo el mundo, porque su novio se volvió a perder como siempre. Cuando Mónica se percató de su desaparición, al principio le buscó donde Magda estaba sentada, por si él se encontraba a su lado, pero no estaba. La novia abandonada tuvo que seguir indagando su paradero, hasta que dio con su novio.

En el autobús que iba de camino a casa, Magda estaba muy tensa, deseando llegar a su hogar, para descansar y ver a su madre, que era la única persona que nada más verla entrar por la puerta de su casa, se daba cuenta que estaba enfadada y agotada. Ella no había conseguido hablar con el sobrino del director, que siempre estaba ocupadísimo, por eso entendió que los equívocos y los insultos del director seguirían y también continuarían las suspicacias de sus queridas compañeras.

Cuando ellos llegaron a la ciudad, el conductor aparcó el autobús y ella se bajó del mismo. Ella vio a Fermín que también bajaba por la otra puerta, y le comentó al secretario directamente:

— ¡Esta vez yo vendré días sueltos!, según los exámenes que tenga que hacer en la facultad. —
¡Así que nos vemos en enero o en febrero! ¡Si me puedo escapar! Magda se despidió de todos los compañeros, que ella creía que eran sus amigos, y después una compañera madura tuvo la bondad de acercarle hasta su casa.

En la segunda mitad de enero Magda regresó al taller, y por casualidad coincidió con el director, que venía a elegir la nueva obra, con el consejo de Fermín y Teresa. Se decidió representar “El examen de maridos” de don Juan Ruíz de Alarcón.

Javier, el director, se alegró mucho de verla, y después le preguntó a esta:

— ¿Este año nos vas a hacer como el río Guadiana? ¿Vas a desaparecer hasta mediados de febrero? ¿O nos vas a honrar a todos con tu presencia antes?

Magda estaba bastante enfadada con él y con su sobrino, por eso le siguió la guasa y le contestó con la misma sorna:

— ¡No, este año solo faltaré algunos días o algunas semanas sueltas, según lo que tenga que hacer! ¿Te parece bien o me pones alguna pega?, porque lo que tengo entendido es que el teatro es una actividad voluntaria y desinteresada, por la que nadie cobra nada. Mi trabajo de verdad es el de estudiante.

— ¡Mujer, no te enfades!—, exclamó el director cambiando de tono y dirigiéndose a todo el mundo. Él odiaba los enfrentamientos frontales con la gente del taller de teatro, sobre todo cuando no tenía razón.

Y el director siguió hablando a todos:

— ¡Ahora vamos hablar de lo que me ha traído hasta aquí hoy! Hemos elegido la obra que habéis visto en el tablón de anuncios, y voy a empezar a designar quien hará cada papel: el conde Carlos lo hará Alejandro; el marqués don Fadrique lo representará Paco; el conde don Juan lo realizará José Manuel; el conde Alberto lo interpretará Julio; don Guillén lo realizará Ángel; don Juan de Cumán lo interpretará César; la marquesa doña Inés lo hará Lola; Mencía, que es la criada de la anterior, lo realizará Olivia; doña Blanca de Herrera lo interpretará Magda; Cláveta, su criada lo realizará Mónica; Ochavo lo interpretará Teresa; Beltrán será Enrique; Hernando lo realizará Andrés; don Fernando lo interpretará Pedro. Después del reparto de papeles el director dio la lista a Fermín, para que este la fijara en el tablón de anuncios. Y el director del taller de teatro se fue tan rápido como había venido. Esa misma tarde-noche empezaron las lecturas del libreto entre los componentes del taller.

Magda tenía mucha curiosidad por la obra y todo el mundo lo sabía. La mayoría lo que no sabía, era lo molesta que ella estaba con todos los compañeros solteros del taller. Ella estaba cada vez más incómoda estando junto a ellos. A ella se le ocurrió preguntar por el tema de la obra, pero nadie se lo aclaró bien, por eso se puso a investigar. Ella descubrió que la comedia era un juego de ingenio que tenía que ver con la frase: “Antes que te cases mira lo que haces”, lo cual originaba la acción, y el desarrollo del examen de pretendientes en la obra de teatro. La estudiante al enterarse bien de lo que trataba la obra, pensó en echárselo más tarde en cara al director y a sus compañeros, para que ellos se vieran reflejados en los personajes de la obra, para que ellos se dieran cuenta y cambiarán.

Un día ella llegó muy contenta a los ensayos, cuando todos hacían la lectura del libreto de la obra. Magda empezó a decir de qué trataba la obra. Javier, el director, que no quería que nadie le replicara y que tampoco le diera lecciones, le dijo que se callara y que siguieran con la lectura de la obra, que luego no había tiempo, para preparársela. Magda estaba enfadadísima con el director, para una vez que merecía la pena destacar una idea importante de una obra en el taller, él le hacía callar. Sí, porque no había hombres de verdad en el mismo.

En esas fechas la protagonista empezó a notar algo extraño entre sus compañeras de taller. Por ejemplo Mónica, cuando ella no estaba delante su novio y había poca gente en el lugar, le empezaba a insultar en su cara:

— ¡Gitana, te conozco! ¡Sé que me quieres quitar a mi futuro marido! ¡Y no lo vas a conseguir!
Su amiga Lola, cuando coincidía con Magda allí, le miraba con desprecio, y empezaba a repetirle una y otra vez:

— ¡Siempre vas mal vestida! ¡No sabes comportarte! Esas afirmaciones tan tajantes ella se lo decía con bastante desprecio, para que a la joven estudiante le quedase claro.

Las muestras de desprecio de la ingeniera, la joven estudiante no las comprendía, porque ella no le hacía proposiciones deshonestas a su novio y futuro marido. ¿Y lo otro? ¿Cómo Mónica había averiguado que la estudiante de filología era gitana? ¿Quizás Mónica había investigado su árbol genealógico? ¿O tal vez era el insulto más ofensivo que conocía en su reducido vocabulario? Pero si a la joven solo se le podía nombrar con razón de ratón de biblioteca, por estar todo el santo día con un libro en las manos o con los apuntes de la carrera, leyéndolos o estudiándolos en una biblioteca o en cualquier otro lugar.

Las muestras de desprecio de la abogada, Magda tampoco las entendía. ¿Qué daño le estaba haciendo la pobre estudiante? A lo mejor era el repentino interés que su ex novio sentía por ella, lo que le dolía mucho en sus adentros. Pero si ella era una mujer madura, que había aceptado que Pablo la dejase por otra, antes que hubiera visto a Magda. ¿Y si ella seguía estando enamorada de Pablo? Por eso ella odiaba tanto a Magda y a todas las mujeres, por las que su ex novio se interesase sexualmente.

A la estudiante le daba igual los insultos de esas dos, porque no tenían fundamento. Y ella pensó fríamente:

A ver si con lo que mi madre gana en un mes Lola, Mónica y Olivia se podrían comprar los trapitos que se compran en las tiendas, y se podrían acicalar como lo hacen todas las semanas en los centros de belleza. ¡Eso sería imposible! Por eso a Magda lo que sus queridas compañeras le decían, le daba absolutamente igual, le resbalaba.

Lo más gracioso del asunto era que Olivia, la tercera amiga en discordia, también le despreciaba. Pero esta no tenía argumentos tangibles en su contra, ni nada concreto que echarle en cara. Bueno sí, que entre las chicas solteras de la asociación teatral corría el bulo, que la joven estudiante tenía acaparados a todos los chicos solteros de la misma, y como ella seguía soltera. Por eso Olivia también ponía mala cara, cuando sus amigas del alma insultaban a Magda. ¡Vaya trío de aburridas!

¡Era tan fácil ridiculizar a una cutre estudiante!, que a la mayoría le caía bien. ¡Es que Magdalena era distinta al resto de las jóvenes de su edad! Ella no iba normalmente pintada como una puerta, era una persona agradable y atenta con todos, no vestía a la moda, y no tenía interés por pillar corriendo a un novio. Por eso la estudiante se quedaba un poco perpleja, por el malestar que producía entre sus otras compañeras del taller de teatro. Ella no tenía tiempo para perseguir a nadie, ni para acicalarse, tenía mucho sueño y un estrés bestial por culpa de los exámenes y de los trabajos que tenía que hacer, para presentarlos en las distintas asignaturas que cursaba en la facultad.

En el fondo Magda sentía que sus queridas compañeras le tenían miedo. Pero si ella era una pobre estudiante sin recursos materiales y con muchas ambiciones laborales. Ella pensaba que sus compañeras estaban locas de remate, por eso seguía tanta tranquila con su vida aburrida.

El tiempo pasó y Lola recobró la felicidad. La gran decepción que ella padecía porque su querido Pablo le había abandonado por otra, desapareció, se le pasó, porque a ella le volvió a salir otro novio. Según ella decía, era un novio antiguo que tuvo hacía muchos años. Los dos tortolitos se comprometieron al poco tiempo de reencontrarse, y se casaron pasados los meses. A

ese enlace matrimonial a Magda no le invitaron. Pero a ella no le hacía falta, que Lola se acordará de ella, porque su compañera del taller no era su amiga, y no le apetecía que también le reiterarán allí que era una persona cutre, que iba mal vestida y que no sabía comportarse en sociedad.

Magda no era una mujer sumisa, no hacía lo que sus tres compañeras de taller le decían que debía hacer, si quería tener un novio y pertenecer a su exclusivo círculo de amistades.

La estudiante siguió asistiendo a los ensayos, bueno a los que podía si no tenía que estudiar para un examen o tenía que hacer un trabajo importante en su casa o en alguna biblioteca de su facultad. Cuando ella tenía que faltar, se disculpaba ante Fermín o ante el director. Entonces el director de escena le echaba en cara delante de todos sus compañeros, que ella estaba enamorada de tal o cual profesor que impartía esa asignatura determinada, pero no que ella quisiera aprobar la asignatura. La realidad que ella estaba viviendo en esos momentos era absurda y rocambolesca.

Si ella seguía estando más sola que la una. Ella iba sola de clase a los ensayos, y de los ensayos regresaba sola o con alguna compañera mayor andando o en su vehículo hasta cerca de su casa, si ese día ella tenía suerte.

En los ensayos del taller se volvieron a dar varios desencuentros entre Magda y Julio. Al final ellos dos no llegaron a nada, porque Magda tenía una prioridad, su carrera, y él no se había recuperado de la relación anterior, ya que su novia lo había dejado por otro hombre más mayor que él. Además él no quería comprometerse en serio con nadie, porque tenía mucho miedo al compromiso, según un amigo de Julio le contó a ella. En realidad Julio no estaba enamorado de Magda, sino se hubiera comportado como un hombre. Además él se lo pasaba muy bien con sus amigos solteros, cuando se iba con ellos de parranda las noches del fin de semana.

La primavera apareció de nuevo en la ciudad, las alergias afloraron en la misma, para quedarse y molestar a todos. El sol lo inundó todo, las fiestas de primavera se celebraron en la ciudad, y el mes de mayo finalmente también llegó. Por esas fechas Javier, el director, volvió a citar a todos como siempre en el salón de actos, para anunciar los días en que se iba a representar la nueva obra. Las fechas eran las siguientes: el 15 de julio en Alcalá la Real, que era un viernes, el 16 de julio en Morón de la Frontera, que era un sábado y el 17 de julio en Priego de Córdoba, que era un domingo.

Magda aprovechando que estaba el director de escena, le comentó que se iba a ausentar de nuevo por sus exámenes. Y Javier le preguntó a todos:

— ¿Qué hacemos la dejamos o no?— Y se produjo un gran silencio en el lugar.

Magda no se lo podría creer, él siempre estaba de broma y tocándole las narices. Todos se callaron y miraron a Javier, que finalmente respondió:

— ¡Te dejamos que faltes!, pero prométeme que vas a aprobarlo todo.

Acto seguido Magda miró a su superior muy sorprendida y asintió siguiéndole la broma, como si ella no quisiese aprobar y sacar buenas notas. ¡Estaría bueno!

Cuando la joven estudiante terminó de hacer sus exámenes en la facultad, llamó otra vez por teléfono a Fermín, para saber a qué hora y dónde tenía que ir, para coger el autobús que les llevaría a todos al pueblo de Jaén, que estaba más cerca de Córdoba que de la primera provincia citada, para asistir a la primera actuación con el resto de sus compañeros.

El día de la primera actuación llegó y todos cogieron el autobús. En el trayecto muchos se durmieron, porque decían que ese pueblo estaba muy lejos. Magda se dedicó a mirar el paisaje, porque con tantos baches, si se ponía a leer, le podían entrar muchas ganas de vomitar, y no era plan de formar el numerito. Ellos llegaron al bonito pueblo jienense en unas tres horas, ensayaron donde pudieron y finalmente actuaron.

En la cena de ese viernes, mientras todos comían, el director empezó a hablar en voz alta poniendo de todos los colores a Magda. Javier la vistió de limpio con sus insultos.

Ella calló, no sabía que había hecho de malo ese día o antes.

Según el director ella había hecho de todo. Una de las frases que ese le repetía una y otra vez, era que ella traía a los hombres por la calle de la amargura, porque no los quería.

Mientras la pobre estudiante escuchaba semejante sandeces de su boca, pensó: ¿Qué le he hecho yo a este hombre, para que no me deje en paz? En ese instante ella se puso tan nerviosa, que tiró con el bolso que llevaba colgado en el hombro, todo lo que tenía su alrededor, y se manchó la ropa que llevaba puesta. ¡Es que ella no sabía dónde meterse, para alejarse del director!, cuando este le increpaba.

Después de insultarla, él incluso le levantó la mano para pegarle.

La estudiante no sabía que había hecho ese día, para que el director se enfadara tanto con ella.

Ella aguantó callada la humillación del director, esperando que este parará de una vez, pensando para sí: Admito que soy muy arisca con los hombres desde pequeña, pero no es culpa mía. Además no tengo tiempo, para tener un novio.

Ante la humillación que el director sometió a Magda, sus compañeros del taller no hicieron nada, ellos solo observaron atónitos la escena, parados y callados.

Después de ese incidente tan desagradable, Fermín interrumpió la escena, diciendo a todos:

— ¡Ya es tarde! ¡Debemos irnos a coger el autobús!— Por eso todos dejaron de comer y de beber, cogieron sus bártulos, buscaron el autobús y volvieron a subirse en el mismo, para volver a su ciudad de origen.

Magda también subió al autobús, y pensó seriamente si le merecía la pena estar esa reunión, con unas personas tan egoístas y encima aguantar al director. Como a ella le gustaba el ambiente del teatro, decidió seguir. El director y su sobrino no estaban siempre, por eso ella tragó con la situación, hizo como si no hubiera ocurrido nunca.

Los dos días siguientes fueron muy monótonos y aburridos, Magda procuraba mirar al director lo menos posible, e incluso se escondía entre las mujeres mayores. Mientras la joven estudiante notó que sus tres queridas compañeras habían hecho un cerco, para que no se acercara a José Manuel y tampoco a ningún hombre casado. A Magda eso le daba igual, estaba muy a gusto con sus compañeras mayores, porque la tenían como si fuera una niña pequeña, ya que le acurrucaban en su regazo protegiéndola de todos.

Alejandro andaba cerca de ella, pero no hacía nada. El sobrino del director también estaba por allí, pero se dedicaba a observar lo que su tío hacía, no hablaba mucho, y si lo hacía, se le escuchaba poco.

Las representaciones terminaron el domingo, y todos se fueron a comer. Según el director las tres actuaciones habían sido un éxito total.

Cuando Magda escuchó los comentarios tan triunfalistas de ese individuo, se quería reír a carcajadas en su cara. Ella podría decir sin dudarle todas las veces que alguno de ellos había metido la pata. Pero el director se veía tan feliz en su mundo y ella no le iba a desilusionar.

Después de almorzar, todos emprendieron el camino, para regresar a su ciudad y para buscar donde habían dejado sus vehículos aparcados. El secretario recordó antes de llegar, que todos se debían volver a reencontrar en septiembre, que no se le olvidará a nadie.

El mes de septiembre vino con su calor, con el inicio del curso escolar, y los exámenes en la facultad. Magda estaba muy agobiada, empezaba su cuarto año en la carrera, tenía que aprobar las dos asignaturas que le habían quedado el pasado curso. Ella terminó de examinarse de las dos

asignaturas, que le habían quedado, y volvió a visitar el taller. Allí todos estaban reunidos, y Magda se asustó mucho, por eso ella preguntó:

— ¿Qué pasa aquí?

Cuando Fermín vio a su compañera tan asustada, le dijo:

— ¡Es que todos se han enterado que este otoño–invierno vamos a representar “el Burlador de Sevilla y Convidado de piedra” de Tirso de Molina!

— ¡Ah qué bien!— Y Magda pensó: ¡Lo que le gusta a la gente los hombres cobardes!

Javier, el director, entró en la estancia, vio a Magda de pie al lado de la puerta, leyendo el cartel de la obra y después le saludó amablemente:

— ¡Hola niña!

Magda al verlo, puso distancia de por medio, y le dijo:

— ¡Qué! ¿Cuándo empezamos a ensayar esta maravilla?

Javier estaba muy contento, por eso le dijo:

— ¡Hoy mismo!, pero primero debo decidir, quién va hacer cada uno de los personajes.

Magda siguió de broma con su director favorito, a pesar que él iba a lo suyo, por eso le comentó:

— ¡Bueno! Mientras a mí no me toque don Juan, me da igual el papel que me den.— Después Magda se fue al salón, a esperar sentada con todos sus compañeros.

Pasada media hora Javier entró con el listado de los personajes, y Fermín empezó a nombrar uno por uno el personaje que a cada uno le tocaba: don Juan Tenorio será Alejandro; Catalinón, su criado lo interpretará Paco; Tísbea será Olivia; la duquesa Isabela lo hará Mónica; el duque Octavio lo realizará José Manuel; Pedro Tenorio, tío del protagonista lo interpretará César; el rey lo hará Julio; el padre de don Juan lo interpretará Ángel; el marqués de la Mota lo interpretará Mónica; doña Ana de Ulloa la interpretará Magdalena; don Gonzalo de Ulloa, padre de doña Ana de Ulloa, lo hará Andrés; Aminta, una plebeya, lo interpretará Lola; y Batricio, un plebeyo, será interpretado por Teresa. El resto de los compañeros harán de sirvientes y de otros personajes secundarios que aparecían en la obra, sin los que era imposible representar la misma. Al final del reparto, Javier empezó a hacer con todos una primera lectura de la obra, cada uno leyó el personaje que le había tocado en suerte. Magda estaba alucinada. Cuando al director le gustaba una obra, les obligaba a machacarla desde el principio, y él se lo pasaba genial mientras todos leían, había que admitir que él era buen director cuando quería.

Por esas fechas Pablo volvió aparecer otra vez en el local de ensayo. Él decía que no salía con nadie, que quería salir con Magda a toda costa, para que ella fuera su novia. Por eso pensó pedir la ayuda de su ex novia Lola y del resto de sus amigos.

Entonces las tres amigas del taller de teatro se empezaron a preocupar más de Magda. Ella seguía sin novio, y sus compañeras no sabían porque. Las tres amigas veían a la estudiante muy dispersa, cargando sus apuntes y su mochila, llevando su cara lavada, su cabello recogido, vistiendo su jersey de cuello vuelto interior y su chaleco de lana gorda encima de sus pantalones vaqueros o de pana, siempre muy abrigada. Según ellas, Magdalena siempre tenía a un compañero masculino sentado a su lado, y ella no le echaba cuenta. ¿Pero ella qué les daba?

Pablo empezó a visitar asiduamente el local de ensayo, cada vez se fijaba más y más en Magda.

Ella se dio cuenta de las miradas insistentes de Pablo, pero no le decía nada. Una vez le sonrió, pero no pasó absolutamente nada.

Otro día la joven estudiante se dio cuenta como sus amigas del taller hablaban con Pablo en un corro apartado, y vio como él le señalaba con el dedo. Ella se quedó un poco cortada. Siempre

había oído decir que señalar a otra persona con el dedo era un gesto de mala educación.

Lo que Pablo comentaba a su ex novia y a sus amigas, era que había visto a Magda en una ocasión con una peluca rubia y rizada puesta en la cabeza, haciendo el tonto y que ella le gustaba por eso. Si ella se teñía el cabello estaría genial. Bueno, y si se hacía otros arreglos menores estaría perfecta para él. Lo que él entendía como arreglos menores eran una depilación láser de todo el vello de su cuerpo. ¡Es que Magda poseía mucho vello en la cara y en otras zonas de su cuerpo! Ella debía aprender a maquillarse, porque si la joven no se pintaba, sería porque no sabía. Debía comprarse otro tipo de ropa en las tiendas de la ciudad, que a él le gustaban. Se le debía ver el escote en todas las épocas del año, pero las piernas no las podría enseñar demasiado en verano.

Además ella debía quitarse una fea costumbre que tenía, su adicción a la lectura. Ese vicio pernicioso solo les podría traer problemas en su relación. Y que una mujer guapa pensase por sí misma, no estaba bien. Eso solo lo podían hacer los hombres.

Lola aclaró a su ex novio que antes de actuar, ellos debían enterarse si ella estaba sola o saliendo con alguien. Si Magda estaba libre, ellas informarían a su joven compañera del interés que Pablo sentía por ella. Si ella ponía algunas objeciones a su nuevo pretendiente, Lola y el resto de sus amigas le tratarían de convencer de forma suave de su error, para que ella saliera con él lo antes posible. Ellas sabían seguro que Alejandro, otro compañero del taller de teatro, estaba interesado en la joven estudiante, pero este no iba muy en serio, ni tenía prisa por conseguirla.

Para saber si Magda estaba interesada o enamorada de otra persona, Mónica fue la persona encargada de preguntarle. De las tres amigas era la persona con más tacto, porque sabía sacarte la información con más sutileza. Mónica creía que podría convencer a la joven estudiante fácilmente, que debía salir con un extraño, que solo quería una nueva mujer florero.

Mónica decidió acercarse a Magda en el inicio de la temporada del taller de teatro, porque estaba recién casada con José Manuel y se sentía muy segura en su nuevo estado. Mónica empezó su acercamiento, preguntando si se podía sentar junto a ella. Después la ingeniera empezó a contar a la muchacha una historia muy triste, que se inventó sobre la marcha. Ella había tenido un novio anterior, al que había querido mucho, que la dejó, porque ella era muy bajita. Ese era mucho más listo e inteligente, más alto y más guapo que José Manuel, su actual marido. Al final de su relato, su compañera afirmó a la joven con mucho sentimiento, que las mujeres no se casaban con los hombres que querían, sino solo con los hombres que aceptaban.

Magda escuchó la historia de su compañera, y se apenó mucho de José Manuel, porque él estaba muy enamorado de su mujer. Pero ella no entendió porque iba la cosa, se extrañó de oír el comentario tan personal de su compañera. Luego Mónica preguntó a Magda si tenía novio, y si conocía a un amigo suyo llamado Pablo, que estaba interesado en ella. Ella debía conocerlo de vista, porque fue novio de Lola y había venido en muchas ocasiones al taller.

Otro día de ensayo sus nuevas amigas le presentaron a Pablo en el local. Pero él era tan desagradable, necio y seco, que a Magda no le hizo gracia. Las tres amigas no tuvieron suerte, el nuevo pretendiente no entendía a Magda, que todavía estaba estudiando. Los dos chocaron en sus posturas de vida.

Después Pablo habló con Lola muy serio. Este se quejó otra vez a su ex novia sobre el aspecto físico y estético de Magda. Ellas debían cambiarla de forma inmediata, porque él era un ser perfecto. A él le daba vergüenza salir con la estudiante, porque tenía una pinta de marimacho tremenda. Lola aseguró a su ex novio, que ella y sus dos amigas harían todo lo posible para cambiar el aspecto físico y estético de Magda.

Magda, después el primer contacto con el ex novio de Lola, se quejó a sus compañeras. Pero estas dijeron a la joven que no adelantará acontecimientos, que ellos debían conocerse más, y en otro lugar. La joven se molestó mucho con la situación, esa imposición de sus compañeras no entraba en sus planes. Y la estudiante iba a seguir con sus planes de futuro. Ese día también estuvo por allí Alejandro, pero como si no estuviera.

Alejandro era un compañero del taller de teatro, que ella conoció desde el principio que llegó al mismo, era muy reservado y educado, moreno y muy blanco de cara, alto y delgado, siempre iba muy bien vestido con un traje. Él era abogado, pero allí no hacía ningún tipo de alarde de su profesión, ni del dinero que ganaba, ni de nada, porque era un compañero más. Lo único que hacía era sentarse al lado de Magda y no hablar mucho, a ella no le molestaba tenerlo al lado, porque era muy silencioso, callado y olía muy bien. Cuando los dos hablaban, ella debía sacarle las palabras con sacacorchos o darle un codazo, para saber lo que opinaba de lo que fuera. Ellos dos no pegaban nada, él tan arreglado y ella tan desaliñada, pero estaban muy a gusto juntos, no se sabía porque, pero se llevaban muy bien. Magda normalmente lo usaba de paño de lágrimas, es decir, le contaba todos los problemas que tenía con las tres amigas íntimas y este le escuchaba tranquilamente. Si él podía le daba alguna solución práctica, porque era su amigo. Magda nunca se imaginó, que él buscará otra cosa de ella.

Cuando los dos coincidían fuera del taller, se saludaban con afecto. Ella le veía siempre acompañado de unas mujeres impresionantes, que podían ser perfectamente modelos de pasarela, por lo altas, delgadas y guapas que eran. Pero a él le pasaba algo raro, porque ninguna de esas mujeres le cuajaba como novia o compañera de vida, porque siempre acababa solo al lado de Magda, por lo menos hasta el cuarto año de su carrera.

En ese cuarto año de carrera y de estancia en el taller de teatro, Alejandro empezó a hacer a la estudiante unas preguntas muy raras sobre cocina.

Él trabajaba por la mañana y por la tarde, y se quejaba a su amiga que estaba solo y que no sabía cocinar. Por eso su madre le hacía de comer todos los días y le traía todos los días la comida a su casa en un envase congelado, que él debía descongelar por las noches, para calentarlo a la hora del almuerzo en el microondas de su domicilio, para luego comérsela solo. Él estaba harto de hacer esa operación diaria, porque si no se acordaba de descongelar el recipiente de plástico lleno con la comida por la noche, al día siguiente él no comía.

Cuando Magda escuchaba a su amigo, le daba mucha pena. Pero no para hacer algo drástico al respecto, como hacerle de comer o pensarse casarse con él y cuidarlo.

Otro día Alejandro contó a su amiga, que estaba aprendiendo a cocinar y retó a Magda en asuntos culinarios, para saber lo que ella sabía preparar.

La estudiante no sabía cocinar mucho, solo lo justo para no morir de hambre en su casa, cuando su madre no había podido hacer el almuerzo, porque se hubiera tenido que marchar precipitadamente de su casa al trabajo. Eso sí ella hacía unos esquemas muy buenos para prepararse los exámenes. Magda no entendía a su compañero, pero pensaba: ¿A qué viene tanta estupidez? ¿Por qué no me pide salir de una vez y se deja de tonterías?

En esas fechas entró un nuevo compañero en el taller de teatro, llamado Enrique, que tenía unos cincuenta y tantos años de edad, era de la misma estatura que Magda, bastante grueso, con el cabello canoso, muy colorado de cara, muy simpático y amable, pero muy pesado y cansino. ¡Un hombre maduro y divorciado, que podía interesar a las mujeres maduras!, pero que no llamaba la atención de ninguna jovencita.

Este entró en la asociación como todo el mundo, para pasar el rato. Era de profesión aparejador

y venía siempre temprano a los ensayos. Magda lo conoció a los pocos días de aparecer por la asociación teatral, porque él pasaba cerca de los barrios de sus compañeras maduras y de su barrio con su coche. A él no le importaba acercarse a sus compañeras en su vehículo, porque pasaba por el mismo camino.

Desde el principio la estudiante conoció a ese individuo, porque era muy hablador. Uno de sus temas de conversación favoritos eran sus hijas, a las que adoraba. También hablaba de su ex mujer a la que odiaba a muerte. Él decía que su ex mujer se había divorciado de él por gusto.

Magda y las otras mujeres maduras cuando le oían esos comentarios tan desafortunados se callaban y eran muy prudentes con él, porque su compañero se enfadaba fácilmente con cualquiera.

Este individuo era un pesado, decía una y otra vez que se sentía joven para mantener una relación sentimental con una chica joven como Magda. Eso lo decía delante de la joven y de las otras compañeras maduras que acercaba a sus casas en su vehículo. Cuando todas escuchaban semejantes comentarios, se callaban y se miraban entre ellas. La estudiante tampoco decía nada, pero procuraba no irse sola con él en el coche. Aunque más de una vez ella no le quedó más remedio que hacerlo. En esos momentos de agobio Magda respiraba hondo y contenía la respiración, hasta que llegaba a la esquina de su barrio. Entonces ella abría la puerta del coche de su compañero, y se marchaba corriendo, para llegar hasta su casa. La joven pensaba fríamente: ¡Es que Enrique me deja a cinco minutos de mi casa! ¡Mientras él no me toque ni un pelo, puedo aguantarme los comentarios sin sentido que suelta por su boca en su coche! Él era un hombre mayor, loco y alterado como un colegial de una chica joven.

A Magda lo que más le chocaba de ese individuo, era que no se diese cuenta que todas sus compañeras lo estaban utilizando de chofer. Al final él sí se dio cuenta, pero les dijo a todas que le gustaba hacer ese servicio, porque era una buena persona.

Cuando Enrique se alteraba, se ponía a contar lo joven que se sentía, y después empezaba a piropear a la joven.

Cuando Magda lo escuchaba, se quería morir de la vergüenza y del horror. Pero si a él le pegaba más su madre. Si ella podía ser su hija. ¡Es que su admirador no se daba cuenta que era un viejo!

Magda pensó que para quitárselo del medio, debía presentarlo a una mujer madura bastante guapa. Por eso ella se lo presentó a su madre, pero a él no le gustó lo suficiente. Ella pensó: La próxima mujer madura y sin compromiso que venga al taller de teatro, se la presentó.

Cuando la estudiante hablaba con sus compañeras mayores de sus salidas nocturnas o de los compañeros jóvenes del taller en su coche, él se metía por medio de la conversación. Él exigía a la muchacha que dejara de salir y que se preocupara más de sus estudios. E incluso él le propuso en una ocasión que cuando ella quisiera, le podía hacer dos hijos, porque se sentía todavía joven.

Cuando este hombre maduro veía a Sofía por la calle, le preguntaba por Magda. Si la estudiante no estaba estudiando en su casa, y había salido con alguna amiga de su edad, él se enfadaba mucho. Enrique exigía a Sofía que no le dejará salir más, porque a él le molestaba mucho que la joven quedara con gente de su edad.

Sofía conocía perfectamente las intenciones repugnantes de ese hombre tan viejo, y ella le decía con mucha calma y educación:

—Enrique, mi hija tiene que estudiar, y luego salir con sus amigas y sus amigos de su edad.

En uno de los ensayos Enrique presentó sus dos hijas a Magda. Ellas vieron lo joven que era la mujer, por la que su padre se interesaba, y se quedaron horrorizadas. Después él les dijo a sus hijas:

— ¡Qué se iba a casar con Magda!— Las niñas, después de escuchar la frase sin sentido de su progenitor, pensaron que este se había vuelto loco, empezaron a odiar a Magda y a mirarle peor todavía.

Magda estaba horrorizada con su compañero viejo verde, por eso pensó: Lo que hay que aguantar, para no venirse sola y que te acerquen las noches de los ensayos a tu casa.

A finales del mes de noviembre Javier, el director, regresó como siempre a los ensayos, contando a todos que ya tenía concertadas las fechas y los lugares, donde todos iban a actuar. Las actuaciones serían el 18 de diciembre en Arcos de la Frontera, que era un viernes, el 19 de diciembre en Dos Hermanas, que era un sábado y el 20 de diciembre en Antequera, que era un domingo.

Los días de las actuaciones llegaron, Magda estaba cansada, muy cansada, por eso pensó: ¿A ver lo que me encuentro en los ensayos previos de cada día? porque sus tres queridas amigas y el resto de sus compañeros solían comportarse de forma cambiante, según los vientos imperantes.

Esos tres días las tres amigas estuvieron muy agradables con Magda, porque ellas seguían intentando encasquetarle el ex novio de Lola. Magda estuvo ignorándolas todo el tiempo, porque estuvo con las mujeres mayores de su taller, que no les molestaba. Aunque esas mujeres maduras y mayores le decían una y otra vez, que ella debía buscarse un novio de su edad. A pesar de las recomendaciones ella fue tratada por esas mujeres como su niña pequeña, su sobrina y su nieta postiza. Por eso ella no buscó la compañía de la gente joven de la asociación.

Esos tres días fueron más o menos iguales. El autobús llegaba al lugar donde les habían citado, todos ellos se subían dentro, el trayecto trascurría sin problemas y sin incidentes anormales que reseñar. Cuando ellos llegaban a su parada, todos bajaban con prisa del autobús, para poder ensayar. Ellos actuaban dos veces, luego se cambiaban corriendo, para ir a cenar en un restaurante. Cuando terminaban de comer, ellos cogían de nuevo el autobús, para volver a su ciudad de residencia.

En esas tres jornadas Mónica no pudo gritar a Magda delante de todo el mundo, porque la estudiante no estaba sentada junto a su marido, pero ella sí vigiló y controló que eso no ocurriera. Magda notó que Mónica le vigilaba como siempre, pero ella estaba feliz y muy lejos de la gente indeseable.

Mónica contó a todos sus compañeros jóvenes en el transcurso de la comida del domingo, la última excursión no controlada de José Manuel. Y a Magda casi se le escapó de su boca:

— ¡Yo no estaba allí!

El último día el autobús los recogió a todos, y el conductor les llevó a la parada de inicio, para que todos se fueran a descansar a sus casas. Antes que todos se bajarán del medio de transporte, Fermín recordó a todos lo mismo de siempre:

— ¡Nos vemos en enero!— Magda antes de bajarse del autobús, e irse a su casa, le dijo a Fermín que haría lo mismo que el año pasado, que volvería en enero, pero que faltaría cuando le hiciera falta estudiar, si ellos no ponían inconvenientes.

A mediados del mes de enero comenzó de nuevo la actividad en el taller de teatro. Javier, Fermín y Teresa eligieron la obra de Lope de Vega y Carpio “Peribañez y el Comendador de Ocaña” y después repartieron los distintos personajes entre los miembros del taller: Peribañez, que era un villano, lo realizaría José Manuel; Casilda, que era una villana y su mujer, lo haría Mónica; el Comendador de Ocaña lo interpretaría Alejandro; el rey lo haría Pedro; la reina la interpretaría Magda; Leonardo lo interpretaría Paco; Lujanes, que era un criado, lo realizaría Andrés; Inés, que era una criada la interpretaría Lola; los soldados y la gente del pueblo serían

interpretados por el resto de los compañeros del taller. El primer día de ensayo ellos hicieron una primera lectura de la obra, para comprenderla mejor.

Los primeros meses de ese nuevo año transcurrieron con normalidad. A finales del mes de febrero Magda volvió a ensayar con el resto de sus compañeros en el taller. Esos meses y los siguientes ella se mantuvo alerta, para que todos le dejarán en paz, por eso ella no tuvo ningún problema que reseñar.

A finales del mes de junio la joven estudiante llamó por teléfono a Fermín desde su casa. Este le anunció que ese año estarían actuando los días del 17 al 20 de julio en La Luisiana. Así ellos podrían hacer turismo rural entre pase y pase teatral. Muchos se pensaron su participación en esa obra de teatro, incluso Magda pensó no ir, a pesar que el director buscó una residencia, donde todos se quedarían gratis, mientras ensayaban y actuaban. Además varios entes públicos les pagarían el desayuno y la cena allí.

Ella fue convencida por varias personas para aceptar ir a ese pueblo, entre ellas estaban su madre, alguna compañera y el director del taller de teatro. Ese hombre maduro tan amable y encantador le convenció para que fuera, así su sobrino podría acceder a ella.

Al final la estudiante aceptó ir, pero seguía teniendo muchas dudas. Ella pidió a Olivia que le llevara en su coche, así ella se ahorra el billete de autobús e iba con dos compañeras más, porque Olivia también traía a Carmen, una nueva compañera del taller, en el coche. Esta última compañera había entrado en el taller de teatro hacía poco tiempo, era la prima de otra componente del taller, que en ese momento no estaba, que le contó lo divertido que era este, por eso ella se unió al mismo.

Cuando ellas llegaron el miércoles por la tarde a la Luisiana, Carmen contó a Magda que su novio vendría a pasar con ella el fin de semana, pero que no sabía dónde lo iba a meter, porque en esas fechas el pueblo celebraba las fiestas patronales, los hoteles y otros establecimientos de restauración del lugar estaban llenos. Cuando ellas se bajaron del automóvil de Olivia, entraron enseguida en el teatro, para ver cómo iban los preparativos de la obra. Después ellas se fueron de allí, para ver la residencia, donde la mayoría se instalaría los cuatro días, Magda dejó su equipaje en una habitación vacía, con dos estancias, un cuarto de aseo y cuatro literas. Luego ella volvió con sus compañeras a ensayar al teatro.

Esa tarde ella vio a Javier que estaba trabajando en el teatro, a su lado estaba una chica rubia de más o menos su edad, delgada, no muy alta y muy blanca. Ella supuso que podía ser extranjera y que era su novia.

La estudiante saludó como siempre a Javier, y este como siempre la ignoró. Después Magda se dio cuenta que la amiga o la novia extranjera del sobrino del director, sacó una cámara fotográfica de su bolso, y le empezó a hacer varias fotografías desde lejos.

Ella empezó a enfadarse con la situación tan surrealista que estaba viviendo. ¿Por qué esa le hacía fotografías? ¿Para quién eran? ¿Para él? ¿Pero él no tenía ya novia? ¿Y por qué ella se las hacía? Magda pasó de todo y siguió entretenida con sus compañeros.

Esa tarde todos los compañeros ensayaron la obra.

A las nueve de la noche el director dijo que era hora de cenar, y todos se fueron al restaurante. Esa noche Carmen y Olivia, después de cenar con sus compañeros, abandonaron a Magda en el pueblo, se tuvieron que ir, ya que ambas trabajaban a la mañana siguiente en sus trabajos de la ciudad. Magda se volvió a quedar sin compañeros de más o menos su edad. Ella tendría que volver con las mujeres mayores que se quedaban también en la residencia.

El jueves era el primer día de estancia en el lugar. Ella se despertó sola en su habitación, se

vistió y fue a desayunar a la cafetería de la residencia, donde se quedaba. Después de desayunar ella se fue a dar una vuelta con una compañera mayor por el pueblo, fueron a la plaza de abastos, ella hizo unas compras y luego fue a probarse el disfraz de la obra de teatro. A la hora del almuerzo Magda se tuvo que ir a almorzar sola, porque su compañera mayor se hartó de hacer de su niñera. Después de almorzar ella se volvió aburrida a su habitación, hasta que por la tarde el resto de sus compañeros vinieron para ensayar en el pueblo.

Los actores primero se probaron los disfraces en el teatro. Sin venir a cuento Javier se acercó a Magda, y le dijo en un susurro que estaba muy guapa disfrazada. Mientras ella le hablaba de forma normal, concretamente se quejaba de su tío y de lo incómodo que era el dichoso disfraz. Él no tenía intención de tener una conversación coherente y normal con ella, la verdad.

Conforme avanzaba la tarde, el director decidió parar los ensayos, y permitir a los actores que hicieran un receso, para tomar un café.

Cuando Javier se dio cuenta que todos se iban a la calle, se volvió a acercarse a Magda y a otra compañera, pero él se puso a hablar con la otra compañera. Esa le invitó que se viniera con ellas y con el resto de actores a tomarse algo fuera. Magda aprovechando la coyuntura, le insistió que viniera con ellas.

Pero Javier salió del paso con su frase más socorrida:

— ¡Ahora no puedo!, estoy trabajando.

Magda se quedó otra vez helada. ¡Qué forma de hacer el ridículo más estrepitoso! A pesar de eso, ella y su compañera se fueron con sus compañeros a tomar ese café.

Todos se entretuvieron tanto, que regresaron más tarde al ensayo.

Esa misma noche Carmen y Olivia abandonaron a Magda antes de cenar en el pueblo, ellas se tuvieron que ir, porque el día anterior habían llegado muy tarde a sus domicilios. Magda se quedó sin compañeros de más o menos su edad para cenar en el restaurante. Ahora ella tenía que comer con cualquiera.

¡Qué casualidad! En la mesa de Javier no estaba su querida amiga rubia, había un asiento libre, y él le invitó amablemente que se sentará a su lado.

Ella se acordó de la poca disponibilidad de su viejo admirador, y sobre todo del desplante que le había hecho unas horas antes, por eso ella le dijo:

— ¡Prefiero sentarme con otras personas que ya conozco!

Todos terminaron de cenar y ella se marchó con varias compañeras mayores andando hacia la residencia, donde se quedaban a dormir.

Esa noche Magda se acostó, pero no pudo dormir mucho, no hacía más que acordarse del desaire de Javier y de su respuesta posterior. Ella estaba muy enfadada, no debía haber venido al pueblo, estaba muy sola y aburrida en el mismo. Ella pensaba que viniendo al pueblo del sobrino del director, este iba a reaccionar, que iba a hacer algo productivo, sí claro con esa amiga, novia o lo que fuera delante. Magda no paraba de pensar: Luego su tío me acusará delante del todo el mundo, que soy muy mala con su sobrino, que le hago sufrir, etcétera. Ella estaba harta de esa situación, el director le crispaba los nervios, ella era muy tímida y lo pasaba fatal.

El segundo día era viernes. Ella se vistió y bajó a desayunar a la cafetería de la residencia. Allí conoció a una chica extranjera, que trabajaba en la obra como personal técnico. Las dos se pusieron de acuerdo en irse de excursión a un pueblo vecino. Ambas chicas se lo pasaron muy bien en la escapada turística, pero la actriz amateur se tuvo que volver antes del pueblo, para ensayar y actuar con el resto de sus compañeros en el teatro.

Esa misma tarde Carmen, su nueva compañera, regresó con su equipaje y con su novio, para

quedarse todo el fin de semana en el pueblo. Todos los actores se pusieron sus disfraces y actuaron. Cuando la representación teatral terminó, todos se quitaron el disfraz, y se marcharon corriendo a cenar en el restaurante.

En la cena ella ignoró al sobrino del director, se sentó con su nueva amiga y su novio. Magda comentó a Carmen mientras comían en el restaurante, que donde ella estaba alojada, había tres camas de sobra y dos estancias, ella se podía alojar con su novio en la misma habitación, y cada una usar una de las dos estancias. Mientras las dos compañeras de taller hablaban tranquilamente, Javier y su novia o amiga acercaban cada vez más sus sillas a la mesa de Magda y de sus amigos, para escuchar mejor la conversación que ambas mantenían. Así Magda se dio cuenta que a Javier le molestaba bastante que el novio de su amiga, que no pertenecía al taller ni lo conocía de nada, se fuera a dormir a la misma habitación que ella. ¡Qué iban a hacer los tres en la misma habitación!

Después de cenar, Magda, Carmen y su novio se fueron a un bar para celebrar lo buena amiga que era la estudiante. Luego ellos siguieron a Javier y a su amiga-novia o lo que fuera, para descubrir y entrar en una discoteca decente del pueblo, pero ellos no hablaron.

El tercer día era sábado. Magda, Carmen y su novio tenían un día de descanso. Ellos se dedicaron a visitar y conocer mejor el pueblo donde estaban. Por la noche ellos se quedaron en el pueblo y vinieron otros amigos jóvenes del taller, que se alojaban en otros pueblos cercanos. Mónica y José Manuel no vinieron, porque no les gustaba mezclarse con la chusma, es decir, con Magda.

Carmen y su novio eran varios años mayores que Magda, por eso dijeron con guasa al resto de sus amigos en el bar que estuvieron:

— ¡Parecemos un matrimonio joven con una niña bastante crecida a nuestro cargo, que duerme en la habitación de al lado!

El cuarto día era domingo. Se dieron dos ensayos y las actuaciones trascurrieron sin problemas. Mónica, Olivia y Lola fueron muy distantes y desagradables con Magda, e incluso le hicieron una barrera física de más de cien metros, para que ella no se pudiera aproximar a José Manuel durante los ensayos y las representaciones. La única que no entendió el comportamiento de sus compañeras fue Carmen, porque estaba muy agradecida a Magda, porque le había hecho un gran favor alojando a su novio en la misma habitación, que ella estaba.

A Magda le dio igual el comportamiento de ese trío de brujas, lo esperaba. A ella no le importaba José Manuel, le daba igual tratarlo, si con eso ella conseguía un poco de paz.

El sobrino del director era otra cosa, ella no sabía que pensar de él, ni cómo actuar con él. A veces él estaba muy interesado en ella y a veces ni la miraba. Después del corte que recibió en el restaurante y de la visita del novio de Carmen, él le miraba desde lejos con muy mala cara. A ella le dolía mucho que él le despreciara cada vez que los dos coincidían en los pasillos o en las bambalinas del teatro, pero ella tenía que disimular su disgusto ante todos.

Al final para desahogarse con alguien, ella contó a Carmen y a su novio el pequeño problema que tenía con el sobrino del director. Los dos fueron muy realistas y sinceros con ella, le dijeron que si no se había dado cuenta que Javier tenía ya novia. Esa dichosa rubia que él tenía pegada a su lado todo el santo día.

Desde ese día esa pareja pensó igual que Mónica, Lola, Olivia y que el resto de sus compañeros del taller, que Magda era una roba novios. Por eso la relación de amistad que ellos tres tenían, se empezó a enfriar.

Desde ese día la estudiante pensó que era mejor olvidar que le gustaba mucho el sobrino del

director, era mejor no tratarlo, sino tendría que dejar el taller, porque la gente le iba a criticar. Además Javier era una persona muy rara, le daba vergüenza que lo vieran con ella, y si no le echaba de su lado. ¡Vamos que era mejor seguir viviendo una vida solitaria!, seguir estudiando tranquilamente y no hacerse ilusiones con nadie.

El domingo por la noche terminaron las representaciones en el pueblo.

El lunes por la mañana Magda estaba bastante asqueada y cansada de todo. Ella tuvo que buscarse a otro compañero, para que le acercara en su coche a su ciudad y a su casa. Así ella se podría olvidar cuanto antes de esos cuatro días tan deprimentes.

El verano pasó, ella se presentó a sus exámenes de la facultad y los aprobó.

A mediados del mes de septiembre ella volvió a pasar por la asociación teatral, ya era su quinto año en el taller de teatro. Allí el director decidió que se representaría la comedia de enredo “El lindo don Diego” obra de don Agustín Moreto, y los personajes se repartieron entre todos. Estos eran: don Tello, que era padre de doña Leonor y de doña Inés, que lo realizaría Enrique; doña Inés que la interpretaría Magda; doña Leonor que sería Mónica; don Juan, amante de doña Inés, que lo realizaría Alejandro; don Diego, que era sobrino de don Tello, lo haría José Manuel; don Mendo, que era primo de don Diego, lo interpretaría Julio; Mosquito, que era un criado de don Tello, lo realizaría Paco; Beatriz, que era una criada, lo interpretaría Olivia; Lope, que era un criado, lo haría Teresa; Martín que era un criado, y lo interpretaría Lola.

Los ensayos de la obra eran muy divertidos y concurredos en el taller, por eso cuando todos salían de allí no paraban de reírse e incluso los compañeros lo comentaban después de los ensayos por el camino de vuelta a casa.

En esas fechas las cosas entre Magda y Alejandro se pusieron más extrañas, sobre todo por parte de él. A ella le daba igual, porque ellos no tenían ningún tipo de compromiso. Él seguía sin pedirle salir formalmente, solo le pidió una vez que se vieran a solas en uno de los ensayos, porque él sabía que ese día determinado, iba a venir poca gente al mismo. A él le daba vergüenza que le vieran con ella a solas, que iban a pensar de él los demás. La estudiante no fue a ese ensayo, porque tenía un compromiso con unos amigos. Ella conocía muy bien a Alejandro, y ella no estaba en sus prioridades, eran otros menesteres más piadosos.

Magda le sugirió a él:

— ¿Por qué no me vienes a recoger un día después de clase? ¡Hablamos! ¡A lo mejor te tomo más en serio!

Él se negó a hacer eso por falta de tiempo. ¡Es que él estaba metido en cuatro hermandades de su ciudad!, que le robaban todo su tiempo libre.

Magda sabía que estar con Alejandro era una pérdida de tiempo, y razonar con él más. Después de esos días de discusiones por la falta de entendimiento entre los dos amigos, ellos pasaron varios meses sin hablarse.

El invierno llegó y Magdalena se hartó de Alejandro. Él quería tener una relación de noviazgo con ella, pero su trabajo y sus otras actividades le quitaban todo el tiempo, para quedar con ella a solas. Incluso él pidió a Magda que fuera a verlo haciendo a esas actividades religiosas tan importantes. Pero ella se negó en redondo a ir. ¡Es que ella no estaba enamorada de él y no era una beatona!

Debido a la pasividad que la estudiante tenía para iniciar una relación con el abogado. Este sacó varias conclusiones de su comportamiento, que Magda estaba enfadada con él y que pensaba que él era homosexual u otra cosa peor. En esos momentos a Alejandro se le ocurrió una estúpida idea, para saber exactamente lo que pasaba por la cabeza de su amiga. Él llamó y pidió la ayuda

de todos sus amigos nuevos del taller, y organizó una encerrona para Magda. Los amigos del abogado citaron a esta en una cafetería, para tomar café en un descanso de un ensayo teatral. Allí ellos preguntaron a la chica directamente, si pensaba que Alejandro era homosexual.

Magda no se podía creer lo tonto que era su amigo, por eso se enfadó con él, pero no dijo nada a nadie. A ella no le hizo gracia la pantomima que Alejandro había organizado para sonsacarla. En el fondo todos los individuos masculinos de ese taller eran una panda de críos. Al final ella contestó lo que opinaba sobre su amigo:

— ¡Oh sí, Alejandro no me parece homosexual! ¡Pero está muy enmadrado!— También pensaba que era un imbécil, pero eso ella no se lo comentó a sus amigos.

Magda estaba cada vez más cansada de Alejandro, no tenía nada en contra de los homosexuales. Si él le hubiera caído mal, no le hubiera dejado sentarse a su lado, ni le hubiera dejado que le invitase en más de una ocasión. La estudiante pensaba que su compañero era un cobarde como casi todos los individuos masculinos de la ciudad, y no estaba enamorada de él.

El problema central que había entre los dos, era que Alejandro no estaba enamorado de ella, sino le hubiera apoyado en todo lo que ella hacía. Pero como él ya trabajaba en un puesto de trabajo fijo, pues le apetecía casarse ya con quien fuera, y Magda estaba libre, era muy guapa y buena chica. Eso él lo sabía por el trato continuo que ellos habían tenido en los ensayos del taller. Él nunca la tomó en serio como persona y menos como profesional, parecía que él estaba buscando una asistente para su hogar, pero le salía más barato casarse con una mujer.

Alejandro era un individuo muy frío, se negaba tajantemente a acompañarla a su casa después de los distintos ensayos del taller de teatro. Ella no quería aprovecharse todos los días de él, ni de su coche, sino que ella pensaba que era la forma de conocerse, si era verdad que él tenía interés en ella.

Un día Magda decidió romper todo tipo de relación con Alejandro, incluso de amistad, porque él cometió la estupidez de pedir la ayuda de una compañera mayor del taller de teatro, para que esta averiguara la dirección exacta y el teléfono de Magda. Cuando ella se dio cuenta, ocultó la información a su compañera mayor, y dejó de hablar y tratar a su amigo. ¿Por qué Alejandro era tan cobarde y le trataba con tanto desprecio?

Esos días molestos pasaron, pero ella estaba desolada, creía haber perdido un amigo, porque ella no estaba enamorada de él. Por eso pensó seriamente: ¿Se puede ser amiga de un hombre, sin que este piense que con el tiempo y con el trato diario, te llevará finalmente a la cama o hará contigo y con tu vida lo que le dé la gana?

Ese año ocurrió algo maravilloso. Enrique, el cincuentón pesado, que no dejaba de molestarla, diciendo que Magda podía ser su novia y que él todavía era joven para complacerla sexualmente, se echó una novia de su edad madura y dejó de molestarla. Pero ese hecho tan sorprendente tuvo una contrapartida negativa para la joven, porque su viejo admirador ya no le acercaría hasta cerca de su casa en su coche, porque a su nueva novia le parecía mal, que tomara demasiadas confianzas con otras mujeres del taller de teatro. Entonces Magda tuvo que volver otra vez a irse sola caminando o en autobús a su casa. Y si esa noche ella tenía suerte, alguna compañera mayor le podía acercar en su vehículo particular o acompañarla andando. Aunque las mujeres mayores y otros compañeros ya estaban muy molestos con ella, porque ella no se echaba un novio en el taller o fuera, que quisiera recogerla.

La joven pensaba que sus compañeros eran unos plastas con el tema del novio. Ella no se metía en la vida sexual ni amatoria de sus compañeros, por eso no entendía que ellos lo hicieran.

Esos días Lola, Mónica y las otras compañeras jóvenes seguían queriendo estrechar lazos con

Magda, quería hacerle participes de sus cosas, la incluían en sus conversaciones más íntimas, le aconsejaban para que mejorase su aspecto físico y estético. Ellas sobre todo le aconsejaban para ser perfecta y no desentonar en el grupo, que debía perder unos cuantos kilogramos de peso. Según ellas Magda estaba gorda.

Cuando la pobre estudiante escuchaba semejantes estupideces, pensaba: ¡Pero si soy muy ancha de caderas! ¡Tengo una talla cuarenta seis de pantalón y de falda! ¡Por mucho qué yo adelgace, no voy a perder la anchura de mis caderas! ¡Para perder una talla o dos, tendré que volverme una anoréxica? Además... ¡A mí me gusta comer!

En esas fechas Magda comía con mucha ansiedad y estrés, por culpa de los exámenes de la carrera y por los trabajos que tenía que entregar. Ella estaba todo el día sentada, porque tenía que estudiar, leía muchos libros y escribía muchos trabajos. Esa era la única forma que conocía para aprobar las asignaturas y pasar los cursos. Ella nunca tuvo un padre que estuviera pendiente de su educación y que le costeará esos gastos tan costosos.

Magda no estaba obesa, estaba dentro de la normalidad y tenía muy claro que no iba a echar cuenta de unas mujeres tan machistas, que no eran sus amigas.

Después sus nuevas queridas amigas pasaron a criticar su forma de vestir, su corte de pelo, y su maquillaje inexistente a diario. Esos eran unos defectos muy graves, que ella debía subsanar cuanto antes, para continuar con ellas.

En esos días Lola se tomó muy en serio la ayuda que iba a echar a Pablo, para que consiguiera a la estudiante. Lola se sentía muy culpable, porque cuando los dos eran novios no le había podido hacer feliz, por eso iba a moverse, para que él pudiera conseguir a la joven fácilmente. Además ella entendía que Magda tenía edad de echarse novio y de casarse, soltera era un estorbo para todos, sobre todo cuando ellos salían de copas después de las representaciones. Incluso en una ocasión, cuando ella estaba recién casada, le intentó meter por los ojos y le presentó a un amigo de su marido. Ese individuo no era muy normal, sin venir a cuento decía unas cosas muy raras y se comportaba de forma más extraña todavía, sobre todo cuando le mencionaban una marca nacional de coche determinada, que había adquirido y usado durante un tiempo, que le había dado muy malos resultados. Este individuo entraba en ebullición, y se ponía a despoticar como un poseso. Lola notó que Magda se había asustado bastante con el amigo de su marido, pero se calló, más valía no decir nada.

Al final de esa noche todos se recogieron con sus respectivas parejas en sus casas y la estudiante se fue caminando sola a su casa, como siempre pasaba cuando ella salía con sus compañeras mayores, que no eran sus amigas.

La abogada pensaba que su joven compañera era una sujeta difícil de contentar, no se conformaba con nada ni con nadie. Acaso ella se creía especial, pues no lo era.

En realidad la joven no era muy exigente con los hombres, pero tenía muy mala suerte. Ella deseaba que alguna vez le pudiera salir un hombre bueno, trabajador, cuerdo, abstemio, que no se avergonzara de ella en público por su aspecto normal, por sus opiniones y que estuviera enamorada de ella de verdad.

En esas fechas Pablo seguía visitando a su ex novia y al resto de sus amigos en el taller. Él seguía estando interesado en Magda, pero cuando ellos salían en grupo por la noche, él no hacía nada para conocer a la muchacha, no hablaba mucho con ella, para saber cómo pensaba. Incluso él tenía la mala costumbre de empezar a hablar con ella una conversación de lo que fuera, después él la dejaba a medias y con la palabra en la boca, ignorándola en un rincón. Acto seguido él se ponía

a hablar con su querida y adorada ex novia, dejando a Magda hablando sola. ¡Era una situación muy ridícula y deprimente para la joven!, que le creaba mucho malestar.

Cuando todo el mundo terminaba de ensayar en el taller de teatro, y se marchaban a su casa, Pablo recogía y acompañaba a su ex novia en su coche o andando hasta su casa, y esta tenía un marido que le estaba esperando en su casa. ¡Qué raro! Y Magda se iba sola, rezando y andando rápido por el camino de vuelta a su domicilio, para que no le pasara nada malo por el mismo.

Magda pensaba fríamente: ¡Qué tío más raro me quieren endosar mis queridas compañeras! Este no le quería tocar, no le quería acompañar a su casa, no hacía nada para quedar con ella a solas, apenas le hablaba. Si él le invitaba a tomar un café, lo hacía también a todas las mujeres de la reunión, por una gentileza a su sexo. Este individuo iba por la vida de seductor nato, de hombre de mundo.

Si ese alguna vez le hablaba, le refregaba que el día anterior había salido con sus amigos hasta las cinco de la mañana. ¡Pablo era un romántico empedernido! A veces Magda tenía miedo que ese individuo abriera la boca, sobre todo si era para contarle cosas de ese tipo, ella prefería que no le hablará y pensaba: Un día Pablo me contará como se ha beneficiado a una pobre chica en un servicio sucio de una discoteca. ¡Qué tío más estúpido!

Magda tenía mucha curiosidad de saber los temas de conversación que los dos tortolitos hablarían en el coche de Pablo, en el camino que iba desde el taller de teatro hasta la casa de su amiga del alma. Ellos podían hablar de lo que habían vivido los tres años que habían estado juntos, de Magda ellos no podían hablar nada, porque Lola nunca se había molestado en conocerla como a una amiga. Ellas apenas habían hablado alguna vez.

Lola no era su amiga, se lo había dejado bien claro, siempre le insultaba diciendo que ella era una cutre que no sabía comportarse en sociedad. Pero ser educada y saber comportarse, era no ser una persona tan estirada y desagradable como era ella.

Un día a Pablo le salió caspa en la cabeza, como este tenía el cabello pelirrojo se le notaron mucho las partículas blancas en su cabeza y en la ropa que llevaba puesta. Magda se las vio, y le preguntó sin reparos:

— ¿Pablo tienes varios eczemas seborreicos en la cabeza, no?

En ese momento él se tocó la cabeza, se vio las partículas blancas en los dedos de su mano y se avergonzó mucho. Acto seguido él huyó por un pasillo y ella no le pudo volver a hablar más, parecía que esa pregunta había sido un insulto para él. E incluso él le rehuyó cuando se le acercó otra vez. Él era un tío muy raro y muy frío. Después de ese incidente tan tonto, Magda se sintió culpable y le quiso pedir disculpas, por eso buscó su teléfono fijo en una guía telefónica. Ella finalmente lo llamó un día, desde una cabina de su facultad, y le pidió disculpas dejándole un mensaje de voz en el contestador. Le explicó que ella lo llamaba desde su facultad, para que él no se le ocurriera llamarla al número de teléfono que su aparato recogía. Ella le dijo que era muy raro y que las cosas no eran para tanto.

Magda no le dio su número de teléfono fijo, porque ella creyó que ya era bastante con la disculpa, hacer algo más era absurdo. Al final de la llamada, ella le dijo que ya se verían.

A Magda no le gustaba del todo Pablo, pero no sabía qué hacer con él, ella pensó que podía probar. Eso era lo que ella hacía siempre con los individuos jóvenes del taller de teatro, probaba a conocerlos un poco, pero enseguida ella los calaba como a los melones, y luego ella salía huyendo, porque lo que veía no le gustaba absolutamente nada.

Cuando Pablo llegó a su casa ese día, escuchó el mensaje grabado en su contestador, y le gustó bastante que ella se disculpara. Pero en el fondo él era un sinvergüenza, por eso un día entró en el

despacho de Fermín, el secretario del taller de teatro, cogió de un cajón la agenda, donde estaban apuntados los números de teléfono de todos los componentes del taller de teatro. En ese instante él apuntó el número de teléfono fijo de Magda, para llamarla a su casa.

El primer mes él llamó todos los días a la misma hora al teléfono fijo de la compañera de su ex novia. Magda cogía el teléfono fijo de su casa, y decía:

—Sí...— Él oía su voz y luego colgaba a los cinco segundos.

El siguiente mes él llamó a horas distintas del día a casa de Magda, no decía nada y después colgaba enseguida el teléfono. Más tarde él siguió haciendo lo mismo, pero espaciando las llamadas en el tiempo. Él también encargó a unas amigas suyas que preguntarían a la pobre estudiante repetidamente por teléfono, sobre sus estudios y en que pensaba trabajar.

Magda se dio cuenta enseguida quién era el acosador, porque el día que él apuntó su número de teléfono fijo, ella lo vio entrando en el despacho de Fermín, lo siguió y luego ella se fijó en lo que estaba haciendo. Magda estaba muy enfadada con la situación, el número de teléfono de su casa ella solo se lo daba a la asociación teatral para los asuntos del teatro, y no para que ningún estúpido le llamara continuamente. Ella estaba muy enfadada con las llamadas, quería denunciarlo a la policía.

Su madre le dijo a ella que no se preocupará, que Pablo se cansaría más tarde o más temprano de hacer el tonto.

La joven decía que no era justo, que ella no le daba a nadie el número de teléfono de su casa, ya que su casa era su santuario de paz, y no quería que también le molestaran allí.

El mes de diciembre llegó y Javier, el director, regresó a la asociación teatral, para anunciar que ya tenía firmadas las fechas de las próximas actuaciones. Serían los días 19 de diciembre en Dos Hermanas, que era un viernes, el 20 de diciembre en la Puebla de Cazalla, que era un sábado y el 21 de diciembre en Osuna, que era un domingo.

Los ensayos previos a las actuaciones se dieron y los días de las actuaciones llegaron, Magda estaba muy cansada, tenía muchos trabajos que hacer, e incluso pensó ir más tarde a las actuaciones, pero su madre le convenció que no hiciera eso. A ella le venía bien relajarse unas horas. Por eso ella cogió el autobús con todo el mundo, a la hora que estaban citados. Todos llegaron a su destino, ensayaron y actuaron los tres días. La gente que fue a ver la obra se divirtió mucho, e incluso a los propios actores les costaba continuar las frases sin reírse también. Según el director las representaciones habían sido un éxito, por eso luego felicitó a todos en el camerino.

En esas fechas Magda seguía ignorando a Javier, el sobrino del director.

Después de la última representación, todos se fueron a cenar a un restaurante, pero ellos se volvieron pronto a su ciudad de origen, porque estaban muy cansados, y el día siguiente era lunes y la mayoría tenía que levantarse para ir trabajar.

Las navidades pasaron y empezó un nuevo año. En enero todos volvían de nuevo a los ensayos, como si el tiempo no hubiera pasado. Magda se presentó el primer día de ensayo y todo estaba muy tranquilo. La nueva obra de teatro que iban a representar ese verano, estaba ya fijada en el tablón de anuncio, era “La verdad sospechosa” de don Juan Ruiz de Alarcón. Esta vez Javier no vino para asignar los papeles a cada uno, pero sí dejó sus instrucciones escritas a Fermín, y este dijo a todos el papel que debían interpretar en la nueva obra: don Carlos Cuevas, lo haría José Manuel; don García, lo interpretaría Alejandro; doña Jacinta, lo interpretaría Mónica; doña Lucrecia, lo realizaría Olivia; y el resto de los personajes secundarios se repartirían entre los demás compañeros de la asociación.

En esas fechas Magda seguía soportando las llamadas de Pablo en el teléfono particular de su

casa, aunque nunca dijera nada en las llamadas, ella sabía que era él.

Un día del mes de mayo, Magda vio a Pablo, que venía de visita al taller. Ella le dijo que tenían que hablar, y ambos quedaron en verse a solas otra tarde. Ese día Pablo se dio cuenta, que el día de la cita, tenía un compromiso que no podía eludir, por eso llamó por teléfono a una de sus amigas, para que esta fuera a la cita en su lugar. Él pidió el favor a Lola, para que le diera a Magda una explicación piadosa que le disculpará. Después él se quejó a su querida ex novia, porque Magda no se comportaba como una mujer fogosa con él, y eso no era normal en una mujer.

El día de la cita llegó y Magda fue temprano al taller, y se encontró a Lola entre otros compañeros. Esta le dijo a la estudiante:

—¡Pablo no ha podido venir, porque está de exámenes!— ¿Pero si ambas sabían que Pablo no estudiaba hacia años? Después Lola empujó y habló a Magda con desprecio delante de todos los compañeros del taller, que estaban presentes. Magda estaba de pie, pero con el empujón que le dio su compañera, le obligó a sentarse en uno de los bancos que había cerca. Después la compañera casada echó en cara a su compañera soltera: —¡No sabes comportarte en ningún lugar, y menos con un hombre!

Magda se asustó con el comportamiento tan agresivo de su compañera. Las frases que escuchó de su compañera casada le parecieron absurdas. ¿Pero si Pablo también le había dejado tirada cuando le vino bien? ¿Cómo sabía ella cuál era el comportamiento adecuado de una mujer, para agradar a Pablo?

La muchacha estaba muy confusa con la situación, por eso le preguntó a Lola:

— ¿Entonces cuándo voy a ver a Pablo, para poder hablar con él?

Lola explicó a la estudiante, que lo vería otro día que él considerase oportuno, porque era un hombre muy ocupado.

Desde esa tarde la estudiante cogió miedo a su compañera mayor.

Magda esperaba que Pablo hubiera venido a la cita, que dejara de llamarla por teléfono a su casa, y que le tratara mejor. Ella se sentía como una mierda, no era digna de ningún tipo de consideración de él y menos de sus amigas. La estudiante estaba muy asustada y enfadada con la situación, por eso recuperó el teléfono de Pablo, ese que no pensaba usar de nuevo. Le llamó por teléfono y le explicó en un mensaje de voz:

—No soy tonta. Nadie se merece que le den un platón así, no pienso aguantar a tus amigas, y tampoco que tu ex novia me vuelva a pegar delante de nadie.— Si él quería tener algo serio con ella, debía disculparse primero y comportarse mejor.

Los ensayos de “La verdad sospechosa” continuaban, pero eran muy raros. Cada vez que Magda veía al trío de amigas juntas, procuraba estar lo más lejos posible de ellas, por si Lola volvía a pegarle de nuevo o las tres amigas lo hacían conjuntamente, Magda no quería tentar la suerte. Ella pensó: ¿Qué le he hecho a Lola? ¿Pero si ella no es nadie para decidir en mi vida, y menos para ponerme las manos encima?

La estudiante no entendía porque Lola se molestaba con ella. ¿A lo mejor ella seguía estando enamorada de su ex novio? Pero si Pablo no quería a nadie. ¿Qué barbaridades él le habría hecho a ella en su noviazgo? ¿Y a las demás mujeres con las que había estado? Pablo se portaba mal con todas las mujeres, porque ninguna le importaba lo más mínimo. Pero los años pasaban y él seguía solo. Sus amigos se emparejaban, se casaban y tenían hijos, aunque todos ellos seguían saliendo juntos de noche.

En esas fechas el ex novio de Lola seguía solo, por eso le hacía falta alguna chica tonta que lo aguantará y le diera también hijos. Pero él no quería a ninguna mujer, y tampoco se quería así

mismo, porque se daba a unos hábitos bastante malsanos y no tenía medida cuando lo hacía. Eso Magda lo confirmó en una ocasión, que él vino al taller de teatro, porque apareció con una barriga de aspecto descomunal.

El tiempo pasaba y Javier, el director, apareció por el taller de teatro, para anunciar las fechas de las próximas actuaciones. Él reunió a todos en el salón de actos, y comentó contento las fechas: el 17 de julio en Cádiz, que era viernes, el 18 de julio en Morón de la Frontera, que era sábado, el 19 de julio en Dos hermanas, que era domingo.

En el mes de mayo la pobre estudiante estaba muy nerviosa y tenía varios trabajos que entregar antes de sus correspondientes exámenes finales, por eso ella pidió permiso a Javier y a Fermín, para descansar durante un tiempo del taller de teatro. El primero puso bastantes pegos, porque decía que ella tenía muchas dudas. Magda no pensaba lo mismo, por eso ella se enfrentó a Javier:

— ¡Lo siento!, pero yo me voy a ausentar, para preparar mis exámenes. Fermín aseguró a Magda que no debía preocuparse, primero era la obligación y luego la devoción. Él convencería a Javier para que pudiera faltar.

Magda se lo agradeció y se fue esa misma noche aliviada a su casa, para estudiar como una loca los últimos exámenes de su carrera.

El siguiente mes la estudiante se estaba examinando, y cuando publicaban alguna nota suya en los tablones de los distintos departamentos, estas salían aprobadas o con buena nota. Ese hecho a Magda le animó, para retomar la obra de teatro y los ensayos en la asociación.

Los días de las representaciones llegaron, y todos quedaron citados por Fermín, para coger el autobús, que les llevaría a los lugares, donde iban a representar la bendita obra. Cuando ellos llegaban al lugar, primero ensayaban, después se vestían corriendo con el disfraz y empezaban actuar. Los tres días fueron agotadores y ellos hicieron lo mismo.

Esos días Magda siguió siendo acurrucada y mimada por sus compañeras mayores, que no le criticaban. Ella hubiera adoptado a la mayoría de esas mujeres mayores como sus tías, porque eran muy amables y adorables con ella, a pesar que no eran de su familia. Ese último año ella había estado muy lejos de la gente joven. ¡Era increíble!, pero ella no tenía nada en común con ellos, nada.

La última noche hubo una cena más relajada, donde todos los compañeros discutieron como les habían salido las tres actuaciones. Esa última noche, después de la cena, cuando todo el mundo se había bajado del autobús para regresar a su domicilio. Magda decidió irse también sola a su casa. En su camino de vuelta a casa, ella se encontró a un grupo de gente parada, se acercó, para ver mejor sus caras. Al acercarse ella vio que eran Pablo acompañado de sus tres amigas y de José Manuel, que le esperaban en una esquina, donde les había dejado el autobús ¿Por qué estaban allí? ¿Para qué Pablo pidiera salir a Magda?, porque él no se atrevía a hacerlo solo o era tartamudo.

Cuando Magda llegó a su altura, miró al grupo e hizo que no conocía a nadie. Ella se metió por un callejón, para irse sola a su casa.

Pablo no consiguió nada. Y cuando él llegó a su casa, llamó una y otra vez al teléfono fijo de la casa de Magda. Ella como sabía quién era, dejó que sonará el teléfono de su casa, hasta que Pablo se cansará de llamar.

A finales del mes de diciembre Magda llamó por teléfono desde su casa al taller de teatro, y Fermín como siempre cogió el teléfono. Esta le anunció al responsable de la asociación, que ya no iría más a ensayar ni actuar. Ella le comentó que a primeros del mes de enero empezaba un posgrado en su universidad, y no le iba a quedar tiempo para ir y ensayar. Magda le deseó lo mejor a todos, pero ella le explicó que tenía que seguir estudiando y conseguir su sueño de ser

traductora de profesión. Ella le aseguró que no descartaba volver más adelante. Pero Magda tenía varios motivos para dejar de ir a los ensayos de la asociación teatral:

El primero. Magda estaba cada vez más liada con sus estudios, quería terminarlos y después conseguir un buen trabajo.

El segundo. Ella no entendía la forma de pensar tan machista de muchas de sus compañeras del taller de teatro, que le criticaban, porque no comprometerse con ningún individuo del sexo masculino.

El tercero. La estudiante estaba harta de los compañeros jóvenes y solteros del taller, ella quería que esos le dejaran de una vez en paz, y no verlos más.

El cuarto. Las amigas de Pablo estaban muy agresivas con Magda, porque no quiso comprometerse con él. Ellas estaban ciegas, no veían que ese individuo tenía muchos problemas con el compromiso y con el alcohol, además le gustaba salir mucho con sus amigos de noche.

El quinto. Como las amigas de Pablo no consiguieron que la pobre chica cargara con su querido amigo, se dedicaron a contar barbaridades de ella en el taller. Ellas dieron rienda suelta a su lengua viperina, contando rumores falsos de su compañera más joven, inventados en sus tardes libres. Ellas contaron a todos que Magda era una gran mentirosa, una mala persona, que se dedicaba a quitar el novio o el marido de las demás. Gracias a esas falacias mucha gente joven y no tan joven del taller de teatro dieron de lado a Magda en la calle. Nadie saludaba a la joven en la calle. Daba igual que ella fuera buena persona y agradable. La estudiante se quedó con el sambenito de puta, aunque no lo fuera, ni le diera tiempo a serlo, ni tuviera ilusión por ningún hombre. Además la gente que conocía a la hija de Sofia, no tenía tiempo de comprobar, si lo que decían de ella era cierto o no, simplemente ella era una puta.

El sexto. Ella no soportaba al director del taller de teatro, porque era un estúpido y un machista. Él no entendía que Magda no persiguiera su sobrino. Y ella no sabía qué hacer, para que este se callara. Su sobrino era muy raro, estaba siempre trabajando, ocupadísimo, acompañado todo el rato de su amiga rubia. ¿O tal vez esa era su novia?

EN EL MÁSTER DE TRADUCCIÓN

1ª Semana, en enero:

Empezó una fría mañana de la segunda semana del mes de enero. Magda llegó media hora antes que las clases empezarán, porque no se fiaba del autobús. Cuando ella llegó a su parada se bajó, y fue andando lentamente hacia las puertas del edificio. Esperó un rato que abrieran las puertas del mismo. Cuando los bedeles abrieron las puertas del edificio, ella entró y subió hasta la segunda planta del mismo. El resto de sus nuevos compañeros fueron llegando poco a poco a la clase. Ella conocía algunos de vista, de haberlos visto dentro de alguna clase o en los pasillos de la facultad, y a otros era la primera vez que ella los veía en su vida.

Cuando Magda entró en el aula ese día, saludó a los compañeros que trataba en clase. Ella se extrañó mucho que algunos estuvieran allí, porque esos no le habían comentado a ella en su día, que tuviera interés en convertirse en traductor. Pero ellos le explicaron que en su carrera había pocas salidas laborales, y esa era una de las más importantes, por eso ellos estaban como ella allí.

Había otros compañeros que no hablaron y tampoco saludaron a la joven en el lugar, pero es que ellos siempre se habían creído superiores al resto de los mortales, y nunca saludaban a nadie. Entre estos últimos estaba Fernando, que estaba irreconocible, porque llevaba el cabello larguísimo, como si fuera un apéndice más de su cabeza, incluso él vestía con más colorido en su atuendo, pero seguía teniendo esa voz triste y lastimera que arrastraba cuando hablaba, y esos ojos más tristes todavía. Este llevaba los cabellos largos y sueltos y no paraba de tocárselos compulsivamente en la clase. Su amigo Andrés le acompañaba también allí y otros más, que eran la comparsa y la cohorte de ambos compañeros.

En la clase había reunidos treinta jóvenes y no tan jóvenes, procedentes de diferentes ciudades andaluzas y de otras provincias españolas, que se dedicaban ya o se iban a dedicar en un futuro al mundo de la traducción.

A las nueve y cinco minutos de la mañana los profesores que dirigían el posgrado, entraron cargados con varias cajas de cartón llenas de dossieres en el aula, donde los alumnos estaban ya sentados esperándoles.

Ese primer día se empezó a dar clase a partir de las nueve y diez de la mañana, pero esta se interrumpió varias veces, porque los profesores-directores del máster y Fernando, el ayudante de estos, entraron varias veces en la clase, para repartir a los alumnos el material que necesitaban, para empezar el posgrado. Ellos trajeron también las fotocopias de los primeros módulos.

La primera clase era de Lengua, cultura y traducción, pero se cortó enseguida, porque ese día lo importante era presentar debidamente el posgrado. Las clases de la mañana tuvieron un descanso a las once de la mañana, para ir a desayunar. Magda no solía desayunar en la calle, por eso cogió su bocadillo y se quedó dentro del aula, mirando todo el material que le habían dado. Las clases se retomaron a la once y media y continuaron hasta la una y media, cuando todos debían salir para ir a almorzar.

Un grupo se quedó almorzando cerca de allí, pero Magda regresó a su domicilio para comer con su progenitora.

Esa tarde ella tardó andando cuarenta minutos en llegar a su casa, para ir a almorzar. Desde ese día ese sería su camino de ida y vuelta, era una distancia importante que le dejaría agotada, pero

pensó: ¡Solo son cinco días al mes!, merece la pena el esfuerzo, así me ahorro comprar los billetes del autobús.

Después de comer en casa, Magda volvió al edificio donde se impartía el máster. Esa tarde había dos clases más, una de cuatro y media a seis y media, cuando se explicaba Traducción I y la otra de seis media a ocho y media de la tarde, en que se enseñaba Traducción II.

La estudiante estaba muy contenta, creía que su futuro laboral había despegado ya.

A las ocho y media Magda se empezó a agobiar, no conocía a nadie para que le acercaran en coche ni para que le acompañaran andando por el camino de vuelta a su casa, por eso ella se fue andando sola hasta su hogar.

El martes Magda tenía las mismas asignaturas que el lunes pasado, y seguía igual de confiada en su futuro. A las nueve de la mañana ella asistió a clase de Traducción I y después a la clase de Traducción II. Después ella se marchó andando a su casa, para comer y lavarse el pelo, si le daba tiempo. Luego ella pensaba otra vez volver andando a clase. Esa actividad era muy relajante para ella, además no tenía dinero para coger todos los días un medio de transporte, ya que ella se había gastado todos sus ahorros en el dichoso posgrado.

Esa tarde del martes ella llegó al edificio, subió las escaleras hasta la planta segunda, para llegar donde estaba su aula. Nada más entrar en la planta ella se encontró a Andrés y a Fernando que esperaban a alguien, parados en el principio de esa segunda planta. Ellos estaban sospechosamente callados y parecían dos estatuas de sal.

Cuando Magda vio a esos dos individuos juntos, los miró de arriba a abajo, pero se apartó enseguida de su lado, para no rozarse con ellos. Ella siguió andando por la planta, hasta llegar a un banco, que estaba libre, después se sentó, para esperar tranquila al resto de sus compañeros y al profesor de turno, para que la próxima clase empezara.

Mientras Magda esperaba al resto de sus compañeros, se quedó muy pensativa: ¿Qué estarían tramando esos dos? A ella le dio bastante aversión verlos allí plantados como estatuas, porque los dos eran muy bastos. ¿Qué hacían allí? ¿Pedir salir alguien? ¿A quién? Además ella haciendo memoria, juraría que había visto a Fernando el pasado sábado, paseando con una chica por el centro. ¿A qué jugaba ese? ¿A lo mejor Fernando estaba buscando una segunda novia? Magda lo tenía claro, no saldría nunca con niñatos que tuvieran novia.

Finalmente todos sus compañeros llegaron al aula y el profesor también hizo lo mismo, y este empezó a dar clase de Traducción I hasta las seis y media de la tarde. Esa clase terminó, y el siguiente profesor también vino, pero se quedó cinco minutos fuera de la clase, para que los alumnos descansaran un rato. Pasaron los cinco minutos de cortesía, los alumnos y el profesor entraron en el aula, y el docente empezó la clase de Traducción II. Y la clase continuó hasta las ocho y media.

El tercer día fue igual de anodino que los dos días anteriores, hubo clase por la mañana y por la tarde, pero con la variante que se daba una nueva asignatura. La estudiante se dio cuenta que Fernando siempre estaba observándola de lejos, aunque ese no le decía nada.

Magda pasaba de todos sus compañeros. Bueno ella se acordaba de sus compañeros a la hora de venirse por la noche, porque se le hacía muy pesado y duro venirse sola. ¡Qué casualidad! ¿Nadie pasaba por el camino que ella cogía, para volver a su casa?

El cuarto día solo había dos clases por la mañana. De nueve a once ellos tenían Técnicas de Traducción. Después de las once todos se fueron a desayunar, Magda se quedó como siempre dando vueltas en el edificio y comiéndose el bocadillo, que había traído preparado de su casa.

A las once y media de la mañana todos volvían corriendo al edificio, y se metían en el aula hasta

la una y media, que terminaba la clase de Gramática adecuada. Ellos tenían la tarde libre.

Antes que todos salieran del edificio Fernando, que era el ayudante de todos los profesores, reunió a todos sus compañeros en un corro, les dijo que los jueves por la tarde se dedicarían para hacer visitas culturales a algunos monumentos emblemáticos de la ciudad y para asistir a las exposiciones importantes que hubiera en las distintas salas expositivas de la ciudad. Así todos se conocerían mejor y los que eran de fuera conocerían mejor la ciudad.

Acto seguido Fernando explicó a sus compañeros lo que se iba a visitar en esa ocasión. Después él citó a todos en un lugar determinado del centro de la ciudad y a una hora concreta.

Cuando Magda se enteró de la actividad cultural que había esa tarde, le pareció bien, pensó que así podría conocer a alguien de clase, y podría irse con alguien acompañada por las noches. Pero como ellos se citaron muy temprano y ella tenía intención de ir más tarde a la visita, ella advirtió a sus compañeros, para poder quedar con ellos en otro lugar más tarde. Magda se dio cuenta que Fernando, el organizador de la salida, tenía mucho interés que ella viniera a la visita, por eso ella no tuvo problemas para quedar con ellos más tarde.

Finalmente ella se pasó por el lugar, donde había quedado con sus compañeros. Ella encontró enseguida al grupo y se fue con todos ellos a ver una exposición. Después de visitar esa muestra, casi todos sus compañeros se fueron a beber a una bodega de la ciudad, que ella no había visitado en su vida. Allí ella estuvo sentada con sus compañeros solo un rato. ¡Qué aburridos y tradicionales eran los pobres! Cuando se hizo un poco de noche, ella decidió irse de allí sola, ya que nadie iba por su mismo camino.

El quinto día los estudiantes solo tenían clase por la mañana, de nueve a once y de once y media a la una y media de la tarde. En el descanso del desayuno la estudiante se enteró que más de uno se había recogido más tarde de la cuenta la noche pasada, y ella pensó asombrada: ¡Qué ganas de traspasar un jueves!

Terminadas las clases todos sus compañeros y ella se fueron a sus domicilios a descansar. Los compañeros de fuera de la provincia se marcharon a sus provincias respectivas, a trabajar si eran afortunados y tenían trabajo o a estudiar. Magda estaba un poco cansada por todas las novedades. Ella se fue a su casa a estudiar sus apuntes, y a pensar que tema de trabajo iba a escoger, para hacer la tesina del posgrado. Ella seguía pensando que todo estaba bien y que no había nada nuevo que hubiera que reseñar.

2ª Semana, en febrero:

El mes de febrero llegó y la semana que se daba las clases del máster. El primer día Magda estaba deseando dar clase, por eso llegó temprano al edificio y al aula. Ella saludó a todos sus compañeros antes de entrar en la misma. Ella pensó en esos momentos: ¡Esta semana me tengo que aprender los nombres de cada uno! ¡Y sobre todo debo buscar a alguien, que me acerque o que vaya por el mismo camino que yo voy a casa!, para no venirme sola por la noche. Después de la primera clase, en el descanso del desayuno, ella empezó a presentarse a todos y a preguntarles, si por casualidad iban por el mismo camino, que ella iba para volver a casa.

Al principio ella no tuvo suerte en su búsqueda, pero después ella encontró a una compañera joven de la provincia de Málaga, que pasaba con su coche por ese mismo camino, para luego torcer por otro lado con su vehículo e ir al hotel, donde se alojaba esa semana. La joven estudiante preguntó a su compañera, si le podía acompañar en su coche antes que torciera en ese desvío, y esta le dijo que sí. Así ella medio solucionó su vuelta a casa por las noches.

Ese día trascurrió muy tranquilo para la muchacha. Después de asistir a la última clase de la mañana, ella regresó andando a su casa, para almorzar con su madre. Luego ella volvió caminando

al edificio, donde se impartían como siempre las clases de la tarde.

A las ocho y media de la tarde terminó la última clase del día, Magda se subió en el coche de su compañera hasta una parte de su camino de vuelta, y después ella siguió andando por su camino a su casa. ¡Qué alivio! Ella se quitaba un gran trecho del camino, y de paso hablaba con alguien. Si porque ella se había dado cuenta en esas dos semanas de clase, que sus compañeros de clase eran muy poco habladores. Ellos eran extremadamente reservados, y así no se podía hacer amigos o amigas. Si los presionabas sí te hablaban, pero como mucho trabajo.

Magda sospechó que la mayoría de sus compañeros estaban comprometidos o casados, que no venían a hacer amigos allí, por eso pensó: ¡Mejor, así todos nos centraremos en sacar la envidia a los estudios!

Pero a ella no le cuadraba el comportamiento de algunos de sus compañeros. Por ejemplo Fernando estaba muy raro, no paraba de llamar su atención. E Isaac, otro compañero que estaba allí, también no paraba de sonreírle desde lejos. El resto de las personas no le miraban. Mientras Magda observaba a uno y a otro compañero transcurría con rapidez la semana, cogía apuntes en clase y atendía a los profesores. Magda tenía mucha curiosidad por las miradas de uno y de otro. En una ocasión ella preguntó a Fernando que si él quería decirle algo, y él le preguntó lo mismo. Magda aseguró a su interlocutor después: —Yo no tengo nada que decirte.

El jueves los alumnos del posgrado tuvieron solo clase de nueve de la mañana a once de la mañana, y de once y media de la mañana a una y media de la tarde. Antes de salir a la calle Fernando instó otra vez a sus compañeros que quedarán por la tarde, para ver otro edificio renombrado de la ciudad y otra bonita exposición.

Magda estaba agotada de toda la semana, por eso les dijo a todos:

— ¡Me apuntó a lo segundo! Me voy a quedar en mi casa para echarme una siesta, porque la necesito. ¡Nos vemos a la salida del edificio que vais a visitar!

Por la tarde la estudiante se encontró con sus compañeros, cuando estos salían a la calle del edificio antiguo. Después todos se fueron a una iglesia antigua, donde Magda no había entrado en su vida.

Cuando el director del posgrado, que venía acompañándoles, para explicarles el edificio antiguo y la iglesia antigua, se fue a su casa. Fernando, el compañero serio, comedido y prudente que controlaba las faltas de asistencia y que traía las copias de los apuntes de las distintas asignaturas, sacó su verdadera personalidad a la luz. Él empezó a contar a todos chistes y a denominar a casi todos los profesores con su mote. Este era muy gracioso poniendo motes a casi todos los profesores, según la apariencia física de estos o según esos daban las clases, etcétera. Bueno ese no se metía con los directores del posgrado, porque ellos eran sus valedores en el mismo.

Cuando los compañeros escuchaban a Fernando, le reían las gracias. Magda miró asustada y abochornada ese hecho, sentía pena de la situación y de los profesores.

Magda veía claramente la situación, Fernando tenía envidia de los profesores del máster por su posición de privilegio y su trabajo. Lo que ella no entendía, era que el resto de sus compañeros le siguieran la corriente y no le llamaran la atención. Por eso a ella le dio vergüenza ser compañera de todos ellos.

¿Por qué solo a ella le parecía mal lo que estaba pasando? Además ella siempre pensó, que los motes se ponían a los profesores más crueles, que ponían las peores notas, que eran prepotentes y humillaban a sus alumnos en clase. Pero si los profesores del posgrado eran unas personas amables y muy buenos profesionales. Ellos solo querían transmitir sus conocimientos, para que

otros aprendieran y continuaran en su profesión. Incluso esos daban a sus alumnos el correo electrónico de su trabajo, por si tenían alguna duda, de lo que ellos les explicaban en clase.

A Magda toda esa situación le daba vergüenza ajena. E incluso le dieron ganas de chivarse ante cualquier profesor del comportamiento de Fernando, para que a ese inútil gracioso, que daba las fotocopias de las asignaturas en clase, alguien le parara los pies.

Magda no quería ser una chica estúpida, por eso siguió con la visita y con sus compañeros.

Ella entró con Fernando e Isaac en una iglesia pequeña de otro barrio, allí los tres vieron la imagen de una virgen muy conocida de la ciudad. Isaac era de fuera de la provincia, por eso le comentó a ella, que había visto en otra ocasión esa virgen y le gustaba especialmente.

Fernando que estaba de tercero en discordia, que nadie le había invitado en la conversación que los dos compañeros mantenían, echó en cara a Magda:

— ¡A mi madre no le gustaría enterarse, que te gusta o tienes devoción por la imagen de esa virgen determinada de la ciudad!

Cuando ella escuchó la advertencia estúpida de Fernando, se hizo la sorda y siguió hablando con su otro compañero sin echarle cuenta. A pesar de ignorar a Fernando, a ella le empezó a dar miedo, porque esa frase parecía sacada de una película de miedo o de enredo norteamericana. Y quién la decía estaba loco de remate.

Fernando se había creído en su locura, que Magda era una beatona, que estaba enamorada de él. Pero ella nunca le había asegurado nada de eso, absolutamente nada. Además él parecía que no le gustaba que ella pensase por sí misma. Este individuo no se había enterado todavía que vivían en el siglo veintiuno, que las mujeres pensaban por sí mismas, y que las féminas eran más inteligentes que los hombres.

A ella le daba igual lo que pensase la madre de su compañero. Magda pensó: ¿Quién era esa? ¿Cómo han dejado salir a Fernando solo a la calle? ¡Y sin una camisa de fuerza puesta! ¿Es que sus familiares no se han dado cuenta que él está loco? Ella decidió que lo mejor era seguir ignorarlo, no echarle más cuenta y seguir hablando con su otro compañero, que parecía bastante amable y tenía educación.

Finalmente todos terminaron la visita cultural y la chica recaló con todos sus compañeros en un bar. Allí todos empezaron a tomar unas cervezas y unas tapas. Ella se dio cuenta que Fernando se le acercaba cada vez más a su lado.

Esa noche Fernando no dejó de hablar, no paró de hacer llamadas de atención a Magda y de marear a todo el grupo con su perorata. Cuando este sujeto hablaba era el ser más memo, prepotente, soberbio, estúpido y despreciable que alguien se podía encontrar. Decía que por sus apellidos, que eran unos de los más vulgares y corrientes que había en la península Ibérica, podía ser rey.

En esos momentos Magda pensó: A ver si hay suerte, y alguno de nuestros profesores lo escucha hablar en clase, le llama la atención para que paré de desvariar o si no llama a sus padres, para que esos lo metan en el manicomio, así ese nos dejará de dar la lata. Pero en este individuo había algo que no tenía sentido, era muy flojo, cuando él decía que podía ser rey, era para que el común de los mortales le rindiera pleitesía. Pero él no se mataba a trabajar, ni buscaba el bien común, ni hacía las cosas bien, para que todos se beneficiasen.

Entonces Magda tendría que aguantar todas las semanas que le quedaban del máster a ese pesado compañero, como si fuera una pesada e irritante urticaria en la piel, callada y respirando hondo.

Pasada media hora una compañera del posgrado, que se llamaba Paloma, pidió a la pobre estudiante que viniera con ella aparte, para preguntarle si tenía novio.

Magda le contestó que no, pero si le hubiera contado la larga lista de fantasmas que se le habían acercado, y la de conatos de relaciones que habido tenido en su vida, se habría asustado. Después Paloma le explicó que había varios compañeros interesados en ella sentimentalmente, que del máster ella iba a salir con novio, que no se podría resistir, etcétera.

Cuando Magda escuchó las palabras desagradables de su compañera, le dio por observar a su alrededor las caras sonrientes de sus compañeros varones del máster. Y a ella le entró mucho miedo, parecía que ella estaba en un concurso. ¡Haber cuál de todos era el más feo y más barbudo!

Magda se enfadó con su compañera, y le dijo a esta:

— ¿Quién eres tú para imponer nada a nadie?

Después ella se alejó de su compañera, para irse a su casa. Magda pensó: ¿Pero qué hecho yo? ¿Otra vez me van a dar la alta con ese tema?, pero si al final nadie está enamorado de mí. Los hombres solo quieren a una tonta, que les aguante en su vida diaria. Magda estaba ya muy agobiada y era muy tarde, por eso les preguntó a sus compañeros en general, tanto compañeras como compañeros, si alguien iba por el mismo camino que ella para regresar a casa, para pagar entre varios el taxi, por si alguien iba en la misma dirección que ella, porque por la hora que era, ya no pasaban autobuses por los barrios. A ella se le pasó por la cabeza irse andando sola hasta su casa.

¡La situación era absurda!, su compañera de clase le había contado y asegurado hacía menos de media hora, que algunos de sus compañeros varones estaban interesados en que ella se convirtiera en su novia. Pero en esos momentos ninguno estaba interesado en pagar un taxi con ella, para volver a casa. ¿Qué pasaba? ¿Qué ellos no eran buenos compañeros y menos buenas personas? A ellos les daba igual si ella llegaba sana y salva a su casa. Y sus compañeras seguían teniendo ganas de quedarse allí. ¡Qué ganas de aguantar a unos compañeros tan machistas! Es decir, ella estaba muy bien como un florero-novia, pero a la hora de la verdad a sus compañeros les importaba muy poco si a ella le pasaba algo malo.

Al final Magda se calló la boca, se fue andando hasta una avenida concurrida, paró un taxi, se subió dentro. Cuando ella llegó a la acera de su domicilio, pagó el taxi, y subió sana y salva a su piso, quejándose a su madre de sus compañeros del máster. Ella juró y perjuró que si iba otra vez a una visita cultural un jueves, a la hora de la copita y antes que anocheciera, ella se iría andando a su casa sin despedirse de nadie o más bien no iría.

El viernes por la mañana las clases empezaron a las nueve de la mañana en el edificio, donde se impartía el posgrado. El profesor de Técnicas de Traducción entró en el aula, y se extrañó de la poca gente que había sentada dentro de la misma. Cuando todos los alumnos finalmente estuvieron dentro, Fernando, el coordinador, pasó el parte de firmas, para que la gente firmara su asistencia a clase.

En el descanso del desayuno algunos empezaron a contar lo bien que se lo habían pasado por la noche, lo tarde que habían llegado a sus casas y como muchos no habían dormido. Magda los escuchó y pensó: Si ellos parecen abuelos contando a los nietos sus batallitas. Ella procuró no acercarse a nadie, tenía miedo de las amenazas de su compañera Paloma.

A la una y media de la tarde a Magda le faltó tiempo para coger sus cosas, salir del aula e irse a su casa, sin despedirse de nadie.

3ª Semana, en marzo:

La semana de clase llegó, y Magda volvió al edificio, para coger sus apuntes y asistir a las clases. ¡Qué remedio le quedaba!, ella tenía que recibir y terminar lo que había empezado y pagado. Al llegar ella saludó a todos sin mirar a nadie.

A primera hora ella tenía clase de Prácticas de traducción I. Ella decidió solo mirar al profesor que impartía la clase, a sus apuntes y a la pizarra que estaba delante del aula. Mientras Fernando se ponía a la altura de la mesa de Magda, para que esta lo viese nada más mover un poco su cabeza al lado derecho. El presumido creía que estaba guapísimo con sus cabellos largos y sueltos, por eso no paraba de tocárselos.

A Magda verlo haciendo eso, le revolvió el estómago, le daba unas arcadas terribles en su estómago. Ella pensó con fatiga: ¿Pero a este tío no le sale grasa en el cabello de no parar de tocárselo?

El imbécil creía, porque ella se enteró después por sus compañeras del posgrado lo que él pensaba de ella, que como Magda había estado en una asociación teatral, todos sus compañeros del sexo masculino eran unos bohemios y unos melenudos, por eso a ella le debían gustar los tíos así. Pero ella nunca dijo eso, ni que hubiera tenido un novio allí.

Cada vez que ella miraba a ese individuo de su clase, se acordaba del mito de Narciso. En esa historia antigua se relataba la vida de un muchacho joven y hermoso que se enamoraba de sí mismo al ver su imagen reflejada en un lago, pero al final ese muchacho se moría joven de inanición y melancolía al no querer separarse de su imagen amada. Lo gracioso del asunto era que su compañero de clase no era guapo. Cualquiera que tuviera dos ojos, pudiera ver y fuera un poco inteligente, se daba cuenta que su compañero era muy basto, y que el cabello largo le sentaba como un tiro. Pero él se creía un adonis, no paraba de tocarse el pelo, de decirse a sí mismo que era muy guapo, y que Magda caería más tarde o más temprano a sus pies.

Magda respiraba profundamente aguantando las ganas de vomitar mientras estaba en clase. Entonces ella empezó a mirar continuamente el reloj, y a pensar: ¡Ya me queda menos para la hora del desayuno y para poder levantarme de la silla! ¡Ya me queda menos para la hora del almuerzo y para irme de aquí a respirar aire puro! ¡Ya me queda menos para terminar la clase del día! ¡Ya me queda menos para terminar las clases de la semana! ¡Y para irme a mí casa! ¡Qué asco de tío! Ella no paraba de pensar en el daño que algunas madres hacían a sus hijos, diciéndoles que eran guapos y maravillosos. Esas hacían a sus vástagos un daño terrible, porque eran unos tipos corrientes y vulgares. De esa forma ellas les inflaban el ego y les hacían más tontos todavía, si ya no les nacían imbéciles.

Ella pensó finalmente que era preferible ser invisible, y hablar con Fernando lo menos posible, para que él se aburriera de ella y le dejase finalmente en paz. Magda prefería callarse ante la situación, aguantar, porque si mandaba ya a ese zumbado a la mierda, ese podía tomar represalias y no traerle más las fotocopias. Aunque su compañero muchas veces no traía a sus compañeros todos los apuntes para recibir las clases, era un inútil total.

Además Fernando tenía el apoyo inestimable de los dos directores del máster, sino él no se hubiera tomado las libertades que se tomaba con ella y con el resto de sus compañeros.

El primer día y la primera hora de clase terminó y la mayoría de los alumnos se marcharon a la cafetería de enfrente para desayunar. Unos pocos se quedaron dentro del edificio, tomándose un café, que pagaron y sacaron de la máquina expendedora de la planta. Magda se quedó allí dentro, comiéndose el bocadillo que traía de casa.

La media hora del desayuno terminó y todos volvieron a clase. La jornada matutina de clase transcurrió tranquila. Bueno Fernando salió a la una y media de la clase y habló con sus compañeras de un asunto.

A las cuatro y media de la tarde todos los compañeros del curso volvieron al edificio, y se impartieron las clases de la tarde. A las ocho y media de la tarde cada alumno regresó a su casa.

Magda se marchó con su compañera de Málaga en coche, hasta la parte del camino donde torcía, y ella continuó andando para llegar a su casa.

El martes a la nueve de la mañana las clases empezaron, la primera hora era la de Técnicas de Traducción comparada. Esa clase terminó a las once de la mañana, y después casi todos los alumnos se fueron a desayunar a la cafetería de enfrente del edificio, menos los que siempre que se quedaban allí.

Una amiga de Fernando, antes de irse a desayunar a la calle, se acercó a Magda, y le preguntó:

— ¿Por qué no vas a desayunar a la cafetería de enfrente, para estar con Fernando? Él estaba muy interesado en conocerte.

Magda le contestó que no iba, porque siempre traía su bocadillo de casa, y no trabajaba, para pagar ese gasto de dinero diario.

Después del desayuno todos volvieron para dar la clase de Prácticas de traducción Inglesa, Cuando la clase terminó, Magda recogió sus cosas y se fue corriendo a su casa, para comer.

A las cuatro y cuarto de la tarde Magda volvió otra vez al edificio. Fernando le dijo que quería hablar con ella a solas. Él le exigió:

— ¡Desde ahora debes desayunar todas las mañanas conmigo!

La estudiante comentó a su compañero:

— No estoy trabajando y tampoco tengo dinero para hacer ese gasto diario.— Después ella se envalentonó con su compañero, y le preguntó: — ¿Me vas a invitar tú?

Fernando no se podía creer lo lista que era su compañera, por eso él le contestó de mala manera:

— ¡Cada uno se paga sus gastos!

Magda alucinó con lo rácano y ridículo que era su compañero. Si a ella no le gustaba, y no aguantaba su presencia a menos de medio metro. Si ella desayunaba con ese guarro todos los días, iba a vomitar el desayuno todas las mañanas. Ella no venía al máster a hacer vida social, ni a buscar un novio, y tampoco iba a exigir a su santa madre que le diera dinero, para desayunar en la calle y agradar a un ser tan desagradable.

Además ella estaba acostumbrada que sus compañeros masculinos del taller de teatro le pagarán casi todo lo que consumía, cuando ella salía con ellos. Ella no era una fresca y ellos eran unos caballeros, que casi siempre tenían ese detalle con ella, porque quisiesen ganársela o porque decían que era una cutre estudiante, que tomaba unas comidas y unas bebidas sin alcohol que costaban poco. A sus antiguos amigos no les suponía mucho gasto su consumición. Muchas veces Magda se tenía que enfadar con ellos, porque ella quería pagar lo que tomaba, y ellos no le dejaban. Por eso cuando ella escuchó a ese individuo tan cutre y ridículo, se acordó y echó mucho de menos a sus compañeros del taller de teatro, sobre todo en el primer año del taller, cuando Mónica, Lola y Olivia no le odiaban a muerte por ser distinta a ellas, y todos eran buenos amigos.

A las ocho y media de la tarde las clases terminaron, Magda cogió sus cosas y salió corriendo del aula, para irse a su hogar a cenar y a descansar.

El miércoles fue un día un poco más raro que el día anterior. Ese día toda la gente de su clase empezó a mirar a Magda como si fuera una niña pija e interesada. Fernando había contado a todos sus compañeros la conversación que ellos habían mantenido el día anterior. Por eso sus compañeros empezaron a creer que ella era una chica fácil y fresca.

El jueves por la mañana otra compañera y amiga de Fernando volvió a reiterar a Magda, que si no pensaba salir del recinto, para desayunar con su amigo. Él seguía esperando que ella cambiase de opinión, y que fuese.

Ella contestó a su compañera enfadada:

—No voy a ir!, porque siempre traigo mi bocadillo de mi casa. ¡Qué pesadas eran las pobres amigas de su repugnante admirador! La estudiante se preguntó a sí misma: ¿Con qué paga este pesado los servicios prestados a sus secuaces, para que no paren de molestarme? ¿Con sus apuntes o con otra cosa?

El jueves por la tarde se organizó otra visita a otro lugar importante de la ciudad. Magda decidió ir, porque no conocía el edificio, pensó que podía ser interesante. Se dijo la hora para quedar y el sitio concreto. Después todos los compañeros se fueron a sus casas a almorzar o a donde podían pagarse su almuerzo.

Los compañeros del máster empezaron a aparecer a la hora que habían quedado en la puerta del edificio, pero como la mayoría eran muy impuntuales, hubo que esperarlos hasta diez minutos más. Cuando todos habían llegado, subieron las escaleras del edificio, y una guía de la institución empezó a explicarles cómo era el lugar. Magda se alegró mucho de haber venido, porque el edificio era precioso. ¡Y la visita estaba muy bien planteada!

En ese instante un compañero del posgrado sacó una cámara fotográfica, y empezó a hacer fotografías de las habitaciones, de los artesonados de madera de los techos, de las distintas salas, pero más de una de las fotografías iban dirigidas a la cara de Magda. Ella se empezó a enfadar con su compañero, porque la luz del flash de la cámara fotográfica era muy molesta. Ella pensó que no era una obra de arte insertada o colgada en las habitaciones de ese edificio, que estaban visitando, y él no era su amigo, para dejarse hacer tantas fotografías.

Cuando la visita terminó, Magda se fue a tomar un café con algunos compañeros en una cafetería cercana, pero se quedó poco tiempo, porque llovía en la calle. Ella procuró no juntarse con Fernando y con sus amigos. Antes que anocheciera, ella decidió regresar andando sola a su casa.

El viernes a las nueve de la mañana hubo clase. Magda entró en el aula, se sentó en una silla y ocupó una mesa con sus cosas. Ella cogió varios folios de papel de su carpeta y un bolígrafo de su mochila, para empezar a coger los apuntes de la clase del día. En esos momentos la clase estaba medio vacía, incluso Fernando no estaba, parecía que a casi todos se les habían pegado las sábanas de sus camas. En el descanso del desayuno más de uno estaba resacoso y soñoliento. La última clase se dio después del desayuno. Y a la una y media todo el mundo recogió sus maletas, para irse a su casa.

Magda estaba harta de Fernando y de sus amigas, por eso tomó las medidas oportunas. Se le ocurrió quejarse a todo el mundo de la facultad de su comportamiento. Ella se quejó a una de las secretarías del posgrado, a todos sus compañeros, a su madre, etcétera. A los directores del máster ella no se pudo quejar, porque ellos estaban ciegos con Fernando y pensaban que era una joya de muchacho, que iba a llegar muy lejos en su carrera. La inmensa mayoría le contestó que ella debía estar contenta que alguien como Fernando se fijará en ella, porque era un muchacho que tenía un futuro maravilloso.

Magda escuchó la respuesta general y machista de sus interlocutores, pero no se quedó callada, les respondió a todos y sobre todo a las mujeres:

— ¡Pues deja a tu marido, novio o pareja y te quedas con él, si es tan maravilloso! ¡Porque a mí no me gusta!

4ª Semana, en abril:

El mes de abril llegó y la semana que se iba impartir el máster en su sede. La primera clase empezó como siempre a las nueve de la mañana. El profesor vino temprano y Fernando empezó a repartir los apuntes de la nueva asignatura: Traducción portuguesa. ¡Era todo tan aburrido!, y

Magda pensó: ¡Debería haberme quedado en mi casa!, pero como ella era muy responsable, allí estaba atendiendo y cogiendo apuntes en clase.

En la media hora del desayuno ella creyó que iba a descansar de casi todos sus compañeros, porque se irían a la calle a desayunar. Pero ese día no ocurrió así. Como Magda no quería salir a desayunar a la calle y pagar su desayuno en la cafetería de enfrente del edificio, pues ahora ella tenía que soportar la presencia de Fernando en el edificio, tomándose un café de la máquina expendedora. Desde ese día él le miró desde lejos acompañado de otra compañera, mientras ella comía su bocadillo.

Magda pensó: ¡Fernando me va a dar el desayuno! ¡Con lo feliz que yo era antes desayunando sola! Bueno con cuatro gatos más en silencio y dando paseítos cortos por el recinto. Su nuevo admirador le tenía muy estresada.

Según Fernando, que recitaba unos discursos diarios a todo el mundo que quería escucharle, Magda debía cambiar su aspecto, su forma de vestir y su forma de ser, porque él era perfecto. ¡Qué ciego estaba el pobre loco!

Ella debía ir corriendo a la peluquería, para teñirse las pocas canas que tenía en su cabello, para peinarse y cortarse el pelo de forma más moderna, porque su peinado y su corte de pelo eran muy antiguos. Ella también debía ir de compras a la tiendas de ropa, porque su ropa y forma de vestir tampoco le gustaba. Ella debía de vestir de forma más moderna, según los dictados de la moda. Él decía que debía llevar un buen escote en todas las épocas del año, y si hacía frío, solo podía llevar atado un pañuelo en el cuello, porque se le debía ver bien el pecho.

Su rostro no debía tener ningún grano, y debía estar todos los días perfectamente maquillada. Y ella debía hacerse la depilación láser en sus piernas, porque las tenía muy pobladas de vello. El exceso de vello de la pobre estudiante Fernando lo conoció, porque una compañera y amiga suya del posgrado abrió a Magda la puerta del servicio, cuando esta hacía sus necesidades fisiológicas en uno de los servicios de mujeres. Eso ellos lo hicieron, porque era algo necesario. Él tenía necesidad de información sobre ella, porque debía moldearla a su gusto.

Al tarado lo que más le enfadaba de su indumentaria diaria, es que ella siempre llevaba una mochila para llevar los apuntes y los textos del posgrado, no un bolso de mujer como debía usar. Ella estaba cometiendo un crimen terrible contra las reglas de la sociedad tradicional y de la moda. El psicópata también se fijó en su garganta y vio que ella llevaba un colgante en su cadena, que pertenecía a una religión extranjera, que a él no le gustaba, por eso él pidió a una compañera adicta, que transmitiera a la pobre estudiante, que se lo quitará inmediatamente de su cadena.

Ante las exigencias de Fernando, Magda pensó fríamente: Si yo no he pedido ayuda y menos consejo a nadie, para cambiar mi imagen. Ella pensó horrorizada que para maquillarse como a Fernando le gustaba, ella se tendría que levantar una hora o media hora antes de su cama, de lo que lo hacía normalmente para venir a clase. A ella le puso de muy mala leche, por eso no hizo nada. Ella pasó de Fernando, siguió llevando su ropa, su peinado, su cara lavada, el colgante extraño en su cadena y su mochila a sus espaldas.

Ella estaba muy contenta y cómoda con su imagen de cutre estudiante. Cuando ella salía por ahí de noche, un acontecimiento que pasaba pocas veces en su vida, no hacía falta que nadie le dijera que se tenía que arreglar y maquillar. Ella lo hacía porque le apetecía, pero no para llamar la atención de alguien, ni para cazar a un futuro marido. Ella no se arreglaba por imposición, no le apetecía obedecer a nadie.

Pero la opinión de la estudiante le daba igual a todo el mundo, y que no tuviera ganas de nada. Bueno sí de suicidarse a todas horas.

Magda pensó que su compañero estaba loco de remate por todas las exigencias que le pedía. Ella entendía que la moda y las tendencias estéticas se debían adaptar a las características físicas de cada uno, era algo de sentido común. Además ella no estaba trabajando. ¿Cómo iba a cumplir y pagar todos los requisitos estéticos que Fernando le exigía, para convertirse en su mujer ideal? Magda pensó: ¿Pero dónde me he matriculado? ¿En una universidad para hacer un posgrado o en una agencia de modelos para convertirme en un modelo de mujer?

En esas fechas ella solo quería aprender y estudiar las materias que sus profesores impartían, y trabajar, solo trabajar. Y si hubiera habido unas oposiciones de la profesión que quería ejercer, ellas las habría estudiado como una loca, para aprobarlas.

Además su compañero de clase no cumplía el perfil de hombre que a ella le gustaba, y su conversación dejaba mucho que desear, daba miedo. Cuando ese individuo hablaba, parecía que un viejo de setenta años se había metido dentro de su cuerpo. ¡Vamos era el caso de una posesión demoniaca de un cuerpo!, porque él era muy tradicional y machista.

Además a él le parecía mal que Magda estudiase, que trabajase y que fuese a ganar lo mismo que él en un futuro.

Según Fernando, las mujeres eran unos seres inferiores, que tenían que estar bajo el yugo del marido, y este debía gestionar todos sus bienes.

Ese individuo cuando hablaba a la pobre estudiante le daba miedo, mucho miedo.

Esa semana su acosador se dedicó a sonsacarla con ayuda de sus compañeras de clase. Él quería saber si ella tenía un padre y algún hermano, que le pudiera pegar, si él se dedicaba a molestarla directamente, y también si hacía lo mismo con su madre.

Fernando era un cobarde con piel de cordero, iba de buena persona, de hombre recto. Pero en el fondo solo quería satisfacer sus intereses, encontrar a una tonta que lo aguantará e hiciera todo lo que él quisiera, para después casarse con ella.

Esos días Isaac, el otro compañero de clase que estaba interesado en Magda, le sonreía mucho desde lejos, era más suave y educado en el trato que Fernando. Este también tenía varias compañeras y varios partidarios que llamaban la atención y molestaban a la pobre chica. Un día ese se dedicó a decir en voz alta, regodeándose en su discurso, que él era en el fondo un borracho.

Magda no se rio de la situación, pero era para reírse en la cara de su compañero. Las palabras de su colega a ella le hicieron pensar: ¿Desde cuándo admitir abiertamente ante todos que se era un borracho, era algo bueno? ¿Y desde cuándo las borracheras eran un buen atributo de masculinidad? ¡Magda era la primera noticia que tenía! A ella no le gustaban los borrachos, siempre había pensado que el alcohol traía problemas de todo tipo a todos. Los borrachos eran unos pobres enfermos y sus familias podían sufrir con ellos muchos accidentes domésticos y de tráfico. Esos podían traer pérdidas de vidas propias y ajenas, y sobre todo de dinero. Además en algunas culturas y en otras épocas a los borrachos se les esclavizaba.

Ese mismo día mientras Magda iba al servicio, alguien metió la mano dentro de su maleta, que había dejado un momento abierta en el aula. Ella se dio cuenta del robo después, porque le desapareció una crema labial, que usaba a diario.

Magda se daba cuenta que la mayoría de sus compañeros varones del posgrado no estaban interesados en ella, solo Fernando e Isaac, pero estos no conseguían atraerla, parecían que ellos no sabían cómo seducir a las mujeres y menos a ella. Pero mientras el tiempo pasaba, ellos disfrutaba tratándola mal, no les importaba cargársela, humillarla, hacerle creer que todo el esfuerzo que realizaba allí o en su casa, no iba a servir para nada. Así ellos se evitaban una competidora más en el trabajo.

La mayoría de los hombres y algunas mujeres del posgrado eran personas coherentes, solo querían aprovechar el máster y las clases, tenían mejores cosas que hacer, que molestar a una pobre chica. Pero ellos veían mal que una mujer estuviera soltera, y que fuera tan interesada, por eso ellos no ayudaban a Magda frente a sus dos acosadores.

Esa semana la pobre estudiante se declaró en huelga, y dejó de asistir a las visitas culturales de los jueves por la tarde. Ella prefirió quedarse durmiendo una siesta reparadora en su casa, que le hacía falta, porque los días que ella asistía a clase, no dormía por las noches, debido al miedo que tenía a Fernando, a sus partidarios, a sus órdenes, que ella no obedecía. Y sobre todo a las amenazas que Fernando le profería.

Ella tenía mucho miedo y los nervios alterados, por eso le dio por vomitar cada vez que comía. Magda estaba desesperada con la situación. Ella no dormía por las noches, lloraba sin parar, y cuando iba a clase por la mañana parecía un fantasma. Ella estaba muy triste e incluso pensó en cortarse las venas. Su madre le disuadió y también escondió los cuchillos de la cocina, por si le volvían a entrar ganas de intentarlo.

Sofía le dijo a su hija sería, que nadie podía obligarle a casarse con nadie, y menos con alguno de esos dos estúpidos. En esos momentos a Magda le habría gustado tener un hermano mayor o que su padre volviera a casa, para que le defendiera del loco de Fernando.

Ella estaba resignada con su vida tranquila y aburrida, no tenía novio, porque tenía muy mala suerte con los hombres. Pero ella prefería quedarse soltera antes que estar con alguno de los indeseables, que estaba aguantado en el posgrado de traducción.

Unos días antes de empezar la semana de clase del mes de mayo, a Fernando se le ocurrió una feliz idea, o más bien fue a su amiga Paloma. Ellos decidieron hacer creer a la pobre estudiante, que ellos estaban juntos, que ella había dejado a su novio de toda la vida por él, que era un ser maravilloso, para así poner celosa a Magda.

5ª Semana, en mayo:

A primero del mes de mayo empezó la semana de clase en el máster y Magda volvió como siempre a clase, y decidió que no iba a echar cuenta de Fernando. El lunes de esa semana de clase ella vio a Fernando y a Paloma paseando muy acaramelados antes de entrar en el edificio. Cuando ella los vio de esa forma, dio saltos de alegría. ¡Vamos metafóricamente!

Ellos hacían una pareja tan bonita. ¡Por fin su repugnante compañero estaba saliendo con una chica que pensaba igual que él!, que era igual de machista. La pobre estudiante miró con mucho agrado la pareja que formaban sus dos compañeros. Ella pensó: ¡A ver si Fernando la deja embarazada!, los dos se casan de penalti, me dejan de molestar, y de paso ellos no me vuelven a registrar la maleta. ¡Es que Magda no estaba enamorada de Fernando!, siempre tuvo muy buen gusto para elegir a los hombres que quería tener cerca. Ella solo dejaba acercarse a los individuos del sexo masculino más guapos e interesantes intelectualmente hablando. Fernando no le gustaba, era muy peludo, muy tonto y muy machista.

Los dos amigos estuvieron de amorosos y cogidos de la mano tres o cuatro días de esa semana del posgrado. Según ellos pensaban ese era el tiempo suficiente para que Magda se espabilara, saliera de su letargo, reaccionará, y fuera a buscar a Fernando, para pedirle de rodillas que dejará a esa compañera y estuviera con ella.

El viernes por la mañana de esa misma semana Fernando estaba ya muy aburrido de la situación. Magda seguía pasando de él. Por eso él volvió a molestarla con sus requerimientos amorosos en el patio del edificio.

Ante las molestias de ese día, ella se volvió a quejar de él. Luego ella pensó: ¡Los tíos no saben

lo que quieren! ¿Pero Fernando no estaba enamorado de Paloma? Pues que siga con ella. ¡Y a mí qué me deje en paz!

El viernes a mediodía Fernando empezó otra vez a amenazar a Magda, diciéndole que tenía que salir ya con él, y después casarse con él. Si no las cosas en su vida le iban a ir muy mal, no iba a trabajar nunca, porque él tenía muchos amigos y conocidos que miraban por él. Él era muy influyente en su ciudad, tenía miles de amigos trabajando en distintos sectores profesionales. Él iba a utilizar a todas sus amistades, para que la pobre estudiante no pudiera trabajar ni de limpiadora en la ciudad, y así se muriera de hambre. Y que ella se fuera olvidando, porque era una mujer soltera, y no trabajaría nunca de traductora. Eso solo era una profesión de hombres.

Cuando ese profirió a Magda sus amenazas, a ella le dio mucho asco, porque era un baboso. Ella empezó a pensar cómo podía hacerle desaparecer de su vida. ¡Con lo a gusto que ella estaba cuando él la ignoraba en la facultad! ¡Ella estaba en la gloria!

Esa semana Magda empezó a echar mucho de menos lo agradable que era ser invisible en su facultad. A sus compañeros de clase no les importaba lo que ella hacía. Ella se acordó con cariño de los años que estuvo en el taller de teatro, de lo pesado que era el tío de Javier con ella, de lo callado y reservado que era su sobrino. Ella se arrepintió sinceramente de no haber aceptado en un principio la petición formal de Javier, para salir con él. Aunque a ella no le quedaba muy claro su interés, porque él apenas le hablaba, y a ella no le quedaba muy clara la relación que Javier tenía con esa rubia, porque la tenía todo el tiempo pegado a su lado, como si fuera una sanguijuela. Bueno ella a quien no echaba de menos era al director del taller de teatro, a ese era mejor tenerlo lo más lejos posible.

6ª Semana, junio:

La semana de clase de ese mes fue muy intensa, solo hubo clases de lunes a miércoles, de nueve de la mañana a una y media de la tarde, y de cuatro y media a ocho y media de la tarde. Magda procuró ignorar a Fernando y a sus amigos, siguió atendiendo a sus profesores y sus clases.

El miércoles a mediodía Magda tuvo que marcharse a su casa antes, porque sufrió un pequeño problema de salud. Ella salió del aula como pudo, porque se encontraba fatal, y más le costó que alguno de sus compañeros le ayudara a coger un taxi en la calle, que ella iba a pagar. ¡Es que sus compañeros no eran buenas personas! Al final una compañera de fuera de su comunidad autónoma se apiadó de ella, y le ayudó a llamar un taxi en la calle, para poder irse a su casa. La pobre estudiante pudo finalmente llegar a su casa, se puso mejor, comió lo que pudo y por la tarde volvió al edificio y al aula, para que no le pusieran una falta por la tarde.

Pero ella se encontró una desagradable situación que no esperaba: Fernando le había puesto una falta por la mañana, por irse del aula a mediodía sin avisar a nadie. Ella estaba enfadadísima con él, por eso se enfrentó a él diciéndole:

— ¡Es injusto! ¿Quién eres tú para hacer eso?

Fernando para defenderse, le dijo a ella:

— ¡Me tenías que haber avisado que estabas enferma!

Magda le contestó muy enfadada:

— ¡Sí, claro en eso estaba pensando! ¡Me pongo enferma y te lo voy a anunciar con una campanita! Pero si Andrés, su compañero y amigo del alma, le había visto sentada fuera en uno de los bancos de la segunda planta, esperando que se le pasara el malestar que tenía.

Ella vio que no era justo que uno de los compañeros del máster, controlase también las faltas de asistencia de los alumnos, que eran sus mismos compañeros. ¡Eso lo debería hacer un administrativo de la universidad! Los responsables del posgrado estaban dando mucho poder a un

niñato. ¡Es que si no podías justificar diez faltas por no asistir a clase, ya no te daban el bendito título!, a pesar que hicieras adecuadamente el trabajo final y aprobases los dos exámenes correspondientes.

En ese momento Magda estaba tan molesta con Fernando, que empezó a gritarle en voz alta. Ella le dijo todo lo que se le pasó por la cabeza, para insultarlo, le exigió que le dejara tranquila de una vez. Ella era una chica muy feliz en la facultad, cuando él no le dirigía la palabra y le ignoraba en clase, porque no le conocía. Ella reía a carcajada limpia, dormía poco, pero porque tenía que hacer los trabajos y estudiar mucho para aprobar las asignaturas, para que así le dieran todos los años la beca. Pero cuando ella dormía, descansaba en su cama y era todo maravilloso.

¡Él se había obsesionado con ella!, no paraba de molestarla con sus estupideces y sus órdenes desde hacía casi seis meses. Ella empezó a dormir poco, por el miedo que él le producía. Él estaba loco, no era normal, necesitaba ayuda psiquiátrica, decía unas cosas muy raras. A ella le daba mucho miedo, que él quisiera someterla y transformarla en algo que no era. Fernando parecía un viejo del siglo pasado, cuando hablaba y cuando se comportaba de esa forma.

Y ella era libre. ¡Sí, libre!, para decidir qué hacer con su vida.

Ella terminó su discurso para hundirlo moralmente, explicándole:

— ¡No puedo salir contigo, porque eres un niñato y un desconocido!— En ese momento ella se acordó del investigador que conoció en la biblioteca de la facultad, y que no volvió a ver más. Por eso le dijo finalmente a su acosador:

— ¡Además a mí me gustan los hombres más maduros! ¡Altos, rubios y con los ojos azules! ¡Así que déjame en paz de una vez!

Cuando Magda estuvo gritando a Fernando, él callaba y miraba hacia el suelo con tristeza. Todos sus compañeros de clase vieron y escucharon atónitos la escena desagradable, y se fijaron muy bien con el desprecio que ella trató a su querido compañero.

En esa época Magda no estaba enamorada de nadie, ni salía con nadie, pero para que su compañero le dejará en paz, ella hacía y decía lo que fuera, porque tenía mucho miedo de ese castigo del infierno. Además ella no sabía ya qué hacer para deshacer de ese loco.

Ella pensó después de ese incidente tan desagradable, que el enfermo mental de su compañero de clase se daría por vencido, que se buscaría a otra tonta a la que molestar. Si él volvía a molestarla, ella pensó en denunciarlo a la policía. Pero ella desechó pronto esa idea, porque ninguno de sus compañeros le apoyaría, si había denunciarlo en la comisaría de policía.

El enfado de la alumna por la falta sin justificar, llegó a oídos de los directores del máster. Al final de la tarde uno de ellos se pasó por el edificio, para hablar personalmente con la afectada. Este explicó a la estudiante que no debía preocuparse, que solo era una falta de nada, y que no iba a tener ningún problema, para conseguir el título.

Después de esa tarde tan desagradable y desafortunada, todo el mundo se fue descansar a su casa. Los alumnos no tendrían más clases hasta después del verano, concretamente hasta la primera semana del mes de octubre, cuando todos volverían a clase, para hacer los exámenes de los primeros módulos del máster. Después de examinarse, ellos seguirían yendo a las clases del posgrado hasta el mes de junio del año siguiente, que se volverían otra vez a examinar.

Pero Fernando era de ideas fijas, creía que Magda estaba enamorada de él y que alguien le entorpecía para tener una relación estable con ella. Él suponía que su madre podía ser la culpable. Por eso una tarde de mediados del mes de junio él reunió y habló con todos sus amigos más adictos. Él les dijo a esos, que estaba muy enamorado de Magda, que sabía por su comportamiento, que ella también le correspondía, pero que su madre le obligaba a estar con

alguien más mayor y con dinero. Ellos no podían consentir eso, tenían que ayudarlo para que Magda se desembarazara de las ideas y del dominio de su progenitora, para que ella corriera a sus brazos. Él tenía miedo que Magda y su madre hiciesen algo raro en el verano. Por eso él pidió a todos sus amigos, que vigilarán a la madre y la hija en ese período tan largo de tiempo.

Ese mismo mes y esa misma semana la gente afin a Fernando empezó la vigilancia y el acoso a Magda y a su madre en las calles de su ciudad.

Después del último día del posgrado Magda estaba muy alterada y asustada, pero cada día que pasaba en su casa, ella se relajaba un poco más. Un día cuando ella paseaba con su madre por una calle, vio a mucha gente del mundo de la traducción, que conocía de vista, que no vivían por su barrio, y que eran amigos de Fernando. Esos estudiaban en su facultad o eran amigos y amigas de los amigos de Fernando. Ella se dio cuenta que le estaban vigilando en la calle, por eso ella se lo comentó a su madre.

Sofía escuchó a su hija, pero no dio más importancia al asunto, dijo que podía ser una casualidad que viese a esa gente por allí, y que no echase más cuenta.

Magda sabía que las seguían y vigilaban por orden de Fernando, para ver dónde iban. Esos conocidos a veces le preguntaban a las dos, que iba a hacer en el verano y más adelante.

Magda estaba cada vez más harta de la situación, por eso le comentó a su madre su inquietud:

— ¡Mamá! ¡La gente nos está persiguiendo! ¡Me da igual que no te lo creas! ¡Esos tienen mucho tiempo libre, para molestarnos! ¡Es que ellos no son felices con sus vidas!—, por eso tienen que meterse en mis asuntos personales y en los tuyos.

Todos los que seguían a Magda y a su madre pensaban que estaban ayudando a un pobre chico enamorado de una chica muy fresca. ¿O tal vez la madre era quién exigía a su hija, que su futuro novio cumpliera unas exigencias económicas excesivas, para poder casarse? Esas exigencias económicas Fernando nunca las podría cumplir, porque era un chico normal de clase media.

Ante esa situación tan estresante Magda pensó en lo manipulador que era Fernando, para convencer a la gente, que les vigilarán.

Los amigos de Fernando molestaban a Magda continuamente, para que ella saliera con él como novios, y luego se casarán enseguida. Así ella no lo podía denunciar a la policía, porque él no le molestaba directamente. ¡Qué listo era el muchacho! La sociedad de su ciudad aconsejaba a Magda, que Fernando era lo mejor que podía encontrar en su vida y lo único que ella se podía permitir. Pero en el fondo él era un vulgar acosador, no estaba enamorado de nadie, solo de sí mismo. Magda solo era una pobre chica, que no tenía a nadie que le defendiera. Así con el tiempo y la presión popular ella haría lo que Fernando quería, casarse con él, era lo que se esperaba de una chica normal.

Fernando tenía mucha prisa por hacerse novio de Magda y más por casarse con ella, por eso desplegó todos sus encantos, para convencer a las amigas y las conocidas de la madre de Magda, para que ellas les convencieran de sus fines.

Ese verano, cuando la madre y la hija paseaban por la calles del centro de la ciudad o en su barrio, siempre había varias vecinas y conocidas de Sofía y de Magda, que las paraban, para contarles que Fernando era un chico muy bueno. También a esas les dio por contar, que sus hijas se casaban muy orgullosas con sus novios de su edad.

Magda escuchaba a esas, pero pensaba: ¿Seguro que sus hijas han tenido un noviazgo normal? ¡No creo que nadie les amenazará, para que salieran con sus novios! Pero ella también veía que había muchas jóvenes que se echaban un novio, porque les tocaba, por la presión social. Muchas veces esas jóvenes no estaban conformes con lo que les tocaba en suerte, pero se callaban y

aguantaban. Esas chicas seguro que se sentirían como simples caprichos de sus novios, y sus novios no sabrían comportarse como hombres con ellas. Por eso Magda nunca estuvo conforme con la opinión de la gente en general, y menos con la designación de un novio para ella.

Las amigas de su acosador les refregaban a ellas dos sus niños, sus sobrinos y sus nietos pequeños como si fueran trofeos en la calle. Aunque esos niños muchas veces eran muy feos, gordos y horriblos. Fernando quería que a Magda le diesen ganas de casarse y quedarse enseguida embarazada, porque ella estaba ya en la edad de casarse y de ser madre. Sus amigos estaban activándole a la fuerza su reloj biológico.

Magda se fijó muy bien en el espectáculo horrible que se presentaba ante sus ojos, por eso pensó: ¿Esto es lo único que Fernando sabe hacer, para que claudique de mi idea de convertirme en traductora? ¿Para qué trabaje en cualquier cosa y me case con él? ¿Pues qué pobre, poco convincente y nada imaginativo es! ¡Me ha decepcionado! ¿Pensaba que él era más inteligente? ¡Pero parece que su cabeza de machista no da para más!

Otro tanto pasó con algunos viejos verdes que habitaban en la ciudad. Magda había sido siempre amable y respetuosa con los hombres mayores que había conocido. Así su madre y sus abuelos le habían educado a lo largo de su vida. Pero Fernando no quería que ella respirara, y que se acercara con malas intenciones a los viejos, por eso él avisó a algunos hombres mayores que conocía de la ciudad. Él les dijo a esos que Magda era una caza fortunas y una devora hombres, que se acercaba a los viejos con malas intenciones. Por eso ellos debían hacer todo lo posible para asustarla en la calle, y también a su madre.

Desde ese verano era normal que Magda y su madre fueran molestadas y seguidas por varios viejos verdes en cualquier calle de la ciudad. Así Fernando conseguía que la joven aborreciera a los viejos, y quisiese estar solo con él.

Magda ante todos esos hechos tan desagradables, protestó a su madre. Y esta le dijo a su hija que no se alterase, que no echase cuenta a nadie. Los hombres viejos que se encontraban estaban ya jubilados, eran muy estúpidos, maleducados y machistas, no se podría esperar otra cosa de ellos.

La pobre estudiante solo quería vivir su vida tranquila, hacer la tesina del posgrado, terminar el posgrado y más adelante conseguir un buen trabajo.

En el verano el acosador buscó y encontró a una amiga de la madre de Magda, con la que esta salía regularmente de noche, porque ella seguía siendo divorciada. Este le explicó a su nueva aliada, que estaba muy enamorado de Magda y que su madre no le dejaba acercarse a ella. De paso él pidió a esta mujer, que se enterará cuál era la situación económica en la casa de Magda. Él quería saber si madre e hija poseían dinero, joyas u otros objetos de valor, con la idea futura de quedárselo todo.

Esta amiga de Sofia se compadeció de Fernando, y como ella sentía envidia de Sofia por su trabajo, consiguió fácilmente de su amiga toda la información que Fernando le solicitaba.

Cuando Fernando tuvo toda la información que quería saber de sus dos víctimas, buscó y llamó por teléfono a algunas conocidas, que él sabía que trabajaban en el mismo trabajo de Sofia, y que conocían a su vez a las compañeras más próximas de la madre de la protagonista, para decirles a estas, que: — Sofia era una mujer interesada, que no dejaba que su única hija fuera feliz, con un hombre como él.

Las compañeras directas de Sofia escucharon atónitas los chismes sobre la madre y la hija. Ellas sabían que madre e hija se llevaban muy bien y que estaban muy unidas, les daba mucho coraje la estupenda relación que mantenían, por eso juraron ayudar a Fernando, incluso le dijeron que

convencerían a Sofía, para que dejara libre a su hija, se pudiera echar un novio de su edad y así se pudiera casar con Fernando.

Sofía habló con sus compañeras de trabajo, pero ella no las entendió, porque su hija era libre.

Las compañeras de trabajo de Sofía incluso prepararon y representaron algunos teatrillos o vodeviles en la calle, para burlarse del interés que Magda sentía por los viejos, para que esta se casara finalmente con Fernando.

Pero el acosador no estaba enamorado de Magdalena y de nadie, solo quería hacer su santa voluntad, machacando a quien hiciera falta por el camino.

El verano pasó y una semana antes de empezar las clases del máster, Magda hizo un descanso en la preparación de sus exámenes, que tendría el mes de octubre. Ella se acercó a su facultad y se dirigió al departamento, que se encargaba de impartir el posgrado, para hablar con alguno de los profesores que le daban clase en el mismo.

La joven tuvo suerte, porque una de las dos secretarías del despacho estaba allí trabajando. Esta tuvo la amabilidad de escuchar la historia de terror, que ella estaba sufriendo en el posgrado.

La secretaria en vez de apiadarse de la alumna, le contestó a esta:

— ¡Tienes que estar contenta que ese chico se interese por ti!

Magda no se podía creer lo que estaba escuchando, la secretaria justificaba las molestias y el miedo que estaba pasando en el centro de estudios.

Después uno de los profesores del máster le permitió pasar a su despacho, para que ella le hablara del dichoso máster. Magda le contó a ese hombre con todo lujo de detalles los apodosos y los motes que Fernando había puesto a cada uno de los profesores y otras irregularidades que el muchacho hacía, gracias al favor y la cercanía que tenía con los directores. Luego ella le explicó el acoso sexual que sufría por parte de su compañero.

El profesor aclaró a la alumna que no le hacía gracia escuchar los insultos que ese ponía a los distintos profesores. Otra cosa muy distinta era el acoso sexual que la alumna sufría de su compañero, que no era asunto de la facultad y menos de la universidad.

Magda se quedó muy decepcionada, no había justicia para ella. ¡Ese loco le iba a seguir molestando impunemente hasta que terminará el máster! Magda se arrepintió de haber ido a quejarse de ese niño. Ella estaba sola, los hombres podían humillar y tratar a las mujeres como una mierda, porque en el fondo todas las mujeres eramos unas histéricas y debíamos echarnos un novio a una determinada edad. Y Magda estaba en edad de echarse novio, ya le tocaba.

7ª Semana, en octubre:

La semana de celebración del máster llegó. El primer día por la mañana todos se examinaron de los módulos que habían recibido hasta esa fecha.

Al final de la mañana Fernando fue llamado por el profesor de la facultad, con él que Magda había hablado. Por la tarde el acosador volvió asustado al edificio y a la clase, donde se impartía el posgrado, gracias a la regañina que había recibido del profesor, con quién había estado hablando.

En el descanso de la primera clase de la tarde el alumno acusado contó a todos sus compañeros con todo lujo de detalles, que Magda se había chivado de las burlas que él hacía a los profesores fuera de clase y en las salidas nocturnas de los jueves. Fernando se hizo como siempre el doliente y el mártir ante todos. Algunas compañeras encolerizadas por el chivatazo que su compañera había dado, fueron a pegarle por ser una acusica.

La pobre estudiante se libró que le pegaran, porque fue más rápida y esquivó a sus compañeras. A partir de ese día y de esa tarde los insultos, las amenazas y las humillaciones de sus

compañeros y sus compañeras hacia ella fueron continuas en clase y fuera del aula. Encima ella tuvo que volver a irse andando sola, para llegar a su casa por la noche, porque su compañera de Málaga se había enfadado también con ella, y ella no entendía por qué.

El día siguiente que era martes, Magda se dio cuenta que los profesores le miraban de forma muy rara en clase. Ella pensó con razón, que Fernando le habría dicho a esos que ella podía intentar seducirlos en clase. ¡Qué pereza! Pero si a ella no le gustaba seducir a nadie, si los profesores del posgrado podían ser por su edad sus padres o sus abuelos. Cuando ella iba a clase, siempre iba a coger apuntes, a aprender y no a perder el tiempo con tonterías.

En la tarde del miércoles pasó algo extraño en la clase de cuatro y media a seis y media de la tarde. Un profesor que les daba clase de Gramática francesa, enseñó a todos un libro precioso para que lo hojearan. Si les gustaba, el profesor les aseguraba que les podía regalar una copia del mismo. Ellos solo debían darle escrita la dirección postal de sus domicilios en un folio en blanco, para mandárselo a su casa. Él les aseguraba a todos, que se lo mandaría gratis a sus domicilios particulares.

A Magda le encantó la iniciativa del profesor, quería tener cuanto antes ese libro en su casa. Y ella escribió corriendo como una imbécil sus señas en el folio en blanco, que uno de sus compañeros de banca le pasó por la mesa que estaba sentada.

Esa misma tarde en el descanso que había entre la penúltima clase y la última clase, Fernando se puso hablar con sus amigos en un corro. Este empezó a criticar al profesor, que había traído el libro tan bonito a clase. Él dijo que ese profesor era un tonto integral, no entendía como ese había podido acceder a su puesto de trabajo, donde ganaba un sueldo tan importante al mes. También él dijo escandalizado a sus amigos que su mujer, que también ostentaba un cargo importante en su empresa, era más competente que el primero. ¿Cómo ella podía estar casada con semejante individuo? Mientras Fernando hablaba con sus amigos y amigas fuera de clase, ellos le daban la razón.

Magda escuchó atentamente la conversación, y alucinó por la poca vergüenza y el poco respeto que casi todos sus compañeros sentían por los demás.

Ella se quedó callada y pensó: ¿Pero quién es Fernando para opinar de lo que la gente haga con sus vidas? ¿Y de cómo la gente se comporta en su trabajo y en la calle? A la joven se le ocurrió una idea, pero no dijo nada porque nadie la iba a escuchar, porque todos le habían demostrado que ella era una mierda y su opinión no contaba. Ella pensó: A lo mejor Fernando le ha echado el ojo a la mujer del profesor, tiene intención de desacreditar al marido e hundirlo. Supongo que después de exprimirme económicamente y desprezarme, irá a molestar a esa señora.

A Fernando se le hacia la boca agua cuando hablaba del dinero ajeno, disfrutaba como si se estuviera comiendo un festín extraordinario e imaginario, y él hacía planes con el sueldo de su profesor. Pensaba en qué se lo gastaría, si lo tuviera en su poder.

Esa tarde-noche ella estaba tan contenta con el libro que le iban a regalar, que cuando llegó a su casa, y su madre la vio entrar por la puerta de su piso, no se creyó que ella fuera la misma persona que se había ido esa misma tarde a clase.

Lo que Magda no sabía, era que lo del libro era un engaño urdido por el profesor y por Fernando, para que ella le diera a su acosador la dirección exacta de su domicilio, y así ese pudiese venir a visitarla o molestarla cuando quisiese.

La pobre acosada estaba cada vez más sola en clase y sobre todo por el camino. ¿Por qué su compañera de Málaga se habría enfadado con ella? Si hasta ahora las dos se llevaban muy bien, si era con la única persona con la que no tenía problemas.

Magda estaba cada vez más asqueada de todo y con todos sus compañeros. Si ella hubiera sabido lo que se iba a encontrar en ese máster, hubiera hecho ese tipo de estudios a distancia, desde su casa, y lo máximo que a ella le podría haber pasado, era que le pegaran un virus informático en su ordenador, o que sus profesores le bajarán tarde los ejercicios o que esos le hicieran repetir una y otra vez los ejercicios, hasta que estuvieran bien o como le gustaban a los profesores de turno. Pero ella nunca había sufrido el desprecio de toda una clase, ni el acoso sexual de alguno de sus compañeros, ella siempre se había llevado bien con casi todos los compañeros de clase que había tenido en su vida.

El jueves por la noche de esa misma semana Magda estaba agotada de caminar y estaba lloviendo, por eso decidió coger un autobús cerca del edificio del máster para volver a su casa. Cuando ella estaba esperando en la parada del transporte público, un hombre mayor de unos sesenta años, con gafas de miope muy gruesas, con el cabello negro y lacio y unos rasgos de cara muy bastos, se sentó a su lado a esperar el autobús.

El transporte urbano no venía, y el anciano le relató en el intervalo de tiempo de una media hora toda su vida, y después él le preguntó por la suya. En eso ella fue lo más escueta posible, porque era un desconocido. Después ese individuo le preguntó por sus estudios, algo normal entre las personas mayores, por eso ella no se extrañó mucho.

A continuación ese anciano empezó a decirle que ella se tenía que casar. ¿Con quién? Y que ella debía cumplir unas exigencias físicas y estéticas concretas, que según él debían cumplir todas las chicas jóvenes, si querían agradar a sus maridos o novios: pintarse las uñas de los pies y de las manos, maquillarse todos los días, ponerse blusas o camisas con escotes; ella debía adelgazar de caderas y de piernas, porque él se había dado cuenta que era perfecta de cintura para arriba y estaba muy gorda de cintura para abajo.

Cuando Magda terminó de escuchar todas las barbaridades que el desconocido afirmó. Ella se asustó bastante, y se retiró de su lado, y pensó: ¿Quién es la persona que sabe que puedo coger este autobús, para ir a mi casa? ¿Quién piensa que debo cambiar mi aspecto físico y mi forma de ser? En ese momento ella pensó en Fernando, en Pablo y sobre todo en sus antiguas amigas del taller. A estas últimas les molestaba mucho su cara, su físico y sus curvas rotundas.

Magda sabía perfectamente que ese viejo no podía ser mandado por el sobrino o por el director de su antiguo taller de teatro, porque cuando los dos tenían que decirle algo se lo decían sin intermediarios, a la cara. Javier nunca le pidió a ella ningún cambio físico, ni estético, ni menos profesional. Ellos le decían que era perfecta. Bueno el director le exigía que se comportara con su sobrino como una novia cariñosa.

Magda no entendía que alguien desconocido quisiera que ella se agobiara con su imagen, que cambiará de físico y su forma de vestir tan radicalmente. ¿Quién era tan mezquino con ella?

8ª Semana, en noviembre:

La semana de clase se celebró otra vez de lunes a viernes, de nueve de la mañana a una y media de la tarde, y de cuatro y media a ocho y media de la tarde en el edificio de la universidad.

Esos días Fernando tenía miedo de acercarse a Magda, porque todavía estaba muy reciente el chivatazo que su compañera había dado a su profesor del posgrado. Él no se atrevía a acercarse a Magda en el edificio, aunque si la seguía mirando de lejos y si le mandaba a alguna de sus compañeras más adictas, para que le diesen a la pobre estudiante algunos recaditos e indicaciones, que esta ignoraba por sistema.

El libro ilustrado que el profesor aseguró que les iba a mandar a todos, finalmente no llegó a casa de Magda y tampoco a la casa de nadie, porque ella preguntó a sus compañeras para

asegurase. Ella se dio cuenta que le habían engañado y que estaba perdida. Pero ella pensó fríamente: Bueno Fernando puede saber dónde vivo, pero yo nunca abriré la puerta a nadie extraño. Él se puede hartar de llamar a mi telefonillo o a la puerta de mi casa, que yo no abriré nunca.

Magda estaba aterrorizada y asqueada con todos sus compañeros y con los allegados de Fernando. Ella tenía que salir a la fuerza con ese ser tan despreciable, pero si no le gustaba y era un maleducado.

La joven se sentía cada vez más angustiada, por eso se justificó a sí misma: Pero si yo no he hecho nada para provocar los deseos morbosos de ese niño. Ella no se sentía culpable de nada, ella solo estaba allí para hacer un máster y tener un trabajo mejor. Ella no paraba de pensar: ¿Por qué nadie me defiende? ¿Por qué nadie se apiada de mí y me libra de ese cabrón? ¿Es que nadie se ha dado cuenta que Fernando está loco de remate? Él era tan solemne y tan tétrico en sus ademanes, que daba miedo incluso mirarlo de lejos.

9ª Semana, en diciembre:

La semana de clase se celebró como siempre de lunes a viernes, de nueve de la mañana a una y media de la tarde, y de cuatro y media a ocho y media de la tarde en el edificio de la universidad.

Magda estaba cada vez más sola en el aula, a pesar que sus compañeros y los profesores estaban allí, y fuera estaba todavía más sola.

Esos días la gente de la calle le decía que ella era una mala persona, porque estaba despreciando a un buen hombre, solo le interesaban los hombres que tuvieran dinero. Cuando ella escuchaba semejantes sandeces de la gente, les decía a esos: —Sí claro, por eso me he molestado en estudiar una carrera en la universidad, he pagado el bendito posgrado y os soporto a todos con vuestras tonterías.

Fernando veía que su amada se seguía resistiendo a salir con él, por eso le advirtió a esta en clase, que con esa actitud no iba llegar a ninguna parte. Él le amenazó que no iba a trabajar en ninguna empresa de traducción o en otra entidad relacionada. No le iban a contratar porque ella era una mujer soltera. Ella debía casarse como Dios mandaba y encima con él, para que todos le tuvieran consideración y respeto.

Magda le gritó que eso no iba a hacer así. Ella iba a luchar para tener un buen expediente académico y un buen currículum vitae, para que le contrataran en cualquier empresa.

Ella empezó a odiar a ese individuo despreciable. Mientras el tiempo pasaba, la estudiante procuró ignorar a su compañero en clase, e incluso pensó en todas las maneras posibles, para que ese desapareciera de su vista.

10ª Semana, en enero del año siguiente:

La semana de clase se celebró otra vez los cinco días laborables, con el mismo horario de siempre por la mañana y por la tarde en el edificio de la universidad. Magda seguía aguantando como podía a sus compañeros y también a Fernando, pero ella hablaba cada vez menos, estaba cada vez más apática, sentada en clase y en cualquier esquina del edificio, donde no hubiera nadie.

Esa semana alguna de sus compañeras trataron de convencerla con buenas maneras, para que ella saliera con Fernando. Estas le dijeron que Fernando no era muy guapo, pero eso no era muy importante en una relación y menos en la vida. En el fondo él era muy buena persona.

Cuando la pobre estudiante escuchó a sus compañeras se calló. Ella no dudaba que los novios feos de sus compañeras se comportasen con ellas muy bien. Pero sus compañeras no se habían

dado cuenta que Fernando no estaba enamorado de ella, que era un machista, que exigía a Magda que fuera perfecta en todos los sentidos, y él no era perfecto.

Ella creía firmemente que su compañero era homosexual, porque era muy amanerado en sus gestos y en su forma de vestir. ¡Vamos que Fernando no era un dechado de virtudes masculinas!

A pesar de las protestas continuas que la joven hizo a sus compañeras del máster en los descansos de clase, para que le dejaran tranquila, ellas seguían apoyando ciegamente a Fernando. ¡Es que Magda exigía demasiada belleza y dinero a los hombres! ¡Qué mala era!

11ª Semana, en febrero:

La semana de clase se celebró otra vez los cinco días laborables, de nueve de la mañana a una y media de la tarde, y de cuatro y media a ocho y media de la tarde en el edificio de la universidad, excepto el lunes que no hubo clase de nueve a once de la mañana.

El primer día de esa semana coincidió con el día catorce de febrero. Algunas compañeras de clase recibieron por mensajero un ramo de flores de su pareja allí o el novio vino personalmente a traerle flores en un descanso al edificio de la universidad.

La estudiante veía esos gestos de amor como algo extraño, nunca había recibido nada de nadie en esa fecha, y pensó fríamente: ¿Por qué la gente no lo hace en cualquier otra época del año? ¿Por qué la gente se cree tan especial si se acuerdan de ellos ese día? Ella sabía que era una fecha que las floristerías, las joyerías y los centros comerciales importantes del país aprovechaban, para hacer el agosto en las ventas de flores y otros obsequios.

Magda prefería que se acordaran de ella cualquier otro día del año y que nadie se enterara, porque si era un acto de amor sincero, debía ser privado.

Las compañeras que recibieron el presente de sus respectivos novios, miraron a Magda con desprecio y también con un mohín de superioridad. Después ellas dijeron a la pobre estudiante: — Si tú quisieras también podrías recibir de Fernando un regalo o irías con él, como nosotras haremos con nuestras parejas, a una cena romántica hoy o el sábado próximo.

La pobre estudiante las miró, se rio y pensó: ¡Sí claro, con lo cutre y rácano que es Fernando! Él me obligaría pagar la cena a medias o todo yo sola, y para eso me voy a comer sola o con mi madre.

Esos días ella estaba cada vez más cansada de no dormir por las noches, de sus clases, de venir andando sola por el camino, de coger sola por la noche el autobús, de no hablar con ninguno de sus compañeros y de las indirectas de Fernando. Ella creía que todos los días soportaba el peso de la piedra que Sísifo subía a la montaña, porque el esfuerzo que hacía no servía para nada. Al día siguiente ella se encontraba la misma incomprensión de sus compañeros y el mismo cansancio para hacer todo. Por eso ella se puso a contar en el calendario los días que le faltaban para terminar el dichoso máster. Sabía que cada vez le quedaba menos tiempo para acabar, pero ese tiempo siempre era demasiado y la angustia que tenía que sufrir era peor.

12ª Semana, en marzo:

La semana de clase se celebró como siempre de lunes a viernes, de nueve de la mañana a una y media de la tarde, y de cuatro y media a ocho y media de la tarde en el edificio de la universidad. Esa semana no hubo clase las tardes del jueves y del viernes.

Magda seguía aguantando todo como podía, tenía mucho sueño, porque seguía durmiendo mal. Ella había perdido mucho peso de andar y de vomitar, pero ni sus compañeros ni sus profesores se lo había notado o tal vez les daba igual su estado anímico.

Los alumnos del máster seguían enfadados con ella, porque ella se mantenía en su decisión firme de no salir con nadie de su clase y menos con Fernando.

Ella pensaba: ¿Pero ellos qué se creían que era? ¿Una muñeca de trapo o una marioneta que se movía y bailaba al son de la música que ellos ponían?

Lo más gracioso de la situación era que Fernando sabía que Magda no tenía trabajo, y tampoco recursos económicos. Él sabía que ella se iba sola y casi siempre andando a su casa. Él tenía un automóvil para poder recogerla y llevarla de su casa al edificio donde los dos realizaban el posgrado, para librarla de hacer ejercicio físico. Pero él nunca se peleó por hacerlo y menos por cuidarla.

Aunque si él hubiera intentado acercarse a ella, a la muchacha le hubiera faltado tiempo para salir huyendo. ¡Es que ella le había cogido una animadversión enorme!

Al acosador le daba miedo tocarla, porque la joven le podía denunciar a la policía si lo hacía.

Él se negaba a ser amable y buena persona con ella. Incluso él le mandó en más de una ocasión que se pusiera a limpiar, si quería trabajar y ganar dinero, porque él iba a hacer todo lo posible, para que nadie del mundo de la traducción o de otro sector cultural le contratará. Él les iba a contar a todos que Magda era una puta, que podía intentar quitar el novio, la pareja o el marido de las compañeras, de donde fuera a trabajar. ¡Es que ella no se quería comprometer con nadie soltero! Él diría eso hasta que ella aceptará salir con él, casarse con él y todas sus normas.

13ª Semana, en abril y final de máster:

La semana de clase se celebró otra vez de lunes a viernes, de nueve de la mañana a una y media de la tarde, y de cuatro y media a ocho y media de la tarde en la sede de la universidad.

Esos días Fernando estaba muy nervioso, sabía que era la última semana que le quedaba para convencer y molestar a Magda directamente, para que ella saliera con él y luego se casarían.

Magda seguía con la misma idea, quería librarse del loco machista, por eso siguió diciendo a sus compañeras del posgrado, para que se lo transmitieran a Fernando: — ¡Qué no podía salir con él! ¡Qué él no podía hacer nada para enamorarla! Solo le gustaban los hombres rubios, altos, con ojos azules, de cuarenta y tantos años, amables, que invitaban, recogían y llevaban a las señoritas en sus coches, etcétera. Ella exigió una cantidad de virtudes y requisitos que su acosador no cumplía ni de lejos, era todo lo contrario que él era.

De todas formas Fernando no quería a Magda, y tampoco se había enamorado de nadie. Bueno de él si estaba enamorado.

Ella recitó ese largo discurso para librarse a toda costa de su acosador, para que se deprimiera y le dejara en paz, buscándose acto seguido a otra chica parecida a ella, que fuera más débil de voluntad que ella. Eso era lo que los tíos solían hacer, cuando no conseguían a la mujer de la que se obsesionaban.

Pero él era muy listo, y no protestó cuando escuchó lo que Magda comentó en voz alta en el edificio del máster, para librarse de él. Él solo volvió a hacerse el deprimido delante de todos sus compañeros de clase y de sus profesores.

A ella no le gustaba nadie en esos días, pero tenía que hacer o decir algo en clase, para que ese zumbado, prepotente, guarro y maleducado, que no aceptaba un no por respuesta, le dejará tranquila. Magda hubiera salido con un hombre que conociera desde hacía mucho tiempo, que fuera amable, trabajador, buena persona, que no fuera un machista y que le dejará desarrollarse como profesional, como el sobrino del director de su taller de teatro. Si Javier hubiera sido más directo, más amable y no hubiera traído a esa rubia extranjera, los dos ya serían novios. Pero ella no salía con ningún desconocido que desvariase.

El último día de clase del posgrado se daba una pequeña recepción en un bar cercano, para que los alumnos se despidieran de los profesores y de todos sus compañeros. A esa copita iban a

asistir solo algunos de los profesores, que habían dado clase en el posgrado, y todos los alumnos. Magda debía ir, e incluso sus compañeras estaban pendientes de ella, para que no se escapara con ninguna excusa a la calle. Pero ella tenía otros planes.

Unos días antes ella preguntó a los trabajadores de la administración, que trabajaban en la planta de abajo del edificio, si la puerta de atrás del edificio solía estar abierta. Estos le aseguraron que sí, porque era la salida de emergencia del edificio y debía estar siempre abierta.

El último día de clase llegó, después de la última clase todos iban a salir e irse juntos al bar para tomarse la copita. Ella dijo a una compañera que le vigilaba, que se iba un momento al servicio de abajo, para hacer sus necesidades fisiológicas. Pero ella cogió sus cosas, bajó las escaleras, se metió por la puerta de atrás y salió del edificio, se alejó rápidamente de allí sin despedirse de nadie, librándose de asistir con sus compañeros y sus profesores a la reunión absurda. Así no tuvo que tratar otra vez a su acosador.

Magda estaba feliz, aliviada, ya solo tendría que ver a todos sus compañeros el día del examen final.

Durante el transcurso de la recepción Fernando estuvo todo el rato buscando a Magda en el bar, donde se ofrecían las tapitas y las bebidas gratis. Como él no la encontró allí, hizo lo que siempre hacía cuando no se hacía su santa voluntad, dar pena a los demás, para que estos se compadecieran de él, y ellos siguieran más adelante molestando a Magda en la calle. Luego él contó con pena a todas las personas que no se habían enterado, el discurso que la muchacha había recitado días antes fuera del aula, para que todo el mundo que lo conocía o eran sus amigos o sus vecinos hicieran algo al respecto.

Cuando todos sus amigos y conocidos de la ciudad conocieron las exigencias materiales y sentimentales de la muchacha, sintieron mucha lástima de Fernando, y se comprometieron con él, para molestar otra vez a la pobre chica y a su madre en la calle. También él y sus conocidos se dedicaron a buscar a los tipos de hombres que Magda decía que le gustaban, para que después esos ignoraran o tratarán mal a Magda en la ciudad, para que así a ella le dejará de gustar esos hombres, por el mal trato que le daban.

El final de la primavera llegó. Magda y todos sus compañeros se presentaron el día del examen final en el edificio de la universidad, se examinaron en el aula y entregaron a los directores del máster su trabajo.

Cuando ella terminó de examinarse, miró de reojo y con una gran sonrisa a sus compañeros, y pensó: ¡Se acabó la pesadilla! ¡No tendré que soportarlos más!

Fernando le dijo a esta desde lejos: — ¿No sé por qué sonríes tanto? Si no va a trabajar en ningún sitio, sino haces lo que yo quiero y si no te casas conmigo.

El verano pasó, Magda fue a su facultad y se dirigió al departamento que llevaba el máster que había realizado. Ella se fijó en el tablón de anuncios, donde ponían el listado con las notas. Ella vio los resultados y había aprobado todo con buena nota.

Ella no se creía cómo había estudiado, terminado y aprobado el posgrado, suponía que por el deseo de seguir viviendo tranquila, de forma sencilla y tener una vida mejor.

EL PRIMER TRABAJO

Después de la experiencia tan traumática sufrida en el posgrado, Magda estuvo dos años sin trabajar, recluida en su casa. Ella estaba harta de mandar muchos currículos y muchas cartas de presentación, harta de hacer muchas llamadas de teléfono de trabajo a todas las empresas de traducción que conocía y a otras empresas de otros sectores económicos, para trabajar de lo que fuera.

Durante ese tiempo ella llamó y habló por teléfono con muchos directores de recursos humanos, con los jefes de personal de las empresas y con sus secretarias. Ella estaba aburrida de estar esperando como una tonta en su casa, mientras la vida pasaba ante sus ojos.

Todos le decían que no tenía suficiente experiencia, para que le contratasen en ningún lado. ¿Pero cómo podía conseguir esa experiencia, si no le dejaban trabajar? Mientras sus más allegados le recordaban, que no tenía un novio, que no se casaría con nadie y que era una fracasada, aunque tuviera muchos estudios.

Los amigos y amigas de Fernando seguían molestando a Magdalena y a su madre en la calle y en otros lugares, sin avisos que ese mal trato continuo tuviera fin alguna vez.

Un día a la muchacha le llamaron por teléfono, para trabajar en una empresa de construcción. A ella no le contrataron como traductora, si no de ayudante de secretaria, y le ofrecieron un contrato de tres meses. Magda aceptó el trabajo sin pensárselo mucho, porque le hacía falta el dinero y no quería estar aburrida en su casa, esperando el trabajo de su vida.

Cuando el primer día ella llegó a la empresa, la secretaria del jefe le recibió en la entrada de la entidad. Después su jefa-compañera le acompañó para hacer una ruta turística por todo el lugar, le presentó a todos sus compañeros, y luego ella firmó el contrato. Esa misma empleada enseñó a la muchacha el lugar, la mesa y la silla, donde iba a trabajar los tres meses siguientes.

Magda estaba muy contenta. Ese trabajo era una experiencia más que le vendría bien para su vida laboral. Ella creía que trabajaría más adelante en su sector profesional.

Desde el segundo día que ella empezó a trabajar en esa empresa, todos los días eran muy parecidos. Ella se levantaba temprano en la cama de su habitación, se vestía, se iba a la calle, cogía su autobús, que le llevaba hasta la parada de autobús que se tenía que bajar, luego andaba un rato hasta llegar a la empresa. Allí ella hacía las tareas que la secretaria le encargaba, paraba media hora para desayunar, sobre las once de la mañana, cuando dos de sus compañeras le buscaban en la puerta de su oficina, para ir a comer todas juntas. Mientras ella desayunaba, sus nuevas conocidas hablaban con ella, le sonsacaban disimuladamente sobre su vida privada y sus costumbres. Cuando todas terminaban de desayunar, se despedían allí y todas volvían a su puesto de trabajo para seguir trabajando, hasta que llegaba la hora de salir del trabajo.

Magda no entendía porque sus nuevas compañeras de trabajo querían saber tanta información personal sobre ella, y tampoco entendía porque sus compañeras le hacían tantas indicaciones, para que ella cambiara de forma radical su modo de vestir, de maquillarse, de peinarse y de comportarse. Además sus nuevas compañeras le indicaban donde debía ir desde ese momento a comprarse la ropa interior y la ropa de calle. Magda no sabía seguro quien mandaba a sus compañeras, para que le diesen esas indicaciones, que ella debía seguir. Y tampoco sabía que

beneficios morales o económicos sus nuevas compañeras sacaban, de los cambios que ella tenía que hacerse.

Pasó el tiempo, concretamente un mes y medio, estaban ya a mediados de diciembre, y los trabajadores de la empresa, donde ella trabajaba, decidieron celebrar la comida de navidad en un restaurante. Todos los compañeros se iban a reunir, para almorzar y estar juntos un buen rato. La fecha de la reunión se fijó un sábado y las nuevas compañeras animaron a Magda, para que no faltara a la cita y a la comida. Ellas se lo reiteraron una y otra vez, para que fuera a comer con todos, y luego se quedará más tiempo, para tomar un café o lo que surgiera.

Ella no entendía porque sus compañeras de trabajo eran tan agradables y persuasivas con ella, para que no fallara a esa celebración. Pero Magda sacó sus propias conclusiones del comportamiento de estas: — ¿Y si iba a ver a alguien conocido en ese famoso almuerzo fuera del trabajo? ¿Y si ella se iba encontrar con Pablo?, porque era muy extraño, pero sus nuevas compañeras de trabajo querían que ella se arreglará como sus antiguas compañeras del taller de teatro le exigían que se arreglará, para satisfacer al ex novio de Lola. ¿Qué casualidad, no?

Magda finalmente decidió no ir al almuerzo, ni al café, ni a la copita de después. Ella se quedó muy tranquila en su hogar. Y para faltar a la cita, ella puso una excusa falsa, porque lo veía todo muy raro.

El lunes siguiente después del famoso almuerzo, Magda se incorporó a su puesto de trabajo, para seguir trabajando. Cuando sus compañeros de trabajo le preguntaron porque había faltado a la dichosa reunión festiva, ella les volvió a reiterar y a explicar su excusa. Pero ellos no se la creyeron. En unos pocos días la relación que ella tenía con sus compañeros de trabajo se enfrió poco a poco, o más bien se congeló.

Pasada una semana de la reunión navideña, Magda era ignorada por todos sus compañeros de la empresa, y ella se tenía que ir sola a desayunar. Sus compañeros de trabajo le dejaron de hablar por los pasillos, era como si ella no existiera en la empresa.

Esas tardes del mes de diciembre Magda iba con su madre con asiduidad al piso de una vecina mayor de su barrio. Esta mujer mayor empezó a hacer a la joven unas preguntas muy raras sobre el sobrino del director del taller del teatro, al que ella había asistido hacia unos años. Ella aseguró a su vecina mayor que le interesaba mucho ese muchacho, pero ese tenía como únicas dos prioridades en su vida su trabajo y a esa rubia extranjera, que solía llevar todo el rato pegada a su lado. Ella estaba muy decepcionada de él.

La mujer mayor aseguró a la joven, que Javier estaba interesado solo en ella, y que esa rubia, que le acompañaba siempre, solo era buena amiga, que le ayudaba en su trabajo.

Esa vecina mayor parecía que apreciaba a sus dos vecinas, por eso le preguntó a Magda su dirección postal exacta, para mandarle por las fiestas una felicitación navideña. Y la joven le dio sus señas.

Después Magda pidió a su vecina mayor un buen consejo, para poder librarse de los dos acosadores que no le dejaba vivir su vida y trabajar. Esta mujer le dijo que no podía hacer nada por ella, que debía aguantarse con lo que le había tocado en suerte.

La vecina mayor dio la dirección exacta del domicilio de Magda a Javier, con la ayuda de una amiga común. Y Magda o su madre no recibieron alguna felicitación navideña de su vecina por esas fiestas.

El siguiente año empezó, y cuando a Magda solo le faltaba un mes para terminar los tres meses de contrato en la empresa de construcción, su jefe le llamó a su despacho, para avisarle que no le renovarían el contrato.

La empleada no se enfadó con esta, porque ganaba muy poco allí, su trabajo era aburridísimo y muy monótono. Además sus compañeros de trabajo estaban con ella muy esquivos y desagradables. La joven notaba algo raro en el ambiente de la empresa, pero como nadie le decía nada, pues ella decidió dejarlo pasar y seguir adelante con su vida.

El mes de febrero de ese año ella terminó resignada su contrato de trabajo en la empresa constructora, se agobió bastante, porque volvía a quedarse sin trabajo y el dinero hacía falta en su casa. Aunque trabajar ganando poco y en algo que no era lo suyo, era una pérdida de tiempo. Ella pensó fríamente que acabaría cogiendo una depresión.

Magda volvió a quedarse aburrída en su casa, esperando que alguna empresa le llamará otra vez para trabajar, por eso se puso a buscar otras ofertas de trabajo, que se adaptarán más o menos a su perfil profesional.

A partir del mes de marzo, todos los días, más o menos a la misma hora, sobre las diez y media de la mañana o incluso más tarde, ella oía que alguien llamaba al telefonillo de su casa. Ella no cogía el auricular del aparato, para preguntar quién era y tampoco le daba a la tecla del aparato, para abrir a quién llamaba a la puerta de su bloque de pisos, para que ese extraño no subiera hasta su casa, porque ella pensaba que quién llamaba era Fernando, su compañero del posgrado que le estaba acosando. Ese que estaba loco de remate, que no le dejaba en paz, y que incluso molestaba a su madre con ayuda de otros. ¡Es que ese se aseguró años antes de saber dónde vivía exactamente!

A ella le daba un pánico atroz pensar que su acosador se le acercaba, o que subiera y entrará en su casa, cuando ella estuviera sola.

En esas fechas cuando ella paseaba por la calle y se encontraba con alguien del taller de teatro, si era alguien mayor, ella lo saludaba y este le preguntaba amablemente como iba su vida. Pero si ella veía alguno de sus compañeros jóvenes, prefería ignorarlo o pasarse a la acera de enfrente, para no tener problemas con Mónica y sus amigas. Magda actuaba como si no los conociera de nada, tenía miedo de las represalias posteriores de esas.

Los meses siguientes ella siguió recibiendo llamadas en el teléfono fijo de su hogar, desde distintos números de teléfonos fijos pertenecientes a varias ciudades de la geografía española o con un número oculto. La persona que llamaba, después de escuchar unos segundos su voz, colgaba enseguida el teléfono. Magda sabía que era Pablo. Ella pensó denunciar ese hecho ante la policía, pero su madre seguía sin apoyarla. Sofía decía que no tenía suficientes pruebas para denunciarlo, podía ser cualquiera quién llamaba, alguien que se equivocase de número de teléfono o un gracioso.

Después de llevar casi un año sin trabajo, la joven Magdalena seguía buscando sin descanso un trabajo.

Un día Sofía contó a su hija una noticia sorprendente. Una compañera de trabajo le había contado mientras las dos desayunaban, que el sobrino del director de su antiguo taller de teatro, se había casado hacía varios años, con esa amiga rubia que traía siempre a los ensayos y a las actuaciones. El chisme se lo contó a su madre, una compañera de trabajo que tenía a sus cinco hijas trabajando en el mismo sector profesional que Javier y su tío trabajaban. Esa mujer detestaba a Javier y a su tío, porque sus hijas no trabajaban tanto como ellos.

Cuando Magda se enteró de esa noticia tan sorprendente, se quedó un poco confusa y bastante molesta. ¡Eso no podía ser verdad! Y ella habló desolada a su madre: — ¿Entonces la única persona del sexo masculino, más o menos de mi edad, que me decía que yo era guapa, ya no me lo diría más? — ¡Es que el resto de los hombres solo se dirigía a ella para decirle que era una mujer

imperfecta, que debía mejorar su aspecto físico y estético! ¿Javier estaba comprometido y casado? ¡Qué desilusión! Magda se dio cuenta que Javier no le había dejado de importar. Esa noche ella no durmió, pensando que estaba enamorada de un extraño, y que ya no podía hacer nada para estar con él.

Después de oír esa noticia tan sorprendente, Magda volvió a ver a Javier paseando por la calle y en otros sitios, pero ella procuró ignorarlo.

En una ocasión ella lo vio cuando él asistía a un concierto de música clásica. Este entró con una pandilla de amigos y de amigas extranjeras en la sala. A ella le decepcionó mucho, porque él iba con una amiga rubia agarrado en cada brazo, como si fuera un chulo de discoteca. Él se sentó con sus amigas ocultando su presencia, parecía que él sabía que ella iba normalmente allí, para escuchar música clásica y él quería demostrarle que ya no le hacía falta. ¡Qué mala impresión le dio a la joven! En el descanso del concierto Magda fue al servicio para peinarse un poco, y vio a Javier de pie hablando y riéndose a carcajadas con unos amigos en el pasillo del servicio. Él y sus amigos sabían que ella los estaba mirando, pero ellos la ignoraron completamente.

Ella estaba desolada, pero él nunca se había molestado en conocerla personalmente, no le echaba cuenta y solo le gustaba físicamente. En ese momento la joven se dio cuenta que ella nunca fue importante en su vida. En esa ocasión él no le saludó, porque ella no era nadie en su vida.

Ella entendió que los tíos eran unos brabucones y unos tontos.

LA BECA DE FORMACIÓN EN LA EMPRESA DE TRADUCCIÓN

Pasaron seis meses, Magda estaba ya aburridísima de buscar trabajo por todos lados.

Un día ella decidió mandar el currículum vitae a una empresa de traducción de su ciudad, donde todavía no lo había mandado, porque creía que allí tampoco le darían una oportunidad. ¿Pero cuál fue su sorpresa? ¡En esa empresa contestaron a la joven a la semana siguiente!, por medio de una llamada telefónica.

Ella no se podía creer que una empresa de traducción como esa, aceptarían tan pronto su candidatura. En la llamada de teléfono el jefe de recursos humanos de la institución le explicó: — El lunes próximo a las once de la mañana te vamos a hacer una entrevista para conocerte mejor, para que nos expliques personalmente tu expediente académico y tu experiencia profesional anterior.

Magda estaba feliz, pletórica, porque pensaba que después del anterior trabajo no le iban a llamar para trabajar de un trabajo de su sector profesional, y sobre todo después de recibir las amenazas continuas de Fernando en el máster.

El lunes siguiente ella fue muy tranquila a la entrevista, porque se había informado y documentado previamente sobre la empresa, conocía los libros que había traducido ya, sabía el número de trabajadores que formaban sus filas, conocía el éxito de ventas de sus libros y los departamentos que lo componían.

Para la entrevista Magda se vistió de forma sobria y sencilla, con un traje de lana de chaqueta y pantalón azul, llevaba puesta una camisa blanca de algodón de mangas largas y un pañuelo mediano de color rojo atado en el cuello, y calzaba unos zapatos negros de salón de tacón bajo en sus pies, se recogió su cabello largo en una cola de caballo atada con una gomilla azul, y llevaba en su brazo derecho un bolso negro muy grande, que le había prestado su madre, porque ella no tenía y no estaba acostumbrada a llevarlos normalmente.

Ella estaba deseando que le entrevistaran allí, por eso llegó a la puerta del edificio media hora antes de lo previsto. En ese intervalo de tiempo ella repasó mentalmente su currículum vitae, por si le preguntaban algo del mismo, estuvo ensayando durante un rato largo, lo que iba a decir si el jefe de recursos humanos le preguntaba. ¡Es que ella todavía no se podía creer que iba a entrar en unos minutos en esa empresa, para que le entrevistaran!

Cuando las manecillas de su reloj señalaron las diez y cincuenta y cinco de la mañana, ella decidió entrar dentro del edificio, saludó a los guardias de la entrada, y les preguntó a estos la planta concreta de la empresa, donde debía subir, aunque ella sabía perfectamente donde estaba la planta de la empresa de traducción.

Después ella preguntó a los guardias de la entrada si le tenían que dar algún pase o tenía que pedir permiso en la traductora, para que le dejaran pasar o ella debía enseñar su documento nacional de identidad para subir.

Al final esos le contaron que la empresa estaba en la sexta planta, y que para poder entrar ella debía dar solo su nombre y sus apellidos a los guardias de la puerta, y también debía llevar cogida con un alfiler una plaquita de visitante en la ropa, para que ellos le dejaran subir a la planta.

Ella se empezó a poner nerviosa, debía llegar a las once en punto, no quería llegar tarde a la cita, y dar una mala imagen el mismo día de la entrevista. Finalmente ella subió a la planta indicada en el ascensor, después salió del aparato metálico, y se encontró la recepción, donde había una mesa aislada en un espacio muy amplio, donde la recepcionista de la entidad trabajaba controlando la entrada y a todos los que subían a la planta. La recepcionista era una chica pelirroja con el cabello rizado y suelto a la altura de los hombros, que estaba sentada. Esta mujer era alta, delgada, de ojos marrones, de unos treinta y tantos años, que iba vestida con un vestido marrón. Cuando esa vio a Magda, le preguntó que se le ofrecía.

La candidata estaba muy nerviosa, pero explicó a la empleada de la traductora, que tenía una entrevista de trabajo a las once en punto con el jefe de recursos humanos de la empresa.

La recepcionista miró a la joven con desprecio de arriba abajo, y le dijo finalmente:— ¡Pues tendrás que esperar unos minutos más con otras candidatas en esa sala contigua!, porque el jefe de recursos humanos ahora mismo está haciendo una entrevista a otra chica como tú. Después la mujer continuó muy aburrida su discurso: — ¿Podrías hacer el favor de sentarte en esa sala contigua?, para esperar tu turno. — ¡No te preocupes!, te llamaremos cuando te toque.

La pobre chica se puso muy tensa, pero obedeció a la mujer, se sentó en una silla libre de la estancia, que le habían indicado ir, empezó a desilusionarse, y pensó: ¡Vaya, hay más candidatas a parte de mí! ¡Va a hacer muy difícil que me vayan a dar a mí el puesto!

Pasaron unos diez minutos y la misma chica pelirroja de la recepción, se acercó a la sala de espera, para llamar a Magda con la mano derecha, para que pasara a continuación a la oficina del jefe de personal.

Magda se levantó de su asiento, se atusó las ropas que llevaba puestas, y se fue a la oficina, donde la recepcionista le indicó. Ella estaba muy nerviosa mientras se dirigía a la oficina del jefe de recursos humanos de la empresa, donde deseaba trabajar.

Ella llegó hasta la puerta del despacho, dio varios golpes en la misma, para entrar.

Y una voz grave de hombre, le pidió que entrara dentro del despacho.

Ella giró el pomo de la puerta, entró en la estancia, vio a un señor de unos cuarenta y tantos años, grueso, canoso y con el pelo rizado bien cortado, vestido con un traje de lana de color marrón, compuesto de una chaqueta y de un pantalón, llevando debajo una camisa blanca y una corbata azul. Cuando ese señor la vio, se levantó de su asiento y le saludó con un apretón de manos, después le invitó amablemente con la mano derecha, que se sentará en la silla libre, que había cerca de su mesa. Luego él señaló la mesa, donde ella debía dejar su currículum vitae, para él poder cogerlo y mirarlo detenidamente.

Este hombre cuando ella se sentó, instó a la candidata que le explicará su experiencia laboral y las expectativas que tenía para trabajar en esa empresa.

Ella seguía muy nerviosa, por eso respiró hondo, empezó a explicarse lo mejor que pudo, a pesar del nudo que tenía en el estómago y los nervios que no podía controlar. Ella empezó a hablar con un tono de voz aceptable y audible, pero pasados unos minutos su voz se afinó y disminuyó su volumen.

El entrevistador se dio cuenta de su agobio, por eso empezó a preguntarle algunas dudas que tenía sobre sus estudios y su poca experiencia laboral.

Casi al final de la entrevista el responsable de recursos humanos de la empresa explicó a la muchacha, que en ese momento lo único que ellos le podían ofrecer era un contrato en prácticas de un año en el departamento de traducción. Y para que ella no se entusiasmase demasiado con la oferta, él le avisó que estaba haciendo entrevistas a otros candidatos para el mismo puesto.

Magda miró al entrevistador a los ojos, y le dijo que entendía sus dudas en su candidatura para el puesto de trabajo, porque tenía muy poca experiencia en su sector profesional. Pero ella tenía muchas ganas de trabajar, y si llegaba a ser la elegida, pues trabajaría como mucho ahínco y se esforzaría, para que ellos no se arrepintieran de su elección.

Al final de la entrevista el responsable de recursos humanos explicó a la candidata, que si la seleccionaban, le llamarían por teléfono el próximo lunes. Su horario de trabajo sería de ocho de la mañana a tres de la tarde. Empezaría a trabajar la primera semana del mes de marzo de ese año hasta el último día laborable del mes de febrero del año siguiente en régimen de prácticas. Si finalizado ese año a ellos les gustaban como realizaba su labor, ellos podrían hacerle un contrato de seis meses o de un año, según el trabajo o los proyectos aprobados que se dieran en la misma.

Por los nervios y por el respeto que a ella le daba el entrevistador, no se le ocurrió preguntar el sueldo mensual que ella iba a cobrar allí.

Antes de irse del despacho del jefe de recursos humanos, ese hombre estrechó a Magda la mano. Después ella se levantó de la silla, para dirigirse hacia la puerta del despacho. Ella salió al pasillo que daba a la recepción, se despidió de la mujer que estaba trabajando allí. Como ella seguía muy nerviosa, buscó las escaleras para bajarlas y salir del edificio hacia la calle.

Mientras la joven bajaba los escalones de las seis plantas, pensó eufórica: ¡Sería genial que me contratasen aquí!, pero su falta de experiencia laboral a ella le frenaba, para hacer planes de futuro y para ilusionarse más de lo que debía.

Toda esa semana pasó sin que pasara algo destacable que contar en la vida de Magda y de Sofía.

El lunes siguiente a la entrevista, a eso de las nueve de de la mañana, mientras la madre y la hija estaban desayunando en la cocina, llamaron al teléfono fijo de la casa. Magda se levantó corriendo de su asiento, para coger el aparato. Quién llamaba era el jefe de recursos humanos de la empresa de traducción, donde hacía una semana a ella le habían hecho la entrevista. Ese hombre llamaba para contarle que le habían seleccionado y que la esperaban el primer lunes del mes de marzo, para que aceptara allí el año de prácticas, diera sus datos bancarios en el departamento de contabilidad e hiciera otras cosas más rutinarias, pero necesarias, para cumplimentar los papeles de la beca.

Ella no se lo podía creer, estaba tan feliz, incluso empezó a hacer planes con su madre sobre cómo debía ir vestida, para empezar a trabajar.

Después ella preguntó a un conductor de autobuses cerca de su barrio, el autobús que tendría que coger, para llegar puntual a su nuevo trabajo.

Esa tarde Magda seguía plétórica, por eso se fue a dar una vuelta con su madre por el centro. Ellas se encontraron paseando a una antigua compañera mayor del taller de teatro. La joven saludó a esa conocida, y después le contó contenta que el primer lunes de marzo ella empezaría a trabajar en una empresa, que se dedicaba a traducir y a publicar algunos autores extranjeros.

Luego esa compañera llegó a su casa, llamó corriendo por teléfono a Mónica, la ex compañera del taller de teatro de Magda, y le relató las nuevas.

Mónica seguía teniendo miedo de Magda, porque ella seguía estando soltera y sin compromiso, todavía podía intentar quitarle su marido, por eso debía hacer algo al respecto. Esa misma noche Mónica llamó por teléfono a sus otras amigas del taller de teatro. Entre todas trazaron un plan perfecto, para que Magda se convirtiera definitivamente en la novia de Pablo.

1ª SEMANA DE LA BECA

Día 1

El dos de marzo, un lunes de un día muy soleado, Magda se levantó a las siete de la mañana de

su cama, se vistió corriendo, porque tenía la ropa preparada desde la noche anterior en la silla de su cuarto. Ella se peinó, se tomó un café en la cocina, abrió y cerró la puerta de su casa con su llave, y se fue corriendo a la parada del autobús, que debía coger para ir a su nuevo trabajo. El autobús llegó a los cinco minutos a la parada, que estaba cerca de su casa, ella subió al mismo, pagó el billete, miró y sonrió a todo el mundo que estaba dentro del autobús. Magda pensó: De ahora en adelante estos serán mis compañeros de viaje, para ir al trabajo.

A eso de las siete y cincuenta y cinco de la mañana la joven llegó a la parada que se tenía que bajar, se bajó y fue caminando hasta la puerta del edificio, donde estaba la traductora, donde ella iba a trabajar. Ella seguía sin creérselo.

Cuando la joven subió a su planta, saludó a la desagradable recepcionista, que había conocido el día de la entrevista, y esta le dijo que fuera directamente al despacho del jefe de recursos humanos. Ella obedeció a su nueva compañera, después golpeó suavemente la puerta del despacho, y su jefe le dijo que pasará dentro.

Magda entró en la estancia, saludó al jefe de recursos humanos. Y ese hombre le pidió que le acompañara hasta el departamento de contabilidad y contratación, que se encontraba al final del ala derecha de la planta. Cuando ambos llegaron a ese departamento, el jefe de recursos humanos le presentó a sus compañeras, y después ellos se dirigieron a la mesa de Ana, que era la mujer que le iba a recoger los datos bancarios de su cuenta, para que el banco que trabajaba con ellos, diera la orden, para pagarle su sueldo, por trabajar allí todos los meses.

Ana explicó a la becaria que a primeros del mes siguiente le ingresarían el sueldo, que le correspondía por el mes trabajado. Después de visitar ese departamento, ellos salieron al pasillo, y fueron a otros despachos de esa ala derecha: el de Marketing, el de Ventas, el de Producción, el de Informática. Luego ese hombre le acompañó hasta el ala izquierda, donde estaban la gran sala de juntas y los diferentes despachos donde los distintos traductores y sus ayudantes trabajaban de lunes a viernes.

El jefe de recursos humanos explicó a la joven que los talleres de impresión estaban fuera del edificio, concretamente a las afueras de la ciudad, y que su jefa directa le llevaría un día cualquiera, para que los conociera. Pero ella no tenía que preocuparse, porque no tendría que trabajar allí.

Magda estaba mareada de ir de un despacho a otro y de saludar a todos sus compañeros. Al final el jefe de recursos humanos le acompañó al despacho concreto, donde ella trabajaría con su jefa directa todo el año de beca. Cuando ella entró en su nueva oficina, observó que era una sala enorme con dos estanterías de madera de color marrón clarito, apoyadas en dos de las paredes de la estancia, que estaban repletas de libros. En medio de la sala había varias mesas amplias con sus sillas, para poder sentarse a trabajar. En uno de los frentes había un gran ventanal que iba de pared a pared, por donde entraba un gran torrente de luz a esa hora de la mañana, que iluminaba la estancia, porque el edificio y ese despacho tenían una orientación sureste.

La becaria lo primero que hizo cuando vio a su superiora, fue extenderle la mano, para darle un apretón de manos y saludarla. Pero esta prefirió acercarse a la joven y darle dos besos en la cara.

Como ya era la hora de desayunar, Cristina, la jefa de Magda, le dijo a su pupila: — ¿No te importa que vayamos a desayunar? ¡Cada una pagándose lo suyo!—.

La becaria asintió con la cabeza, porque era una buena idea y tenía ya un poco de hambre. Las dos mujeres salieron de la oficina, bajaron en el ascensor hasta la calle y Cristina le condujo a la cafetería que solía ir. Mientras las dos comían la primera comida del día, estuvieron charlando un rato.

Después de desayunar ellas volvieron al edificio, subieron en el ascensor, y regresaron a su oficina. Cuando ellas llegaron, la joven se dio cuenta que los encargados del mantenimiento le habían puesto una mesa con varios cajones, que no tenían llave, para cerrar sus cajones. Ese hecho a ella no le apesadumbró, porque no pensaba dejar allí nada personal ni de valor, pero si dejaba su trabajo futuro, estaría a merced de cualquiera que pasará por allí y metiera la mano. Magda comentó preocupada a su jefa ese hecho.

Cristina le dijo: — ¡No te preocupes mujer! En esta empresa no suelen robar. —Además yo no te voy a dejar ningún texto importante. Ella solo estaba allí para quitar trabajo atrasado y para traducir textos que nadie quería tocar, por ser muy aburridos y farragosos. Magda no se quedó tranquila con esa explicación, pero eso era lo que había.

Acto seguido Cristina comentó a Magda que dejase sus cosas encima de su mesa, porque iban a salir un momento. Ella le iba a presentar a las otras traductoras de la entidad.

Y la becaria contestó a su jefa: — ¡Ya conozco a todo el mundo!, el jefe de recursos humanos me ha presentado a todos, cuando llegué esta mañana a la oficina.

Cristina replicó a su pupila: — ¡Sé buena y obedéceme! Ella le iba a presentar a sus compañeras y estas le iban a enseñar los trabajos que estaban realizando en esos momentos, porque si hacía falta, ella debería rotar por esos despachos, para ayudar a sus compañeras en lo que necesitasen. Magda no estaba muy conforme, pero dejó su mochila y todas sus pertenencias encima de la mesa, a la vista de todos.

En ese momento Cristina llamó por teléfono a una compañera, y esta vino corriendo a la oficina, saludó a la joven, y se quedó en la oficina, donde Magda trabajaba con su jefa, mientras ambas se marchaban, porque esa tenía que revisar un trabajo de Cristina en el despacho.

La nueva becaria y su jefa se fueron al despacho de sus otras compañeras, y la visita de cortesía a sus vecinas de despacho duró más de tres horas.

Al terminar la visita, Cristina y la becaria regresaron a su oficina. Era ya la una y media de la tarde. En ese momento la joven se percató que su mochila estaba en una posición distinta para como ella la había dejado. ¿Cómo podía ser eso? Ella metió la mano dentro de su mochila y vio que sus cosas estaban muy revueltas, para como ella solía dejarlas. ¿Qué había pasado? ¿Se había caído la mochila de la mesa y alguien la había recogido del suelo? ¿O tal vez alguien había metido la mano donde no debía? .A ella le entró un escalofrío por la espalda. Ella revisó todo el contenido de la mochila y vio que estaba todo, por eso pensó: ¿Me han abierto la maleta? ¿Y para qué? ¿Qué estaban buscando? ¿Parece qué aquí entra cualquiera? ¿O tal vez alguien de la oficina ha sido quien me la abierto? ¡Por lo menos no me han robado nada! Si digo algo, voy a quedar como una tonta y no puedo acusar a nadie, porque no he estado aquí, para ver quién ha sido. Si ella acusaba a alguien falsamente, le echarían de la beca. A ella le hacía falta el dinero y la experiencia. Ella tendría que permanecer callada, no le quedaba más remedio.

En ese momento tan tenso Cristina, su jefa, se quedó mirando a Magda, y le preguntó que le ocurría, porque su cara se le había cambiado de color por el susto. La joven miró lo más normal que pudo a su jefa, intentando que no se le notará su desconcierto, y le comentó finalmente:

— ¡No me pasa nada!

— ¡Bueno, pues te voy a mandar ya trabajo!—, contestó su jefa muy contenta. En ese mismo instante Cristina abrió las puertas de un armario, sacó un paquete de folios, varios bolígrafos, un lápiz y una goma, pidió a Magda que recogiera todo ese material de su mesa. Después la jefa se levantó de nuevo de su asiento, sacó tres carpetas con documentación de un cajón, se las entregó a su ayudante, para que esta comenzara a trabajar.

La primera carpeta contenía un texto en inglés, la segunda carpeta recogía un texto en italiano y la tercera carpeta guardaba un texto en alemán. Después la superiora comentó a su discípula: —Si tienes problemas con los textos me lo dices. Y ella siguió hablando: —Hoy por lo tarde que es, solo te va a dar tiempo a empezar a leer el primer texto.

—Cuando termines esos tres documentos, te daré más trabajo. — ¿Lo has entendido todo?

Magda asintió con la cabeza y empezó a trabajar. La joven estuvo trabajando hasta las tres de la tarde, cuando su jefa le comentó que ya era hora de irse a casa. Entonces ella recogió sus nuevos útiles de trabajo y los guardó dentro de los cajones de su mesa. Después ella cogió su mochila, salió al pasillo y se dirigió hacia la entrada de la planta, para coger el ascensor, ya que por ese aparato se bajaba más rápido que por las escaleras. Ella llegó abajo y se fue caminando hasta la parada del autobús. A los diez minutos el autobús vino a la parada. Y Magda coincidió otra vez con las mismas personas, que venían en el autobús, que había cogido por la mañana.

Cuando la hija de Sofía llegó a su casa, besó a su madre nada más verla. Después ella relató a esta cómo había sido su jornada laboral. Ella comentó a su madre que mañana por la mañana se prepararía un bocadillo, para comérselo en la hora del desayuno. A su madre le pareció bien su plan de ahorro.

Por la tarde ambas mujeres fueron a dar una vuelta como tenían costumbre, y por casualidad se encontraron a una amiga de Sofía. Esta les hizo un repaso concienzudo, porque hacía varios meses que no las veía. Después esa amiga llamó a Susana, la hermana de Sofía, para contarle las nuevas noticias: — ¡Qué su sobrina Magda había encontrado un nuevo trabajo en la ciudad!, y que iba y venía en el autobús de una línea determinada.

A Susana escuchar esa noticia le dio bastante coraje, su sobrina le parecía una niña privilegiada. Según ella su sobrina no vivía en el mundo real, había estado estudiando una carrera y en sus ratos libres había estado haciendo el tonto en un taller de teatro, cuando por su edad ella debería haber estado trabajando y ayudando económicamente a su hermana. La tía estaba muy enfadada con su hermana pequeña, porque seguía mimando a esa niña malcriada. Susana sentía envidia de su sobrina, ella siempre había trabajado muy duro. Y Magda, su sobrina, había tenido siempre una vida muy alegre y despreocupada, no sabía que era el esfuerzo, ni levantarse temprano, había estado rodeada siempre de hombres de todo tipo de edades, por lo que ella le relató en una ocasión.

Para fastidiar a su sobrina a ella se le ocurrió una idea genial, recordó que en esa misma línea de autobús iba y venía una amiga suya a trabajar. Ella buscó el teléfono de esa amiga en una agenda, que tenía guardada en un cajón de su mesita de noche. Cuando ella la encontró eran las nueve y media de la noche, una hora temprana para llamar a las casas decentes. Ella marcó el número de teléfono de su amiga en el aparato, y enseguida el teléfono empezó a funcionar.

Cuando Mercedes vio el número de teléfono de su amiga en el visor de su teléfono, se extrañó mucho de recibir una llamada a esas horas, ya que ella se acostaba temprano, para levantarse más temprano e ir a trabajar, pero lo cogió, y contestó: — ¡Hola Susana! ¿Qué tal estás?

—Bien, bien. — ¡Te llamaba para pedirte un favor!—. Susana llevaba mucho tiempo sin hablar con su amiga, a pesar de eso intentó ser breve:

— ¡Quiero que te hagas amiga de mi sobrina, para burlarte de ella, bajarle los humos que tiene, y de paso fastidiarla en sus planes!

Desde el principio a Mercedes le pareció muy divertida la idea de su amiga. Pero después ella expuso sus dudas a Susana: — ¿Pero ella dónde está? ¿Y qué te ha hecho, si se puede saber, claro?—.

— ¡No te preocupes Mercedes!, te será fácil dar con ella, porque va en el mismo autobús que tú vas a trabajar. Ella trabaja en una empresa de traducción de becaria o yo que sé. ¡Es que en nuestra familia estamos muy molestos con ella, por los aires de superioridad que ella se gasta! Gracias a la niñata todos nos hemos distanciado de mi hermana. Y mi hermana es muy buena persona, a pesar de que a ninguna de nosotras nos pareció bien que ella se separará y divorciará de su marido. Mi sobrina no se deja guiar por mí o por alguna de mis hermanas. La niña necesita una lección, que le busquen un marido, para que no saque más los pies del plato, y que ese la tenga controlada. Mi hermana es muy débil y consiente a su hija demasiado. ¡Fíjate tú! ¡Qué la niña tiene casi treinta años y todavía no tiene novio y menos pensamiento de casarse! ¡Solo quiere estudiar, estudiar y estudiar! ¡Ella es un problema grave para todos! Y mi hermana no opina nada, todo lo que su hija hace le parece bien. Si alguna de nosotras le dice lo contrario, mi hermana se enfada con nosotras y no hace más que defenderla. ¡Mis hermanas y yo llevamos muchos años sin hablarnos con mi hermana pequeña por culpa de mi sobrina! Yo he perdido la relación tan buena que tenía con mi querida Sofia por culpa de su hija, porque cuando la niñata saca el genio que tiene, da miedo. Susana no paraba de hablar y de marear a su interlocutora.

— ¡No me digas!—, contestó Mercedes aburrada, para que su amiga abreviará la conversación.

(Susana seguía con su cantinela): —Mi sobrina quiere ser traductora o algo así. Yo dudo que una persona tan imbécil como es ella, pueda conseguir un trabajo en su vida. Ella se olvida que las mujeres debemos ser primero madres y después esposas. El trabajo de una mujer fuera de casa, solo sirve para completar el sueldo del marido.

Mercedes estaba un poco cansada de escuchar a su amiga, por eso le habló para que terminará su pesado discurso:

—Bueno Susana. ¿Qué es lo que quieres que haga exactamente con tu sobrina?

—Pues muy sencillo, que te hagas su amiga, que le preguntes si tiene novio o si se lo va a buscar. Si ella es una inútil para hacerlo sola, preséntale algún trabajador que vaya en el mismo autobús que ustedes, para que la naturaleza haga el resto. Yo solo quiero recuperar la relación tan buena que tenía con mi hermana, y bajarle los humos a esa niñata malcriada. Además Magdalena, como se llama mi sobrina, con el tiempo me agradecerá que le haya buscado un novio. ¡Yo lo hago por su bien!

—Bueno Susana haré lo que pueda, pero no te prometo nada. ¿Cómo es tu sobrina?

—Más o menos como yo de alta, más ancha que yo, tiene el cabello negro y rizado, pero casi siempre lo tiene recogido con una especie de nudo, sus ojos son verdes, su cara es blanca, y cuando no saca ese genio endemoniado que tiene, es una chica muy dulce. ¡Mercedes ten cuidado! ¡Cómo ella se enteré quién eres y tus intenciones, te va a formar una buena!, ella parece una chica tranquila, pero tiene un genio horrible. Yo sé que mis desvelos por buscarle un novio, ella me los agradecerá con el tiempo. Además yo necesito recuperar a mi hermana.

—Bueno Susana, ya te contaré como me va con tu sobrina.

Y ambas mujeres colgaron el teléfono.

Lo que Susana había contado a su amiga era totalmente falso. La relación que Susana mantenía con su hermana Sofia estaba cogida con varios alfileres de coser, porque Susana era muy machista y mandona con su hermana pequeña. Sofia muchas veces se sentía atrapada y asfixiada cuando se relacionaba con todas sus hermanas, ya que estas se regían por unas ideas muy antiguas. Además Sofia estaba muy enfadada con todas sus hermanas, porque estas se habían enamorado perdidamente de su ex marido, y cuando ella se separó y divorció de él, ellas le culparon de la

ruptura de la relación, cuando ella era inocente. Desde entonces todas sus hermanas estaban muy molestas con Sofia, porque ya no podían ver y tratar más al padre de Magda.

Mientras se fraguaba la intromisión familiar en la vida privada de Magda, la chica estaba con su madre en su casa, muy ilusionada con su nuevo trabajo, preparando la ropa del día siguiente y procurando acostarse pronto, para descansar y levantarse temprano.

Día 2

El despertador sonó a las siete de la mañana del martes, Magda se levantó como si fuera una muñeca y tuviera un resorte metálico en la espalda, que se accionaba solo con la alarma del despertador. Ella se vistió corriendo, se fue a la cocina, calentó y bebió una taza de café y se preparó lo más rápido que pudo el bocadillo, cogió la chaqueta vaquera y se la puso encima, abrió y cerró la puerta de su casa, y se fue corriendo hasta la parada del autobús del treinta y tres. A los cinco minutos el autobús llegó, Magda se subió dentro, dio los buenos días al conductor, pagó su billete y se sentó en el único sitio libre que había. En ese momento Magda se dio cuenta que una mujer blanca, de cabello rubio y largo le miraba con mucha atención desde lejos, pero ella no le dijo nada.

Los cuarenta minutos de trayecto pasaron volando, la joven se bajó en la parada más cercana al edificio donde trabajaba. Ella caminó diez minutos más. Cuando eran las siete y cincuenta y cinco de la mañana ella entró por la puerta del edificio y luego cogió el ascensor, para subir a su planta. Cuando ella llegó a la misma, saludó a la recepcionista, y se fue corriendo hacia el ala donde trabajaba y a su despacho. Ella entró en su oficina, saludó a su jefa, metió su mochila dentro de un cajón de su mesa, lo cerró y empezó a trabajar en el primer texto que le habían dejado ayer en su mesa.

Pasados diez minutos su jefa le comentó que después del desayuno, se debía pasar por el departamento de informática. Esta le explicó que los informáticos le iban a poner un ordenador esa misma semana, para trabajar con él. Pero primero ella debía pasarse por ese departamento, para dar a los trabajadores sus datos personales, para que así ellos le pudieran dar una clave y un usuario, para que nadie pudiera entrar en su sesión e inmiscuirse en el trabajo que ella estaba realizando. Magda siguió trabajando.

A las diez de la mañana Cristina le dijo que ya era hora de hacer un descanso, que parará de trabajar. Después su jefa le anunció que las dos irían a otro bar a desayunar.

Magda al escuchar su último comentario, le dijo a su jefa:

— ¡Hoy no pensaba irme con usted a desayunar! Pensaba irme a dar un paseo, mientras me comía un bocadillo, que me he preparado en mi casa.

En ese instante la jefa montó en cólera contra su subordinada: — ¡Encima qué te doy el placer de mi compañía, me desprecias! ¡Muy bien!

Magda se disculpó con ella: — ¡Cristina compréndame! ¡No he cobrado todavía, no puedo hacer más gastos antes de ganar dinero!

Su jefa no le dijo nada más a su ayudante, llamó por teléfono a otra compañera de la traductora, y quedó con ella para desayunar. Cuando Cristina colgó el auricular del teléfono. Esta reprochó otra vez a Magda su desplante:

— ¡Tú vas a perder más que yo!

Mientras la joven pensó: ¡Por Dios qué genio se gasta esta mujer! ¡Cómo se pone por no querer irme a desayunar con ella!

En la media hora del desayuno la becaria se fue sola a dar una vuelta por la calle, mientras comía. Cuando ella terminó, subió a su planta y después se fue al servicio. Luego Magda regresó a

su despacho para seguir trabajando, su jefa tardó más de la cuenta en subir.

Cuando su jefa apareció por la oficina, le hizo un repaso concienzudo, para saber dónde había estado. Magda no se resistió, le contó todo lo que había hecho, para que se le pasara el enfado. Después la muchacha siguió trabajando en su mesa. Mientras Cristina se dedicó a preguntarle por toda su vida y cómo había llegado a hasta allí.

La joven se sintió muy molesta con el interrogatorio, pero ya se había enfadado una vez con la histérica de su jefa, y no quería que esta le cogiera manía, por eso fue amable y se dejó llevar, no le quedaba más remedio, debía llevarse bien con ella. Ambas estuvieron así hasta la tres de la tarde, cuando Cristina le dijo que podía recoger todo e irse a su casa.

Magda obedeció, recogió sus cosas y salió por la puerta del despacho. Esta vez ella bajó por las escaleras hasta la calle, porque no quería coincidir con su superiora en el ascensor de la empresa.

Ella salió por la puerta del edificio y se fue corriendo hasta la parada del autobús. ¡Menos mal que el autobús vino pronto!, porque ella estaba cansada de aguantar a su jefa, porque era la bruja más grande que había conocido en su vida. Eso que ella había conocido a muchas brujas en su vida. Y la chica empezó a pensar: ¿Por qué Cristina quiere saber tantas cosas de mi vida? ¿Qué le importa a ella? ¿A lo mejor ella quiere saber que hay gente con una vida más desgraciada que la suya? ¿O tal vez ella disfruta haciendo sufrir a la gente? La joven estaba en sus manos y tendría que aguantarla todo el año de la beca. Desde ese día ella decidió que no permitiría que esa olisqueara más en su vida privada.

Mientras Magda estaba pensando en sus cosas, ella miraba absorta al frente del autobús, y no se daba cuenta como Mercedes, la amiga de su tía, le observaba de arriba abajo y pensaba: ¡Es cómo me la ha descrito su tía!, pero es más delgada, más fina de cara y se viste de forma desaliñada. Encima ella no se siente intimidada por los hombres que vienen en el autobús, ni hace nada por llamar su atención. Ella está pensando en sus cosas. ¡Es muy curiosa la forma que tiene de comportarse!

Cuando se aproximaba su parada, la joven pulsó la tecla de parada, se bajó y se fue corriendo hasta su domicilio. Cuando ella llegó al mismo, soltó con cuidado la mochila en el suelo de la entrada, saludó y besó a su madre.

Sofía al ver entrar a su hija en su casa, le preguntó a esta:

— ¿Veo que estás un poco triste? ¿Qué te ha pasado?

— Nada, que mi jefa es una bruja. Si no le contaba mi vida entera se enfadaba conmigo, y se la he tenido que contar. Pero mamá ¿A ella qué le importa? ¡Es mi vida y es privada!

— Sí, hija, pero ella no se fía de ti y es una persona muy chismosa.

— ¡Pero mamá! Ella me puede conocer con el tiempo, soy buena persona.

— ¡Bueno!, vamos a dejar de hablar y de preocuparnos por la gente, es la hora de comer—, respondió su madre.

Por la tarde Magda y Sofía se fueron de paseo, para relajarse por el centro de la ciudad. Y Magda le comentó a esta extrañada: — ¡Es muy raro! ¿Pero creo que el otro día me abrieron la maleta? No me han robado nada, pero me han registrado todo. ¡Mamá hay varios guardias de seguridad en la puerta y un escáner de seguridad en la entrada del edificio! ¿Por qué me habrán hecho eso?

Madre e hija regresaron pronto a su casa de la calle, para acostarse temprano.

Día 3

Era miércoles, el reloj de Magda sonó como todos los días a la siete de la mañana. Esta se levantó y se vistió rápidamente, bebió su café caliente, se hizo el bocadillo en la cocina, cogió su

chaqueta y su mochila, y se bajó corriendo a la calle. Ella cogió el autobús a los cinco minutos de llegar a la parada, sin fijarse en nadie, encontró un asiento libre, se sentó y se puso a mirar por la ventana los edificios que había por el camino de ida a su trabajo.

Mientras la amiga de su tía le observaba desde lejos. Esa mujer quería averiguar qué pensaba la joven que estaba tan callada, ya que al resto de los viajeros ella los tenía muy vistos, y estos no paraban de hablar mareando a todo el mundo, que estaba dentro del transporte público. Mercedes llevaba varios años cogiendo ese mismo autobús, trabajaba de funcionaria de hacienda en la delegación de la ciudad.

La mayoría de los viajeros del autobús eran obreros de una fábrica de manufacturas metálicas, y también venían algunos funcionarios que trabajaban en otras delegaciones de la administración pública autonómica y estatal. Los primeros no tenían estudios universitarios, eran un poco aburridos, pero agradables en el trato. Algunos tenían curiosidad y leían libros en su trayecto de ida y vuelta al trabajo, sobre todo los hombres más maduros, que leían novelas que solían anidar las estanterías de las librerías de las estaciones de trenes o de los aeropuertos, de autores conocidos y no tan conocidos. Ellos creían que se estaban culturizando y entreteniendo mientras viajaban en el autobús, que les llevaba y traía a su fábrica. Mientras esos leían no hacían ruido como sus compañeros jóvenes.

Cuando Magda llegó su parada, se bajó del transporte público y se fue corriendo, para entrar en la puerta del edificio donde trabajaba. Ella subió a su planta, saludó a todos los compañeros que se encontró por el camino, se metió en su despacho, guardó su mochila dentro de su mesa, metiéndola en un cajón de la misma, y se puso a traducir el texto en inglés, que había empezado el otro día.

En ese momento su jefa entró en el despacho y pidió a la joven que fuera al departamento de informática, porque le esperaban los técnicos.

Magda obedeció a Cristina, pero esta vez cogió su mochila y su chaqueta ante la mirada sorprendida de esta. Ella caminó cargada unos metros por el pasillo del ala derecha, después tocó con decisión con su mano derecha en la puerta del despacho, donde le reclamaban.

Los informáticos le dijeron que pasará dentro y que cerrará la puerta después. Magda hizo lo que sus compañeros le pedían. Después esos le pidieron sus datos personales, para darle un usuario y una contraseña. La contraseña ella la podría cambiar luego a su gusto, para que fuera secreta. Magda les dio sus datos personales, y les preguntó:

— ¿Cuándo me van a poner un ordenador en mi mesa?

Uno de los informáticos le miró a la cara y le contestó:

— Hoy mismo, si no surge ningún problema. Ellos se extrañaron mucho que Magda trajera todas sus pertenencias con ella, por eso le preguntaron amables: — ¿Qué haces con todo eso encima? ¿No tienes una mesa y un perchero en tu oficina, para dejar todo eso?

La joven sabía que lo que hacía no era muy normal, por eso habló muy agobiada a sus compañeros: — ¡Claro que sí! Pero yo me lo llevo todo conmigo, para no perder mis cosas. ¡Es que soy muy despistada! Magda no quería enfadarse con nadie, quería llevarse bien con todo el mundo, pero allí se lo ponían muy difícil.

Cuando Magda terminó de dar sus datos a los informáticos, regresó a su despacho, para seguir trabajando, poniendo primero todas sus cosas en su sitio. Mientras Cristina, su jefa, le miraba con una cara larguísima.

Cristina sin cambiar la expresión de enfado de su cara, le preguntó a su nueva becaria: — ¿Se puede saber por qué te has llevado todas tus cosas al marcharte de aquí?

Magda no quería problemas con nadie, por eso le sonrió a esta y después le contestó: — ¡Por nada! ¡Es que las necesitaba! Después de esa contestación tan tonta, la chica siguió trabajando hasta la hora del desayuno. Una hora antes de salir a la calle, los informáticos le pusieron su nuevo ordenador en su mesa, se lo conectaron a la red eléctrica, para que los textos que tradujera, ella los pudiera pasar y guardar en un documento en formato Word en el ordenador.

A las tres de la tarde Cristina avisó a su becaria favorita que se podía ir ya a su casa. Magda recogió sus cosas, salió del despacho, para irse a la calle y dirigirse a la parada del autobús, que estaba cerca del edificio donde trabajaba.

Cuando ella llegó a la parada del autobús, este llegó. Magda al verlo se quedó muy aliviada, porque estaba deseando llegar a su casa, para descansar de la tensión nerviosa que le producía su superiora. Ella tenía los nervios crispados, pero debía contenerse, para continuar y terminar la beca de formación. Ella tenía muy claro, que le hacía falta el dinero y la experiencia.

En el autobús ella se fijó de nuevo en la gente que estaba allí sentada y de pie, en los funcionarios y en los obreros de la fábrica que estaban esperando que llegará su parada. La mayoría de los obreros jóvenes estaba de pie alborotando y riéndose de los otros compañeros, como si fueran niños de colegio y los obreros más maduros leían tranquilos, sentados o no, sus grandes mamotretos de tapa dura que contaban grandes historias.

Magda sentía que no pegaba con nadie de allí, no era una persona madura con un trabajo cualificado más o menos estable, ni era como los obreros de la fábrica, que esperaban continuar trabajando con sus pocos estudios en su fábrica, hasta jubilarse. Ella tenía otras expectativas en la vida, y la vinculación que ella tenía con la empresa donde trabajaba, no existía, trabajaba allí por una cantidad de dinero determinada y por la experiencia, pero no cotizaba en la seguridad social, por eso ella no podía exigir mucho y tampoco podía sacar los pies del plato.

Cuando el autobús llegó a la parada, que estaba cerca de su casa, ella se bajó, llegó andando en unos minutos hasta su casa. Ese era el momento más agradable de todo el día para ella, porque abría la puerta de su piso con su llave y se encontraba a su madre. Su casa olía a la comida que ella le hacía a mediodía, y ya podía relajarse.

Esa tarde Magda comentó a su madre, que tenía que hacer algo para que en su trabajo no le volvieran a abrir la maleta. Mientras ella pensaba que hacer, la joven comentó a su madre que se llevaría todo con ella a donde fuera, aunque todo el mundo se enfadará con ella, le daba igual. Después Sofia y su hija dieron su paseo diario. A la vuelta Magda preparó todo para el día siguiente y luego se acostó pronto.

Día 4

El jueves Magda se levantó como siempre a la siete de la mañana, se vistió, se tomó su café, se preparó el bocadillo del desayuno en la cocina, lo metió en su sitio, cogió su mochila, su chaqueta y su pañuelo, abrió y cerró con llave la puerta de su casa, bajó por las escaleras de su bloque de pisos hasta la calle. Al final ella llegó a la parada de autobús y cogió por los pelos el transporte público.

En el autobús se seguía produciendo el mismo ambiente de todas las mañanas, los que podían se echaban una cabezadita, otros leían y otros hablaban entre ellos. Como ella no conocía a nadie, se dedicó a realizar su afición favorita, observar fijamente y detenidamente a todas las personas que veía a su alrededor, para ver lo que cada uno hacía en sus cuarenta minutos de trayecto. Ese día Mercedes estaba sentada en un asiento y no paraba de pensar. Ella pensó en acercarse a los obreros de la fábrica, para convencerlos que se acercarán a la muchacha y se prestarán a ligársela.

Los cuarenta minutos que duraba el trayecto del autobús pasaron, y el vehículo llegó a la parada que la muchacha se tenía que bajar. Esta se bajó y fue corriendo al edificio de la traductora, entró por la puerta, cogió el ascensor, para subir a la planta concreta de la empresa. Cuando ella llegó, se fue corriendo a su despacho, para empezar a trabajar.

La becaria saludó a todos los compañeros que estaban dentro de su oficina y después encendió su ordenador. Los informáticos de la empresa le habían puesto una nota en su mesa, explicándole: — ¡Ya tienes asignado un correo electrónico interno!, para agilizar las comunicaciones con el resto de tus compañeros. No tienes conexión de internet externa. Ella pensó: Bueno, por lo menos podré distraerme un poco con las compañeras que vaya conociendo aquí, y con los mensajes divertidos que ellas me manden.

A la hora del desayuno Magda se fue a pasear sola a la calle. Ella consideraba que estaba feo comerse un bocadillo hecho en casa dentro de un bar, mientras el resto de sus compañeras consumían allí. Ella pensó hacer vida social con su jefa y con otras compañeras algunos días de la semana, pagándose y tomándose un café con ellas, pero después de comerse su bocadillo. Ella se lo comunicaría después, cuando Cristina viniera del desayuno.

La media hora del desayuno pasó, Magda subió a su planta y a su despacho. Cuando su jefa apareció por el mismo, ella le comentó a Cristina: — ¿No te importaría que algunos días en la media hora del desayuno me tomará algo contigo?

Su jefa escuchó la idea de su becaria, y replicó a su discípula: — ¡No! ¡Ya me rechazaste el otro día! Yo prefiero irme a desayunar con Teresa, la recepcionista, o con María, la traductora del despacho de al lado o con María José, otra traductora de la empresa, etcétera. Después de quedar las cosas claras entre las dos mujeres, ellas siguieron trabajando sin ningún contratiempo hasta las tres de la tarde, que era la hora de regresar a casa para descansar.

A las tres de la tarde Magda recogió sus cosas, bajó a la calle, para ir hasta su parada, coger el autobús y volver a su domicilio. Ella se subió en el autobús, cuando este vino. Pasados cuarenta minutos ella estaba bajándose en la parada cercana a su casa, para ir a almorzar en su domicilio. Magda adoraba esa hora del día, y también adoraba los olores de la comida que su progenitora hacía, en ese momento a ella se le olvidaban todas las penas. Lo malo era que la tarde pasaba volando, anocheecía, ella tenía que recogerse en su hogar, para preparar las cosas del día siguiente y acostarse pronto, para así levantarse temprano a la mañana siguiente.

Día 5

Era viernes. Magda se volvió a levantar temprano de su cama, pero esta vez estaba más contenta que los otros días, porque se acercaba el fin de semana. Ella se vistió y preparó su bocadillo. Cuando ella estuvo lista, bajó a la calle, y se dirigió a la parada donde siempre cogía el autobús. A pesar de lo temprano que era, ella y sus compañeros de viaje sentían la misma animación. ¡Era viernes!, y todos tenían planes que realizar los dos días de descanso.

Pasados cuarenta minutos ella bajó en su parada, se fue a paso ligero a su edificio, entró, cogió el ascensor, subió a su planta, saludó a todos los que vio por los pasillos, entró en su oficina y encendió su nuevo ordenador. Mientras el ordenador arrancaba, ella empezó a traducir el texto inglés y a escribirlo a mano al español.

En ese instante Cristina entró en la oficina, trayendo un café de la máquina expendedora del pasillo, ella se fijó que su pupila trabajaba con entusiasmo, por eso empezó a preguntarle a esta que solía a hacer los fines de semana.

Ella pensó que su jefa le estaba haciendo una pregunta inocente, por eso le contó lo que solía hacer.

La hora del desayuno llegó, y las compañeras que vinieron el otro día a buscar a Cristina a su despacho, para irse a desayunar, volvieron otra vez por ella. Estas anunciaron a su amiga que en esa ocasión iban a ir a desayunar a la Cata. Ellas se fueron finalmente, y Magda se quedó sola en la oficina, porque ella estaba muy liada con lo que tenía entre manos.

La joven bajó más tarde, para desayunar su bocadillo en la calle. Cuando terminó, subió a su planta, se fue al servicio y luego regresó de nuevo a la oficina, para seguir trabajando.

La mañana transcurrió sin ningún acontecimiento destacable que contar, porque Cristina era normal que se enfadará con ella. A las tres de la tarde Magda recogió sus cosas de su mesa y su mochila, se fue abajo corriendo, para coger el transporte público y regresar a su casa.

En el autobús Magda se fijó de nuevo en Mercedes, que no paraba de mirarle desde lejos. Ella supuso que a lo mejor no había nada más interesante que mirar en el autobús. Magda llegó a su parada, se bajó, caminó los cinco minutos que le distanciaba de su casa, y llegó. Ahora ella empezaba su fin de semana.

A la seis de la tarde en otra parte de la ciudad Fernando, el antiguo compañero del máster de traducción de Magda, abrió la puerta de entrada de la casa de sus padres, para recibir a Cristina y a María, sus amigas y compañeras de profesión. Después ese invitó a sus amigas que pasarán hasta su salita, donde él se sentó en un sillón de piel marrón, cerca de una mesa, que sostenía varios libros y varios papeles con los que estaba trabajando. Cuando ellas entraron en la estancia, él ofreció a cada una un asiento para que se sentaran. Después él ofreció a sus amigas un café, que hizo su madre.

Luego Fernando pidió a sus amigas que le hicieran un informe detallado de como Magda se había comportado en su primera semana de trabajo en la empresa de traducción.

Acto seguido Cristina empezó a relatarle minuciosamente a su amigo, todo lo que Magda hacía al llegar a la oficina, con que cuidado abría los cajones de su mesa de trabajo sin llave, como se movía nerviosa en la silla mientras trabajaba, como mordisqueaba su lápiz, cuando ella se ponía nerviosa o tenía una duda. Ella le contó a qué horas iba al servicio y cuanto tardaba.

Cuando él se enteró el tiempo que la muchacha tardaba haciendo sus necesidades fisiológicas en el cuarto de baño, indicó a sus amigas que ella tardaba demasiado tiempo, y que debían vigilarla, por si ella estuviera haciendo algo malo con algún hombre de la oficina.

Ellas le contaron con quién había estado hablando esa semana, y el tema que trataron. Ese detalle era crucial, él quería saber que pasaba por la cabeza de Magda, no fuera hacer algo inapropiado para una señorita. ¿Qué iba a pensar su futura suegra de ella?

Luego sus amigas relataron a su amigo que contenía la mochila de Magda, no era nada importante: Ella traía consigo un paquete de pañuelos, una carpeta con unos folios, un libro de lectura, varios bolígrafos, un lápiz, su bocadillo, dos o tres pastillas para el dolor en general, una cartera de algodón con un poco de dinero, una barra de labios muy gastada y otras cosas sin importancia.

Después de escuchar el informe semanal tan concienzudo de sus aliadas, Fernando pensó en dar a sus amigas unas directrices, para que la joven se convirtiera en una futura buena esposa. Él pensó primero en aconsejarles un manual de fray Luis de León, llamado “la Perfecta casada”, pero él lo descartó enseguida, porque era demasiado antiguo. Luego él aconsejó a sus amigas que debían hacer, para que la becaria cambiara poco a poco su forma de vestir, de peinarse y de maquillarse.

Cristina aseguró a su amigo que iba a hacer todo lo posible, para conseguir que Magdalena cambiara de forma radical de imagen y de ideas. Si ella podía la cambiaría en solo un mes.

Día 6

Era sábado, Magda estaba agotada de toda la semana, por eso se quedó más tiempo durmiendo en su cama. Así ella se recuperaría del cansancio acumulado de toda la semana, por la tarde ella hizo lo mismo.

Día 7

Era domingo, a Sofía se le ocurrió que podía comprarle a su hija un candado para la mochila. Así ella podría dejar su mochila guardada en el cajón de su oficina, cada vez que se fuera al servicio o a otro lugar, y nadie se la podría registrar más.

Por la tarde Magda preparó todo para levantarse el día siguiente, ya había superado la primera semana de la beca, ya solo le quedaban cincuenta y una semanas.

2ª Semana de la beca

El lunes la becaria volvió a empezar la semana y su rutina diaria. Ella volvió a levantarse a la siete de la mañana, se vistió, se preparó su bocadillo, y salió corriendo de su casa, para coger el transporte público y llegar pronto a trabajar, para seguir aguantando a su jefa y a las demás compañeras del trabajo, que iba conociendo poco a poco, y que precisamente no eran un encanto de personas. En el autobús después de subir, ella se sentó en un asiento libre.

Esa semana Mercedes empezó a hablar con la muchacha. La funcionaria siempre le preguntaba lo mismo para acercarse a ella: ¿Está libre el asiento que tienes al lado? Si lo estaba, ella se sentaba y se ponía a hablar con Magda de temas intrascendentes en todo el trayecto. Luego Magda bajaba en la parada cercana a su trabajo, pensando: ¡Qué asco de tráfico! ¿Cuándo podré llegar con más tiempo a la oficina, y así dar un pequeño paseo relajado?

Ella llegaba a las ocho en punto a la traductora, saludaba a todo el mundo que se encontraba por el camino. Magda pensaba fríamente: ¡Parezco una imbécil saludando a todo el mundo! ¡Si mis compañeros son muy raros!, solo quieren sacarme toda mi información personal, pero ellos no cuentan nada de sus vidas. A Magda no le importaba la vida de los demás, solo querían que sus compañeros fueran normales y amables. Pero ellos no eran muy normales, escondían algo raro, que olía bastante mal.

El primer día de esa semana Cristina llegó antes que la joven a la oficina, pero se quedó fuera de la misma, porque tenía que hablar con otra compañera de un asunto. Cuando ella volvió, preguntó a la joven como llevaba los textos. Y esta le dijo: — ¡Voy muy lenta!

Entonces ella le contestó con desprecio: — ¡Pues aligera!, que hay prisa por publicarlos.

Magda no replicó a su jefa, pero se agobió un poco, ya que ella hacía lo que podía, aunque no hacía milagros. Ella juraría que en su currículum vitae no había contado que era una máquina traduciendo textos, y tampoco se lo había comentado al jefe de recursos humanos, para impresionarlo.

La joven finalmente explicó a su superiora que intentaría terminar el primer texto traducido dentro de cinco semanas, que luego empezaría el siguiente y así.

Cuando su jefa le gritaba, a ella se le ponían los pelos de punta, y pensaba: ¿Pero ella no se ha enterado todavía que no soy tan rápida? Si ella fuera buena persona, me echaría una mano, pero siempre estoy sola trabajando en la oficina, mientras ella va a hacer sus visitas rutinarias a los despachos de sus compañeras. Si ella está en la oficina, solo se dedica a revisar sus correos electrónicos o lo que le interesa por internet. Cuando mi jefa se aburre, me hace parar de trabajar, para preguntarme por mis asuntos personales, que no le importan a nadie. ¡Si me dejará trabajar, vería como si terminaba corriendo los textos!

La semana transcurría rápida entre ir y volver del trabajo, entre el trabajo excesivo que había en

la oficina, y entre las prisas y los desplantes que Cristina hacía a Magda.

Los compañeros de trabajo de la becaria trajeron a sus hijos pequeños varios días de esa semana a la traductora, y los pasearon por los dos pasillos, para que cualquiera que los viera, le entraran ganas de ser madre.

En esos días a Magda le entró curiosidad por saber cómo era el noviazgo, porque siempre lo había visto desde fuera. A ella nunca le había cuajado ninguna relación, porque los individuos masculinos que había conocido no estaban enamorados de ella. Ellos disfrutaban más humillándola, exigiéndole muchos esfuerzos físicos y estéticos, que ella no podía o no le daba la gana cumplir. ¡Es que casi todos los tíos que había tratado eran muy superficiales! Pero ella no era tonta, no se le ocurrió preguntárselo a nadie de allí, porque se podían reír de ella.

El viernes de esa semana una de las compañeras de la empresa contó a todas sus compañeras, que le quedaba solo una semana para su boda, y que estaba muy nerviosa con los últimos preparativos de la misma. Otra compañera anunció a todos que se había quedado embarazada de su marido, y que ya estaba de tres meses.

A las tres de la tarde del viernes Magda recogió sus cosas de la oficina, salió de la empresa, y fue corriendo a la parada del autobús, para coger el transporte público. En el autobús Mercedes, la amiga de su tía, le preguntó una y otra vez si no le parecían guapos los obreros de la fábrica, y sobre todo los jóvenes. Magda miró el personal masculino que había en ese lugar, y pensó seriamente: ¡Mejor me callo!, porque como hable, esta me va a decir que yo tengo muchos humos y otras barbaridades.

Mercedes se dio cuenta que la muchacha no reaccionaba antes sus llamadas de atención de tipo sexual, pero le siguió hablando para llevar la iniciativa en la conversación, porque la chica no tenía ningún tipo de interés en los hombres que veía.

Magda ante los pinchazos de su compañera de autobús pensó: ¿Qué quiere esta señora de mí?

El autobús llegó a la parada de Magda, y ella se bajó, despidiéndose de todas las personas que conocía de vista:

— ¡Hasta el lunes! ¡Qué paséis una buena tarde! La chica se fue a su domicilio, pensando solo en la comida que su madre le tendría preparada para el almuerzo, en hacer sus cosas, en dar una vuelta con su madre y en acostarse pronto.

Esa tarde del viernes su madre dio a la muchacha una sorpresa. Sofía le había comprado a su hija unos candados para la maleta, para que ella no se agobiara más con las manos largas de los compañeros de su oficina.

A las seis de la tarde de ese viernes Cristina y María volvieron de nuevo a la casa de Fernando, para contarle como Magdalena se había comportado esa semana en la oficina, y sobre todo al ver a los niños pequeños de sus compañeros. Ellas le relataron también que se lo estaban pasando muy bien, agobiando a la niñata con el excesivo trabajo que le habían adjudicado.

Él indicó a sus amigas, que debían lograr que Magda se sintiera mal en el trabajo, para que lo abandonara antes de terminar la beca de formación, y si podía ser antes del año.

Antes que las dos traductoras se marcharán de la casa de Fernando, él les dio a sus amigas las instrucciones precisas, para seguir pinchando a la joven, para que ella desease lo que no tenía: un trabajo sin importancia, un novio, concretamente Fernando, que en poco tiempo se convertiría en su marido, y finalmente un par de hijos de este.

3ª Semana de la beca

Magda seguía acostándose temprano y levantándose más temprano todavía, seguía corriendo todos los días, para coger el autobús de la línea treinta y tres, y seguía tratando a los mismos

compañeros de viaje, es decir, a los obreros de la fábrica y a la ansiosa de Mercedes. Ella seguía sin entender las insinuaciones de esa mujer madura, si le gustaban tanto los chicos jóvenes. ¿Por qué esa no pedía salir a alguno de ellos o a varios a la vez? A lo mejor Mercedes tenía suerte, alguno de ellos picaba y saldría con ella.

Magda miraba a los obreros de la fábrica con desgana, si los chicos jóvenes que tenían estudios creían que lo sabían todo. ¿Cómo serían esos que no tenían estudios? A lo mejor ellos se creían superiores, porque estaban trabajando desde los dieciocho años o antes, la vida les habría curtido y sabrían todos los trucos para seducir a las mujeres. ¡Serían insufribles! A ella no les interesaban esos ni físicamente y menos intelectualmente. Ella sabía que le podía darles tres mil vueltas por su curiosidad y sus estudios. Los hombres fueran tontos o listos, con estudios o sin ellos, no les gustaba que una mujer les diese un repaso intelectualmente hablando. Si eso pasaba, a ellos les podía sentar mal, muy mal, y ella no quería acabar cobrando, y precisamente un sueldo no iba a cobrar de ninguno de ellos.

En la oficina las cosas seguían como siempre. Bueno Magda terminó de traducir el texto en inglés, y se lo pasó en un documento adjunto por correo electrónico a su jefa, para que esta se lo revisara. Ahora ella tenía que traducir el texto en italiano. Ella le aseguró a Cristina que ese idioma se le daba mejor, que lo terminaría mucho antes.

Su jefa le aclaró a ella que no debía confiarse, porque el texto era muy difícil. Y si el anterior texto estaba mal traducido, Magda lo tendría que rehacer de nuevo.

Esos días todos los compañeros de la oficina preguntaron a su becaria favorita que edad tenía. Ella se lo contó sin problema. Ellos se asustaron al saberla, y le dijeron que se tenía que buscar un novio ya, porque se le estaba pasando el arroz.

Magda les contestó a esos, que eso no era asunto suyo y que no se metieran más en su vida privada.

Los hijos pequeños de sus compañeros siguieron viniendo de visita a la traductora, a Magda le ponía muy nerviosa oír sus balbuceos y sus lloros por los pasillos. Ella a veces los intentaba coger en brazos para consolarlos, pero sus padres se los llevaban corriendo. Ella pensaba que sus compañeros eran muy crueles con sus hijos, porque los exponían a extraños, y encima no dejaban trabajar a los demás.

La compañera que se casaba esa semana. ¡Vamos el sábado siguiente!, se puso a relatar a todos con todo lujo de detalles los últimos preparativos de su boda. Cuando eso ocurrió, Magda se fue de la oficina, y no porque a ella le apenará no encontrarse en la misma situación, sino porque le estresaban los preparativos de las bodas ajenas. Ella pensó: ¿Hay qué ver lo que la gente se complica con esas ceremonias? Si dos personas se casan por la iglesia católica o en el juzgado o en otro lado, a ninguno de los contrayentes les garantiza que puedan ser felices para siempre, y que su unión vaya a durar hasta la muerte ¡Todo ese rito es una convención! La vida puede cambiar en cualquier momento. Una pareja se puede romper, si una tercera persona se mete por medio, así se puede destruir esa unión tan maravillosa e idílica, e incluso los esposos solos se pueden arrepentir de haber cometido ese error con el tiempo.

4ª Semana de la beca

Magda se seguía acostando temprano y levantándose más temprano, por eso cada vez estaba más cansada, parecía que cargaba una losa en sus hombros. El autobús ella lo cogía siempre por los pelos, y Magda pensaba: ¡Un día de estos lo voy a perder, y voy a llegar tarde al trabajo! Bueno no era como perder el tren, podía coger el siguiente autobús que viniera a la parada. ¡Llegaría

diez o quince minutos más tarde a la oficina!, pero no perdería el dinero del billete. ¿Pero qué le diría a mi jefa? ¿Qué pasaría con ella? ¿Le daría otro motivo para gritarme!

Mercedes, la amiga de Susana, seguía pinchándola con sus indirectas, los compañeros de la fábrica de manufacturas metálicas seguían haciendo ruido y seguían igual de revoltosos, los hombres más maduros seguían leyendo sus libros sin molestar a nadie en el autobús.

Esa semana los obreros de la fábrica se dirigieron a ella con sus bromas. Ella les siguió la corriente, pero enseguida se quedó callada. ¡Es que ellos no podían hablar nunca de los mismos temas! Bueno los obreros podían hablar del tiempo y del fútbol, de política, no, eso era muy complicado para ellos. Era primavera y se notaba, porque la gente en general estaba muy revolucionada.

En la oficina hubo novedades. Cristina, la jefa de Magda, había sido invitada a la boda de su compañera de la traductora, por eso ella trajo y enseñó las fotografías que hizo en la misma. La becaria cada vez que escuchaba a su jefa y a las demás compañeras hablando de la boda, le daban ganas de estrangularlas a todas. ¡Qué pesadas eran las pobres! ¡Qué daño les habían hecho los cuentos de princesas y de hadas! ¡Es que no había temas más interesantes de los que hablar! Sus compañeras le entretuvieron varias veces mientras ella estaba trabajando, diciéndole: — ¿Magda quieres ver las fotografías de la boda de Carmen? Y la becaria tenía que dejar de trabajar, se levantaba por educación de su asiento, para ver las dichosas fotografías. ¡El esfuerzo que había que hacer para llevarse bien con las pobres ilusas!

Magda seguía desayunando sola todas las mañanas, muy a gusto por cierto, dando un paseo por la calle, mientras tomaba el sol, Cuando ella terminaba, subía al edificio y a su planta, para lavarse los dientes en el servicio. Si Magda tardaba mucho en el mismo, su jefa se enfadaba con ella, y empezaba a hacer conjeturas de lo que estaba haciendo allí.

La chica para no tener problemas con su jefa, empezó disculparse y a dar razones lógicas de su tardanza: — ¡Es que bebo mucha agua! ¡Es que se me pican los dientes, si no me los lavo! Su jefa y sus otras compañeras le hacían un control diario cuando iba al servicio, porque Magda estaba más tiempo de la cuenta allí. Incluso la recepcionista de la empresa llegó a contabilizar el tiempo que la joven estaba en el aseo. Luego todas sus compañeras se lo echaban en cara, mientras ella trabajaba en el despacho.

5ª Semana de la beca

La vida seguía igual de aburrida para Magda, procuraba acostarse temprano para levantarse temprano, pero le faltaban horas de sueño, para descansar, por eso ella cada vez tenía más sueño atrasado.

Los obreros jóvenes de la fábrica estaban cada vez más pesados con la muchacha en el autobús, se pasaban todo el tiempo metiéndose con ella, pero ella procuraba no echarles cuenta. Ellos le dijeron que tenían un candidato idóneo, para que se convirtiera en su novio. Lo curioso del asunto era que ella tenía que acosarlo, por eso se hizo la sorda y la ciega. El individuo que sus conocidos le habían asignado era un crío de unos veinticinco años, que no sabía que tenía que conocerla y tampoco que tenía que tener algo con ella. El jovencuelo iba a lo suyo. Mercedes también animaba a Magda con estas palabras: — ¡Niña! ¡Aprovecha y lígate a ese muchacho!

Cuando Magda escuchó los comentarios de todos, pensó: ¡Eh! ¡Es a mí! ¡Qué me dejen en paz! Además sus compañeras de la oficina ya le tenían muy mareada con los compromisos, las bodas, los embarazos y los niños.

En la oficina a Magda le seguían vigilando el tiempo que estaba en el servicio y cuando hablaba con algún hombre de la empresa o de fuera, para ver si ella intimaba o no con el afortunado en

cuestión. Sus compañeros estaban pendientes si ella tenía algún tipo de predilección por algún compañero varón determinado de la oficina, y si ella se llevaba mucho tiempo en su despacho. ¡Algo absurdo!, porque Magda era muy correcta y discreta con todos, ella solo iba a trabajar y nada más.

Las rencillas y malos entendidos con Cristina continuaban en su oficina, Magda ya pasaba de discutir con su jefa, porque al final nadie le defendía, era mejor callarse y aguantar la situación. Magda terminó de traducir el texto en italiano y se lo pasó a su jefa, para que esta se lo corrigiera.

Esa semana la becaria cobró su primer sueldo, aunque este era pequeño, no estaba del todo mal. Después de pagar los gastos corrientes del mes, la tarde de viernes ella y su madre se marcharon de compras al centro. ¡Qué sensación más agradable!

Ella no se compró mucha ropa, pero nada más que visitar las tiendas y probarse alguna ropa nueva, le hizo sentirse muy bien. Después ella volvió cargada con algunas bolsas a su casa, que contenían sus nuevas adquisiciones, luego pensó contenta cuando se las iba a poner.

El fin de semana ella lo aprovechó para recuperar las horas de sueño perdidas.

6ª Semana de la beca

Magda continuó con su vida aburrida, acostándose pronto y levantándose más pronto, cogiendo el autobús, y aguantando a los niños de la fábrica y a Mercedes en ese lugar. Los primeros seguían presionándola para que acosara a su compañero, porque según ellos si ella no lo hacía, nunca iba a conseguir un novio. El muchacho que ella debía acosar seguía ajeno a todo.

La compañera que se había casado hacía dos semanas, volvió con su nuevo marido de su luna de miel a la ciudad y después al trabajo. Cuando esa aterrizó en la oficina, se llevó toda la mañana de su primer día de trabajo enseñando las fotografías del viaje de bodas. ¡Qué pesadilla más horrible estaba viviendo la pobre becaria en la oficina! En esos instantes Magda prefería salir a tomar el aire al pasillo, para que no le vieran resoplar al escucharlas, ella no podía soportar a sus compañeras, porque todo lo almibaraban. ¡Es que las pobres eran muy pesadas con las bodas y las lunas de mieles!

Un día de esa semana la jefa de Magda, que era unos años mayor que ella, que había estudiado más o menos lo mismo que ella, estuvo muy habladora con su ayudante. Cristina empezó a contar a Magda un relato maravilloso sobre su vida y para finalizar su relato sensacional, ella le relató a su subalterna que tenía un novio ideal, que le trataba muy bien, que le hacía unos regalos muy caros, comprados en París o en algunas tiendas exclusivas de la ciudad, cuando era su santo, su cumpleaños, en el día de san Valentín y en las Navidades. Ella decía que su amor tenía el cabello pelirrojo, era muy alto y muy delgado.

¡Vamos con lo morena, gorda y ancha que era su jefa, los dos hacían una pareja muy pintoresca!

Su jefa siguió relatando a su becaria favorita que iba a varios restaurantes caros frecuentemente, que aparecían en las revistas de moda, invitada por amigos suyos. Le contó que si ella celebraba su cumpleaños en su casa, venían treinta amigos a la celebración. Ella sabía cocinar y era una excelente repostera, por eso hacía la cena y el postre para todos. ¡Y si algunos de sus amigos estaban enfadados! ¡Gracias a ella todos hacían las paces y volvían otra vez a hacer amigos! ¡Vamos que lo que se contaba en los cuentos de “Las mil y una noches” se quedaba corto, para la fastuosidad y la grandiosidad que rodeaba la vida de su jefa!

La chica escuchó atenta el relato de Cristina, y alucinó con la gran capacidad de inventiva que esta tenía. ¿Pero si a ella le trataba fatal? Ella no veía a su jefa una mujer generosa, para hacer esos dispendios y esas cosas tan maravillosas que le había contado.

En ese momento Magda se arrepintió de haber contado a Cristina, la relación tan especial que

había tenido con sus antiguos compañeros mayores de la facultad y con sus amigos del taller de teatro. Ella tenía que haberse dado cuenta, que su jefa era una envidiosa, que se moría de la envidia.

Esa era la semana de la Semana Santa, se trabajaba solo tres días de la misma. El miércoles antes que todos se fueran de vacaciones, las compañeras de Magda vinieron de visita al despacho de Cristina y de Magda. Cuando ellas entraron, todas explicaron al resto de sus compañeras a donde se iban a ir de vacaciones.

Cuando a Cristina le tocó el turno, comentó a todas que los cuatro días de vacaciones se iba a ir a descansar a la costa del sol, concretamente a un hotel.

Cuando a Magda le llegó el turno de respuesta, se hizo un silencio sepulcral en el lugar. Y la joven contestó con su desparpajo habitual: — ¡Yo no me voy a ningún lado! ¡Ya no me queda dinero del sueldo del mes! Además estoy agotada de tanto viajecito en el autobús.

Las compañeras de Magda se quedaron calladas y a cuadros por la contestación que la muchacha les dio. Todas pensaban que ella era muy joven, para encerrarse los días festivos en su piso. Así Fernando no podría llegar a nada con ella.

Esa misma tarde Cristina llamó al móvil de Fernando. Él ya tenía las maletas preparadas en un rincón de su casa, para irse de vacaciones, para buscar a Magda donde se fuera de vacaciones.

Ese al enterarse de la contestación que esperaba, se quedó helado, parecía que alguien conocía su plan, para convencer a Magda que se casará enseguida con él. Y alguien se lo estaba chafando a cada paso que daba. Él cada vez odiaba más a Sofía, la madre de Magda, si esa mujer parecía inofensiva y tonta. Su antigua compañera también era tonta. Entonces porque él no lograba convencerla y hacer su santa voluntad. Eso era lo que se esperaba de las mujeres, que se casarán con cualquier hombre. Magda no cedía, ni se dejaba llevar.

7ª Semana de la beca

Magda había descansado los cuatro días de las vacaciones de Semana Santa, por eso se encontraba mejor de ánimo para encarar la nueva semana que empezaba. Pero ella estaba harta de su trabajo y de la gente que trataba en el autobús. Por eso le dieron ganas de quedarse dormida en su cama y pedir a su madre que dijera por teléfono a su jefa, qué estaba enferma, para no coger el autobús, que cogía todos los días, y no aparecer durante una temporada larga por el trabajo.

La becaria era muy nerviosa, no soportaba los numeritos estelares que los obreros de la fábrica hacían en el autobús. Esos no le dejaban leer tranquila un libro en el camino de ida y vuelta a su trabajo. En la oficina sus compañeras le seguían haciendo muchas preguntas indiscretas sobre su vida, le seguían controlando el tiempo que ella pasaba en el servicio. Ahora sus compañeros no le podían registrar su maleta, por los candados que ella había puesto. ¡Además ella se llevaba la maleta hasta el servicio! Cuando ella hacía eso último, sus compañeros le preguntaban que tenía dentro. ¡Qué pesados eran los pobres! Sus vidas parecían ser muy aburridas y patéticas, cuando ellos se preocupaban tanto por ella y por sus cosas.

Magda seguía desayunando sola todos los días. Pero ella tampoco podía desayunar con sus compañeras, y menos buscarlas en el bar, donde se encontrasen desayunando, porque el nombre del mismo sus compañeras lo decían en clave en la oficina, por ejemplo el bar la cata, era el bar “la Constancia”, o si no ellas llamaban el bar con el nombre o el apodo del dueño del establecimiento si lo conocían personalmente, para que a la chica no se le ocurriese presentarse en el lugar, para tomarse algo caliente con ellas, y así les cortase el hilo del chisme.

Sí, porque las mujeres de la traductora sonsacaban a su becaria favorita todas las mañanas temprano, preguntándole lo que pensaba de lo que fuera y también de su vida. Así ellas tenían

varios temas de conversación en el desayuno. Después ellas actuaban contra su becaria, y le machacaban a lo largo del día, de la semana y del mes.

Un día Magda conoció a una chica joven muy amable en la parada del autobús, que por casualidad trabajaba de secretaria en su mismo edificio, pero en otra planta. Y ella creyó que podía convertirla en su amiga.

8ª Semana de la beca

Magda se levantaba todos los días como podía de la cama, y se animaba a sí misma diciéndose: — ¡Ya me queda menos del año de beca! ¡Tengo que aguantar! ¡Necesito la experiencia y el dinero!

Cuando ella subía al autobús, saludaba a todos, se sentaba en un asiento y procuraba ponerse a leer el libro, que guardaba en su mochila. Ella era la chica más desagradable que había en ese medio de transporte, para que los obreros de la fábrica le dejarán en paz.

Cuando ella llegaba finalmente a la traductora, saludaba a todo el mundo, y procuraba ponerse a trabajar enseguida para ignorar a todas sus compañeras. Ella no quería contestar más preguntas insidiosas de nadie, solo quería trabajar y trabajar, para que el tiempo se le pasará volando, después podría irse a su casa.

Esa semana sus compañeras empezaron a hablar de la depilación de las piernas en la oficina, porque ya se acercaba el verano y había que estar preparada para ponerse las faldas, lucir las piernas e ir a la playa. Ellas decían a Magda que se tenía que hacer la depilación láser en las piernas y después depilarse las cejas, porque las tenía muy pobladas, para el gusto de sus compañeros y compañeras de la traductora. El exceso de vello de Magda era un tema de vital importancia allí, el trabajo atrasado en la oficina, no. Las conversaciones sobre el presupuesto de una depilación láser era un tema importantísimo, salía colación en cualquier momento del día en la oficina. ¡Qué cansinas y machistas eran las pobres! Magda se escandalizaba y ponía el grito en el cielo, pero en silencio, y pensaba: ¡Por Dios! ¡La mayoría somos licenciadas y tenemos hecho algún máster! Aquí solo se habla de maquillaje de tal o cual marca, de trapos y de tiendas, etcétera. De libros, de exposiciones y de trabajo no se habla nada. ¡Vaya panda de marujas tengo que aguantar!

Magda acababa siempre muy mareada de las conversaciones vacías de sus compañeras, deseando llegar a su casa, para hablar con su madre de algo más interesante.

Ya en su casa, Sofía le decía a su hija, que no echará cuenta de sus compañeras de trabajo. Magda hablaba con su madre de sus compañeras de trabajo, y Sofía opinaba que sus vidas estaban muy vacías, parecía que sus maridos solo las querían como mujeres floreros, que no las amaban, porque ella no entendía lo superficiales que eran las pobres y las ganas que tenían de molestar a su hija.

9ª Semana de la beca

Magda seguía aguantando los madrugones y seguía corriendo, para coger el autobús que le llevaba hasta su trabajo. Ella subía al transporte público, pagaba el billete y se sentaba con su libro para leerlo, pero no estaba tranquila, porque los otros usuarios del autobús solían hacer mucho ruido.

Magda pensó en varias ocasiones: Si el conductor los echará sería maravilloso, pero ese señor no decía nada, por eso la joven tenía que aguantarse. Cuando ella se levantaba del asiento para bajarse en su parada, siempre pasaba lo mismo. Carmen, la chica que trabajaba en su mismo edificio, le saludaba y le preguntaba: — ¿Cómo te va el trabajo? ¿Y con tus compañeras? Un día

de esa semana esa chica tan amable le preguntó a ella: — ¿Has pensado quitarle el novio a alguna de tus amigas? ¿Y lo has intentado alguna vez?

Cuando Magda escuchó semejante barbaridad, pensó: ¿Si ella parecía una buena chica?, pero veo que es una cotilla. La última pregunta a ella le dejó un poco descolocada, y sin saber qué pensar.

La becaria tenía una compañera muy curiosa en la editorial, que era secretaria del jefe de recursos humanos, y se llamaba Inmaculada. Esta era muy simpática con todos, salía muchas veces a desayunar con Cristina, la jefa de Magda. Estas dos mujeres eran uña y carne. Inma siempre que podía estaba en el despacho de Cristina, hablando con ella, y se paseaba como una modelo por el pasillo, con el modelito que se hubiera puesto en el día, aunque ella juraba que se ponía lo primero que veía en su armario. Al principio esa compañera le cayó muy bien a Magda. Pero con el tiempo ella tuvo que cambiar de opinión, porque se dio cuenta que Inmaculada tenía muy mala idea. ¡Es que ella ponía a todo el mundo que trataba muy buena cara, pero después los despellejaba vivos por detrás! Y la joven no pensaba así porque Inma siempre le daba la razón a su jefa, sino porque también intentaba fastidiarle continuamente, y dejarla en ridículo en cualquier ocasión.

Esa semana Cristina anunció a Magda que debía repetir la traducción que había hecho del texto en inglés, porque estaba mal hecha. Ella tuvo que dejar el texto en alemán, que tenía medio empezado, y guardarlo en un cajón. Y encima su jefa le dijo que ese texto corregido, tenía que dárselo pronto.

Ante ese hecho Magda se calló y pensó: ¿Pero a ti qué no te corre prisa? Ver en internet las páginas web del futuro coche que te vas a comprar dentro de poco tiempo, contestar los correos electrónicos que tus amigas te han mandado, charlar y hacer vida social con las compañeras que vienen al despacho a contarte sus cosas. Además su jefa había empezado hacía quince días un nuevo régimen, para adelgazar y no paraba de hablar del mismo.

Magda miraba de forma fría a su jefa, que era ancha y corpulenta como un luchador de sumo japonés. Ella creía que aunque su jefa adelgazará unos cuantos kilos, no se podría quitar nunca esas hechuras de hombre, porque tenía una construcción ósea muy ancha y hacía muy poco ejercicio. Cristina estaba todo el día sentada en su silla, muy cómoda y sin ganas de trabajar.

Esa semana Magda volvió a cobrar el sueldo del mes. La joven pensó fríamente que era irrisorio para lo que trabajaba y aguantaba. Ella estaba haciendo el tonto allí, pero tenía que seguir aguantando.

10ª Semana de la beca

Esa semana fue especialmente estresante para la muchacha. Los obreros de la fábrica que seguían viajando en el autobús, intentaron encasquetarle a la fuerza un segundo pretendiente. Este era otro niñato despistado de unos veinte y tantos años, que no sabía que tenía tratarla y menos salir con ella. Incluso sus compañeros de viaje obligaron a ese joven a sentarse junto ella. Y después ella se suponía, que tenía que atacar o seducir a ese desconocido.

Ella no hizo nada de lo que le obligaban a hacer, y se enfadó mucho con sus compañeros de viaje, porque le desagradaba los individuos que le adjudicaban. Su opinión parecía que no le importaba a nadie. ¡Es que Magda tenía más de treinta años! y le daba ya igual conseguir un novio o un marido.

Ella estaba deseando llegar a su trabajo temprano, para que no le riñeran y que el tiempo trascurriera rápido allí. A las tres de la tarde ella estaba deseando llegar a su casa, para comer y descansar junto a su progenitora.

Un día de esa semana Inmaculada, la secretaria del jefe de recursos humanos, le enseñó a Magda las fotografías de sus tres niños en su oficina, porque le apetecía mostrárselas. Ella había tenido dos niños y una niña muy lindos, y también le enseñó una fotografía de su marido. Magda no le había pedido nada, pero su compañera hacía cualquier cosa para no trabajar, perder el tiempo, darse un paseo por la empresa y hacer vida social con sus compañeros. Inma contó a la muchacha en confianza que solo quería tener un hijo, porque el cuerpo de la mujer se estropeaba mucho, pero su marido le convenció y obligó que tuviera a sus tres hijos.

En esos instantes Magda se dio cuenta que Inmaculada no paraba de tocarse el cuerpo constantemente con la mano, de arriba a abajo, para ver si todo estaba en su sitio, porque tenía un tic nervioso. Después Inmaculada explicó a la muchacha que para recuperarse de los tres partos, tuvo que apuntarse al gimnasio y ahí seguía, porque había que contentar a los hombres y estar siempre estupenda, para que esos no les dejarán por otra.

Magda se apenó de su compañera, ella le estaba admitiendo que los hombres no querían a las mujeres normales, que solo querían tener mujeres floreros, para lucirlas al salir a la calle o que ellos las sacaban como a los perros. Porque la idea común era que las mujeres debían pertenecer a los hombres. Magda cada vez estaba más triste con sus compañeras, porque ellas eran unas pobres mujeres en manos de sus maridos-dueños, esos las manipulaban a su antojo y no las querían. Pero ella también notó, que si les mencionaba a sus compañeras que no tenían que aguantar ese trato tan machista de sus maridos, se enfadaban mucho con ella. Por eso la joven optó por escucharlas y guardarse sus opiniones para ella misma, para no tener una agresión futura.

11ª Semana de la beca

Magda se levantaba todos los días y no sabía porque lo hacía, porque no le compensaba ni el esfuerzo ni el trabajo que hacía. Ella estaba sufriendo una situación muy estresante en el medio de transporte que le llevaba y traía del trabajo y también en la oficina.

Carmen seguía buscando a Magda en el autobús. Ella se ponía continuamente a su lado, para hablarle de su novio, y le volvió a preguntar por qué ella se enamoró de un hombre comprometido y casado con otra.

Magda estaba cansada de escuchar a esa imbécil, por eso un día le contestó: — ¿Quién te ha dicho eso? ¡Si estoy sola! ¡Además nunca me ha gustado el novio ni el marido de nadie! Magda se dio cuenta que Carmen podía ser amiga de Mónica, su querida compañera del taller de teatro, ya que continuaba con la misma cantinela, que esa le cantaba todos los días en el taller de teatro. ¿Cuándo Mónica le iba a dejar en paz? ¿Cómo se había enterado que ella iba en ese autobús?, ¿Y qué estaba trabajando en ese mismo edificio?, ¡Si ella llevaba varios años sin verla! ¿Y tampoco mantenía algún tipo de contacto con su marido y menos con sus amigas?

Los obreros de la fábrica que venían en el autobús, no consiguieron obligar a la becaria, que aceptará a su compañero como novio, por eso pidieron a una de sus compañeras de la fábrica, que preguntará a la joven, porque no le gustaban los hombres que ellos les ponían a su lado.

La becaria escuchó la pregunta de la obrera, y alucinó. ¡Qué les importaba a ellos eso!, era un asunto personal. Magda no le importó hablar con esa compañera de viaje, necesitaba tener allí una amiga que fuera normal. Ella le comentó a su compañera de trayecto, que sufría mucho estrés en su trabajo, por eso quería estar tranquila en el autobús, sino era mucha molestia para todos ellos. Después ella le comentó a la obrera que no quería tener novio, que lo había pasado muy mal con los individuos del sexo masculino.

En la oficina Cristina y el resto de sus compañeros de trabajo dijeron a la becaria, que tenía que cambiar su forma de vestir y su forma de peinarse, porque iba muy antigua. ¡Vamos ni que ellos

fueran estilistas o expertos en moda! ¡Con lo antiguos que la mayoría eran vistiéndolo! Sobre todo ella debía desterrar los chalecos de cuello vuelto que se ponía en otoño, en invierno y en primavera encima de su cuerpo. También debía librarse de los pañuelos que llevaba atados en el cuello y de los pantalones vaqueros o de pana que solía llevar puestos en sus piernas.

Ellos aconsejaron a su compañera que se debía maquillar mucho, que debía ir a la peluquería, para hacerse un corte de pelo más favorecedor y moderno, y que debía ponerse de vez en cuando algún vestido, alguna falda con su blusa a juego, aunque esa vestimenta fuera muy incómoda de llevar para trabajar en una oficina. Magda pensó fríamente: ¿Y todo eso me lo tengo que pagar yo, con el sueldo tan ridículo que me pagan en esta empresa? Ella debía convertirse en una mujer florero, para dar gusto a la sociedad y a sus compañeros de trabajo.

12ª Semana de la beca

Magda iba un poco más tranquila en el autobús, había conseguido por fin una amiga entre los obreros que iban a la fábrica a trabajar, y esos le dejaron tranquila. La obrera era una chica muy agradable y normal, se podía hablar con ella, además no era tan superficial como sus compañeras de trabajo o como Carmen, la amiga de Mónica.

En esos días Carmen aconsejó a la becaria: — ¡Debes maquillarte más, porque vas muy pálida! Magda le escuchó con tranquilidad, pero como no pensaba echarle cuenta, le dijo a esta que sí con la cabeza.

En la oficina Cristina se atrevió a preguntar más información personal de su ayudante, que la muchacha consideraba que no debía saber nadie. Entonces Magda se quejó, contestándole: — ¡Usted es muy pesada! ¡Déjeme paz!

Acto seguido la superiora amenazó a la joven diciéndole: — Por contestarme mal, le voy a decir al jefe de recursos humanos, que me has insultado—, y le voy a pedir que te eche de la empresa.

Magda ante la amenaza de su jefa, se asustó mucho, y creyó que se iba a quedar sin trabajo.

Pero su jefa no siguió adelante con la amenaza. Cristina consideraba que su subordinada era una esclava, que le iba a sacar adelante el trabajo, que ella no había hecho en muchos años. Ella solo quería que Magda le tuviese miedo, así ella disfrutaba más de su poder.

Un día, a las tres y cinco de la tarde pasó una cosa muy curiosa, el famoso novio de su jefa vino a recogerla cuando ella salía del edificio. Ese día Sofía también vino a recoger a su hija a la puerta del edificio. Madre e hija vieron a Cristina que bajaba a la calle y que besaba a su novio, después la pareja subió a un coche. Madre e hija se fijaron atentamente en la pareja.

El famoso novio no tenía el cabello pelirrojo, como Cristina presumía. Él tenía el pelo más negro que el carbón. ¡Qué mentirosa era su jefa! Sofía y su hija se quedaron con la boca abierta, y Magda exclamó: — ¡Entonces mi jefa se ha dedicado a mentirme mientras trabajo! Menos mal que ellas los vieron de lejos, sino Cristina y su novio se habrían enterado. Y Cristina habría tomado las represalias que hubiera considerado oportunas contra su becaria favorita.

13ª Semana de la beca

Magda se seguía levantando temprano, de lunes a viernes. En el autobús ella ahora podía hablar con la obrera de la fábrica y con los obreros mayores, que eran muy agradables, porque te escuchaban cuando les comentabas cualquier cosa. Los otros funcionarios que iban también en el autobús, seguían sin mirarla y sin saludarla, se creían seres superiores. Si ellos finalmente se dignaban a dirigirse a ti y te hablaban, eran muy soberbios. Algunos saludaban o sonreían, pero ellos nunca tenían contigo una conversación breve. Ellos consideraban que la muchacha nunca estaría a su mismo nivel social o profesional.

La becaria sabiendo lo mentirosa que era su jefa, pensó en todas las falacias que ella le podría

haber contado en la oficina, por eso decidió que comprobaría todo lo que le había dicho antes y lo que le contará en un futuro. Magda pensó: Pueden ser muchas mentiras. Bueno voy a revisar algunas cosas que me haya dicho. La joven pidió a su madre que le acompañará a dar un paseo por su ciudad, para investigar la calle exacta, donde Cristina decía que había un restaurante muy famoso y exclusivo, que tenía concedida una estrella Michelin, donde ella había sido invitada por sus amigos. ¿Cuál fue su sorpresa?, que en esa calle concreta de su ciudad no había un restaurante, ni tampoco un bar, solo era una calle normal con varias tiendas. ¡El restaurante famoso no existía! ¡Ella se lo había inventado sobre la marcha, para presumir! Magda había constatado que su jefa le tenía envidia a ella, que era una cutre becaria. ¡Qué satisfacción!

En la oficina Magda seguía sumida en un mar de trabajo atrasado, que le dejaba poco tiempo para respirar y para sacar la cabeza de su despacho. Mientras Cristina seguía contándole a Magda su retahíla de mentiras diarias. La joven miraba a su jefa de vez en cuando, y pensaba: Di lo que te dé la gana, que ya no me lo creo.

14ª Semana de la beca

Magda seguía todos los días su particular maratón en casa y después en la calle, para ir corriendo a coger el autobús en la parada cercana a su casa. ¡El conductor del autobús más de una vez le advirtió que debía salir antes de su casa! Aunque este hombre siempre era buena persona, y le abría la puerta del vehículo, para que ella subiera dentro dando un salto. Magda conocía a todos sus compañeros de viaje, los saludaba sin problemas. Aunque los obreros jóvenes de la fábrica le seguían preguntando, si alguno de ellos le parecía guapo.

Mercedes, la funcionaria amiga de Susana, pidió a la obrera que hablaba con Magda diariamente, que le sonsacará un poco. Ella quería saber que pensaba la becaria de su tía Susana, de sus otras tías y del resto de sus familiares, y de paso que le preguntará que iba hacer con su vida, cuando se le acabará la beca.

En la oficina la jefa de Magda no paraba de presumir de todo lo que sabía hacer, de los favores que hacía los demás, porque ella tenía muchos amigos. Magda lo único que hacía era mirarla y decirle a esta como a los locos: — ¡Me alegró por ti! La joven se había dado cuenta que la afición favorita de su jefa era mentir y aparentar lo que no era, para ganarse a la gente.

Su querida jefa no se había enterado todavía, que a ella su madre le había educado muy bien, para que no envidiara nada y menos a nadie, para que se conformara con lo que tenía. Si ella deseaba algo que no tenía, su madre le había dicho siempre, que ella debía luchar para conseguirlo por medios lícitos. La muchacha sabía perfectamente que nadie regalaba nada porque sí, la gente que daba algo a alguien, era porque después buscaba algún tipo de contraprestación o un favor posterior de esa otra persona.

Las compañeras de la oficina seguían viniendo al despacho de Magda y Cristina, para continuar con sus interminables charlas de cosas de mujeres, es decir, para hablar de trapitos, de maquillaje, de joyas y de ese tipo de tonterías. Mientras Magda trabajaba se dedicaba a pensar, ya que nunca solía intervenir en las conversaciones de sus compañeras. ¿Por qué ellas no se daban cuenta que molestaban a los demás con el ruido que hacían hablando? ¿Ellas no tenían trabajo que hacer en sus oficinas? ¿Cuándo ella necesitaba algo de maquillaje o de lo que fuera, se lo comentaba a su madre, o iba a comprarlo sola o con su madre en una tienda! ¡Y ya está!

15ª Semana de la beca

La vida seguía igual de monótona y aburrida para Magda. La relación con sus compañeros de autobús era más cordial y amigable. Los obreros jóvenes de la fábrica le seguían dando la lata,

pero esos días eran más tolerables, porque no le hacían unas bromas tan ofensivas, para como solían ser las que le hacían al principio.

En la oficina ella seguía aguantando los desprecios y los desplantes de su jefa, seguía trabajando como una mula frente a su ordenador, lo que hacía que la joven se equivocará de vez en cuando. Por eso Cristina, su adorada jefa, le chillaba en más de una ocasión diciéndole: — ¿Qué se puede esperar de una inútil? Porque según Cristina, aunque su becaria favorita tenía una licenciatura y un máster en traducción, era una inútil. Y el sueldo que ella ganaba todos los meses, debía devolverlo cada vez que se equivocará.

Magda se sentía muy mal por cometer tantas equivocaciones, pero entendía que su superiora se estaba pasando bastante con sus amenazas. Nadie se merecía que lo tratarán así, y ella se suponía que estaba aprendiendo mientras trabajaba.

El viernes de esa semana el maravilloso nuevo marido de su compañera recién casada, vino a buscar a su esposa en la empresa, Magda lo vio y pensó: ¡Este es el famoso marido de Elisa! ¡Cualquier cosa es un esposo! ¿O mi compañera está ciega o tiene un gusto horroroso?

La becaria tenía muy buen gusto para elegir un hombre y también para elegir la ropa, por eso no dejaba acercarse a cualquiera y no se compraba cualquier cosa en las tiendas. Ella tenía mucho sentido del ridículo, pensaba que había que buscar siempre el punto medio en todas las cosas. Pero ella se daba cuenta que las mujeres, para tener un marido, se iban con cualquiera, con tal de no quedarse soltera y para vestir santos.

Magda no tenía novio, porque siempre había tenido muy mala suerte con los hombres, pero si le hubieran dado la posibilidad de elegir un marido, habría sido un hombre que visitará casi todas las plantas de un centro comercial, es decir, ese debía ser limpio y oler bien sin apestar, debía hacer un poco de ejercicio, debía arreglarse, pero sin ser una mariposa, debía tener unos estudios universitarios, debía tener un trabajo decente, debía leer libros, debía escuchar un poco de música, ya que a Magda no le gustaba los analfabetos funcionales.

16ª Semana de la beca

En la ciudad empezaba a hacer calor, porque era junio, los días cada vez eran más largos. Magda y sus compañeros del autobús empezaban a pensar en las vacaciones y a hablar una y otra vez de las mismas. En realidad ella no decía nada, se callaba la boca. Cuando sus conocidos le preguntaban por ese asunto, ella decía a todo el mundo que su beca duraba un año, y si se tomaba el mes de vacaciones que le correspondía, lo haría al final de la misma, porque si no los meses que le quedaban para terminar la beca le iban a resultar una losa enorme y pesada, porque su trabajo y sus compañeros de la empresa de traducción le tenían exhausta física y emocionalmente.

Carmen, la amiga de Mónica, no dejaba de dar la lata a la joven. Por esas fechas ella le preguntó: — ¿No has pensado en depilarte esas cejas tan enormes que tienes encima de tus ojos? Magda le miraba y le decía que no con la cabeza, y pensó: ¿Ya me va a leer el decálogo estético de mis antiguas amigas del taller de teatro? ¡Dios mío!

En la oficina Magda seguía aburrída de sus compañeras, porque le seguían vigilando cuando hablaba con algún hombre de la traductora o de fuera, por si intimaba o no con ellos, o si tenía algún tipo de predilección por alguno determinado. Magda venía a trabajar y nada más. Además todos sus compañeros de trabajo estaban casados y tenían varios hijos, era una pérdida de tiempo pensar en tener una relación con ellos.

En esos días Cristina estaba de muy mal humor en la oficina, pasaba mucha hambre con el régimen que estaba haciendo. Un día le dio por mirar a Magda fijamente, mientras esta trabajaba, mientras andaba por la oficina o iba al servicio, sin decirle nada. Otro día Cristina paró a su

becaria favorita, y le habló muy amablemente: —Magdalena querida, ¿qué dieta sigues para estar tan delgadita?

Ella no se lo podía creer, su jefa se dirigía a ella con educación y sin gritarle. Magda conociendo el genio y la mala leche que su jefa tenía, pensó unos minutos su respuesta, para que esta no se enfadara. Al final ella le aclaró: —No hago ninguna dieta.

Cristina no creyó lo que estaba escuchando. ¡Eso era imposible! Ella pensó que Magda se estaba riendo de ella en su cara, por eso decidió odiar a su subordinada más, y se le ocurrieron más ideas para hacerle la vida más dura a su becaria favorita en el trabajo.

17ª Semana de la beca

Los días pasaban y el verano llegó a la ciudad con su calor y sus noches cada vez más largas. Por la noche costaba cada vez más trabajo conciliar el sueño y por las mañanas costaba más trabajo levantarse temprano. Magda pensó y se consoló: Bueno, ya solo me quedan treinta y cuatro semanas de trabajo y de suplicio en la oficina.

El lunes de esa semana empezó una rutina en la oficina, que se repetiría todas las semanas hasta el final de la beca, y la haría la misma persona, el mensajero de la empresa. Cuando este hombre dejaba un paquete en la oficina, donde la becaria trabajaba, este le preguntaba a Magda amablemente, que había hecho el pasado fin de semana. En esa primera ocasión la joven fue simpática y le contó todo lo que había hecho. Después ella le preguntó a él con quien había estado los dos días de descanso y como se lo había pasado. El mensajero le contestó: — ¡Tengo prisa!, y luego se marchó de la oficina.

El trabajo que ella tenía que hacer en la traductora, cada vez era más aburrido y repetitivo. Cuando ella podía terminar algo, se sentía feliz. Después su jefa lo revisaba y se lo echaba enseguida para atrás. Cristina decía que ella siempre se equivocaba, pero ella estaba aprendiendo y era humana.

Esa semana hubo otra vez desfiles de niños pequeños de las compañeras y de los compañeros por las dos alas de la planta de la empresa, Cristina continuó chillando a su querida Magda, cuando ambas estaban solas trabajando en la oficina. La pobre becaria pensaba: ¡Un día de estos mí jefa se cansará de gritarme! y no me lo creeré. Pero ella suponía que entonces su jefa habría encontrado otra forma de castigo, para tratarle mal.

18ª Semana de la beca

El mes de junio estaba terminando y empezaba el mes de julio, con sus noches tan horribles de calor, en las que era difícil conciliar el sueño. Magda hacía todo lo posible para acostarse temprano y dormirse por la noche, pero no lo conseguía, daba muchas vueltas en su cama hasta quedarse dormida. Por la mañana ella se levantaba rápidamente, pero era normal que después se quedase dormida o diese más de una cabezada dentro del autobús, por eso los obreros de la fábrica la despertaban con el ruido que hacían. Y luego le decían con guasa: — ¡Qué pasa! ¿La noche anterior nos hemos ido con las amigas por ahí?

La becaria les contestaba molesta: — ¡Sí, claro! ¡Con mis amigas imaginarias! ¿Pero quién podía dormir por la noche con el calor que hacía?

Esos días Magda se enteró que el segundo pretendiente, que los obreros de la fábrica le habían querido meter por los ojos, estaba enamorado de una compañera suya de trabajo, Magda pensó con sorna: ¡Qué pena! ¡Me he quedado sin novio! Ella escuchó a ese chico como confesaba muy ilusionado a otro compañero en el autobús, que se había enamorado de una compañera de trabajo de la fábrica, que había visto vestida solo con las bragas y el sujetador en el vestuario de mujeres. Según él decía: — ¡Su compañera era una diosa!

Ella no entendía la manía que los hombres o más bien los críos tenían de fisgar en los vestuarios de las mujeres, cuando estas se cambiaban de ropa. Si todas las mujeres a pesar de la talla, del peso, de la altura, de su cara, del cabello, etcétera eran iguales, si las mujeres tenían los mismos miembros. Magda creía en su ignorancia, que lo que importaba de una persona era la educación, la bondad, los estudios realizados, las ganas de hacer cosas, para que todo funcionara bien. Pensaba que lo importante era ser buena persona, y que el físico era algo secundario en la vida, igual que el dinero y quedar por encima de todos.

En el dinero solo pensaban con ansias los muertos de hambre, los incultos y la gente sin educación. Y esos por desgracia poblaban el mundo.

El mensajero volvió aparecer por la oficina, y le preguntó a la muchacha por su fin de semana, y ella le dijo: — ¡Estuve en casa sin hacer nada! ¿Y tú? —. Entonces el mensajero se fue sin conseguir ningún tipo de información sobre su fin de semana.

En la oficina algunos hablaban de vez en cuando del trabajo, pero sobre todo ellos hablaban de cuando se iban a coger el permiso estival. Los trabajadores de la traductora soñaban con sus vacaciones de verano. Muchos habían preparado ya sus planes de vacaciones, tenían cogidos los días que se iban a ir, tenían alquiladas sus residencias y reservados o pagados sus hoteles, pero Magda no se había pronunciado todavía al respecto. Por eso algunas compañeras hicieron una visita al despacho de Magda y de Cristina, para preguntar a la becaria por sus vacaciones. Incluso en el servicio sus compañeras le asaltaban con la santa preguntita: — ¿Qué tal Magda? ¿Cuándo te vas a ir de vacaciones? —. Así sus compañeros se llevaron toda la semana, dándole la lata.

Magda pensaba que sus compañeros eran unos pesados, por eso se le ocurrió una idea luminosa, para que todos le dejaran en paz. Ella podía poner una pancarta grande en la oficina, que dijera: ¡No me las voy a tomar ahora!, ¿Os parece bien? Magda tenía la garganta seca de decir a todos que las vacaciones se las tomaría el último mes de la beca, para descansar de verdad de ellos y del trabajo que nunca terminaba, porque ella tenía que estar continuamente repasándolo, porque según su jefa ella no sabía trabajar. Pero su jefa tampoco le enseñaba, prefería estar de charla con sus compañeras traductoras o viendo en internet los correos electrónicos que sus amigos le enviaban, y las páginas web de los productos que le interesaba comprar.

Bueno Cristina a veces trabajaba, sobre todo cuando tenía trabajo propio que entregar en el mes, y se le echaba el tiempo encima.

Como Magda seguía estando delgada sin hacer nada, su jefa y las demás compañeras se enfadaron con ella, porque ella no les contaba la fórmula maravillosa, para estar tan bien.

La joven se sentía abrumada. ¡Qué culpa tenía ella de comer y de hacer todos los días ejercicio, para quemar lo que consumía!

El viernes por la tarde Cristina llamó al móvil de Fernando. Ella le explicó a su amigo que Magda después de ser preguntada sistemáticamente y continuamente por sus compañeros en la oficina, en el servicio y cuando desayunaba en la calle, había dicho a todos: — ¡Qué no se pensaba ir de vacaciones en verano! ¡Se iría más adelante!

Cuando Fernando se enteró de una respuesta tan poco clara, no se quedó conforme. Su amiga debía explicarle exactamente cuándo Magda se pensaba ir de vacaciones, dónde y con quién. Si pudiera ser sola. ¿Si no él no podría conquistarla, y casarse con ella?

19ª Semana de la beca

Magda seguía su vida como siempre, se levantaba temprano para coger su autobús, para llegar al edificio de la traductora y a su despacho, y ponerse a trabajar. Ella no paraba de traducir y escribir hasta las tres de la tarde. ¡Vamos su vida era un completo aburrimiento! La gente que ella

conocía, desaparecía sin dar explicaciones de ningún tipo del autobús donde viajaba y de la traductora donde trabajaba, porque ellos se iban de vacaciones. ¡Era lo normal en esa época! Lo más maravilloso de todo era el silencio que ella disfrutaba en el autobús y en el trabajo. Además habían empezado las rebajas en las tiendas. En esas fechas la becaria se dedicó a realizar uno de sus pasatiempos favoritos, ir de compras.

Los amigos, conocidos y allegados de Fernando informaban a este de los movimientos de la muchacha y de su madre en la ciudad, porque ellos las vigilaban por la calle, cuando ellas paseaban cargadas con sus bolsas llenas de ropa y con otros objetos que habían comprado en las tiendas. Los fisgones decían que Magda y su madre gastaban más dinero de la cuenta en las tiendas de la ciudad.

Fernando estaba muy escandalizado y enfadado con las dos mujeres, por eso soltó un bulo entre sus partidarios: — ¡Las dos mujeres se estaban prostituyendo con gente de dinero en una casa particular!, para que nadie les viera. Y con esa actividad tan lucrativa, ellas se pagaban las cuantiosas compras que hacían en las tiendas de la ciudad, porque dos mujeres que vivían sin la protección de un hombre, no podían tener tanto dinero para gastar. Aunque las dos mujeres tuvieran cada una un trabajo y dos nóminas en el mes de julio. Lo malo del asunto fue que mucha gente de la ciudad, se creyó sin rechistar la burda explicación de ese loco, y todos se escandalizaron con las dos mujeres.

20ª Semana de la beca

Magda cada vez dormía peor. ¡Qué calor más horrible hacía por las noches! Cuando finalmente ella conseguía dormirse lo hacía plácidamente, pero solo unas pocas horas, por eso estaba muy cansada a lo largo del día, pero no tenía pesadillas con el trabajo. Los compañeros del autobús seguían igual de graciosos y sarcásticos con ella. Algunos le saludaban y otros no.

Cuando ella se despertaba y estaba en la oficina, sí que tenía pesadillas con su jefa, porque no se acostumbraba que esa le chillase y amenazase un día sí y otro también.

Cristina se dedicó a tratar a Magda como si fuera una imbécil, se reía de ella sola o con sus compañeras. También se dedicó a vigilarla cuando hablaba con cualquiera por el teléfono fijo de la oficina y por su teléfono móvil. Cuando Magda recibía una llamada por su teléfono móvil, ella tenía que salir fuera de la oficina, para hablar tranquila.

Cuando Sofía llamaba a su hija desde el teléfono fijo de la oficina, después Cristina le comentaba todo lo que había oído en esa conversación. Si no llamaba su progenitora, le preguntaba quién era y porque razón llamaba allí. La joven vivía una situación muy violenta y desagradable con su jefa.

Sus compañeras empezaron a tachar a la becaria de madrera, porque tenía una excelente relación con la misma. Y Cristina afirmó a la muchacha, que su madre era la culpable que ella no viviera ya su propia vida.

21ª Semana de la beca

Magda estaba muy cansada de levantarse temprano y del calor que hacía por las noches, que no le dejaba conciliar el sueño. Por eso se le ocurrió la peregrina idea de pedirse una semana de vacaciones en la oficina, porque ella no podía sostener su cuerpo. Después ella cambió de idea, porque si las noches de calor continuaban, daba igual donde se fuera, que no descansaría en esas mini vacaciones. Ella se resignó, siguió tirando de su cuerpo, el sábado si podía, se quedaría más tiempo durmiendo en su cama.

En la empresa sus compañeros de trabajo trajeron a sus hijos otra vez, y estos volvieron a pasearse por los dos pasillos. Ante los extraños los niños no pararon de llorar y de hacer ruido.

Cuando Magda los escuchaba, se asomaba un momento por su ala y se fijaba en ellos, eran muy lindos, pero en un centro de trabajo no pegaban y molestaban bastante mientras la gente trabajaba.

Esos días Cristina se dedicó a revisar todo el trabajo, que Magda había hecho en la empresa. Ella decía que después de esas revisiones, mejoraba mucho el trabajo de su becaria favorita. Magda se callaba, porque su opinión no contaba mucho en esa oficina, pero pensó: ¿Cuándo mi jefa empezó a trabajar era buena traductora? ¿No se equivocaba nunca? ¿O con el tiempo y el trabajo aprendió su oficio? ¡Hay no! ¡Qué ella era muy lista!, y nació sabiendo todo de la profesión. ¿Y por qué su jefa siendo tan lista, no estaba encima de ella enseñándole el oficio? ¡No! ¡Qué era más divertido estar todo el rato gritándole!

Pero Magda no estaba sorda, y estaba dispuesta a aprender mientras ganaba algo de dinero.

22ª Semana de la beca

Todas las mañanas la joven parecía que se había equivocado de autobús, porque este estaba muy poco concurrido. Los obreros de la fábrica que todavía venían y no se habían ido de vacaciones, le dijeron que en agosto sería peor, ella viajaría en un autobús vacío. La gente volvería a aparecer entre finales del mes de agosto y principios del mes de septiembre en el transporte público.

El primer día de esa semana, cuando la becaria llegó a la oficina, le alegraron el día. Su jefa le anunció que a partir de la semana que viene se iba de vacaciones, y que faltaría todo el mes de agosto. Pero ella le aclaró a su ayudante que no se iba aburrir en su ausencia, porque le iba a dejar muchos textos que traducir, para que ella no perdiera el tiempo hablando en los despachos de las compañeras y de los compañeros.

Magda pensó relatarle a su jefa que eso solo lo hacía ella, mientras su becaria trabajaba. Pero la joven se calló la boca, para que su superiora no se arrepintiera de su decisión, se tomará sus vacaciones, y así le dejará tranquila todo el mes.

Toda esa semana Cristina estuvo mirando dentro de los armarios del despacho, el trabajo atrasado que había acumulado. ¡Y había bastante por cierto! Luego ella se lo dejó apuntado en una hoja. Ese bendito papel su jefa se lo entregó a su becaria el viernes a las tres menos cinco de la tarde.

Antes de irse el viernes Cristina advirtió a su subordinada, que si tenía alguna duda, se la preguntará a María, la traductora, que trabajaba en el primer despacho del ala derecha, que ya había disfrutado de sus vacaciones.

23ª Semana de la beca

Magda seguía corriendo todos los días desde su casa, para salir temprano a la calle, coger el autobús en la parada más próxima, y llegar a su trabajo. Ella iba muy contenta a su puesto de trabajo, porque su jefa no estaba en la oficina. ¡Eso era algo maravilloso! Ella no le deseaba a nadie ningún mal, pero si a una persona durante un mes entero no le gritaban y no le trataban de tonta, era una bendición. Ella iba estar durante un mes entero en silencio en la oficina, sin el ruido de las conversaciones ajenas y sin las preguntas indiscretas de ninguna cotilla. A no ser claro que alguien viniera de fuera a molestarla.

Esos días sus compañeras de trabajo cogieron la manía de abrirle a la fuerza la puerta del servicio donde estaba metida, cuando ella estaba haciendo sus necesidades fisiológicas, porque esas decían que la muchacha tardaba demasiado en ese lugar. Y cuando la puerta del servicio no estaba bien cerrada, ellas se la abrían, cuando tenía la ropa bajada, para que cualquiera que estuviera en el servicio, le viera haciendo sus necesidades fisiológicas. ¡Ese era un hecho muy divertido para todas sus compañeras! La becaria vio alguna vez a la maleducada que se lo hacía,

pero no se podía quejar a nadie, porque ella era una cutre becaria y su compañera era fija en la empresa, y a ella le podían echar en cualquier momento a la calle.

24ª Semana de la beca

Magda estaba feliz a pesar del calor que sufría por las noches y a pesar de seguir corriendo para ir a trabajar. En el autobús de la línea treinta y tres no viajaba casi nadie. El silencio que inundaba ese transporte público era muy agradable. Y encima ella estaba descansando de su jefa, que estaba en su segunda semana de vacaciones. Todo eso se podía considerar unas vacaciones que ella se estaba tomando en la oficina, porque sus oídos y sus nervios estaban descansando de su jefa.

La compañera que estaba embarazada y trabajando en la traductora, se puso de parto y tuvo a un niño en el hospital. Y su marido pidió por ella sus dieciséis semanas de baja maternal correspondientes en la empresa.

Magda pensó: ¡La vida es genial! ¡Ya hay una pesada menos trabajando en esta empresa!

A ella le gustaban muchos los niños de los demás, sobre todo de visita, para aguantarlos solo un ratito.

En esas fechas Magda se planteó seriamente que quería ser madre, pero antes tenía que conseguir un trabajo más estable, donde pudiera ganar una cantidad de dinero razonable, y donde pudiera volver, después de los cuatro meses de baja maternal. Sus futuros hijos ella los quería tener con un hombre decente, bueno, cuerdo, abstemio y trabajador que conociera desde hacía muchos años, y si no ella recurriría a los servicios de una clínica de fertilidad, para quedarse embarazada. Todos esos pensamientos eran muy bonitos, pero la cruda realidad que ella vivía no le hacía albergar esperanzas muy halagüeñas para su futuro. Ella debía esperar más para conseguir ese ansiado trabajo estable.

Esa semana María vino de visita cultural a la oficina de Magda. Ella era la traductora que debía a ayudar a la becaria, en ausencia de su superiora. Cuando esta compañera entró por la puerta del despacho, la joven dio asustada un respingón en su asiento, porque no la esperaba, y pensó: ¡Ya no respetan ni las vacaciones de los demás!

Cuando María entró, miró toda la estancia y le preguntó a esta: — ¿Cómo te va lo que tienes entre manos? ¿Tienes algún problema con los textos que Cristina te ha dejado?

La becaria que estaba deseando que se fuera, le dijo a su superiora: — ¡Está todo bien!, si tengo alguna duda, ya me pasaré por tu despacho. ¡Vete tranquila!

25ª Semana de la beca

Magda seguía yendo a trabajar en el mismo autobús, pero ella tardaba cinco minutos menos en el trayecto de ida y de vuelta, por el poco tráfico que había en la ciudad, por eso cuando ella bajaba del transporte público, podía ir tranquilamente paseando desde la parada del autobús hasta el edificio, donde la traductora estaba ubicada.

Un día Inmaculada, la secretaria del jefe de recursos humanos de la empresa, vino de visita al despacho de Magda. Ella comentó a la joven que sabía que Cristina no estaba, por eso venía a echarle un vistazo, porque la veía muy sola y aburrída.

Magda al escuchar a la amiga de Cristina, se quedó un poco confusa, y sin saber qué pensar de la espontánea amabilidad de su compañera. Ella reaccionó y le explicó, para que se fuera y le dejará lo antes posible tranquila: — ¡Qué va!, Cristina me ha dejado mucho trabajo. No tengo tiempo libre para aburrirme y menos para perderlo con nadie. La mañana se me va volando, sin darme cuenta.

La becaria sabía que Inmaculada no era su amiga, a veces era muy cruel con ella y otras veces era un encanto con ella. Una vez esa le intentó convencer, para que se arreglara como le gustaba a

Pablo, de la misma forma que sus compañeras de la empresa de construcción le dijeron que debía vestirse y arreglarse.

Esos días el único individuo que ella sabía seguro, que seguía llamándole por teléfono a su domicilio y que luego colgaba, era Pablo. Ella no entendía la relación o la conexión que ese individuo podía tener con Inmaculada, pero Magda no era tonta, lo averiguaría más tarde o más temprano.

26ª Semana de la beca

Era la última semana de agosto. Los compañeros del autobús iban terminando sus vacaciones y se iban reincorporando poco a poco en los asientos del autobús y a sus trabajos. Cuando ellos volvían, Magda los saludaba y les preguntaba cómo les había ido en sus vacaciones. ¡Por lo menos que alguien descansará!, porque ella estaba cansada de pasar calor en la ciudad y también de madrugar.

Cuando ellos la veían, le decían: — ¡Anda! ¡Aquí está nuestra amiga! ¡La chica que se queja tanto! ¡Qué! ¡Cómo te ha tratado la vida en nuestra ausencia?

Ella oía sus palabras amables y les sonreía. Esta vez ella les podía contar que había descansado de la bruja de su jefa, porque Cristina seguía de vacaciones. ¡Qué estaba en la gloria! ¡Qué pena que ese hecho durase solo un mes!

Esos días Magda seguía trabajando en silencio en la oficina. De vez en cuando María venía para ver cómo le iban las cosas. E Inmaculada también venía a visitarla.

Esa semana pasó algo extraño. Los compañeros varones de la empresa, que eran de distintas edades y habían regresado de sus vacaciones, se pasaron todos los días por su despacho. Estos compañeros casados vinieron siempre buscando algo que necesitaban y que se guardaba en su despacho. Mientras ellos entraban en el despacho, ella escribía muy tranquila los textos que estaba traduciendo en su ordenador. Cuando esos hombres entraban, ella no paraba de trabajar, los saludaba con un lacónico: — ¡Hola! Ellos le preguntaban lo que querían. Después ella les indicaba con la mano derecha y con el dedo índice, donde estaba lo que buscaban en su despacho. Ellos encontraban en pocos minutos lo que buscaban allí. Luego ella se despedía de ellos sin alterarse mucho, con un aburrido: — ¡Adiós! Y al final ellos se iban del lugar.

Ella no entendía nada de la situación, pero no le daba más importancia, porque podía seguir con su trabajo.

27ª Semana de la beca

Esa semana era de transición, porque el martes terminaba el mes de agosto, y el miércoles empezaba el mes de septiembre. Todo el mundo volvía otra vez a su rutina laboral, y Magda todavía no se había ido de vacaciones.

En el transporte urbano esa semana pasó algo insólito. Magda se encontró a una chica, que decía que estaba haciendo otra beca de traducción en otra empresa. ¡Ya era hora! Ella podría hablar con alguien de su edad, que entendería sus problemas con su jefa, y esa tendría las mismas inquietudes y los mismos problemas laborales. ¡Alguien le entendería como profesional, y no se reiría en su cara! Si porque los obreros de la fábrica no entendían lo que era haber estudiado una carrera, un posgrado, y que después todo el mundo y sobre todo los empresarios te dijeran que no estabas preparada para trabajar, para tener un contrato de trabajo estable y unas condiciones laborales dignas.

El miércoles de esa semana Cristina, la querida jefa de Magda, volvió al trabajo y a su oficina. Cuando esta llegó, contó a todo el mundo que se lo había pasado muy bien en sus días de asueto, pero que su deber era volver al trabajo y a la rutina diaria.

La becaria escuchó esas frases absurdas de su jefa, y le dieron ganas de decir en voz alta: — ¡Sí, sí a trabajar! ¡Tú has vuelto para coger y leer los mensajes de correo electrónico que tus amigas te envían, para visitar las páginas web, donde piensas comprar algún producto, para volver a dar los paseítos que te das de despacho en despacho, para volver a darme gritos y a despreciarme! Y la muchacha siguió pensando: ¿Por qué ella no se coge más vacaciones, y me deja en paz el resto de los meses que faltan, para que termine la beca de formación?

28ª Semana de la beca

El mes de septiembre estaba ya empezado, parecía que toda la gente había vuelto de sus vacaciones y todo volvía a la normalidad. Magda pensaba agobiada: Nunca he trabajado tanto tiempo seguido. ¿Podré aguantar hasta el penúltimo mes de la beca, para tomarme el último mes las vacaciones o me pondré antes mala? ¡Menos mal que los fines de semanas me sirven para descansar un poco!, si no los tuviera, no sé lo que haría.

En el transporte público urbano Mercedes, la amiga de la tía de la becaria, habló muy seria con los obreros de la fábrica. Ellos debían buscarle ya entre ellos un novio a Magda, porque su tía Susana lo mandaba. El anterior muchacho que le habían buscado, no estaba interesado en la muchacha, y ella tampoco había hecho nada para atraerlo.

El tercer pretendiente que los obreros de la fábrica intentaron encasquetar a Magda, tenía veinticuatro años, la cabeza rapada, era más alto y delgado que el anterior y vestía de forma muy cutre. Este creía saberlo todo de la vida, y se tomó muy a pecho ser el pretendiente de Magdalena, e incluso empezó a molestarla con sus amigos en el trayecto del autobús. Ese solía sentarse detrás de Magda en el autobús, y en una ocasión le contó en voz alta su vida entera, para que llegase a los oídos de la chica soltera y de su compañera de asiento.

La muchacha se daba cuenta de todo, estaba muy estresada con la situación y con su nuevo admirador. El niñato no le atraía físicamente, parecía no tener estudios y menos modales. ¿De qué iba a hablar con él? E incluso cada vez que él se le acercaba, ella salía corriendo, para que le dejara tranquila.

En la oficina Cristina estaba muy contenta, venía muy relajada de las vacaciones, parecía que había descansado y había sido muy feliz en su período de asueto. ¡Ya solo gritaba a Magda una vez a la semana! La becaria y el resto de sus compañeros de la traductora se seguían relacionando de forma rocambolesca y absurda en la empresa.

29ª Semana de la beca

Magda seguía levantándose a la siete de la mañana, seguía cogiendo el autobús y pensando: ¿Aguantaré hasta el último mes, para pedir mis vacaciones? Ella estaba muy cansada y estresada de aguantar al tercer pretendiente que sus compañeros del transporte público le imponían, harta de sufrir a sus compañeros de trabajo y agotada de soportar a su jefa en la empresa traductora, donde ella realizaba la beca. Ella había cubierto el cupo de despropósitos de la gente para todo ese año. ¿Por qué la gente no le dejaba vivir en paz? Si ella no molestaba a nadie, y tampoco hacía ruido cuando estaba sola en cualquier sitio.

Encima Carmen, la amiga de Mónica, le preguntó a Magda si ella había hecho algo extraño, para que ese obrero de la fábrica estuviera tan interesado en ella. Magda miró a su compañera de viaje con cansancio, y pensó: ¿Hay qué ver lo bien que todos se lo están pasando poniéndome de los nervios?

Ella pensó que debía ignorarlos a todos, para que se aburrieran de molestarla.

Fernando decidió que sus amigas debían hablar mal de la madre de Magda en la empresa. Entonces Cristina y sus compañeras dijeron en la empresa que Sofía obligaba a su hija a estar y a

salir con hombres con dinero.

Magda no se lo podía creer. ¿Esa idea tan absurda de dónde la habían sacado? Sus compañeros no conocían a su madre y menos sus ideas. Además ella no conocía ni se relacionaba con algún hombre con dinero. Entonces Magda empezó a pensar: ¿Alguien de la traductora conoce a Fernando? ¡Y este me quiere seguir machacando aquí! ¿Cuándo me voy a librar de ese loco?

Esa idea era falsa, nadie le decía con quién debía o no estar. Ella era libre, para hacer lo que le diese la gana. Lo que pasaba es que Magda no se había cogido ningún día de vacaciones en el trabajo. Fernando no paraba de pinchar a sus amigas y compañeras de profesión, para que molestaran la muchacha y esta se los tomará.

30ª Semana de la beca

Empezaba el otoño, la ciudad se cubría de hojas amarillas y marrones, sobre todo había muchas hojas en el camino de ida y de vuelta al trabajo. Magda comenzó a entristecerse como todos los años en esas fechas, pero ahora ella sí que tenía motivos para hacerlo, incluso para suicidarse. ¡Es que era desquiciante aguantar a unos y a otros! Todos estaban locos, les encantaba molestarla y hacerle daño gratuitamente. Y todos decían que se metían en su vida por su bien, no fuera a quedarse sola y para vestir santos.

El tercer pretendiente que le habían buscado los obreros no se presentaba formalmente a la joven, ni hablaba de forma normal, ni tenía una conversación coherente. Si ese veía a Magda, no se dirigía a ella con educación, era muy brusco en sus ademanes. ¡Parecía que sus padres le habían criado con los animales de una granja!

En la oficina su jefa y sus compañeros no le daban a Magda ningún respiro, seguían imposibles y desagradables. Ellos no se molestaban en conocerla, se creían todas las mentiras que Fernando y sus amigas contaban sobre ella. Y más de uno se tomó la justicia por su mano, porque le llamaban sinvergüenza por los pasillos, e incluso algunos se inventaron varias trampas sobre la marcha, para fastidiarle allí y ver cómo reaccionaba.

Mientras la joven trabajaba, se hacía la sorda ante los desprecios de sus compañeros, se evadía de su mala situación canturreando alguna alegre cancioncilla. Ella pensó en su error: ¡Ya se hartarán de hacer el tonto!, y de darme la lata.

31ª Semana de la beca

El tiempo seguía pasando. Magda seguía con su rutina matutina y con las molestias de siempre, pero tenía esperanzas que su suerte cambiaría. Ella estaba harta de subir y aguantar a la gente en el autobús de la línea treinta y tres, y estaba harta de aguantar a la gente de su trabajo en la oficina.

Cuando Magda se ausentaba mucho tiempo de la oficina, seguía poniendo los candados en su mochila, para que nadie se la abriera. Pero eso no fue un problema para sus compañeros, porque un día de esa semana, sus compañeros se la abrieron aprovechando que ella iba a estar trabajando mucho tiempo en otro departamento.

Un compañero sin determinar le rompió los candados de su mochila, sus compañeros se la volvieron a abrir y a registrar sin ningún tipo de problema, con el beneplácito de Cristina, su jefa, que estaba presente y no había salido de la oficina.

Después de pasadas tres horas Magda volvió confiada a su despacho. Ella fue a coger una cosa de su mochila, y vio que le habían forzado y abierto los dos candados, que tenía puestos en la mochila. Ellos le habían vuelto a registrar, porque todo estaba muy revuelto en su bolsa. Cuando Magda vio los candados forzados se calló la boca, se puso a pensar en todos sus compañeros de la oficina, pensó en renunciar a la beca, pensó en decírselo al jefe de recursos humanos de la empresa. Pero ¿Qué le iba a decir a ese hombre? ¿Si ella no tenía pruebas y no sabía quién había

sido? ¿Podía haber sido cualquiera? ¡Ella no podía renunciar a la beca!, porque necesitaba el dinero de la misma y la experiencia. ¡Si empezaba a quejarse continuamente de sus compañeros!, ella sería la primera que iba a salir de allí a la calle.

Una compañera que pasaba por el pasillo y que entró en su despacho, se fijó en la cara de susto que la becaria tenía, y empezó a hablar en voz alta, para justificar la situación, para que la muchacha no se quejara a nadie: —La gente de la calle entra en la oficina y tiene la mala costumbre de robar. Incluso esa compañera afirmó que en una ocasión esos le habían robado veinte euros de su bolso.

Magda no se creyó esa explicación tan rebuscada de su compañera. Ella sabía que habían sido ellos. En realidad toda la gente amiga de Cristina estaba involucrada en el asunto. Además esa compañera se estaba acusando a sí misma, porque ella no había acusado a nadie, solo había puesto mala cara. Pero la muchacha se tuvo que callar, porque no sabía quién había sido exactamente. Bueno podía llevar la maleta y el candado a la policía, para que analizarán las huellas dactilares y para que llamarán la atención a quién hubiera sido de la oficina. Pero ella fue tonta y prudente, no hizo nada, se calló la boca, porque necesitaba el dinero y la experiencia. ¡Qué asco de vida!

En esos días ella estaba harta de su vida, y deseaba que esta cambiara. Por eso cuando ella llegaba a su casa por la tarde, no dejaba de hacer varios cursillos de lo suyo a distancia, y no paraba de echar muchos currículos vita en todas las empresas de traducción que conocía, porque ya tenía alguna experiencia laboral.

32ª Semana de la beca

El mes de septiembre estaba terminando y Magda tiraba de su cuerpo como podía, estaba agotada de todo. Por las noches ella no dormía mucho, pensando en las barbaridades que sus compañeros de trabajo estarían inventado el día siguiente para fastidiarle. Y ella se lo comentaba aterrada a su madre: — ¡Mamá! ¿Qué estarán preparando esas brujas y los otros compañeros de mi oficina para machacarme mañana? Porque ellos no paraban de molestarla todos los días de una forma o de otra.

Magda se preguntaba: — ¿Qué les ha prometido Fernando a esos individuos? ¿Me quieren matar de estrés, para después vender mis órganos por internet y luego repartirse el dinero entre todos? Todos eran más malos que la quina, ellos no tenía ni un poquito de consideración por ella, que era una persona muy pacífica. Ella se planteaba sus ideas pacifistas todos los días. ¿Quiénes eran ellos para violentarla de esa forma?

Esa semana ella finalmente encontró el desahogo adecuado a su situación, porque empezó a contar a todo el mundo que conocía y que veía por la calle, las barbaridades que sus compañeros le hacían en la oficina. ¡No había derecho!, ella era una buena chica, y quería estar tranquila mientras trabajaba.

El viernes Cristina y Teresa, la recepcionista de la empresa, contaron a Fernando que Magda estaba muy cansada, que tenía mucho sueño y unas ojeras enormes debajo de sus ojos, cuando iba trabajar por las mañanas a la oficina. Y que a veces la joven se quedaba dormida mientras trabajaba.

Entonces al loco se le ocurrió que Sofia llevaba a Magdalena todas las noches a un club nocturno, para que ella se prostituyese, así sacaba otro sueldo. Fernando estaba cada vez más desquiciado, pero como la gente creía las mentiras que él inventaba, pues Magda tenía que aguantar las consecuencias de su mala lengua y de su locura.

33ª Semana de la beca

En esas fechas Magda era un fantasma que caminaba por las calles y por la empresa, pero seguía luchando con las pocas fuerzas que le quedaban en su cuerpo. En el autobús ella seguía haciéndose la sorda ante la tabarra que los obreros de la fábrica le daban. Y en la oficina ella cada vez estaba más contestona, no se callaba ni una. Si con las miradas alguien podía matar, ella ya habría matado a su jefa, a todos sus compañeros de la oficina y a los viajeros del autobús con un solo movimiento de pestaña de uno de sus ojos.

El viernes de esa semana su jefa, María, otra traductora y otra compañera de trabajo entretuvieron a Magda durante mucho tiempo fuera de su oficina. Mientras ellas entraron en el ordenador, que la becaria usaba en su trabajo diario. Su superiora conocía su contraseña, por eso ellas entraron con facilidad, registraron el trabajo que la muchacha había terminado y estaba haciendo en esas fechas. Luego ellas entraron en el correo electrónico privado e interno, que los informáticos le habían asignado a la becaria. De ese modo ellas vieron todos los mensajes que la becaria había mandado y recibido de otras compañeras de la misma entidad, que trataban sobre asuntos de trabajo y asuntos personales. En algunos de esos mensajes ella se quejaba a otra compañera de su jefa directa y de las otras compañeras de la empresa, que venían de visita a su despacho, que procuraban fastidiarle y marearle, mientras ella trabajaba.

Cuando la becaria regresó a su despacho, Cristina y sus amigas amenazaron a Magda con hablar con el jefe de recursos, para que este le echara de la empresa, por los comentarios ofensivos que ella había vertido en los mensajes y que había mandado a otra compañera. ¡Y eso qué eran mensajes privados!, porque ellas habían entrado en su ordenador. Incluso ellas llegaron a amenazarle con llamar a los informáticos de la empresa, para que esos imprimieran los mensajes de su ordenador, y se los enseñarán al jefe de recursos humanos, para que ese hombre le echara sin ningún tipo de reparo a la calle.

Pero si ella solo se desahogaba con una compañera del trabajo del excesivo trabajo que había, de los gritos y de los malos modos de su jefa.

Cristina aseguró a Magda que hablaría con el jefe de recursos humanos el lunes próximo, cuando ese hombre viniera al trabajo, ya que estaba de viaje. Su jefa iba a contar a su superior a lo que ella se dedicaba en las horas de trabajo en la oficina: a criticarlas y a trabajar poco y mal.

La becaria estaba a la vez enfadada y asustada con la situación. ¿Cómo había sido tan tonta para confiar en alguien que trabajará en esa empresa? ¡Si todas las personas que trabajaban allí eran unas hienas!, que estaban amargadas con sus patéticas vidas. Ellas solo querían hacer daño a Magda e imponerle a la fuerza su forma de vida aburrida. Ellas eran unas personas sádicas, que estaban dispuestas a dejarla en cualquier momento sin empleo.

34ª Semana de la beca

El lunes fatídico de esa nueva semana Magda ya se veía en la calle. Ella estaba concienciada y preparada, para que el jefe de recursos humanos le echara de la empresa, cuando se enterará del contenido de los mensajes privados, que ella había escrito en su correo electrónico. Allí ella había vertido muchos insultos y quejas contra su jefa y sus otras compañeras de trabajo. Ese día cuando la becaria se subió al transporte público que le llevaba al trabajo, estaba tan enfadada, que se dedicó a mirar con desprecio a todos los compañeros de viaje que iban montados, y pensó: ¡Pero por estas mierdas yo no me voy dejar ningunear! ¡Ya tengo bastante con la gente de la oficina!

A las ocho de la mañana Magda llegó a la traductora, y no se escondió de nadie, fue lentamente a su oficina, para que los hechos se desarrollasen como esperaba. Ella tenía muy claro que se defendería ante el responsable de recursos humanos, contándole los gritos y las amenazas diarias

que ella sufría de su jefa, y le enseñaría los candados forzados de su mochila. Aunque ella temía que ese hombre le echará de todas formas. ¡Era su palabra contra la de todos!

Finalmente Magda entró en su despacho y Cristina se comportó con ella muy agradable. E incluso su jefa dijo a su subordinada que haber accedido a su correo eléctrico había estado muy mal, porque iba contra la ley española de protección de datos personales. Su jefa parecía que le estaba pidiendo disculpas. ¿Pero qué había pasado para que Cristina cambiase de opinión?

Magda no entendía nada, pero encendió su ordenador para empezar a trabajar. Mientras el aparato arrancaba, se sentó y se puso a pensar: ¿A lo mejor uno de mis conocidos ha contado a la gente de mi trabajo, que yo sabía que ellos eran los rateros que rompieron los candados de mi mochila y que después me la registraron? Y ese chivato les ha contado también, que yo estoy deseando denunciarlos a la policía, si seguían con los juegucitos que se traían entre manos.

Desde ese día Cristina y sus compañeros de trabajo suavizaron el trato que tenían con la becaria, porque ellos tenían miedo que la joven les denunciará a la policía.

La chica pensó aliviada: ¡Menos mal que no puedo acceder a mi correo electrónico personal desde el trabajo!, porque si no ellos se habrían enterado también de todo lo que hago en mi tiempo libre.

Desde ese lunes Magda procuró no tener confianzas con ninguno de sus compañeros de trabajo. Cada vez que ella se ausentaba mucho tiempo del despacho, apagaba el ordenador que usaba, se llevaba su mochila y todo lo que era suyo a donde se fuera, y cambiaba todas las veces que podía la contraseña de su ordenador. Después de tomar esas nuevas medidas de seguridad, ella se quedó un poco más tranquila, y sus queridos compañeros se enfadaron más con ella, porque no podían abrirla la mochila y registrar sus cosas a su antojo.

Todos empezaron a pensar que ella les consideraba unos ladrones. Incluso la recepcionista de la traductora se lo preguntó directamente en varias ocasiones. La joven estaba muy cansada de todos de ellos, pero se callaba la boca, para continuar trabajando en la empresa. Algunos no paraban de gritarle a la muchacha en los pasillos: — ¡Yo no soy un ladrón! Ella oía perfectamente los reproches de sus compañeros, pero se hacía la tonta, y seguía trabajando para no darles más importancia.

A Magda toda esa situación le ponía los nervios de punta. Sus compañeros de la traductora parecían que no podían hacerle nada, porque ella les ignoraba. Pero si alguien le presionaba un poco por cualquier motivo, ella se ponía a llorar.

35ª Semana de la beca

La vida y el otoño trascurrían tranquilos en la ciudad, Magda corría como siempre para coger el autobús, y soportaba con estoicismo a la gente que iba en el transporte público. Un día ella se encontró con una desagradable sorpresa en su autobús. Fernando, su antiguo compañero del máster, que detestaba, despreciaba y temía, también cogía el mismo medio de transporte que ella para ir al trabajo. Desde entonces Magda tomó muchas precauciones para subir al autobús, para estar en ese medio de transporte y bajar en su parada. Cada vez que ella se encontraba a Fernando dentro del autobús, no se sentaba a su lado, huía aterrorizada o se escondía por su culpa al otro extremo del vehículo.

En esos días la becaria escuchó una noticia sorprendente en la oficina. Una traductora compañera de Cristina contó a todas con una gran sonrisa de satisfacción que: —Paloma, una compañera que Magda tuvo en el posgrado, estaba a punto de casarse o ya se había casado con Fernando, su compañero de la carrera y del máster. Según esa, cuando Paloma empezó la relación con su compañero, abandonó a su marido y novio de toda la vida para irse con él, porque era un

chico maravilloso. La nueva pareja estaba muy feliz, y se habían instalado a vivir juntos en un piso de la ciudad.

Cuando Magda escuchó ese chisme, pensó: ¡A ver si eso es verdad!, porque como sus compañeras se lo refregaban, le sonaba falso, rebuscado, parecía que ellas querían que Magda sufriera un gran dolor, una pena inconsolable, un llanto irrefrenable.

Ella había escuchado la noticia con atención y después siguió trabajando sin alterarse, pero sus compañeras le miraban de reojo, para ver si ella reaccionaba o decía algo que les hiciera suponer, que ella estaba interesada en Fernando.

A Magda le daba igual lo que su antiguo compañero de la facultad y del máster hiciera con otras mujeres. Solo le había molestado y dolido enterarse en su día de la boda del sobrino del director de taller de teatro con su amiga rubia. El resto de impresentables que a ella se le habían pegado a lo largo de su vida, a ella le daba igual lo que les ocurriese, como si esos se morían siendo jóvenes o les arrollaban un tren. Ella no podía remediarlo. Y eso que Javier no hablaba mucho con ella, a duras penas le hacía caso. Ella lo pensó bien, Javier le recordaba a alguien muy querido de su familia, pero Magda en esos momentos no recordaba a quién.

36ª Semana de la beca

El primer día de la semana no hubo que ir a trabajar, porque era fiesta, ya que era el día de los difuntos. El resto de la semana la protagonista tuvo que soportar la misma rutina de siempre en el autobús. Los obreros de la fábrica seguían con sus juegos. Ahora Mercedes no quería hablar con la muchacha, se ponía a mandar a Susana muchos mensajes de correo electrónico con su ordenador portátil, o se ponía a trabajar escribiendo los informes de su trabajo. Y Carmen le seguía hablando de sus tonterías.

En la oficina a Cristina se le ocurrió otra maldad de las suyas, para dar la lata a su becaria favorita. Ella decía que tenía que hablar de algo importante con otra compañera, y Magda no debía enterarse, porque si la gente de la empresa no se había enterado todavía, la joven era una gran cotilla, que llevaba la vida y los milagros de todos sus compañeros.

Por eso la muchacha que estaba trabajando, debía parar de trabajar sin rechistar y salir de la oficina, para que su jefa y otra compañera tuvieran intimidad para hablar tranquilas. Así la muchacha no se enteraba del asunto.

Mientras la becaria estaba fuera de la oficina, se ponía a leer un libro que llevaba dentro de la mochila. Mientras ella leía, esperaba sentada en el pasillo hasta que su jefa le permitía entrar de nuevo en el despacho, para seguir trabajando. ¡Qué iba a hacer ella!, si no quería problemas con nadie.

Otras veces su jefa y sus compañeras se ponían a hablar en un tono inaudible en la oficina, para que Magda no se enterase de nada. Su jefa y sus compañeras también salían de la oficina, para hablar de lo que fuera. A ellas solo les quedaba mandarse cartas por correo ordinario o por un mensajero, porque se mandaban muchos correos electrónicos. Ellas estaban todo el día metidas en internet, escribiéndose mensajes en sus correos electrónicos, incluso por ese medio ellas se citaban para desayunar.

Magda veía que sus compañeras de trabajo eran muy noveleras, sus vidas parecían muy aburridas y patéticas, pero con sus juegos ellas les daban más emoción.

37ª Semana de la beca

La beca de formación continuaba, pero Magda cada vez estaba más harta de todo, por eso se decía así misma y a todos: — ¡Ya me quedaban solo once semanas de trabajo para terminar la beca!, y después tengo el mes de vacaciones. La gente del autobús le decía que no la entendía,

porque se alegraba tanto que terminase su beca. Cuando ese contrato de formación terminase, ella no trabajaría más, no cobraría nada y estaría en desempleo.

Esos días Fernando y sus compañeras de la empresa empezaron a decir que Magda se comportaba de forma extraña en la oficina y en la ciudad. Ella no perseguía sexualmente a los compañeros varones que trataba en la empresa y tampoco a los que veía en la ciudad, solo era amable y educada con ellos. Magda solo visitaba los despachos de sus compañeros si tenía que ir por un asunto determinado de trabajo, hablaba sobre todo con las mujeres de la empresa. Por eso Fernando empezó a decir a todo el mundo, que Magda tenía que ser lesbiana y eso no podía ser, había que reeducarla, para que volviera ser una mujer normal y desease a los hombres.

Lo que pasaba era que ella solo iba a trabajar a la oficina. Ella era muy tímida y estaba decepcionada de los hombres, porque ellos sin conocerla, emitían unos juicios muy desfavorables sobre ella. Y ese resultado no tenía nada que ver con ella, ni se acercaba un milímetro a como era. Nadie se molestaba en conocerla.

Para Fernando las mujeres eran todas iguales, estaban cortadas por el mismo patrón. Nacían, crecían, iban a la escuela, al instituto y a la facultad o no, salían con sus amigas o con sus padres a la calle, hasta que eran rescatadas o encontradas por un hombre aceptable, con quién ellas se casaban. Después ellas debían encontrar un trabajo, para ayudar a su marido y a su hogar económicamente, porque la vida estaba muy cara y todos debían contribuir a la economía familiar. Luego ellas debían tener unos hijos con sus maridos, y a esos debían criarlos mientras trabajaban y continuaban con sus maridos. Si sus hijos se casaban y tenían hijos, ellas debían tratarlos hasta que morían junto a sus maridos. Esa era la vida normal que las mujeres debían de tener. Y Magda se salía del esquema mental, que Fernando tenía fijado en su cabeza, que todas las mujeres debían cumplir.

A él le contaron sus amigas en el posgrado, que Magda quería tener una vida más brillante, quería ser independiente económicamente, elegir al compañero de vida que le diera la gana. Y no le gustaba ninguno de los hombres que había conocido en su facultad.

Fernando afirmaba que ella no era especial, que no podía elegir con quien podía estar y casarse. Las otras mujeres que habían estudiado en ese máster, tenían asumido su papel en la vida, por eso ellas podían seguir viviendo y podían trabajar. Magdalena no tenía permitido vivir sin él.

Cristina seguía maquinando con sus compañeras, para que Magda se alterase en la oficina. La becaria estaba cada vez más aburrida de su trabajo, solo pensaba en su vida después de la beca. Ella creía que sería mucho mejor.

38ª Semana de la beca

Magda seguía levantándose temprano y seguía corriendo desde su casa, para después coger el autobús.

Esos días los obreros de la fábrica volvieron a la carga, e intentaron encasquetar a la becaria todos los hombres solteros del transporte público que pudieron, pero ella estaba muy aburrida y pasó de todos ellos.

El lunes de esa semana por la noche Mercedes y Susana hablaron un buen rato por teléfono. La segunda estaba muy preocupada por la actitud pasiva de su sobrina. Mercedes le contó que la becaria era muy fría con los hombres que trataba en el medio de transporte público, y que ella no le podía obligar a hacer nada.

La tía dijo con preocupación: — ¡La niña no entiende que lo hacemos por su bien! Si no se echa un novio, se va a quedar sola. No podrá entrar en ninguna de las casas de la familia, no encajará en la sociedad. Yo quiero estar con mi hermana, y mi sobrina me lo impide. Además ella es una

mentirosa patológica, ha aprobado la licenciatura que posee copiando, porque ella es una chica floja e imbécil. ¡Hay qué desenmáscárala ya!

El martes de esa semana, a eso de las nueve y media de la mañana, una compañera que organizaba los festejos de navidad en la empresa, vino de visita al despacho de Cristina y de Magda. Esa comentó como todos los años que la comida de navidad se iba a celebrar a mediados de diciembre. Esa pasó a cada una la hoja escrita, para que ellas la leyeran. En la hoja se explicaba muy claramente el lugar exacto, donde celebrarían la comida y la fiesta posterior, el precio y el menú a elegir.

Cristina ordenó a Magda que leyera el dichoso papel. Y después le pidió que se animase a ir con todos a la comida y a la celebración. Ese día Magda dijo a su jefa que se lo pensaría, el precio no era muy caro, pero la compañía no le gustaba absolutamente nada.

El miércoles de esa semana Magda estaba muy tranquila trabajando en la oficina, cuando un compañero entró en la misma. Ese sin venir a cuento, le dijo que se había fijado en los colgantes que llegaba puestos en su cadena. Ese le aseguró que había visto sus colgantes en un libro antiguo, y esos pertenecían a una ideología religiosa falsa. Por eso ese le ordenó que se los quitara enseguida de su cadena, si era una persona cristiana. ¡No sabía que estaba esperando para quitárselos!

Ella escuchó las palabras tan desagradables y necias de su compañero, y los malos modos con que se las decía, por eso decidió no echarle cuenta. Magda pensó: ¿Pero qué mal están de la cabeza los que trabajan en esta empresa? ¿Por qué no se mete en sus asuntos?

39ª Semana de la beca

Los compañeros de viaje de Magda seguían tan pesados como siempre en el autobús de ida y vuelta al trabajo. Mercedes, por indicación de Susana, preguntó a Magda:

— ¿Tienes algún problema con los hombres y con los viajeros en general de este autobús?

La joven contestó a esta: —Eso no te importa.

Después la funcionaria preguntó a su compañera de viaje:

— ¿Quién te ha pagado la carrera?

Y la muchacha contestó a su interlocutora de mala gana: —He estudiado todos los años de la carrera con una beca estatal.

— ¡No me lo creo! ¡Eres una mentirosa!

— ¡Pues ese es tu problema!

Los días de fiesta del mes de diciembre se aproximaban en el calendario, por eso las compañeras de Magda volvieron a su oficina. Ellas se pusieron a contar en voz alta los planes que tenían para las Navidades. Una de ellas se iba a ir con su familia a la casa de otros familiares más lejanos, que vivían fuera de la provincia. Otras se iban a quedar en su casa, porque sus familiares de fuera vendrían de visita a su hogar. Y otras cogerían con su pareja unos días más de vacaciones, para irse a visitar un lugar del extranjero. Magda escuchó a sus compañeras pacientemente, para que terminaran sus conversaciones aburridas y se fueran a sus despachos, para que le dejaran trabajar tranquila, porque si ella trabajaba y les escuchaba, se equivocaba en lo que estaba haciendo, entonces tendría que volver atrás y arreglarlo.

Las compañeras de Cristina y su jefa vieron que la becaria no hablaba, no intervenía en esa conversación. Por eso ellas le preguntaron directamente: — ¿Qué vas a hacer estas navidades? ¿Y en Año nuevo? ¿Te vas a ir fuera? Si te vas a ir fuera, entonces te recomendamos una residencia muy baratita, y de paso te damos las solicitudes, para que las solicites ahora. ¿Te vas a ir a la sierra, verdad?

Magda habló finalmente, para zanjar la cuestión: — ¡No me voy a ninguna parte! Me quedo muy tranquila con mi madre en mi casa. ¡Qué pesadas eran las pobres! Parecía que ellas se estaban asegurando su destino de descanso, para que ella se encontrará con alguien, sí claro con Fernando.

40ª Semana de la beca

A Magda le buscaron un cuarto pretendiente entre los obreros de la fábrica, Mercedes eligió al candidato. El elegido era de la edad de la muchacha, igual de pesado que el tercer candidato, más alto y con un gran apéndice nasal que desafiaba la ley de la gravedad, pero tenía menos luces que los anteriores. Ese tampoco tuvo éxito con la becaria. Bueno cuando ella lo veía, salía huyendo, porque no le gustaba la sonrisita imbécil que le ponía. ¡Magda no paraba de correr cuando lo veía!

Esos días Cristina, la jefa de Magda, explicó a todos muy contenta que la Navidad se acercaba ya. A ella esa festividad invernal le gustaba especialmente, porque era muy familiar. Por eso el martes de esa semana, en horas de trabajo, sacó una caja grande llena de adornos navideños, que estaba guardada en uno de los armarios del despacho. Ella se llevó casi toda la mañana adornando el despacho. Cuando esta terminó, la estancia quedó monísima, gracias al colorido y al espumillón repartido por todas partes, después ella colocó y montó el portal de Belén en un sitio alto.

Mientras Magda miraba atónita el despliegue navideño que su jefa había puesto en su oficina, pensó: Amor, familia, amistad, compromiso... ¿Dónde hay un cubo vacío para vomitar? Después ella pensó escandalizada: ¡Espero que en enero mi jefa no me diga que tengo recoger esos adornos navideños!, eso es cosa de ella. A mí solo me pagan por traducir textos en otro idioma, no para hacer cosas que no son de mi incumbencia.

La joven no paraba de trabajar, porque había mucho trabajo atrasado, pero ella prefería trabajar, que pararse a discutir con todas su compañeras. Así se pasaba el tiempo más rápido y llegaba la hora de irse a su casa. En la calle y en su hogar sus compañeras de trabajo no le podían hacerle ningún daño moral.

41ª Semana de la beca

En esta semana iba a ver dos fiestas separadas en el calendario. Cristina pidió permiso a su superior, para irse de vacaciones el día intermedio y así se iba de puente. Después la jefa de Magda advirtió a su ayudante que se iría de viaje esos tres días, dejándole mucho trabajo que hacer, escrito en una hoja de papel.

Cuando Magda se enteró, le dejó una gran sonrisa en la boca.

El puente festivo hizo que muchos obreros de la fábrica también decidieran no venir a trabajar, y Magda se alegró de la decisión de sus compañeros de medio de transporte.

Un día una compañera se pasó por la oficina, donde la becaria trabajaba, para enseñar a todas, y sobre todo a Magda, el anillo de compromiso que su novio le había comprado. La muchacha se fijó bien, pensó en lo cutre que era el anillo y el novio de su compañera. Ella no sentía envidia de las mujeres casadas y menos de las mujeres prometidas, que estaban trabajando en la oficina, pero pensó: ¿Cuántas pueden decir que sus maridos o novios están enamorados de ellas? ¿Cuántas? Ella veía que todo era una convención, un engaño. La mayoría de los hombres y de las mujeres se casaban porque les tocaba, muy pocos estaban de verdad enamorados.

Ese mismo día, mientras Magda se lavaba las manos en el servicio, una compañera madura le relató feliz, cómo había sido la boda de su hijo mayor. Una celebración que se había celebrado el pasado fin de semana. La muchacha estuvo escuchando a su compañera madura por educación, pero todo le produjo mucha aprensión, porque ella había ido a algunas bodas familiares, y estas habían sido muy traumáticas y estresantes para ella, por varias razones:

La primera razón porque sus primas se comportaban como unas extrañas, y no le invitaban a sus despedidas de solteras.

La segunda razón porque para asistir a una boda medio decente, original y conforme a su gusto, ella tardaba más de quince días en encontrar todo lo necesario en las tiendas de la ciudad. Y después sus tías le solían criticar el modelito que llevaba al enlace.

La tercera razón porque no podía traer ningún acompañantes a las mismas, porque nunca tuvo un novio. Cuando en una ocasión ella podía traer a un amigo, la prima que se casaba, le comentó que su boda era muy íntima y que no podía ir acompañada.

La cuarta razón porque ella aguantaba a los invitados jóvenes con filosofía, que eran y no eran de su familia, que se burlaban de ella, por no traerse un acompañante a las bodas que iba. Ella era una imbécil por no poder hacerlo y en realidad no era culpa suya.

42ª Semana de la beca

Magda seguía con su absurda rutina y continuaba con sus viajes en el autobús. Ella seguía aguantando a los obreros de la fábrica, a Carmen, a Mercedes, y seguía evitando sentarse o rozarse con Fernando en el medio de transporte público.

En esas fechas ella se aficionó a tachar los días del calendario, después se ilusionaba diciéndose a sí misma: ¡Ya me queda menos, para mandar a tomar mucho viento fresco la beca!

El día de la comida de Navidad se celebró el jueves de esa semana. Para la ocasión Cristina se había maquillado y peinado con más cuidado, llevaba puesto un vestido azul de lana de mangas largas de cuello barco, tenía puestas unas medias grises de rayas en sus piernas y calzaba unos zapatos de tacón mediano de color gris en sus pies. Ella iba muy elegante, como las demás compañeras que iban a la comida. A las doce de la mañana unas pocas compañeras vinieron y trajeron una cámara fotográfica digital al despacho de Cristina, para hacerse unas fotografías, antes de marcharse a las dos de la tarde de la empresa e ir al local, donde la comida de Navidad se iba a celebrar.

Magda no iba al almuerzo y ni a la fiesta posterior, no estaba arreglada, pero ella de todas formas fue obligada por su jefa, a hacerse dos o tres fotografías con todas ellas. La joven estaba muy cohibida con la situación, no iba maquillada, venía vestida de forma normal para ir a trabajar, por arriba llevaba un jersey de cuello vuelto de algodón blanco y encima un jersey de lana de color azul marino, llevaba sus pantalones de pana marrón en sus piernas, calzaba unos calcetines con dibujos de fantasía y sus zapatos marrones oscuros de tacón bajo en sus pies. ¿Qué pintaba ella en la escena que sus compañeras estaban representando?

Magda justificó su no asistencia a la comida navideña, diciendo que no se sentía bien con alguna de las compañeras de la empresa, no fuera a sentarle mal la comida. Así ella no les daba más carnaza, para que le criticaran allí. Ella hubiera ido, si sus compañeras de trabajo hubieran sido más amables y no se hubieran comportado como unas hienas.

Las dudas que la becaria tenía por no haber ido a la comida de Navidad, se le pasaron en un solo día, porque al día siguiente de la comida Cristina, Inmaculada, María y otras se dedicaron a criticar a otras compañeras delante suya, que se habían pasado arreglándose, para ir a la comida y que se habían extralimitado en su comportamiento con los pocos compañeros varones de la traductora, que fueron a la comida.

43ª Semana de la beca

Esa semana el invierno empezaba a dar la cara, porque empezaba a hacer mucho frío en la ciudad. Los compañeros del autobús, sobre todo los obreros de la fábrica, se metían mucho con

Magda, por la cantidad de ropa que ella llevaba puesta encima. A Magda le daba igual lo que esos le dijeran, porque iba muy calentita.

Fernando sabía que Magda estaba dentro del mismo autobús. Él le miraba desde lejos, pero ella siempre pedía a un obrero mayor de la fábrica, que le hiciera el favor de ocultarla.

En la oficina la vida seguía igual de tediosa para la becaria, porque no paraba de trabajar. Un día Inmaculada, la secretaria del jefe de recursos humanos, vino de visita al despacho de Cristina y su ayudante. La secretaria enseñó a todos los que estaban allí una fotografía suya, cuando era más joven. En la imagen ella aparecía vestida con un bikini. Ella explicó a todos que estaba recién casada con su marido, y que tenía solo veinticuatro años. Bueno ella se la enseñó a todo el mundo, porque a Magda se le pegó en la cara, para ver su reacción. Ella quería averiguar si a la muchacha se le erizaba el vello o tenía una reacción sexual viendo su cuerpo semidesnudo. Ella quería saber si Magda era lesbiana o no.

A la becaria le molestó bastante esa demostración de su compañera, y le aseguró a esta sería: — ¡Inmaculada no me gustan las mujeres! ¡Me da igual que tú estuvieras maravillosa a esa edad! ¡Eso le tendría que importar solo a tu marido y a ti!

A pesar de la queja de su compañera, Inmaculada siguió con su charla distendida en la oficina. Ella se puso a presumir que su marido y ella mantenían relaciones sexuales todas las noches.

Magda estaba harta de escuchar ese tipo de alardes sexuales de la gente casada y comprometida que conocía, por eso pensó: Sí, sí a lo mejor ella y su marido llevan tantos años casados, que ya ni se tocan, y tampoco se miran porque se tienen muy vistos.

Incluso los hombres que iban detrás de ella, eran unos bravucones y unos cobardes, hablaban mucho de lo que le harían si estuvieran con ella a solas. Ellos hablaban y hablaban, pero después no se atrevían hacer nada y menos a tocarla. Lo que sí le hacían a ella eran muchas fotografías. ¿Qué hacían ellos después con tantas fotografías de ella?

Ella siempre había tenido muchos individuos del sexo masculino a su alrededor, pero ninguno se había comportado como un hombre, ninguno. Ella siempre se volvía sola de todos los sitios a su casa. Lo único que ella conseguía de sus admiradores era hartarse de llorar delante de su madre en su casa, o que las amigas de sus admiradores le agredieran con insultos y con algún que otro empujón, por eso ella se hizo adicta al chocolate.

La felicidad y el placer que ella conseguía con el chocolate era un algo tangible. Cuando ella fundía una onza de chocolate en su boca, se le derretía en la lengua, eso era un hecho indescriptible. Ella sabía que iba a sacar placer de esa práctica, de un hombre en cambio no sacaba nada. Esos seres prometían que iban hacer muchas cosas, prometían más que los políticos, pero luego no cumplían nada.

Por eso ella se planteaba continuamente una serie de preguntas en su cabeza: ¿Hay hombres? ¿De verdad existen o son una invención de la sociedad? Cuando ella veía a uno determinado, que todo el mundo decía que era un hombre de verdad, Magda lo miraba de arriba abajo, y no se alteraba mucho, se quedaba igual.

44ª Semana de la beca

En esas fechas el año estaba acabando, la gente se ponía muy cariñosa, pero los viajeros que iban en el autobús estaban igual de insoportables. Esos días Magda estaba muy deprimida con su vida, con su trabajo, y no entendía porque la gente le quería hacer tanto daño. ¿A quién le molestaba que ella trabajase? ¡A todo el mundo!

En la oficina la becaria tenía que seguir aguantando casi todos los días las preguntas insidiosas de sus compañeros, sobre todo estas eran de índole familiar y económicas: — ¿Tienes algún

hermano? ¿Ellos están casados? ¿Y tienes algún sobrino? ¿Tu madre tiene hecho su testamento en el notario? ¿Eres la única beneficiaria del mismo? ¿La casa donde tú vives está pagada?, para quedártela cuando tu madre fallezca. ¿Ambas poséis dinero en el banco? ¿Guardas algunas joyas u otros objetos de valor en vuestra casa?, etcétera.

Esos días Magda seguía sin dormir por las noches, estaba aterrada con lo que sus compañeros podían maquinarse, para hacerle daño el próximo día y la semana siguiente en la oficina. Por eso cuando ella se levantaba por las mañanas, estaba siempre agotada, no rendía todo lo que podía rendir. Y ella acababa la jornada diaria con un dolor de cabeza horroroso, sobre todo el viernes. ¡Era horrible! ¡Ella estaba deseando que llegase el fin de semana!, para dormir en su cama y no hacer nada más. Ella estaba deseando que el fin de la beca llegase ya.

Sus compañeros de la traductora seguían muy enfadados con ella, porque ella seguía llevando sus cosas en una mochila en vez de un bolso. Algunos sin venir a cuento gritaban a la joven por los pasillos: — ¡Debes llevar tus cosas en un bolso! ¡Cómo todas las mujeres hacen! Ella escuchaba perfectamente los gritos de sus compañeros, callaba y pensaba: ¡Si el caso es seguir machacándome!

45ª Semana de la beca

Empezaba un nuevo año. Magda y todos los trabajadores debían empezar a trabajar a partir del día tres de enero, por eso los obreros de la fábrica venían muy enfadados en el autobús. Esos primeros días del año Magda estaba muy descansada, porque no había trasnochado en las fiestas.

Esos días Fernando desapareció de forma maravillosa del autobús. La becaria supuso que su antiguo compañero de clase habría pedido el traslado a otro puesto de trabajo de su empresa.

Esa semana Cristina calculó que a Magda le quedaba poco tiempo para terminar la beca, que se iría pronto de la empresa, por eso ella empezó a darse prisa, para que esta terminara todo el trabajo atrasado que había en la oficina. Ella machacaba a su pupila, para que se aligerara en su tarea.

Ante las prisas de su jefa la muchacha pensó: Sí, sí, voy a hacer milagros con dos manos y sin ayuda de nadie. Si mi jefa me ayudará, dejará de charlar con sus compañeras y de salir cuando no debe del despacho, podríamos terminar el trabajo atrasado antes que yo me fuera.

El jueves era el día de los Reyes Magos, las fiestas terminaban, el viernes era siete de enero y todos los trabajadores debían volver a la normalidad de sus trabajos. La becaria estaba muy contenta, porque le quedaba cada vez menos para terminar allí y no ver nunca más a sus compañeros.

46ª Semana de la beca

Esos días la joven que también trabajaba en otra beca de traducción en otra empresa, que iba en el mismo autobús que Magda, le preguntó a esta insistentemente: — ¿Qué vas a hacer después de la beca de formación? ¿Dónde vas a echar el currículum vitae, para seguir trabajando?

Magda no sabía exactamente que iba a hacer, pero lo que le extrañaba mucho, era que su compañera de viaje le diera la lata toda la semana con ese mismo tema, parecía que esa tenía que informar a alguien sobre eso.

Cristina sabía que a Magda le quedaba cada vez menos para terminar la beca, por eso se empleó a fondo para machacar a su subordinada. Ella se quejó diciéndole que tenía un genio bastante fuerte, y que las contestaciones que daba a los superiores, le iban a jugar muy malas pasadas en su futuro laboral. Nadie le iba a contratar, y si lo hacían, ella no iba a durar mucho en ningún trabajo.

Magda cuando escuchaba una y otra vez esas palabras tan hirientes de su jefa, pensó: Si yo estuviera contratada en la empresa y tuviera algún compañero de verdad. Alguno de ellos me

habría cogido cariño, habría apreciado mi trabajo, me apoyaría en una demanda por acoso laboral y esa bruja iría a la calle o sino alguien le bajaría los humos y a ella le tratarían con más respeto. Pero ella era una cutre becaria a merced de los desprecios y las humillaciones de todos, no tenía algún compañero de verdad. Magda estaba deseando que terminara esa pesadilla de una vez e incluso se le pasó por la cabeza dejar la beca, sin terminar el año. Esa cuestión ella se lo planteaba todos los días.

El viernes por la tarde Fernando recibió una llamada de Cristina en su teléfono móvil. Esta lo llamaba para explicarle, que Isabel, la chica, que también era becaria en otra empresa, que iba en el mismo autobús que Magda, le había confirmado que su querida ayudante no tenía planes concretos de trabajo, para después de la beca.

47ª Semana de la beca

Magda se puso enferma durante unos días, faltó al trabajo y perdió mucho peso. Cuando ella regresó a trabajar y cogió de nuevo el autobús con el resto de sus compañeros de viaje, estos se extrañaron mucho de su aspecto físico y empezaron a hacer sus conjeturas. Los obreros de la fábrica le preguntaron si ella había hecho una dieta milagrosa para estar más delgada. Carmen, la amiga de Mónica, instó a la muchacha que adelgazará más todavía, porque ella estaba todavía muy gorda.

Magda se enfadó mucho con esa viajera, por la mala idea que tenía. ¡Ella le estaba confirmando a gritos que era amiga de Mónica!, y que estaba allí para machacarla. Después de escuchar ese último comentario de Carmen, la joven procuró evitar a esa compañera en el autobús.

En la oficina su jefa se dedicó a amenazarla todos los días de esa semana que vino a trabajar. Cristina afirmó que iba a echarla de la beca por no obedecerla, le gritaba continuamente, para que parase de trabajar mientras le humillaba. Cristina quería que ella le mirase a los ojos y que le cogiese miedo. Según su superiora, ella no trabajaba bien, era muy lenta, y si era muy rápida trabajando, era porque lo hacía mal.

Magda se defendía con educación de las quejas de su jefa, porque si se equivocaba en su trabajo, su superiora debía corregirle y ayudarle, para subsanar el error, no machacarla.

Su superiora también le mandaba más trabajo, cuando ella estaba trabajando. Entonces la muchacha debía parar de hacer lo que estaba haciendo y continuar con lo nuevo que le mandaban, ya que el trabajo anterior no corría prisa, debía posponerlo. Lo lógico hubiera sido, que Cristina le hubiera dicho lo que tenía prioridad de las dos o tres tareas que le mandaba en el día.

La jefa le repetía una y otra vez a su ayudante, que su genio y las contestaciones que daba a los superiores, le iba a venir muy mal para su futuro laboral. ¡Nadie le iba a contratar!

Ante esas advertencias tan negativas de su jefa, Magda se callaba y pensaba: ¿Pero si ella sabe que se está pasando conmigo desde el inicio de la beca? Todos los días ella me estaba buscando las cosquillas y quitándome las ganas de trabajar en lo único que tengo formación, ¿Qué quiere? ¿Qué no trabaje más? ¿No tengo derecho a vivir y a desarrollarme como profesional? ¿Acaso he cometido algún crimen, para no poder trabajar?

Magda no se quejó al responsable de recursos humanos de la empresa por el comportamiento tan ruin de su jefa, porque si echaban a alguien de allí, sería a ella. Ella aguantaba todo, porque le hacía falta el dinero y la experiencia.

El viernes por la tarde Cristina llamó por teléfono a Fernando. Ella le aclaró a este, que Magda seguía portándose de forma adecuada y dócil en la empresa, y no acosaba a ningún hombre. Después él pidió otra vez a su amiga que sonsacará a Magda, para saber dónde pasaría sus vacaciones.

48ª Semana de la beca

Todos los días de esa semana los hombres que iban en el autobús, recibieron las miradas de desprecio de Magda. Esos a su vez se reían de ella, diciéndole a la cara que ella se iba a quedar soltera y en situación de desempleo, cuando la beca terminará. También le decían que ella no iba a trabajar nunca más. Los obreros de la fábrica, para terminar de machacarla, empezaron a repetir una y otra vez en voz alta, que ella había aprobado su licenciatura copiando.

Magda se reía ante esos comentarios tan absurdos. Los obreros de la fábrica estaban afirmando que los profesores de su facultad eran tontos, para dejarse engañar por una pobre chica. ¡Qué barbaridad! ¿Y qué ella no había estudiado para aprobar? Pero si ella había trabajado muy duro, para pasar todos los cursos de su carrera y terminarla.

Carmen seguía en el autobús, pero Magda le ignoraba. La becaria había descubierto que Mónica, Lola y Olivia seguían sin fiarse de ella, por no tener novio, y también que querían que se quedase a la fuerza con Pablo. Y la joven solo quería que todos le dejaran de una vez en paz.

Magda no paraba de escuchar a su jefa, que después de trabajar allí, no le iban a contratar en ningún lado, porque ella no tenía ninguna cualificación y menos contactos. Ella le aseguraba que en la traductora no le iban a renovar su contrato, y que ella tampoco le iba a dar una buena carta de recomendación, para trabajar en otro lado, porque la joven tenía una mala actitud con toda la gente que trabajaba allí, y su currículum vitae era muy pobre. ¡Pero si la becaria nunca se lo había enseñado! Si mientras ella había trabajado allí no había parado de formarse y de hacer cursillos a distancia en su casa.

Cuando su jefa decía esas palabras tan hirientes, Magda callaba y le miraba a los ojos pensando: ¿Qué le he hecho yo a esta mujer, para que me odie tanto?

A mediados de esa semana Magda cogía sus vacaciones, estaba deseando disfrutarlas porque estaba muy cansada. Ella sufría mucho cansancio físico y mucho estrés emocional, por el machaqueo continuo que había sufrido todos los días de la beca por su jefa y los demás compañeros de la traductora, que le deseaban lo peor moralmente y laboralmente hablando, y también por culpa de sus compañeros del autobús que habían sido muy pesados y crueles.

Magda no era una persona maleducada, por eso el último día de la beca se despidió de todos sus compañeros de la empresa, pasándose por sus despachos. Pero ella no le contó a nadie donde se iba ir de vacaciones, para que todos ellos le dejarán disfrutar de sus vacaciones en paz, y ella pudiera descansar.

Esa tarde Fernando volvía a estar muy enfadado con Magda. Sus amigas también le habían fallado, porque ellas no habían conseguido averiguar donde la muchacha se iba de vacaciones, así él no podría tener acceso a ella. Por eso él lanzó un rumor falso entre sus amigos y los conocidos de Magda en la ciudad: —Sofía, la madre de Magda, se llevaba a su hija a un lugar lejano, para prostituirla con un hombre mayor. ¡Qué ella no iba a descansar en sus vacaciones!

LAS ANSIADAS VACACIONES

Magda tenía poco dinero y un mes por delante para descansar. Su madre también tenía poco dinero, y menos tiempo para descansar que su hija. Por eso las dos primeras semanas de vacaciones la joven se dedicó a dormir y a descansar tranquilamente en su cama, para recuperar las horas de sueño perdidas durante la beca.

La tercera y cuarta semana de vacaciones Magda empezó a buscar trabajo, se apuntó a un taller de pintura creativa y a unas clases de yoga, para aprender a relajarse, porque gracias al mal trato recibido por su jefa, por sus compañeros de la empresa y por los viajeros que viajaban dentro del autobús, ella acabó exhausta y muy nerviosa.

En la ciudad los amigos de Fernando seguían molestando a Sofía y a su hija. Las amigas de Fernando seguían refregando sus niños todos los días a las dos mujeres en la calle, para que a Magda le entraran ganas de ser madre. Algunos hombres desconocidos, que eran maduros, altos rubios y con ojos azules, o que eran de mediana estatura, de cabello castaño y rizado parecidos a Javier aparecían sin venir a cuento en el camino de la chica y de su madre. Esos se dedicaban a ignorar y a despreciar a Magda. Muchos viejos también seguían molestando a las dos mujeres en la calle. Fernando creía que su antigua compañera de la facultad iba a acosar a los viejos sexualmente, porque ella ya no tenía trabajo y menos dinero.

Magda se fijaba atentamente en ese desfile de personas y se quedaba igual, pero pensaba: ¡Esto es histeria colectiva y no otra cosa!

En esas fechas Fernando se dio cuenta que Magda no era físicamente igual que su madre y que tampoco se parecía a su padre. Como él y sus amigos no conocían a ningún otro miembro de la familia de la muchacha, ni por parte del padre ni por parte de la madre, Fernando soltó otro bulo sobre la muchacha en la ciudad: —Que Magda no era hija del ex marido de Sofía, sino de otro hombre desconocido de raza árabe y de nacionalidad marroquí. Una amiga de Fernando llegó incluso a preguntar a Magda y a su madre, si el padre de la muchacha era extranjero.

Cuando madre e hija escucharon esa pregunta tan absurda de la amiga de Fernando, se quedaron alucinadas. Magda se parecía a su abuelo paterno y a su madre. En su familia todos eran españoles y habían nacido en la ciudad que vivían.

La muchacha pensaba que una persona podía pertenecer a su familia, aunque no fuera idéntica a ninguno de sus dos progenitores, porque esa persona se podía parecer a otro miembro de su familia, que la gente no conociese: a una tía, a un abuelo, a una bisabuela, pero si la genética en su familia era así de caprichosa. ¡Qué iba a hacer ella!

Fernando empezó a contar a sus amigos que Sofía era una puta, que engañó a su marido con otro, por eso su hija no se parecía a su padre, y ese era el camino que ella le estaba enseñando a su hija. ¡Es que Fernando desvariaba y soltaba muchas barbaridades por su boca!

En uno de sus últimos días de vacaciones, a eso de las ocho y media de la tarde, Magda se fue al centro con su madre, para dar su paseo vespertino. Por el camino las dos mujeres se pararon y saludaron a una antigua conocida de la asociación teatral.

La joven no se quería detener, porque no había quedado muy bien con muchos de los componentes del taller teatral. Además ese lugar le traía muy malos recuerdos. Ella se detuvo por educación, para saber que quería esa cotilla, amiga de Mónica, que se llamaba Manuela.

— ¿Qué tal estas Magda? ¿Qué es de tú vida? ¿Sigues sola? ¿Esperas que José Manuel deje a Mónica por ti?

Magda y su madre se quedaron heladas al oír semejante estupidez de esa impresentable. Después la joven contestó a esa estúpida: — ¡Cómo! ¡Yo nunca he estado enamorada de José Manuel!, para mí solo era un buen amigo. Además nunca demostré que estuviera loca por él, ni le dije nada de eso, ni le perseguí, ni le hice alguna proposición deshonesta, ni tengo su teléfono móvil, ni se lo pedí, ni le he llamado a su teléfono fijo, ni lo busqué en su barrio o en su trabajo, para comprometerle. ¡Es verdad que nos llevamos muy bien en el taller de teatro!, pero ahí se quedaba la cosa. ¿No me vas a preguntar por otro hombre casado de la asociación teatral? ¿Por qué según tus amigas soy una devora hombres?

Manuela seguía preguntando con rapidez, para poder comprometer a la muchacha o para que esta declarará algún otro pecado cometido.

— ¡Ah! ¿Pero has molestado a otro hombre casado?

— ¡No! Siento decirte que no he molestado a ningún hombre casado, no tengo tanto tiempo libre, para perderlo.

La chismosa siguió intentando sonsacar a la pobre Magdalena: — ¿Pero no te piensas echar nunca novio? ¿No te piensas casar? ¿Por qué a ti te han salido muchos pretendientes?

Magda estaba cada vez más molesta con su antigua compañera, por eso le contestó gritando: — ¡Eso es mentira!, y no es un asunto de tu incumbencia. Te aseguro que no me han salido tantos hombres, como tú te piensas. Los individuos del sexo masculino no quieren una compañera de vida, quieren una muñeca hinchable que no hable, que sea obediente. ¡Qué sea una mujer florero!

Manuela quería bajar el tono de la conversación, por eso suavizó sus palabras. — ¿Pues Pablo se veía muy interesado en ti?

Magda estaba cada vez más enfadada con su compañera del taller de teatro, por eso contestó: — Ese individuo nunca ha estado enamorado de mí. ¡Y tampoco de nadie! Él tiene fijado un esquema mental de mujer en su cabeza, y yo me tenía que ceñir a la fuerza a ese esquema. Yo tenía que tener el cabello rubio, los ojos azules, debía depilarme todo el vello de mi cuerpo, debía estar perfectamente maquillada y vestida, y debía cumplir otros detalles importantes, pero superfluos. Yo era para él un ser imperfecto que debía pulirme, para ser digna de su compañía. Encima él era un mentiroso patológico y un adicto a la bebida, que le parecía mal que leyera un libro o que tuviera una forma de pensar distinta a la suya. ¡Con ese impresentable no se puede tener una relación sana! ¡Ahora mismo estoy sola, pero tranquila! ¡Muy tranquila!

Manuela continuó afirmando lo que era una verdad irrefutable: — ¡Pero él está muy enamorado de ti!, se lo ha dicho a todo el mundo. ¡No te da pena!

Magda estaba cada vez más crispada con su conocida:

— ¡Pero si delante de él, yo no podía hablar con nadie! ¡Incluso su querida Lola me reñía!

Manuela sabía que se estaba quedando sin argumentos, para seguir molestando a su antigua compañera, pero siguió defendiendo su idea, aunque cada vez era más débil:

— Compréndelo, él te quería y se sentía celoso.

Magda no se podía creer como esa bruja podía defender a un acosador: — ¿Qué me quería? ¿Es broma, no?

Magda se subía por las paredes por lo que su antigua compañera le estaba echando en cara. Por eso ella siguió explicando: — Yo le citaba en un lado y él no aparecía. Él me dejaba plantada con un palmo de narices. Cuando él venía al taller de teatro no venía a verme a mí, solo venía a saludar y a hablar con su ex novia y demás amigos. A mí no me hablaba. A la hora de salir del

taller de teatro, él solo acompañaba a su ex novia a su casa. Y ella tenía un marido que le esperaba en su hogar. Yo me tenía que ir sola andando a mi casa.

Y la muchacha siguió explicando: —Además su ex novia y sus otras amigas del taller de teatro me trataban y me siguen tratando como una mierda. ¡Y cómo comprenderás no soy una persona masoquista! Bueno, te dejo que mi madre y yo tenemos prisa.

—Pero.....Manuela ya no sabía qué hacer, para parar a Magda y a su madre.

—Manuela. ¡Adiós!

Mientras Pablo esperaba nervioso en su casa, para oír la respuesta que Magda había dado a Manuela, para que la joven fuera a buscarlo, y los dos empezarán una relación sentimental.

Mónica habló esa misma tarde con Manuela, para saber el resultado de la conversación. Y José Manuel, su marido, contó a su amigo Pablo al día siguiente que él debía seguir esperando, no debía hacer nada. Más tarde o más temprano Magda decidiría estar con él, e iría a buscarlo personalmente a su casa.

Al principio del mes de septiembre las hermanas de Sofía se reunieron en la casa de Susana para merendar. Allí tomaron varios cafés y varios dulces como tenían costumbre. Después de contarse como había sido su mes de veraneo, cuando ellas se habían dado suficiente envidia, empezaron a hablar del tema concreto que les traía hasta allí. Magda seguía soltera, viviendo al lado de su hermana Sofía, aconsejándola y ayudándola. Ellas debían buscarle a su sobrina otra vez un novio. A Susana se le ocurrió que podían darle a uno de los obreros de la fábrica el número de teléfono móvil de Sofía, para que ese le pusiera un mensaje de texto o le llamará por teléfono, preguntando por Magda, porque ellas no conocían el número de teléfono móvil de su sobrina.

FINAL

Los días de vacaciones de Magda pasaron y trascurrieron varios meses más. Ella no paraba de buscar trabajo en las páginas web de las empresas de traducción y en otros sitios que pidieran idiomas, pero ella no encontraba ningún trabajo.

Su madre veía que ella necesitaba un pequeño respiro, por eso consiguió unas entradas para ir a ver una obra de teatro. Magda se dejó de llevar por su progenitora y se arregló un poco para salir con esta, aunque no le apetecía ir a ninguna parte.

Madre e hija llegaron demasiado puntuales al teatro, y cuál fue la sorpresa de Magda, que se encontró a Javier dentro de la sala organizando todo. Magda no se lo podía creer. Él no había cambiado nada en todos los años que no se habían visto.

Ella se quedó unos instantes embobada mirándolo. Su madre al ver a su hija tan sorprendida, le preguntó conociendo ya la respuesta: — ¿Ese es el sobrino del director del taller de teatro al que tú ibas, no?

Magda asintió con la cabeza, y después ella contestó a su madre: — ¡Mamá nos podemos ir a casa!, por favor.

Javier se había dado cuenta de la presencia de su antigua conocida y de su madre en el lugar, había oído perfectamente la pregunta de la madre y la contestación posterior de Magda. Él pensó: Otra vez me está rechazando, no ha cambiado nada entre los dos.

Después Javier salió fuera del recinto, sin rozar a Magda o a su madre en su camino.

Magda vio que él se iba, y le dijo a su madre: — Me conoce perfectamente, pero pasa de saludarme. ¡Siempre hace lo mismo! ¡Qué harta estoy de él!

A los diez minutos Javier regresó de nuevo a la sala del teatro, acompañado de todos sus amigos y amigas. En esa reunión de personas venía la querida amiga rubia de Javier. Esa que ella había conocido hacía tantos años en el pueblo de Javier, que lo tenía acaparado. La misma chica que le había fotografiado desde lejos, y ella no sabía porque.

La amiga extranjera de Javier reconoció y miró a la muchacha con mucho desprecio.

Magda se fijó muy bien en ese grupo de personas y explicó a su madre: — ¡Mamá ves a esa mujer rubia! ¡Mira cómo me mira! ¡Encima qué por su culpa no me podía acercarme a Javier! Todo el mundo del taller de teatro me decía que ella era su novia.

A pesar del encontronazo con Javier, Magda y Sofía decidieron entrar dentro del teatro, para disfrutar de la obra, y las dos se sentaron en dos asientos del patio de butacas.

Javier indicó al fotógrafo, que estaba allí trabajando, que hiciera a Magda y a su madre varias fotografías. La muchacha se empezó a enfadar con su conocido, y le dijo a su madre que era mejor irse a su casa.

Las dos salieron de la sala del teatro, pero a Magda le quedaron muchas dudas, y pensó: ¿Si él mandaba hacerle esas fotografías, sería porque él seguía interesado en ella? ¿A lo mejor él no se había casado de verdad? A ella le surgían tantas dudas y preguntas, que decidió que iría a más obras de teatro que él dirigiera, por si un día él quisiera hablar con ella a solas.

A mediados del mes de septiembre Sofía empezó a recibir varias llamadas y varios mensajes de texto en su teléfono móvil de un número de teléfono móvil que no conocía, dirigidos a una tal Magda. Madre e hija pensaron que la persona que llamaba al móvil de la primera, había

solicitado los servicios de una agencia matrimonial, pero se había equivocado de número de teléfono, por eso ellas no le dieron más importancia, lo ignoraron.

El otoño llegó a la ciudad. En una página web de una institución se anunció y se colgó un curso de traducción gratuito, con un correo electrónico para solicitarlo y así poder asistir. Ese curso se iba a celebrar el mes siguiente. Magda vio el anuncio en la página web de la institución, pero no le apetecía ir, estaba muy deprimida, porque pensaba que después de las vacaciones le llamarían para trabajar en alguna empresa de traducción, pero no lo habían hecho.

En esas fechas nadie se acordaba de ella y menos de su currículum vitae. Magda se sentía triste por no haber encontrado un trabajo y por estar sin hacer nada en su casa.

Su madre que la entendía, le aconsejó que fuera a ese curso, así mientras no trabajaba, se distraía un poco. La chica lo solicitó, pasaron los días, y las personas que trabajaban en la institución, y que se encargaban de la organización del curso, le mandaron un correo electrónico diciéndole que admitían su solicitud, para asistir al mismo.

El viernes, concretamente tres días antes de la celebración del curso de traducción, Paloma llamó por teléfono a su amigo Fernando. Ella le aseguró a este, que si Magda los veía paseando juntos antes del curso, por donde ella solía pasear con su madre, lo desearía. De ese modo el día del curso de traducción Magda sentiría unas ganas irrefrenables de confesarle su amor más sincero.

El sábado, dos días antes que el curso de traducción se celebrará, Magda fue de paseo con su madre por el centro. Las dos mujeres vieron a Fernando con su querida amiga Paloma paseando muy juntos y agarrados de la mano.

En ese instante Magda se asustó mucho, pidió a su madre cruzar a la acera de enfrente y que aligerarán el paso, para perder de vista a la parejita de marras. Ella no lo podía remediar, pero desde el posgrado de traducción había cogido pavor a ambos compañeros, no soportaba tenerlos cerca, y menos cuando ambos se ponían a amenazarle en cualquier esquina del edificio.

El día que debía celebrarse el curso de traducción llegó. La joven sabía que allí se iba a encontrar a mucha gente conocida de su profesión, y sobre todo a Fernando. Ella tenía claro que no le iba a echar cuenta en el sitio, se iba a decir a sí misma que no existía, que no estaba allí y que no le podía hacer daño, aunque él estuviera en alguna parte de la estancia, mirándola de reojo.

Cuando ella llegó al lugar de celebración, se sentó a lado de una compañera que conocía ya de otros cursos presenciales. Esta compañera, a pesar que los conferenciantes no paraban de explicar su ponencia, se llevó todo el tiempo hablando, no paró de hacerle a Magda preguntas del tipo: — ¿Estás trabajando? ¿Estás haciendo algún otro cursillo?, etcétera.

La muchacha estaba harta de escuchar a su compañera de asiento, no se daba cuenta que no tenía nada nuevo que contarle, y que no había pedido a la organización que celebraba el curso, algún justificante por asistir al mismo. Magda se reía en su interior de la situación y pensó: Fernando cada vez se busca a gente más imbécil, para que le informen de mis movimientos.

El curso se terminó a las dos de la tarde, Magda se levantó de su asiento, cogió su mochila, pidió a los responsables del curso el certificado del curso y salió con decisión del recinto. Ella se fue corriendo a su casa, para librarse de las miradas de Fernando y de otros compañeros, para seguir con su vida rutinaria de espera.

Magda quería que alguna empresa de traducción le llamase para trabajar, ya no esperaba otra cosa.

Pasaron unos días desde la celebración del curso de traducción. Fernando estaba en su casa, sentado en un sillón, que lo elevaba del suelo más que el resto de las sillas de la habitación. Él

se sentía muy decepcionado, pensando que si Magda le hubiera declarado su amor en el curso, él le habría hecho el honor de convertirla en su novia, y después en su esposa. Él era un ser estupendo y maravilloso, predestinado para hacer cosas grandes en la vida, pero ella lo había ignorado y despreciado otra vez.

Él no estaba triste porque quisiera a Magda, nunca había estado enamorado de ella, sino no hubiera sido tan cruel y rastrero con ella. Él la consideraba una tonta que se había reído de él. Y él era una eminencia.

Magda era una posesión extraña que quería poseer, perfilar, y pulir para exponerla como una obra de arte ante todos. Él estaba muy interesado en los bienes de Magda y en los de su familia, para gestionarlos y gastárselos. Él no estaba enamorado de ella, solo estaba enamorado de sí mismo, era tan perfecto en todos los sentidos.

Magda le había ignorado en el curso, y eso que sus compañeras y sus amigas le habían asegurado que estaba enamorada de él, porque no acosaba a ningún hombre en ninguna parte. ¿Ahora qué iba a hacer él?

Lo primero iba a mover todas sus influencias y sus amistades, para seguir controlando los movimientos de la muchacha, para que no trabajara en ninguna empresa de traducción o en algún trabajo que se le pareciera. Ella debía casarse si quería trabajar, y si podía ser solo con él.

El invierno había llegado a la ciudad. Magda seguía viviendo con su madre en su casa. La protagonista seguía teniendo miedo de Fernando y de sus amigos, porque esos no paraban de molestarla e insultarla en la calle. Ahora ellos le llamaban la monja, ya que ella no salía mucho de su casa.

Sus tías seguían intentando buscarle un novio, para que ella se casara de una vez y dejará libre a su madre.

Pablo seguía molestándola, porque seguía llamándola al teléfono fijo de su casa.

Ella esperaba que a Javier se le pasase su enfado, cambiase de opinión, y quisiese hablar con ella, para arreglar sus problemas de entendimiento.

Ella deseaba fervientemente que alguna empresa de traducción se acordara de ella, al ver su currículum vitae, y le llamase después para ofrecerle un puesto de trabajo como traductora.